

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN

41

**LA CONVIVENCIA
EN EL MEDITERRÁNEO
OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI**

**ABSTRACT
IN ENGLISH**

MINISTERIO DE DEFENSA



CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



**MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN**

41

**LA CONVIVENCIA
EN EL MEDITERRÁNEO
OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI**



FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES

La **CONVIVENCIA** en el Mediterráneo Occidental en el siglo XXI. — [Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2001. — 292 p. ; 24 cm — (Monografías del CESEDEN ; 41). — Precede al tít.: Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.

NIPO: 076-00-156-X. — D.L. M. 6185-01

ISBN: 84-7823-794-1

I. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (España). II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Serie.

Desarrollo económico y social / Política cultural / Cooperación militar / Relaciones internacionales / Estudios estratégicos / Islam / Países Mediterráneos / S. XXI

Las opiniones emitidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores.

MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Nº 9055

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © *Copyright*.

Edita:



MINISTERIO
DE DEFENSA

SECRETARÍA
GENERAL
TÉCNICA

© Editor CESEDEN, Madrid 2001

NIPO: 076-00-156-X

ISBN: 84-7823-794-1

Depósito Legal: M-6185-01

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 1.250 ejemplares

Fecha de edición: febrero 2001

LA CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI



SUMARIO

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN.....	9
<i>Por Leopoldo García García</i>	
<i>Capítulo primero</i>	
LA CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI	25
<i>Por Leopoldo García García</i>	
<i>Capítulo segundo</i>	
LO SOCIAL: PILAR BÁSICO DE CONVIVENCIA.....	69
<i>Por Luis Calero Torrens</i>	
<i>Capítulo tercero</i>	
EL FACTOR CULTURAL	123
<i>Por Javier Jordán Enamorado</i>	
<i>Capítulo cuarto</i>	
LA POLÍTICA COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDI- TERRÁNEO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI	157
<i>Por Leopoldo García García</i>	
<i>Capítulo quinto</i>	
LA RELIGIÓN COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDI- TERRÁNEO	191
<i>Por Montserrat Abumalham Maj</i>	

Capítulo sexto

EL FACTOR ECONÓMICO: LA CLAVE DE LA ESTABILIDAD 229

Por Jacinto Cañete Roloso

Capítulo séptimo

LA COOPERACIÓN EN EL CAMPO MILITAR COMO FACTOR DE
DISTENSIÓN Y CONVIVENCIA 245

Por Francisco Oliver Buhigas

Capítulo octavo

CONCLUSIONES 275

Por Leopoldo García García

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO 283

ABSTRACT 285

ÍNDICE 287

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Por LEOPOLDO GARCÍA GARCÍA

Hay en relación con el Mediterráneo un discurso sobre la seguridad de Europa. En esta discurso se entremezclan la amenaza de la emigración, del islamismo emergente y el problema de desequilibrio demográfico entre las dos orillas. Otro tipo de discurso exalta la solidaridad y la comunidad de destino. Se llega a «reinventar el Mediterráneo» con argumentos sacados de la geografía, de la historia, de la economía y de la cultura, etc. Se insiste sobre ciertos periodos pasados para demostrar esta solidaridad, que deja pensar que es más fácil reivindicar la herencia mediterránea antigua, que construir un presente común con los hombres de hoy.

La convivencia entre las dos orillas del mar Mediterráneo ha estado jalónada por una serie de reuniones, cumbres y acuerdos, que en la segunda mitad del siglo xx, se iniciaron en el año 1974, en la Conferencia de Helsinki, donde ya la delegación de Malta propuso la Mediterranean Dimension, que sostenía que no podía haber seguridad en Europa, si no había seguridad en el Mediterráneo y viceversa.

De esa fecha, las reuniones se multiplicaron con nombres distintos, pero casi siempre con los mismos asistentes. A título recordatorio: el Diálogo Euroislámico, el Foro de los Países del Mediterráneo Occidental; el Grupo 5+4, que después se transformó en el Grupo 5+5; la Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo; la Conferencia Interparlamentaria y el Foro de los Estados Mediterráneos.

Fue el Consejo de Essen, en diciembre de 1994, donde se decidió que durante la Presidencia española del Consejo, se celebrara en Barcelona una Conferencia Ministerial en la que participarían los 15 miembros de la Unión Europea con otros 12 países mediterráneos: Marruecos, Argelia, Túnez; Egipto, Malta, Chipre, Israel, Jordania, Siria, Líbano, Turquía y la Autoridad Nacional Palestina.

La Declaración de Barcelona, noviembre de 1995 organizó tres capítulos: político y de seguridad; económico y financiero; socio-cultural y humano. En cada capítulo hay una declaración previa y un programa de acción, relativo a las actividades a realizar.

En abril de 1997, tuvo lugar la I Reunión Ministerial, en Malta. Debía haberse celebrado en uno de los países de la orilla sur y se habían ofrecido Túnez y Marruecos, pero la intransigencia de Siria obligó a llevarla a Malta. A Siria y a su acólito el Líbano, hay que atribuirles el hecho de que se tratara de convertir la Conferencia en un foro de discusión del Proceso de Paz en Oriente Medio (PPOM), hasta el punto de que la Conferencia se levantó sin haber alcanzado conclusiones. La principal enseñanza de la Conferencia fue que era necesario dejar a un lado al PPOM. En cuanto a los objetivos marcados en Barcelona, se demostró que era necesario programarlos a más corto plazo, con unos planes de trabajo más centrados. Otra consecuencia fue la necesidad de que los países de la orilla sur buscaran la integración horizontal.

El resultado de la Conferencia de Malta no convenció a los Estados de la Unión Europea y se llegó a la conclusión de la necesidad de organizar una reunión ministerial especial para encauzar el proceso. Se celebró en Palermo, los días 3 y 4 de junio de 1998, bajo Presidencia británica. La Conferencia no estuvo exenta de dificultades: la actitud del gobierno Netanyahu, el problema de Turquía, las matanzas de Argelia, el tema de los refugiados y el terrorismo.

A la Conferencia de Palermo hay que reconocerle el mérito de que llevó a cabo una revalorización del Proceso de Barcelona. Si en la convocatoria de la reunión extraordinaria había un fondo de «revisión», en realidad la Presidencia británica llevó a cabo una serie de ajustes —en un sentido y en el otro— en el programa de trabajo de Barcelona.

Los días 15 y 16 de abril de 1999, se ha celebrado en Stuttgart la III Conferencia Ministerial Euromediterránea, bajo la Presidencia de Alemania. El resumen de la Conferencia puede considerarse como poco favorable.

Entre los acontecimientos que han pesado negativamente hay que citar: los acontecimientos de Kosovo, las tensiones en Oriente Medio, la inexperiencia del presidente de la Conferencia —el ministro alemán de Asuntos Exteriores— que ya suscitaba temores, que se vieron confirmados por su incapacidad para impulsar el diálogo y que se vio obligado a suspender la conferencia de prensa final.

En el plano positivo, la presencia de Libia, que participó en la Conferencia como invitada de la Presidencia, a la espera de ser admitida, como miembro de pleno derecho.

La cultura, como factor de convivencia en el Mediterráneo Occidental, en los albores del siglo XXI, ha sido tratada por el profesor Jordán Enamorado.

Al hablar de civilizaciones, a las que Huntington considera el grado más elevado y la entidad más amplia de personas, que comparten elementos culturales comunes, se considera que, entre otras, hay una civilización islámica, así como una civilización occidental. Las civilizaciones, según Huntington, se diferencian unas de otras por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y la religión. Para Huntington, los individuos, cada vez más, van a definir su identidad en clave étnica, religiosa o cultural. Es decir, que cada vez adquirirá mayor importancia el factor cultural, especialmente al analizar las relaciones internacionales en una región —el Mediterráneo Occidental— donde conviven dos civilizaciones claramente diferenciadas.

Las diferencias culturales no son insalvables y se puede hablar de cooperación cultural, entendiendo como tal la concertación bilateral o multilateral, institucionalizada o no, entre dos o más actores internacionales, con el objetivo de satisfacer intereses comunes o de promover el desarrollo de otras culturas.

Es cierto que la imagen que se ofrece de la civilización islámica en los medios de comunicación es bastante negativa, considerándola como obscurantista, radical y violenta. En España, la población no siente amenaza exterior, pero en el caso de que la hubiera, vendría del norte de África y más concretamente de Marruecos.

En el subconsciente del español medio se considera al «moro» como el enemigo por excelencia. Por otra parte, la creciente llegada de los inmigrantes, que proceden de la orilla sur, supone un desafío cultural, dado el problema de su integración, que origina reacciones xenófobas y perjudica sensiblemente al entendimiento recíproco.

A la hora de hablar del islam, los dirigentes occidentales distinguen a los grupos radicales, como la verdadera amenaza, por los desafíos que puede generar. Si vamos más al fondo de la cuestión, las causas de la aparición de estos grupos radicales hay que buscarlas en las propias inestabilidades económica, política y social de los países.

Cuando se trata de definir de que manera el islam percibe a Occidente, hay que hacer referencia a una serie de acontecimientos. Ajustándonos a tiempos más o menos próximos, por ejemplo la guerra del Golfo, hay que decir que, para la sociedad árabe, fue un conflicto de Occidente contra el islam y, descendiendo de nivel, todo se debió al interés de Estados Unidos por el petróleo kuwaití. Este pensamiento, trasladado a Argelia, fue esgrimido por Alí Belhadj, en traje de campaña, para pedir la organización de milicias populares para defender el petróleo argelino, «que sería el próximo objetivo americano».

Se ha observado un cambio de léxico en los últimos años. Así, las antiguas amenazas se han quedado en riesgos y de la defensa se ha pasado a la seguridad. Estos cambios no han hecho disminuir la desconfianza del Sur, máxime cuando han aparecido en la orilla norte Fuerza Conjunta Terrestre de Reacción Rápida (Eurofor) y Fuerza Marítima Europea (Euro-marfor).

La cooperación en el marco de la cultura tiene una idea de partida básica y es que no hay que llegar al consenso o igualdad de puntos de vista, sino llegar a un mejor conocimiento recíproco, que elimine desconfianzas. Esta cooperación cultural no compete solamente a los Estados, sino que recae también en las instituciones culturales, educativas, científicas y religiosas, en una palabra, a la sociedad civil.

No cabe duda de que, a partir del año 1995, año de la Declaración de Barcelona, la cooperación cultural ha recibido un gran impulso. A este respecto hay que señalar la cooperación Comunidad Andaluza-Marruecos, con la Fundación de las Tres Culturas, con la celebración de seminarios y jornadas. Estas actividades son complementarias con las desarrolladas por la Junta de Andalucía, a través de la Fundación del Legado Andalusi, en el ámbito cultural y turístico. No obstante lo anterior, la presencia cultural española en el Magreb es todavía escasa.

El general Calero Torrens ha desarrollado el tema «Lo social, pilar básico de convivencia», empezando por hacer un desarrollo del núcleo familiar y de los tipos de familia que se pueden distinguir, pasando al concepto de

tribu y de ahí al de Ciudad-Estado. Este proceso de incorporación tiene en sentido contrario, en determinadas condiciones, otro de nuclearización. El contraste entre estos dos procesos tiene su ejemplo claro en el Estado de Carlomagno y en el feudalismo.

Continuando con el paso del tiempo, se contemplan en el trabajo las transformaciones debidas a la burguesía, el nacionalismo, la Reforma protestante y la Contrarreforma, las revoluciones burguesas, los conservadurismos, el liberalismo para llegar al socialismo.

Al tratar la evolución social en el Magreb, la primera constatación que hay que hacer es que, los grupos humanos —Estados del norte de África no siguen en su desarrollo el proceso clásico y esto es debido a la influencia de unas fuerzas externas—, tales como el Imperio otomano, después de las potencias europeas, los procesos de descolonización y la posterior independencia. Estas fuerzas externas han generado una serie de fuerzas internas.

Si tomamos el análisis realizado por Guy Rocher, en su capítulo dedicado al capitalismo, y lo trasladamos a los países del norte de África, parece que ha hecho el análisis, tomando como ejemplo a estos países.

Se produce una explotación económica, por parte de la potencia colonizadora, y esta explotación exige unos medios, para cuya consecución se produce un cambio social limitado, pero que suscita la aparición de necesidades no sentidas.

La dependencia política es de la metrópoli, desde donde llegan las decisiones políticas, permitiéndose, a lo sumo, un gobierno local, agente intermedio entre la potencia colonizadora y el pueblo colonizado.

Se crean barreras sociales y raciales, pero se da el caso de que estas barreras desaparecen temporalmente, cuando los nativos se integran en las Fuerzas Armadas de la metrópoli y participan en la defensa de ésta. Terminado el conflicto, las barreras vuelven a aparecer. Estos cambios y esta realidad de que, en tiempo de paz no se mantiene la «hermandad» del tiempo de guerra, dan origen a unos núcleos duros, que serán el germen de los movimientos de liberación.

Paternalismo, menosprecio y temor, sentimientos que se desarrollan en el colonizador, en relación con el colonizado, mientras que en éste, los sentimientos están muy mezclados y pasan del odio a la admiración, forjándose la imagen de que es el colono de otros pueblos menos desarrollados.

La descolonización se inicia en un núcleo duro, con el apoyo de una minoría, ya que tropezarán con la indiferencia de un sector, el miedo de otro y la hostilidad de quien no desea perder sus privilegios.

La independencia política no lleva aneja, necesariamente, la independencia económica. Si la economía de una sociedad colonizada dependía de una economía más avanzada, la independencia, generalmente traumática, producirá una crisis temporal para volver a una relación, pero esta vez entre naciones independientes. La descolonización producirá sin duda una crisis en la industrialización del país descolonizado, que encontrará dificultades para despertar confianza. El nuevo régimen, por otra parte, tendrá dificultades para transformar una sociedad unida en la lucha, pero dividida en la paz.

El hecho de que las cadenas de televisión europeas —francesas, españolas e italianas— entren todos los días en los hogares del Magreb, significa que en dichos hogares se tiene constancia de cómo se vive en Europa, creando unas necesidades de consumo, que no se pueden satisfacer con su poder adquisitivo, especialmente cuando la independencia ha generado un sistema social, con una clase dirigente separada por un abismo del resto de la población.

El factor político nos muestra una cuenca mediterránea en la que el final de la guerra fría, no sólo no representaba un beneficio, sino que dio la sensación de que las tensiones y las crisis habían aumentado su fuerza.

La inestabilidad del Mediterráneo, en su visión europea actual, resulta esencialmente de factores no militares. El subdesarrollo económico y social, acoplado al gobierno de regímenes autoritarios, trae consigo la inestabilidad doméstica, que llega a sobrepasar los límites nacionales para afectar a toda la región, es decir, compromete a la seguridad europea. Los «productos» más importantes de esta inestabilidad son la emigración, el terrorismo y la criminalidad organizada.

El diálogo y la convivencia con naciones de otras civilizaciones, presentan unas características determinantes que obligan a utilizar unos medios y procedimientos apropiados. En los conflictos culturales, para su solución se considera acertado recurrir a las reglas del diálogo rochdiano: comprender al «otro» en su propio sistema de referencia; admitir el derecho a la diferencia y, por último, comprensión, tolerancia e indulgencia.

Uno de los temas actuales, en razón de la cultura de nuestros vecinos del Sur, es determinar si el islam es compatible con los derechos humanos y la democracia.

La verdad es que los países musulmanes no votaron en contra de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuando se adoptó en el mes de diciembre de 1948, aún cuando para ellos esta Declaración «representaba el secular entendimiento de la tradición judeo-cristiana» y estaba «en desacuerdo con los modelos culturales de los Estados orientales».

La Organización de la Conferencia Islámica, en el año 1990, promulgó lo que llegó a ser conocido como la «Declaración de El Cairo» o «Declaración de los Derechos Humanos en el islam», que era una especie de mezcla híbrida de elementos tomados de la ley islámica y de las leyes internacionales.

En relación con la democracia, los principales ataques, en los países musulmanes, procede de los islamistas quienes, en sus manifestaciones y en sus escritos, no han reparado en ataques contra «una palabra —un concepto— nacida en la tierra de la impiedad, corrupción y tiranía», según el parecer del argelino Alí Belhadj. Por último, las Constituciones de los tres países del norte de África recogen referencias a la democracia y a los derechos humanos.

Si hay que convivir es necesario conocer al «otro». Todo apuntaba para que el «otro» fuera uno: origen, historia, influencias y dominaciones, civilización islámica, religión, mismas lenguas, mismo colonizador en su mayor parte, del que recibieron cultura y otra lengua. Pero, después de 40 años, han sido incapaces de unirse. Muchas explicaciones se han dado para tratar de explicarlo. Se ha hablado de que alcanzaron la independencia en orden disperso y en contra de los acuerdos que los comprometían. Se ha echado la culpa a las formas de Estado que adoptaron, en el momento de la independencia y al modelo de desarrollo.

No obstante, no han faltado los intentos de unión a dos, a tres y a cinco. Se pueden contar hasta siete intentos de unión de los países del Magreb, sin contar con los intentos de Libia, fuera del Magreb, que podían ser otros tantos y que, por el momento, van a culminar en los «Estados Unidos de África», para el año próximo.

El más importante de estos intentos, sin duda, ha sido la Unión del Magreb Árabe (UMA), firmado el 17 de febrero del año 1989 (día 10 de rayab de 1409-1398 después de la muerte del Profeta) en Marraquech. Se definió una orgánica, se celebraron en seis años ocho cumbres, se elaboraron 34 convenciones, llegando a establecerse una estrategia de desarrollo de lo más prometedor.

Pero el enfrentamiento entre Argelia y Marruecos por el asunto del Sáhara Occidental, llevó a la UMA a la vía muerta, a lo que también contribuyó la posición de Gadafi, decepcionado porque sus socios magrebíes no habían sido solidarios ante el embargo de Naciones Unidas.

En el momento actual, el «otro» vive momentos especiales por una serie de acontecimientos como, el levantamiento del embargo a Libia, la reelección del presidente Ben Alí, la elección del presidente Buteflika y la sucesión al trono de Marruecos de Mohamed VI. Es como si se pudiera volver a empezar. En este deshielo de la UMA está interesada la Unión Europea y Estados Unidos, a través de la Iniciativa Einzastadt. Los problemas son los mismos y siguen sin resolverse. Quizás la novedad sea la decisión de la República Islámica de Mauritania que, cansada de ser «ninguneada» por sus hermanos magrebíes y árabes, ha establecido relaciones plenas con el Estado de Israel.

La profesora Abumalham Maj ha abordado el tema de la religión como factor de convivencia en el Mediterráneo, para lo que divide la orilla sur, desde el punto de vista religioso, en tres partes: Magreb, Macrek Occidental o Norte y Macrek Oriental. Conviene señalar que las dos áreas periféricas son mucho más homogéneas y monolíticas que el área central donde, por razones múltiples, comparten el espacio diversas confesiones religiosas, con sus particularidades culturales, organización y formas de expresión religiosa.

El islam, como última religión revelada, viene a completar y esclarecer la revelación anterior, recogida del judaísmo y del cristianismo. Ésta es la razón por la que incorpora una serie de características dogmáticas como rituales, que lo acercan a ambas manifestaciones religiosas. Pensemos en el ayuno del Ramadán, de la Cuaresma y del Yom Kipur; la circuncisión; los personajes centrales del Primer y del Segundo Testamento compartidos. La coexistencia en el área mediterránea de las tres religiones monoteístas viene determinada por el gran poder de absorción del islam, que deja a las otras dos confesiones en situación de letargo o con una vida intracomunitaria.

Los países del Magreb son de mayoría musulmana suníes, aunque, durante más de un milenio, se establecieron en ellos numerosas comunidades judías, asimilándose cultural y lingüísticamente. En Mauritania se favoreció la reislamización, como método para contrarrestar las tensiones multiraciales, ya que la fe musulmana es una señal de identidad que favorece la cohesión.

Libia, o mejor dicho Gadafi, ha hecho su propia interpretación del islam, expuesta en el Libro Verde, en el que combina el Corán como base legal y el poder popular como decisorio, aunque en realidad, se trata de un régimen personalista y dictatorial.

En Túnez, el carácter laicista de Burguiba, determina una serie de modificaciones, de forma que implanta un procedimiento reformista de interpretación, llegando a lanzar una requisitoria contra las consecuencias sociales y económicas del ayuno del mes del Ramadán.

En Marruecos y en Argelia, a finales de los años setenta, se produjo una revitalización de los movimientos proislam, de carácter más o menos fundamentalista. En Marruecos, estos movimientos no consiguieron una presencia tan fuerte, ya que el país posee una muy amplia base social, que reside en pueblos y aldeas, con una práctica del islam muy tradicional y conservadora. En Argelia, estos movimientos se transformaron en partidos políticos, que pretendieron el poder, por procedimientos no muy ortodoxos, derivando hacia actividades terroristas que todavía convulsionan el país.

En los países del Magreb existen «cofradías», que son organizaciones en torno a una personalidad religiosa, a la que el fervor religioso concede el carácter de santo. En muchos casos estas cofradías han actuado como cauces para la contestación contra el poder colonialista y, posteriormente, contra el poder establecido después de la independencia. Este es el caso de la Senusiyya en Libia, en la que cristalizó la lucha contra los italianos, que después gobernó en Libia y que por último su oposición a Gadafi le supuso la prohibición y la persecución.

La impronta cultural del islam se manifiesta por la adopción de elementos de la propia cultura semita, a los que suman algunos de las culturas griega y persa, llegando a darles una islamidad clara, que los diferencia de sus orígenes primeros.

Otra diferencia con el cristianismo es que éste no posee una lengua de religión y las Iglesias cristianas, desde muy pronto, han escogido sus propias lenguas litúrgicas, en relación casi siempre con la lengua del pueblo. Por el contrario, el islam es la religión de los árabes y su lengua es el árabe, lengua en la que se produjo la Revelación y en la que se recogió la Escritura. Esto es tan fuerte, que muchos pueblos han adoptado el árabe, como lengua vernácula, al convertirse al islam y, sí conservan la suya, al menos han empleado, durante siglos, la grafía árabe para escribir lenguas que pertenecen a otros sistemas lingüísticos diferentes del árabe. Esta estrecha relación entre religión y lengua fomenta la confusión entre árabe y musulmán.

Con la desaparición del Califato, la desconexión entre el Estado propiamente dicho y la religión fue manifiesta, no en el sentido occidental de separación de Iglesia y Estado o en la concepción laica, sino en la no intervención de los hombres de religión en los asuntos de gobierno, aún cuando el Estado siga siendo confesional. Sin embargo, hay que señalar que los gobernantes han tenido especial cuidado en no herir sentimientos religiosos de los súbditos, ya que la fe de las masas está bastante arraigada en el pueblo y, convenientemente «agitada» por los clérigos, puede producir la revolución.

El profesor Cañete Roloso ha desarrollado el tema: «El factor económico: la clave de la estabilidad».

La Asociación Euromediterránea ha diseñado unas relaciones un tanto confusas, que no han conseguido eliminar ciertos recelos de los socios del sur del Mediterráneo, los cuales presentan, principalmente, tres tipos de quejas: la imposición de una agenda neoliberal; las rígidas imposiciones de la Unión Europea para reformar las economías y la dependencia del proyecto de las inversiones extranjeras, sobre las que hay fundadas dudas de que lleguen a materializarse.

La Asociación Euromediterránea tiene dos objetivos fundamentales: estimular el desarrollo económico del sur del Mediterráneo, bajo la hegemonía regional económica de la Unión Europea y reducir la amenaza de los flujos migratorios hacia el Norte. El proyecto tiene dos restricciones importantes: los intercambios de los productos agrícolas no están contemplados en los acuerdos, aunque algunos países como Marruecos y Túnez disfrutaban de ventajas comparativas en algunos productos, como los agrumos, aceite de oliva, legumbres y productos del mar para Marruecos.

La segunda restricción se refiere a la libre circulación de las personas, dándose la circunstancia de que, la actitud restrictiva europea se enfrenta con la demanda de los trabajadores, que realizan las tareas, que ya no quieren llevar a cabo los naturales, lo que provoca una emigración ilegal incontrolable.

El coste de la transición para las débiles economías de los Estados del sur del Mediterráneo —para la reestructuración de su industria y servicios— alcanzará, aproximadamente, los cinco billones de dólares para Marruecos y unos dos billones de dólares para Túnez, de los cuales el 80% tendrá que ser subvencionado por fuentes externas. Sin esta ayuda, el 60% de la base industrial de Marruecos será destruida y unas 2.000 compañías tunecinas tendrán que cerrar. Los inversores extranjeros, la realidad es que tienen poca confianza en la región por: la situación política; el alto coste de la fuerza laboral, lo que hace que los beneficios de la inversión sean bajos; la corrupción administrativa existente y los altos costes transaccionales.

La Unión Europea deberá, en breve, aportar mayores cantidades de ayuda al Magreb, si verdaderamente desea lograr un verdadero desarrollo económico en la zona. El conjunto del Magreb ha recibido una ayuda anual de 29 dólares per cápita, de los cuales el 63% proviene de Europa y, en concreto, el 9% de la Unión Europea, mientras que los tres países del Macrek —Egipto, Jordania e Israel— han recibido una media tres veces superior, aproximadamente 90 dólares anuales per cápita, procedentes esencialmente de Estados Unidos.

El profesor Cañete Rolloso estudia a continuación los efectos que causarán los Acuerdos de Libre Cambio en el crecimiento del déficit comercial, considerando que las posibilidades de corrección son limitadas. El desarme tarifario va a producir una fuerte presión en el equilibrio de las finanzas públicas, por la reducción de los ingresos aduaneros. Es precisamente esta disminución de ingresos, lo que hace más necesaria la compensación a través de la reforma de los sistemas fiscales.

La apertura de los mercados va a producir unos efectos contradictorios: una baja del sector productivo, incapaz de hacer frente a la competencia europea y, por otra parte, una reasignación de los factores productivos hacia el sector exportador, motivada por la bajada de los precios y del tipo de cambio.

El coronel Oliver Buhigas ha desarrollado el tema de: «La cooperación en el campo militar como factor de distensión y convivencia», partiendo de un estudio de las Fuerzas Armadas de los países de la orilla sur, desde antes de la independencia y su integración en los Ejércitos de las dos potencias colonizadoras, Francia y España.

En una primera parte se contempla la evolución de las relaciones de las Fuerzas Armadas de las nuevas naciones independientes y los Ejércitos de Francia y España, señalando el devenir de esta relación y los altibajos experimentados hasta el momento actual, en especial por el hecho de que los Estados de la orilla sur se alinearon en un campo u otro del diseño bipolar del mundo.

Las relaciones entre las Fuerzas Armadas de los países magrebíes han sido y son dispares, en razón del pugilato existente por alcanzar la primacía de la zona. Si en el caso argelo-marroquí las relaciones son de tensa calma, no ocurre lo mismo con los Ejércitos mauritano y tunecino, de entidad inferior a la de sus «hermanos» magrebíes. El caso de Libia es distinto, como también lo es su líder, especialmente en su nueva versión de Gadafi el Africano.

Con base en el Documento de Viena 1994, sobre «Medidas destinadas a fomentar la confianza y la seguridad sobre el desarme en Europa», el coronel Oliver Buhigas hace un intento para trasladarlas a las relaciones militares entre los Estados de las dos orillas del Mediterráneo, encontrándose con el problema de los recelos, la clásica desconfianza y el mal uso del secretismo, planteándose la necesidad de vencer estos problemas por medio de una transparencia y siempre de acuerdo con las características de las Fuerzas Armadas de los Estados del Sur. Pilar del régimen en Marruecos, depositario del poder en Argelia, símbolo del Estado en Túnez, medio de vida en Mauritania y objeto de la desconfianza del líder en Libia.

Las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas en las distintas partes del mundo, en la realización de operaciones de mantenimiento de la paz y en la ayuda humanitaria, pueden ser un campo en el que se promuevan las relaciones militares entre ambas orillas del Mediterráneo.

Como ocurre en otros campos, las relaciones militares se han contemplado por una serie de organizaciones como la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la Unión Europea, la Asociación Euromediterránea, la Unión Europea Occidental, la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa, las cuales no han escatimado reuniones, conferencias,

cumbres y diálogos, en los que han participado representantes de los Estados de las dos orillas, con la finalidad de lograr un clima de distensión, que permita el desarrollo de unas relaciones pacíficas y provechosas.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI

LA CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI

Por LEOPOLDO GARCÍA GARCÍA

Antecedentes y génesis

La emergencia de las instituciones supranacionales en Europa en las condiciones que resultaron de la Segunda Guerra Mundial y la terminación, generalmente turbulenta, de los lazos de estilo colonial entre los poderes europeos y la región mediterránea, así como el problema de cómo estructurar las relaciones en la nueva situación, empezaron a plantearse a finales de los años cincuenta.

La joven Comunidad Económica Europea (CEE) estaba dominada por Francia y no era una sorpresa que su orientación en la región estuviera inclinada hacia el Magreb, con acuerdos firmados con Marruecos y Túnez, a finales de los años sesenta. La ampliación de la CEE, con la entrada de Gran Bretaña y de otros países del norte de Europa, ayudó a extender el foco de atención hacia el este del Mediterráneo, con acuerdos firmados con Egipto, Jordania, Líbano, Siria, Turquía e Israel, durante los años setenta, que fueron contemplados como la «política mediterránea global» de la CEE. No obstante, todos estos acuerdos fueron bilaterales y, puramente económicos, cubriendo el acceso a los mercados europeos y la asistencia financiera.

Una serie de protocolos de cinco años, desde 1976 en adelante, dieron lugar a una cada vez más generosa asistencia económica a los socios

mediterráneos, pero la entrada en la CEE de Grecia en 1978 y de España y Portugal en 1986, significó que la perspectiva de incrementar el acceso de los productos agrícolas de los socios mediterráneos estaba efectivamente cortada. Mientras tanto, la CEE había empezado a avanzar hacia una política más coordinada hacia el problema árabe-israelí, más especialmente hacia la Declaración de Venecia de 1980, que también llevó a un creciente apoyo económico a los palestinos.

A finales de los años ochenta una serie de inquietantes desarrollos en el Magreb, pusieron de manifiesto la existencia de una serie de fallos en la política europea hacia el Mediterráneo. La combinación de una alta tasa de natalidad, las desastrosas políticas económicas, los problemas políticos, el crecimiento del fundamentalismo y de las actividades criminales, fueron llevando a los países implicados a una inestabilidad, que determinó que la Comisión Europea desarrollara, lo que se conoció como «política mediterránea renovada». La expresión concreta de esto fue un incremento de las finanzas en los cuartos protocolos financieros bilaterales, que vinieron en fuerza en el año 1992.

Entre los años 1945 y 1989 la escena internacional había estado dominada por la rivalidad de los dos bloques. Para Occidente, el enemigo era la Unión Soviética y sus aliados del Pacto de Varsovia y en función de la amenaza que presentaba este enemigo, perfectamente identificado, se determinaban las estrategias y las planificaciones militares de los países occidentales.

La caída del muro de Berlín, la descomposición del Imperio soviético y las conmociones geopolíticas que siguieron, pusieron fin al orden internacional que se había acordado en Yalta. La antigua amenaza desaparecía pero aparecían nuevos peligros. Por una parte, el hundimiento del antiguo orden geopolítico puso en tela de juicio unas fronteras que eran, por demás, artificiales. Por otra parte, el derrumbamiento de la ideología socialista creó un vacío ideológico en el que se precipitaron toda una serie de nacionalismos. Aparecieron unas tensiones internas que habían estado contenidas por unos regímenes autoritarios. En resumen, al final del equilibrio bipolar, en Europa se tuvo el sentimiento de que el mundo era más peligroso, más imprevisible, más irracional.

El paisaje geopolítico y estratégico de la Europa Occidental se vio conmocionado. En primer lugar, era necesario digerir la reunificación alemana, por el hecho de que, esta reunificación reforzaba el polo alemán en la Europa Central y en el seno de la GEE. Era necesario decidir entre dos

objetivos difícilmente conciliables: un desarrollo más profundo o una ampliación a otros países europeos. Era necesario administrar la fase intermedia, que separaba un «orden» ya acabado y un nuevo orden que había que construir. Y es en este momento cuando la construcción europea inicia una nueva fase de su desarrollo —Acta Única, Tratado de Maastricht, Unión Europea— y la nueva arquitectura europea se dota de un nuevo instrumento: la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC).

La CEE dirigió su acción diplomática hacia la Europa Oriental y Central, para ayudar a los antiguos miembros del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y del Pacto de Varsovia, para que se incorporaran a la democracia y a la economía de mercado. Esto suscitó los recelos de los países mediterráneos y del Tercer Mundo; que temían verse postergados por Europa, en lo referente a la cooperación y ayudas, en beneficio de los países del Este.

El mar Mediterráneo constituye una serie de apuestas decisivas para el porvenir de Europa: apuesta demográfica, económica, ecológica, político-militar y especialmente socio-cultural. Es cierto que este mar es un lazo de unión entre los países ribereños, un lugar de paso y de intercambios intensos, pero también es cierto, como señala Mohammed Arkoun, que es:

«Un espacio de divergencias irremediables, de identidades tenaces, de rechazos hereditarios, de guerras sangrientas y de pasiones destructoras.»

Es, al mismo tiempo, línea de contacto y zona de fricción.

Los países mediterráneos miembros de la Comunidad, entre ellos España, consideraron con cierta preocupación este nuevo panorama y recelaron de que, la previsible y futura adhesión de los países centroeuropeos, podría desplazar hacia ellos el centro de gravedad de la Unión Europea, en perjuicio de los meridionales. El día 2 de diciembre de 1989, el subdirector general de Política para el norte de África, en un artículo titulado «El Mediterráneo: un mar olvidado», afirmaba textualmente:

«Europa no tiene una política mediterránea. Lo único que posee es un ramillete de acuerdos comerciales, revisados tras la adhesión de España y Portugal, al que se han incorporado algunos elementos novedosos de cooperación, que siguen siendo considerados por los propios beneficiarios como claramente insuficientes.»

Ya en la Conferencia de Helsinki en 1974, Malta propuso la llamada *Mediterranean Dimension*, que sostenía que no podía haber seguridad en Europa, si no había seguridad en el Mediterráneo y viceversa.

Los intentos para promover la cooperación multilateral en la totalidad del Mediterráneo habían sido un completo fracaso. Uno de los primeros ejemplos de esto fue el Diálogo Euroislámico, realizado en 1974, poco tiempo después del embargo impuesto por los países árabes a los Estados europeos, sospechosos de apoyar a Israel. El objetivo de este diálogo, entre los miembros de la Liga Árabe y de la CEE, fue promover la cooperación política y económica entre los dos grupos de países. Se llegó a decidir una serie de proyectos concretos, pero el éxito de la iniciativa se puso en peligro por dos factores: el crecimiento de una atmósfera de disensión entre los Estados árabes, como resultado de los Acuerdos de Camp David y la falta de un verdadero compromiso político de parte de algunos países europeos.

La idea de un foro de los países del Mediterráneo Occidental, al parecer, fue lanzada en el año 1983, por François Mitterrand y su ministro de Asuntos Exteriores, Claude Cheysson.

El día 22 de diciembre de 1989, se reunieron en París los ministros de Asuntos Exteriores árabes y europeos y se tomó la decisión de separar las cuestiones técnicas —cooperación económica y cultural— de los temas políticos —problema palestino—, ya que este último impedía el acuerdo en otras cuestiones. Una segunda reunión, para adoptar las propuestas sobre la cooperación, que se presentó en Venecia, en el mes de octubre de 1990, fue pospuesta a causa de la guerra del Golfo. El Diálogo Euroislámico, a pesar del interés mostrado por ambas partes, nunca llegó a resultados concretos, víctima de la falta de ambición de sus participantes, de la falta de una definición clara de objetivos y de recursos, de la ausencia de convicción de las partes implicadas y todo ello envuelto en una serie de circunstancias políticas, que no eran las más propicias para mantener el diálogo.

España, Francia, Italia y Portugal, junto con los países de la Unión del Magreb Árabe (UMA), a los que se unió posteriormente Malta, constituyeron el Grupo llamado 5+5, que se institucionalizó en 1990, durante la reunión de Roma, con la finalidad de promover la «estabilidad y el desarrollo en el Mediterráneo Occidental y más particularmente en el Magreb».

En cuanto a la consideración de los temas de seguridad y de cooperación en el Mediterráneo, en un principio suscitaron vivas reservas. La idea fue lanzada en el mes de junio de 1990 por una serie de países como Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Chipre, Egipto, Malta, Siria, Yugoslavia y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y fue objeto de una propuesta de los ministros de Asuntos Exteriores de Italia y España, durante una reunión de la Conferencia de Seguridad y Cooperación para Europa (CSCE), celebrada en septiembre-octubre de 1990, en Palma de Mallorca. La idea, surgida en la CSCE, era crear una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM), que seguiría el modelo de la CSCE y que contemplaría los tres grandes capítulos —político, económico y social— de la Declaración de la capital finlandesa.

Mientras los lazos históricos y el nivel de desarrollo en Europa habían facilitado la convergencia Este-Oeste, el abismo que separaba las dos orillas del Mediterráneo en los niveles económico, social y cultural, era el principal obstáculo para el éxito de la CSCM. Se crearon dificultades por el hecho de que los conflictos en el Mediterráneo tienen una naturaleza compleja y específica, esencialmente étnica y religiosa, como en los casos de Palestina, Chipre y la antigua Yugoslavia. Estos problemas pueden explicar la reticencia de algunos miembros potenciales, particularmente Argelia y Francia, para aprovechar la idea de la CSCM.

La propuesta, en principio, fue bien acogida por muchos países y por el Parlamento Europeo (Informe Van der Brink, de 26 de marzo de 1991, sobre «El papel de Europa en relación con la seguridad en el Mediterráneo») pero no llegó a concretarse por la oposición angloamericana, la tibieza alemana, la lentitud en el Proceso de Paz árabe-israelí y el asunto Lockerbie. No obstante, la idea fue bien acogida por la Unión Interparlamentaria y del 15 al 20 de junio de 1992, se celebró en Málaga la I Conferencia Interparlamentaria, sobre la seguridad y la cooperación en el Mediterráneo, que reunió a parlamentarios de 15 países ribereños: Albania, Chipre, Egipto, España, Francia, Grecia, Italia, Libia, Siria, Malta, Marruecos, Mónaco, Túnez y Turquía más la OLP, a los que se unieron observadores de países y de organizaciones interesadas por la problemática mediterránea. Una II Conferencia Interparlamentaria se organizó en La Valetta, del 1 al 4 de noviembre del año 1995, y una tercera se ha celebrado en Palma de Mallorca, del 4 al 8 de marzo de 1999.

Egipto, no formaba parte del Grupo 5+5, y deseando reafirmar su vocación mediterránea («Mediterraneanism: A new Dimension in Egipt Foreing

Policy», en *Strategic Papers* número 27, marzo 1995; doctor Mohammád El-Sayed Selim) y para evitar el obstáculo libio, lanzó en noviembre de 1991 su propio proyecto, llamado «Foro de los Estados Mediterráneos». Hosni Mubarak convocó una primera reunión en Alejandría, en julio de 1994, a la que asistieron diez Estados mediterráneos: Argelia, Egipto, España, Francia, Grecia, Marruecos, Italia, Portugal, Túnez y Turquía. No se invitó a esta primera reunión ni a Israel, ni a Libia. Al primero por ser potencia ocupante y al segundo por los problemas que tenía con los países occidentales.

El proyecto de la Asociación Euromediterránea se empezó a precisar a partir de los años noventa. Se sentía la necesidad de elaborar un marco estratégico global en el Mediterráneo y prueba de ello era el amplio abanico de propuestas como, el Proyecto 5+5, el Foro de los Estados Mediterráneos y la Conferencia Interparlamentaria. Todas las propuestas dieron lugar a reuniones, que no llegaron a resultados concretos por diversas razones: el conflicto árabe-israelí; el embargo impuesto a Libia; las diferencias greco-turcas; la fragmentación de Yugoslavia; la crisis argelina, después de la anulación de las elecciones en enero de 1992

La Conferencia de Madrid en el mes de octubre de 1991, permitió levantar una hipoteca importante y llevó a los responsables europeos a considerar el apoyo al Proceso de Paz y a extenderlo al conjunto mediterráneo, con la finalidad de que no se crearan zonas de estabilidad diferente.

El Consejo de Europa, reunido en Lisboa, en su Declaración del 27 de junio de 1992, se limitó al Magreb, al que definió como una región geográfica, que presentaba «un interés común para la Unión», en materia de política exterior y de seguridad, que justificaba un «diálogo político bilateral» entre la Unión Europea y la UMA, pero haciendo múltiples referencias al conjunto de la cuenca mediterránea, que indicaban que se trataba de un proyecto que podía extenderse a toda la cuenca. Los problemas entre Libia y los países occidentales y, especialmente la crisis argelina, limitaron un tanto la voluntad de la CEE, quien olvidó al Magreb en su conjunto y se contentó con proponer conversaciones a Marruecos y Túnez, para establecer una zona de libre cambio.

España y sus socios mediterráneos estaban convencidos de la necesidad de establecer una política euromediterránea coherente y global. Se llegó a establecer un esquema general de lo que podía ser esta nueva política y cuyos elementos fundamentales eran:

- Instaurar una zona de libre comercio, el Foro Civil Euromed, que culminará hacia el año 2010.
- Duplicar la ayuda financiera prevista por la Unión Europea para el quinquenio 1995-1999.
- Aumentar la cooperación técnica, sobre la experiencia adquirida con los países del este de Europa.

En octubre de 1994, se sometió el proyecto a Alemania, con el fin de ser discutido en el Consejo Europeo de Essen y posteriormente desarrollado en una Conferencia Ministerial Euromediterránea. El día 19 de octubre de 1994, la Comisión emitió un comunicado al Consejo y al Parlamento, titulado: «Reforzamiento de la política mediterránea de la Comunidad Europea: establecimiento de una Asociación Euromediterránea». En esta comunicación, la Comisión estimaba que la creación de una zona euromediterránea de estabilidad política y de seguridad, no tenía ninguna oportunidad de realizarse, si no estaba acompañada, en el plano socioeconómico, con la creación progresiva de un espacio euromediterráneo de libre cambio.

En los sucesivos Consejos Europeos de Essen —diciembre de 1994— y Cannes —junio de 1995— la idea fue tomando cuerpo. En Essen se decidió que en el segundo semestre de 1995 y durante la Presidencia española del Consejo, se celebraría en Barcelona una conferencia ministerial, en la cual participarían los 15 miembros de la Unión Europea, con otros 12 mediterráneos: Argelia, Chipre, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Malta, Marruecos, Siria, Túnez, Turquía y la Autoridad Nacional Palestina.

La Declaración de Barcelona

La Conferencia Euromediterránea tuvo lugar en Barcelona, los días 27 y 28 de noviembre de 1995, culminando con la redacción de un documento, de carácter programático, denominado Declaración de Barcelona.

La estructura y control de la Declaración de Barcelona estuvieron influenciadas por una serie de factores. La geografía elegida confirmó la tendencia en la Unión Europea, que pensaba ir más allá de las relaciones tradicionales con los países del Magreb. La naturaleza de los acuerdos había sido ya anunciada por los acuerdos bilaterales, que abarcaban aspectos políticos, sociales y culturales. La idea de la zona de libre comercio tenía ya un precedente en el acuerdo que recientemente se había negociado con los Estados del Consejo de Cooperación del Golfo. A los conceptos

de derechos humanos, buen gobierno y democracia, se les había dado un énfasis creciente en las relaciones internacionales en los años precedentes, en las relaciones de la Unión Europea con otros grupos de países, como en los renovados Acuerdos de Lomé, con los Estados del África Central. La Comisión no era muy partidaria de adoptar una postura intransigente en este aspecto, pero, tanto el Parlamento, como algún Estado del Norte, miembro de la Unión Europea, fueron los fuertes defensores.

Los aspectos políticos y de seguridad del Acuerdo debían algo, tanto al modelo CSCE-Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), como a los esfuerzos previos de unos grupos restrictivos, a ambos lados del Mediterráneo, para establecer el diálogo sobre dichos temas. La disposición del Tratado de Maastricht, relativa al desarrollo de una PESC por parte de la Unión Europea, fue también un factor que alentó la cobertura de estos temas. La Unión Europea tenía claro que el diálogo político no se debería convertir en el foro para dirigir el Proceso de Paz en Oriente Medio (PPOM) u otros temas políticos regionales.

La redacción detallada y la negociación del Acuerdo con los socios mediterráneos fueron el trabajo de la Comisión y de las Presidencias francesa y española. Los socios mediterráneos, en realidad tenían pocos problemas con las amplias líneas de aproximación planteadas por la Unión Europea. Temas relativos a la zona de libre comercio, la deuda y el eventual acceso agrícola, fueron modificados en las disposiciones económicas del borrador. Siria y Líbano mostraron su preocupación por el compromiso de Israel en el Proceso de Paz, pero al final no hicieron de esto un punto de fricción, aunque presionaron para introducir cambios en el trabajo, relativos al Proceso de Paz, la autodeterminación y el terrorismo. Marruecos deseaba tener un reconocimiento especial por su relación con la Unión Europea. Egipto, preocupado por la capacidad nuclear de Israel, buscó referencias al Tratado de No-Proliferación. Los países del Magreb mostraron su preocupación por los temas sociales, el principio de libre circulación de las personas y la readmisión de los inmigrantes ilegales.

En general, los socios árabes mediterráneos se quejaron de la importancia de «los valores occidentales» en el borrador del Acuerdo, tales como las cláusulas relativas a los derechos humanos, democracia y sociedad civil. A pesar de estas preocupaciones, la idea básica del texto de la Unión Europea permaneció fundamentalmente sin cambios. El borrador del Acuerdo fue adoptado por los 15 Estados de la Unión Europea y sus 12 socios mediterráneos, incluyendo a la Autoridad Nacional Palestina y

excluyendo a Libia, a causa de las sanciones de Naciones Unidas, en Barcelona, el 28 de noviembre de 1995, exactamente 900 años después de que fuera organizada la I Cruzada, un acontecimiento, cuyas consecuencias todavía persiguen las relaciones euromediterráneas.

La Declaración tiene tres capítulos importantes, relativos a los aspectos político y de seguridad, económico-financiero y socio-cultural y humano. En cada apartado hay una declaración previa de principios y unas propuestas concretas de actuación, terminando la Declaración con un programa de trabajo, relativo a las actividades a realizar.

La colaboración en los aspectos político y de seguridad, en lo relativo a los principios, se reafirma en el propósito de actuar de acuerdo con la Carta de Naciones Unidas y con la Declaración Universal de los Derechos Humanos; de desarrollar el Estado de Derecho y la democracia, reconociendo a cada miembro el derecho de elegir y articular libremente sus propios sistemas políticos; de respetar los derechos humanos y la garantía del ejercicio efectivo y legítimo de estos derechos y libertades, incluidas las de expresión, de asociación con fines pacíficos y las libertades de pensamiento, conciencia y religión, sin discriminación alguna por motivos de raza, nacionalidad, lengua, religión o sexo.

Las partes consideran favorablemente los intercambios de información sobre cuestiones relativas a los derechos humanos, a las libertades fundamentales, al racismo y a la xenofobia. Se comprometen al recíproco respeto a su igualdad soberana, así como de todos los derechos inherentes a su soberanía y al cumplimiento, de buena fe, con sus obligaciones asumidas de acuerdo con el Derecho Internacional, a respetar la igualdad de derechos de los pueblos y su derecho a la autodeterminación, actuando siempre de conformidad con los propósitos y principios de la Carta de Naciones Unidas, a abstenerse de cualquier intervención directa e indirecta en los asuntos internos de los demás socios, a resolver sus diferencias por la vía pacífica, a abstenerse de recurrir a la amenaza o a la utilización de la fuerza en contra de la integridad territorial de los otros participantes, a consolidar la cooperación para prevenir y combatir el terrorismo, la delincuencia organizada y la droga y, por último, a promover la seguridad regional mediante la actuación en pro de la no-proliferación de las armas nucleares, químicas y biológicas.

Las partes se comprometen a no dotarse de una capacidad militar superior a sus necesidades de legítima de defensa, a fomentar las condiciones propicias para establecer entre sí relaciones de buena vecindad y apoyar

los procesos dirigidos a lograr la estabilidad, la seguridad y la prosperidad, así como la cooperación regional y subregional.

Por último, los Estados firmantes se comprometen a estudiar las medidas de confianza y seguridad, que podrían ser adoptadas entre las partes para crear un «espacio de paz y estabilidad en el Mediterráneo», incluida la posibilidad a largo plazo, de instaurar un Pacto Euromediterráneo a ese fin. No obstante lo anterior, posteriormente se cambió la denominación Pacto Euromediterráneo por la expresión Carta para la Paz y la Estabilidad, a propuesta de los países árabes participantes, para los que la palabra «pacto» tenía connotaciones muy negativas.

A señalar que la Liga Árabe se consideró injustamente tratada, porque los miembros no mediterráneos de la Liga no fueron invitados, mientras que participaron todos los miembros de la Unión Europea, aunque algunos de ellos estuvieran más apartados del Mediterráneo, de lo que están Arabia Saudí o Qatar. Estados Unidos, por su parte, demostró una cierta reticencia, preocupados por mantenerse como los únicos directores del proceso árabe-israelí y mantener que las negociaciones bilaterales constituían el único marco de los contactos árabe-israelí.

El principal objetivo de la colaboración económica y financiera es la creación de una zona de prosperidad compartida y para ello en la Conferencia de Barcelona se fijaron los siguientes objetivos, a largo plazo: aumento del ritmo de desarrollo socio-económico, mejora de las condiciones de vida de sus poblaciones, aumento del nivel de empleo, reducción de las disparidades de desarrollo en la región euromediterránea y fomento de la cooperación y la integración regionales.

Para alcanzar estos objetivos, los participantes acuerdan establecer una colaboración económica y financiera que, teniendo en cuenta los diferentes grados de desarrollo, esté basada en: el establecimiento de una zona de libre comercio, la instrumentación de la adecuada cooperación y actuación concertada en el plano económico en los ámbitos correspondientes y un aumento sustancial de la asistencia financiera de la Unión Europea a sus asociados. En relación con el establecimiento de la zona de libre comercio, se fijó como objetivo el año 2010, para lo cual se eliminarán progresivamente las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio de productos manufacturados, se liberalizará el comercio de productos agrarios, así como los intercambios en el sector de los servicios. Para facilitar la progresiva creación de esta zona de libre comercio, los participantes deciden la adopción de medidas adecuadas en materia

de normas de origen, certificación, protección de los derechos de propiedad industrial e intelectual y de competencia; el mantenimiento y el desarrollo de políticas fundadas en los principios de la economía de mercado y en la integración de sus economías; la adaptación y la modernización de las estructuras económicas y sociales, dando prioridad a la promoción y desarrollo del sector privado, a la mejora del sector productivo y al establecimiento de un marco institucional y normativo adecuado para una economía de mercado. Por último, se fomenta el establecimiento de mecanismos que permitan intensificar la transferencia de tecnología.

Los elementos esenciales de este proceso son los acuerdos bilaterales de asociación entre la Unión Europea y los socios individuales. Para ayudar a los socios a prepararse en su competición con la Unión Europea, se estableció un Programa conocido como MEDA, para apoyar la reestructuración económica, incluyendo la modernización de la infraestructura y las medidas de liberación y privatización. El 90% del MEDA es para la asistencia bilateral, de acuerdo con las propuestas presentadas, más que a través de asignaciones puramente nacionales. El importe liberado por la Unión Europea para la región, para el periodo 1995-1999 fue de 4.685 billones de euros, cerca de un billón menos que la cifra originalmente propuesta por la Comisión, a causa de la insistencia alemana y británica de rebajar el presupuesto. No obstante, el Banco Europeo de Inversiones (BEI) liberó otros 4,5 billones de euros para la región, durante el mismo periodo, más la ayuda de los programas bilaterales individuales de los países de la Unión Europea a la región, que son en algunos casos bastante considerables.

Los participantes convienen en establecer una colaboración en los ámbitos social, cultural y humano, para lo cual: confirman que el diálogo y el respeto entre las culturas y religiones son una condición necesaria para el acercamiento de los pueblos; insisten en el carácter esencial del desarrollo de los recursos humanos, tanto en lo relativo a la educación y a la formación de los jóvenes, como en el ámbito de la cultura; destacan la importancia del sector sanitario; reconocen la importancia del desarrollo social; reconocen el papel fundamental que puede desempeñar la sociedad civil en el proceso de desarrollo de la colaboración euromediterránea y también como factor esencial para una mayor comprensión y acercamiento entre los pueblos. Por consiguiente, acuerdan fortalecer o crear los instrumentos necesarios para una cooperación descentralizada, que favorezca los intercambios entre los agentes del desarrollo en el marco de las legislaciones nacionales; los responsables de la sociedad civil y polí-

tica, del mundo cultural y religioso, de las universidades, de la investigación, de los medios de comunicación, de las asociaciones, los sindicatos y las empresas pública y privada. Se reconoce la importancia del contacto entre los jóvenes. Se decide asimismo forjar una mayor cooperación para reducir las presiones migratorias, a través de programas de formación profesional y de ayuda a la creación de empleo. Se decide incrementar la cooperación en la lucha contra el terrorismo, la delincuencia internacional y la corrupción, la droga, el racismo, la intolerancia y la xenofobia.

La puesta en práctica del ambicioso programa diseñado en Barcelona y la vigilancia de su cumplimiento determinaron la creación de diversos organismos:

- La Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores, que deberá reunirse periódicamente. Hasta el momento, además de Barcelona, se han celebrado reuniones en Malta (1997) y Stuttgart (1999), además de la de Palermo (1998), esta última con carácter de conferencia intermedia de revisión y de puesta al día. La próxima conferencia se celebrará en el segundo semestre del año 2000, bajo la Presidencia francesa e irá precedida de otra informal bajo Presidencia portuguesa.
- Las conferencias sectoriales de ministros, que se reúnen sin periodicidad fija, pero no tiene lugar más de dos por cada Presidencia. Hasta el momento se han celebrado sobre industria, gestión de agua, energía, turismo, patrimonio cultural y medio ambiente.
- El Comité de Barcelona, compuesto por un representante de cada uno de los 27 países, se reúne periódicamente en Bruselas, para analizar la situación, preparar las reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores, actualizar el programa de trabajo y examinar los proyectos que se presentan, así como la evolución del Proceso de Barcelona.
- El Grupo de Altos Funcionarios Políticos, encargado de estudiar los medios y métodos apropiados para llevar a la práctica los principios de la Declaración de Barcelona y presentar propuestas para las reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores.

Desarrollo del Proceso de Barcelona

A mediados del año 1996, la Comisión Europea promulgó el Reglamento MEDA, que regulaba la distribución y adjudicación de los fondos de la Unión Europea, destinados a los diversos programas del Foro Civil Euromed.

El Documento de Barcelona, sin ocultar sus defectos, hay que reconocer que reúne una serie de factores positivos, para desarrollar las posibilidades de cooperación entre la Unión Europea y un grupo bastante heterogéneo de países. En el periodo que inmediatamente siguió, la comparación entre los desarrollos políticos acordados y la realidad práctica, llevó algunos observadores a pensar que el Proceso había nacido muerto.

En el área política y de seguridad, el ya ambicioso objetivo de promover el diálogo y de construir la asociación con países que estaban oficialmente en guerra, se agravó por la elección de un nuevo Gobierno en Israel, en mayo de 1996, que estaba, al menos era lo que se decía, muy poco dispuesto a la realización de los compromisos firmados por su predecesor en el Acuerdo de Oslo. Todas las iniciativas presentadas por la Unión Europea, relativas a seguridad, medidas de confianza o inicio de borrador del Pacto de Estabilidad, fueron vetadas por sirios y libaneses, incluso aunque algunos otros socios árabes estaban dispuestos a considerarlas. La Unión Europea tuvo que recurrir a hacer unas propuestas de naturaleza puramente cosmética para mantener cualquier simulacro de actividad en esta área. La posibilidad de desarrollar un diálogo más amplio estaba también limitado por las divergencias internas de la Unión Europea sobre los principales temas regionales, tales como Libia, Argelia e Irak. Por otra parte, los socios mediterráneos, ante todo los árabes, se mostraron recelosos de los propósitos de los países del sur de la Unión Europea, que habían organizado Fuerza Conjunta Terrestre de Reacción Rápida (Eurofor) y Fuerza Marítima Europea (Euromarfor). Una sucesión de Presidencias de la Unión Europea, a cargo de países del norte europeo, incluyendo pequeños Estados, con limitados o ningunos intereses en el Mediterráneo, alimentaron la idea de una falta de compromiso, a la frustración de los países del sur de la Unión Europea, así como a la de los socios mediterráneos.

El aumento de las provisiones económicas de la Declaración de Barcelona debería haber dado un impulso, pero en este capítulo también hubo problemas. Solamente Túnez y Marruecos tenían cerrados sus Acuerdos en febrero de 1996, pero la mayor parte de los otros socios solamente habían iniciado o incluso no habían iniciado las negociaciones con la Unión Europea. Las causas hay que buscarlas en las dos partes. Algunos de los socios tenían una serie de obligaciones económicas, que limitaban su libertad de acción. La Unión Europea, por su parte, no siempre prestó ayudas a la negociación, a causa de que algunos países miembros habían concedido prioridad a sus *lobbies* agrícolas. A primeros del año 1997,

muy poca ayuda MEDA había sido desembolsada, añadiendo un sentimiento creciente de desilusión.

Sin duda fue en el tercer capítulo, en el que se demostró una mayor actividad. Dada la amplitud del campo de acción, no fue una sorpresa el hecho de que hubiera una falta de centrado y de priorización. Hubo buena intención en las propuestas y hasta algo de manga ancha para aquellos países y organizaciones que deseaban fondos de la Unión Europea para proyectos domésticos. Algunos de los socios mediterráneos no fueron muy felices con las actividades de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) europeas. El establecimiento de una red, no oficial, controlando Barcelona Derechos Humanos, basada en Copenhague les produjo considerable inquietud.

Por todo lo expuesto no fue una sorpresa que las reuniones de las dos organizaciones de dirigentes, establecidas para vigilar la realización de la Declaración de Barcelona, no pasaran de tener un carácter formalista, lo que daba la impresión de que el proceso no había dejado la rampa de lanzamiento. En estas circunstancias, la I Conferencia Ministerial de Revisión, prevista para la primavera de 1997, fue vista por muchos como una oportunidad de reconducir los temas.

La Conferencia de La Valetta

En abril del año 1997, se celebró la Conferencia Ministerial en La Valetta, siguiendo el ritmo establecido en Barcelona y alternando los países de la Unión Europea y de los países no miembros. Aunque en principio se habían ofrecido Túnez y Marruecos como sedes, hubo de modificarse ante la negativa de Siria y Líbano a encontrarse con Israel en un país árabe.

Esta fue una Conferencia difícil ya que se habían interrumpido las negociaciones sirio-israelíes y el nuevo Gobierno israelí le había dado un nuevo giro a las negociaciones palestinas.

La Presidencia holandesa de la Unión Europea, que era la responsable de la organización y de la Presidencia de la reunión, pensó que había recibido las suficientes garantías de los países árabes, de que no plantearían la inclusión de los términos controvertidos en el PPOM, en las conclusiones de la reunión que habían sido preparadas de antemano. No obstante, cuando empezaron las reuniones, quedó bien claro que esta seguridad no

sería mantenida. Los países árabes más radicales, principalmente Siria, buscaron modificar los elementos del borrador de resolución final de la Conferencia, relativos a los derechos humanos, condonación de la deuda y terrorismo.

En el primer lugar de la agenda estaba la aprobación, o al menos la elaboración, de una Carta de Seguridad, que pondría los fundamentos para la resolución pacífica de las situaciones de crisis y los conflictos en el área mediterránea. Una Carta así permitiría a los socios identificar los factores de fricción y de tensión en el área euromediterránea y realizar una valoración, de cómo tales puntos de desestabilización pueden ser manejados.

En la Declaración de Malta se indica que muy poco progreso se ha registrado para adelantar la realización de una aspiración semejante:

«Los participantes toman nota del trabajo de los altos funcionarios en la Carta por la Paz y la Estabilidad en la región euromediterránea y les dan instrucciones para continuar el trabajo preparatorio, tomando debida cuenta de los documentos intercambiados para someter un texto acordado a una futura reunión ministerial, cuando las circunstancias políticas lo permitan.»

La frase anterior es lo suficientemente clara como para indicar la falta de progreso para establecer un acuerdo de seguridad, pero incluso hay que señalar que no se había elaborado un programa específico, que permitiera definir un paquete de medidas de confianza, a corto, medio y largo plazo, que crearan la atmósfera adecuada, en la que pudiera desarrollarse una Carta semejante.

Como si lo anteriormente reseñado no fueran suficientes problemas, el ministro holandés de Asuntos Exteriores, Van Mierlo, sin consultar con nadie, pirateó la Conferencia en un intento de reunir a Yaser Arafat y al ministro israelí de Asuntos Exteriores, David Leví.

Esta acción, que no produjo resultados positivos, solamente sirvió para aumentar la atención sobre el tema árabe-israelí, en perjuicio de los temas propios de la Declaración de Barcelona, provocando la irritación de los otros países de la Unión Europea y de los socios mediterráneos más moderados.

Al final se demostró que era imposible ponerse de acuerdo sobre el borrador de conclusiones, antes del final de la reunión y los altos funcionarios se vieron obligados a reunirse en Bruselas, a primeros del mes de mayo, para poner remedio y juntos redactar un texto, cuyo contenido tuviera

muy poca relación con la realidad de lo que se había discutido, o más bien de lo que no se había discutido, en Malta. El texto incluía «huecas» declaraciones, tales como:

«El progreso sustancial que se había alcanzado en el desarrollo de la Asociación desde su establecimiento...»

La impresión general era que el proceso estaba en apuros.

La reunión de Malta puso de manifiesto, después de dieciséis meses desde el lanzamiento del proceso euromediterráneo, que los objetivos no se podrían alcanzar sin que se establecieran unos planes de trabajo, más centrados y más orientados a corto plazo. Los objetivos previstos en la Declaración de Barcelona requerían, para ser alcanzados, un mayor compromiso de los países socios, los cuales debían buscar la integración vertical, pero sin olvidar, y esto especialmente para los países de la orilla sur, la integración a nivel horizontal. La importancia que la Unión Europea le concedía a la orilla sur del Mediterráneo en su política exterior, con el tiempo podría desencadenar la atención de Estados Unidos. Por último conviene señalar que fue el intento de ligar el Proceso de Barcelona y el PPOM, lo que motivó que la Conferencia se levantara sin haber alcanzado conclusiones, que se lograron posteriormente por la medio de la «diplomacia del fax».

La Conferencia de Palermo

Después de la Conferencia de Malta, se tuvo conciencia, de una forma general, de que el Proceso de Barcelona estaba sufriendo una falta de difusión, de forma que su conocimiento se había quedado a nivel de ciertas elites políticas. Por otra parte, habían aparecido una serie de problemas de procedimiento. Los países árabes boicoteaban la presencia israelí cuando las reuniones se celebraban sobre tierra árabe, llegando incluso a la cancelación, como ocurrió con una conferencia industrial en Marruecos en el otoño de 1997. En otras ocasiones, los países árabes se reunían sin comunicárselo a Israel. Había también disensiones entre los países de la Unión Europea, como por ejemplo, la legitimidad de utilizar los Fondos MEDA para ciertas medidas de confianza o la implicación de la Unión Europea Occidental (UEO) en aquellas medidas de confianza, que tenían una dimensión defensiva. La falta de una adecuada coordinación entre la plétora de iniciativas sectoriales y la arcaica dirección del Comité Euromed, agravada por la estructura dispersa de poder de la Comisión, empezó también a causar problemas.

Las tres Presidencias consecutivas de la Unión Europea por parte de países del Sur, entre enero de 1995 y diciembre de 1996, fueron seguidas por las de Irlanda, Luxemburgo y Holanda, que tuvieron su centro de interés fuera del Mediterráneo. Gran Bretaña tenía el deseo de utilizar su Presidencia para corregir la impresión de que, la Unión Europea había empezado a desatender el Proceso de Barcelona, así como para apuntarse algún tanto, como país del Norte, en la política mediterránea de la Unión Europea. Por otra parte la Presidencia británica fue vista como particularmente deseable, debido a la apertura del proceso de acceso para los aspirantes del centro y del este europeo, para 1998, acontecimiento que aumentaba los temores de los socios mediterráneos, de que iban a ser postergados por la Unión Europea.

La situación era comprometida cuando en el Foreign Office empezó a prepararse la Presidencia británica de la Unión Europea, en la primera mitad de 1998. Parecía aconsejable una intervención para limitar los daños de Malta, pero Gran Bretaña no se había manifestado, particularmente activa en el desarrollo del Proceso de Barcelona, excepto en la revisión de los temas presupuestarios y, en lo relativo al comercio privado y a las inversiones. Había considerado mucho más cómodo dejar el control a los socios del sur de la Unión Europea, como Francia, Italia y España.

Cuando, como consecuencia de la Conferencia de Malta, se empezó a hablar de organizar una reunión ministerial especial para mejorar el proceso, los británicos se mostraron precavidos. La reunión representaba un cierto riesgo y ofrecía pocas ventajas y si se producía un fracaso, podía ser el final para las perspectivas del proceso. No obstante, la presión ejercida por los miembros del «Club Medi» —término no exento de cierto desprecio, con el que se designa a los Estados del sur de la Unión Europea, por parte de los Estados del Norte— y por algunos de los socios mediterráneos, hizo que los británicos propusieran una breve reunión en Bruselas, al margen de una Conferencia regular de los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión Europea. En esta situación intervino el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Lamberto Dini, quien convenció a su colega británico Robin Cook, y para hacer algo más ofreció una sede italiana, como el lugar más indicado. El Foreign Office aceptó lo que ya era inevitable y se dedicó a preparar el acontecimiento, de forma que fuera un éxito.

La Presidencia británica, en principio, fijó unas reglas, que juzgó necesarias, para mejorar las perspectivas y asegurar el éxito de la reunión. Entre

estas reglas hay que citar: el estado del PPOM debía ser aireado, pero evitando por completo que se convirtiera en la «estrella» de la Conferencia; los temas «difíciles» para ambas partes, tales como el terrorismo, los derechos humanos, la democracia, la emigración y la deuda tenían que ser estudiados adecuadamente; habría más apertura sobre el Programa MEDA y se estudiaría una mejor distribución; el escenario de la reunión tenía que ser informal y no se deberían negociar las conclusiones; se consideraba necesaria una meticulosa preparación, tanto con los socios mediterráneos, como con los miembros de la Unión Europea.

A pesar de los preparativos, no era evidente que la Presidencia británica fuera a tener éxito. El PPOM estaba afectado por una parálisis y aumentaba la resistencia árabe para normalizar sus relaciones con Israel, dentro de la organización de Barcelona. Hubo muchas conversaciones de «contaminación» del Proceso de Barcelona por parte del PPOM e, incluso, un intento de boicoteo de la reunión, por parte de los socios árabes más radicales. Pero, la experiencia de Malta fue suficiente para evitar una repetición y, la mayoría de los participantes estuvieron de acuerdo, en dar un nuevo impulso al Proceso de Barcelona. Lo que se denominó Reunión Ministerial Euromediterránea *Ad Hoc*, tuvo lugar en Palermo los días 3 y 4 de junio de 1998.

La Presidencia británica vio su cometido agravado por la delicada situación por la que pasó el PPOM. Mientras Israel deliberaba sobre las propuestas de Estados Unidos para romper la parálisis, sobre el redespigüe y la seguridad, la Presidencia británica se esforzó en mantener la separación formal entre el PPOM y el Proceso de Barcelona. Ante la falta de flexibilidad de Netanyahu, los Estados árabes exigieron precisamente lo contrario, indicando a la Unión Europea, que había una necesidad urgente para utilizar los beneficios económicos y las sanciones disponibles en el Proceso de Barcelona, para aumentar la presión sobre Israel. La Unión Europea, bajo la Presidencia británica continuó declinando todo intento de enlazar los retrasos en el PPOM con el acuerdo de asociación Unión Europea-Israel.

Otro tema al que tuvo que hacer frente la Presidencia británica fue el de Turquía. Las conclusiones de la Cumbre de Luxemburgo habían apartado a Turquía de los Estados aspirantes al ingreso en la Unión Europea. La esperanza británica era utilizar un nuevo foro —en marzo de 1998 en Londres— para incluir en un paquete a Turquía junto con los países del este de Europa pero, la negativa turca a esperar, produjo una gran decepción

en la Presidencia británica, aumentada por las acusaciones turcas de que las conclusiones de la Conferencia de Luxemburgo, no habían hecho más que poner de manifiesto, la islamofobia de fondo de los Estados miembros de la Unión Europea. El tema se trató de arreglar en la Cumbre de Cardiff, en la que se dio a Turquía el estatuto de candidato a miembro de la Unión Europea. A esto se añadió la concesión de un Fondo MEDA adicional, para burlar el bloqueo griego sobre las monedas de la Unión de Aduanas, aunque esto no provocó la menor gratitud de Turquía.

Otro problema, no menos importante, que le correspondió a la Presidencia británica fue la coordinación de una respuesta de la Unión Europea, en diciembre de 1997, a las matanzas en Argelia. La Unión Europea —especialmente Francia y Gran Bretaña— no eran muy partidarios de prestar apoyo a Argelia en la lucha antiterrorista y el «Club Medi» temía que la violencia desencadenara una emigración hacia el sur de Europa. Gran Bretaña tuvo que jugar el papel de mediador entre la postura alemana, partidaria de una reacción de la Unión Europea de perfil alto y la tradicional prudencia francesa sobre los sucesos argelinos. Al final se consiguió que Argelia admitiera la visita de la *troika* comunitaria —pero a nivel de secretarios de Estado, lo cual sentó muy mal en Argel, que lo consideró como una afrenta— que realizó un recorrido «guiado» de carácter más o menos simbólico, al término del cual emitió un informe, en el que se expresaba que no había evidencias sobre la colusión del Gobierno argelino en las matanzas. Argelia se hizo fuerte en su insistencia de no «injerencia» y rechazó la asistencia humanitaria. Otras razones —el varapalo sufrido en la LIV Sesión sobre los Derechos Humanos en Ginebra y especialmente por el embajador británico y algunas ONG—, fueron las que motivaron la decisión argelina de admitir la visita de una delegación de Naciones Unidas, presidida por Mario Soares, a finales de julio y primeros de agosto de 1998.

El espíritu práctico de vincular el progreso sobre los acuerdos de asociación con las seguridades sobre los derechos humanos fue disminuyendo, hasta el punto de que no hubo progresos sobre las cláusulas de derechos humanos, readmisión y derechos de los trabajadores emigrantes. Egipto, en concreto, presentaba objeciones al hecho de que faltaban referencias a los derechos humanos en el acuerdo Unión Europea-Israel, lo que en opinión árabe era una muestra palpable del «doble rasero» de la Unión Europea. Ésta por su parte se defendía señalando que, el acuerdo con Israel había sido concluido antes de que la cláusula estándar de los derechos humanos hubiera sido redactada y acordada en el año 1995.

El tema de la readmisión de refugiados en los Estados de la Unión Europea, fue impulsado por una propuesta egipcia, aunque la cuestión de si esto incluiría a los nacionales palestinos fue motivo de fricción. Líbano, en particular, ejerció presión sobre la Unión Europea, para que se ofreciera la totalidad de los derechos sociales a los emigrantes, moviéndose entre los Estados de la Unión Europea. La Presidencia británica buscó hacer una contribución a los temas de los derechos humanos y de la democratización, por medio de la convocatoria de una conferencia en Wilton Park, en el mes de mayo de 1998, que tuvo la característica de que reunió, por primera vez bajo la sombrilla del Proceso de Barcelona, a las representaciones oficiales y a las ONG. Las representaciones de los Estados de la Unión Europea fueron condescendientes y sostuvieron que se podía mantener un diálogo sobre los derechos humanos, sin necesidad de poner a los Estados en el banquillo de los acusados. Las representaciones de los socios mediterráneos fueron, por el contrario, más enérgicas y plantearon sus quejas sobre la política de la Unión Europea, a saber: su insuficiente atención a los derechos económicos y sociales; su aparente deseo de imponer unos criterios que no reconocen las «especificidades» islámicas; la adopción de «dobles» normas; y su fracaso para tratar los temas del racismo antimusulmán y los derechos de los emigrantes. La Conferencia dio la sensación de que el Proceso de Barcelona había fracasado en su movimiento de pasar de las generalidades, a los temas específicos sobre los derechos humanos y la democracia.

Durante la Presidencia británica se hicieron unos progresos limitados en el tema de la propuesta de Carta de Seguridad y su plan de acción. Las medidas de confianza fueron rebautizadas como «medidas de asociación», un término menos desagradable para varios socios mediterráneos. Se hicieron algunas consideraciones sobre la tanto tiempo retrasada Red para Crisis y Administración de Desastres. La Presidencia británica se centró sobre el objetivo de completar el Registro de Acuerdos y realizó algunos progresos sobre la recopilación de intercambio de información sobre la adhesión de los socios, a los instrumentos relativos al control de armamento, terrorismo y asistencia humanitaria. Todo sujeto y conexo al Proceso de Paz entre Israel y los Estados árabes.

No hubo acciones para incorporar a la Carta Iniciativas de Confianza, tales como las medidas de prevención de conflictos, normas de buena vecindad, fuerzas conjuntas de mantenimiento de la paz, medidas conjuntas de control de armamento o el establecimiento de mecanismos euromediterráneos de mediación.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en la primera mitad del año 1998, empujaron a la primera página de la agenda de Barcelona los temas del terrorismo. La competencia extremadamente limitada de la Unión Europea —incluso a nivel intergubernamental— sobre el terrorismo complicaba la búsqueda de una respuesta europea creativa a las inquietudes, especialmente argelinas. La detención en Londres, en el mes de mayo, de ocho presuntos terroristas islamistas, facilitó la tarea de la Presidencia británica en la preparación de la reunión de Palermo y lavó la imagen de un país, que había sido fuertemente criticado por los socios mediterráneos por haber acogido a disidentes. La Presidencia británica —que dos meses después de finalizar su mandato redactó una nueva legislación antiterrorista— coordinó las ideas de los Estados miembros, para determinar las contribuciones de la Unión Europea en su lucha contra el terrorismo, a saber: reuniones a nivel de la «sociedad civil» (academias y ONG); encargo de realizar un trabajo conjunto euromediterráneo, a nivel oficial, con la esperanza de llegar a un lenguaje común; definición de temas para ser tratados.

La principal iniciativa de la Presidencia británica, en la esfera económica, fue el mantenimiento de la conferencia de los capitales en Londres, a finales de marzo de 1998, presidida conjuntamente por el Banco Mundial (BM) y el BEI. Se organizó un programa lo suficientemente despolitizado, de modo que se pudieran desarrollar una serie de conversaciones, basadas en los detalles técnicos sobre las formas en que los mercados mediterráneos de capitales necesitaban desarrollarse. Los representantes de los socios mediterráneos fueron de la opinión de que, el crecimiento económico sostenible requeriría un cambio en las estructuras institucionales de gobierno y en la administración política. Una particular importancia se concedió a la organización reguladora que gobernaba los bancos comerciales, a la provisión de hipotecas y a los instrumentos de la deuda.

No obstante, de forma inevitable, la Conferencia no escapó completamente a la tendencia de ser utilizada por los representantes oficiales, como un foro para la promoción de cada país, contra las otras economías mediterráneas, ante los posibles inversores. No se pudo prever la crisis asiática y las interpretaciones diferían un tanto. Para la Unión Europea, la principal lección que se podía obtener de los acontecimientos en el Extremo Oriente era que, la modernización económica tenía que ser acompañada por una más grande transparencia en las estructuras de gobierno. Los socios mediterráneos sostenían que la crisis había demostrado los peligros de la liberalización, en ausencia de una asistencia más generosa, que permitiera desarrollar las economías.

El principal objetivo de Gran Bretaña fue utilizar su Presidencia, para hacer un significativo progreso, en aquellos acuerdos de asociación, todavía no concluidos. No obstante, conviene señalar que no llegó a obtener más soluciones de compromiso sobre los temas pendientes, que las tres Presidencias del Norte, que le precedieron.

En las negociaciones con Egipto, no se llegó a una solución sobre las diferencias antiguas sobre las cuotas de productos agrícolas, en particular para las naranjas y el arroz. Egipto continuó evitando dar contestación sobre un programa de desmantelamiento de las tarifas industriales. El Líbano continuó alargando las negociaciones, para conseguir unas más generosas disposiciones sobre la agricultura y un mayor plazo para el desmantelamiento de las tarifas industriales. Las sugerencias de la Comisión Europea, de que las concesiones agrícolas a los socios mediterráneos no tendrían un impacto significativo en el mercado de la Unión Europea, no llegaron a convencer a los Estados miembros del sur de la Unión Europea, para reexaminar sus posiciones. Los Estados del Sur, miembros de la Unión Europea, más que demostrar una buena voluntad, para ceder un más generoso acceso a los productos agrícolas mediterráneos, empezaron a mostrar su preferencia para que se utilizaran los fondos de ayuda a los socios mediterráneos, para que éstos diversificaran su producción, con respecto a las de Italia, Francia y España. El hecho de que el debate interno de la Unión Europea sobre la reforma de la Política Agrícola Común (PAC), alcanzara un cierto nivel de sensibilidad durante la Presidencia británica, significaba que la respuesta del «Norte liberal», al proteccionismo del sur de la Unión Europea, continuaba siendo más restringido de lo que se podía esperar.

Además de los problemas en las negociaciones en curso, aparecieron otros problemas en los acuerdos ya concluidos. Así, la Asamblea Nacional Francesa suspendió la ratificación del acuerdo de asociación Unión Europea-Israel, por la intransigencia israelí en el Proceso de Paz. Las tensiones surgieron por el hecho de que, Israel estaba contraviniendo las disposiciones del acuerdo sobre las reglas de origen. Israel estaba etiquetando productos de los Territorios Ocupados, como siendo israelíes, obligando a la Autoridad Nacional Palestina a exportar sus productos a la Unión Europea, a través de intermediarios y, además, animaba a los empresarios a establecerse en el Golán, Jerusalén Este y Oeste. En esta situación se mezclaba el hecho de que Israel no reconocía la legitimidad del Acuerdo de Asociación Unión Europea-Autoridad Nacional Palestina. Israel reaccionó, como siempre, acusando a la Comisión de utilizar el apa-

rente tema técnico de las reglas de origen, en una agenda política anti Israel e incluso, llegó a amenazar con levantar barreras a los productos palestinos. Al final de la Presidencia británica, la Comisión, para salir de la vía muerta, propuso unas nuevas reglas de origen, abarcando a Israel, Autoridad Nacional Palestina, Jordania y Egipto. En realidad no fue más que un acuerdo en el que saldría beneficiado Israel, para que permitiera que el Acuerdo de Asociación Unión Europea-Autoridad Nacional Palestina pudiera operar libremente.

Hubo positivos desarrollos en relación con el largo recorrido de los problemas de desembolso MEDA. Fue un área prioritaria para la Presidencia británica, cuando Gran Bretaña había sido, tradicionalmente, uno de los países más críticos sobre la calidad de la ayuda administrada por la Comisión. Finalmente se acordó el Plan Regional Indicativo MEDA y durante la reunión de Palermo se alcanzaron los acuerdos de organización con todos los socios mediterráneos, excepto Siria. Los equipos MEDA, cuya organización se había dilatado en el tiempo, empezaron a ser desplegados en los países receptores. Esto se combinó con la recopilación, por la Comisión, de los datos de un cuestionario, ofreciendo a los socios mediterráneos una aportación más sistemática en el diseño de proyectos, con la esperanza de desarrollar unas estrategias MEDA de cada país, más adaptadas a sus particulares necesidades.

La Presidencia británica no concedió mucha importancia a los temas social y cultural de Barcelona, como había ocurrido con otras Presidencias, viendo las áreas de trabajo como muy secundarias para la necesidad de asegurar el progreso del establecimiento de la liberalización comercial. Gran Bretaña vio las iniciativas social y cultural, como potencialmente útiles y como un medio para incrementar la difusión del Proceso de Barcelona entre el gran público, pero no estaba dispuesta a que durante su Presidencia fueran utilizadas como paliativos para tratar de justificar una falta de generosidad de la Unión Europea sobre el acceso agrícola. La realidad fue, a pesar de todo, que hubo más movimiento en el capítulo social y cultural, durante la primera mitad de 1998, que en los temas económicos. Los tres programas descentralizados Comisión-Euro-med —cooperación entre las medias, instituciones educativas y autoridades locales— fueron relanzados durante la Presidencia de Gran Bretaña, después de haber estado suspendidos desde el año 1995, debido a las peleas internas de procedimiento en la Unión Europea.

Dos nuevos programas regionales comenzaron: uno sobre la herencia cultural y el otro sobre la cooperación audiovisual. Una conferencia, a gran escala y nivel oficial, en Estocolmo, acordó un gran número de ideas para ser enviadas a la Conferencia de Palermo para su sanción. Éstas se referían a la existencia de trabajos sobre cambios culturales, proyectos conjuntos de investigación, asesoramiento gubernamental y sobre la necesidad de mejorar la enseñanza sobre Europa dentro del Mediterráneo y viceversa. Hubo también nuevas ideas para atraer una cofinanciación privada y para una más estrecha coordinación de las iniciativas de la Unión Europea con el trabajo de otras organizaciones como la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) y el Consejo de Europa. Además, se celebró una primera reunión preparatoria —principalmente de carácter de procedimiento— del Foro Parlamentario Euromediterráneo, en Malta y en el mes de mayo de 1998. En esa reunión también se incluyó un acuerdo sobre la inclusión del trabajo sobre la emigración en el capítulo social.

No obstante los progresos, volvieron a aparecer las dificultades promovidas por las familias de países. Israel fue muy sensible a la impresión de que, el capítulo cultural de Barcelona era esencialmente sobre el Diálogo Euroislámico. La discusión sobre la mejora de la enseñanza suscitó preguntas relativas a la forma de garantizar que cada región —cada país— no presentara a las otras —otros países— de una forma doctrinaria. Los Estados árabes, como era de esperar, estaban preocupados por el hecho de que, una despolitización de la sociedad civil debilitaría la presión sobre Israel, a la hora de tratar los temas de «alta política». Además, a pesar de la creencia de que el capítulo social haría que el pueblo estuviera más implicado en el Proceso de Barcelona, la realidad era que la amplia mayoría de las propuestas fueron de cooperación entre las elites —políticos, abogados, profesores, músicos, directores de cine, etc.— y no precisamente entre los sectores de la sociedad, en los que más faltaba el mutuo entendimiento euromediterráneo. Tampoco estaba claro como, una pléthora de iniciativas de pequeña escala podía conseguir la preeminencia del Proceso de Barcelona por la continua ausencia de una sombrilla, fácilmente identificable, de alto perfil o de una organización, que cubriera el capítulo cultural. La reunión del Foro Parlamentario Euromediterráneo no fue capaz de llevar a cabo el debate sobre la delegación libia y los temas que serían objeto de discusión. Las diferencias sobre los temas de emigración continuaron enfrentando los distintos puntos de vista, el de la Unión Europea que se inclinaba por el control de los flujos de emigrantes

y el punto de vista norteafricano, que se manifestaba por la libre circulación y sobre los derechos de los emigrantes en la Unión Europea.

A la reunión de Palermo hay que reconocerle que llevó a cabo una revalorización del Proceso de Barcelona. Si en la convocatoria de la reunión extraordinaria había un fondo de «revisión», en realidad, la Presidencia británica llevó a cabo una serie de ajustes —en un sentido y en el contrario— en el programa de trabajo de Barcelona.

La Presidencia británica siguió la pauta de las anteriores, volcándose en dos acontecimientos de su interés particular —la liberalización de los mercados financieros y los derechos humanos— con poca o ninguna continuidad con los temas «estrella» de anteriores Presidencias. Así, el interés demostrado por la Presidencia de Luxemburgo por la Carta para la Paz y la Estabilidad, no fue mantenido por la Presidencia británica, mientras que la Presidencia de Austria que le siguió, no le dio gran importancia al trabajo británico sobre los mercados financieros.

La extensión del trabajo cubierto por la organización de Barcelona ha sorprendido. Se han establecido diálogo y relaciones —en ocasiones a través de redes— entre parlamentarios, hombres de negocios, sociedad civil, académicos, federaciones industriales, cámaras de comercio, institutos de estudios políticos y económicos, escritores, músicos, expertos financieros y seguridad e incluso, entre representaciones del Proceso de Barcelona y del Grupo Mediterráneo de la OTAN.

En la filosofía del Proceso de Barcelona, la Unión Europea consideraba que entre los objetivos económicos y políticos había una simbiosis: la reforma económica introduciría su correspondiente reforma política, que daría un empuje al resultado económico, el cual ayudaría a detener la emigración y, por esta razón, permitiría alcanzar los objetivos de seguridad.

No obstante, esta aproximación no ha producido los objetivos previstos. Los objetivos políticos establecidos por la Unión Europea han amargado las relaciones económicas y han gastado un precioso capital de negociación, fuera de los derechos humanos y de la democratización, habiéndose perseguido, con suficiente vigor, la obtención de cualquier impacto tangible: los recursos han sido dirigidos desde el campo económico hacia las iniciativas cultural y social, ampliamente simbólicas, sin la noción de una asociación entre dos regiones o países. Es necesario que la Unión Europea haga una elección de los objetivos sobre los que va a concentrar sus esfuerzos y recursos, especialmente a corto plazo.

Aunque los objetivos económicos y políticos se refuerzan mutuamente, a largo plazo, la política necesita reconocer el alcance de las tensiones que existen entre los objetivos a corto plazo: entre una fuerte aproximación a los derechos humanos y la impresión de una genuina asociación conjuntamente propia; entre una aproximación fuerte sobre la emigración con el riesgo de que se agoten las remesas desde el exterior y el desarrollo económico; entre el fomento del entendimiento cultural y la atención a las medidas de seguridad (que presenten los socios mediterráneos y que muchos consideraría injustamente como amenazas); y entre la asistencia antiterrorista y la promoción menos apremiante de los aparatos del Estado. Los políticos de la Unión Europea necesitan elaborar una mejor definida estrategia para la ordenación de las elecciones de los objetivos a corto plazo.

La Unión Europea debe modular su presión sobre los socios mediterráneos, en cuanto a derechos humanos y democracia, teniendo en cuenta las características específicas de cada región, aún cuando estas variaciones puedan constituir la base para acusaciones de aplicar normas diferentes.

En resumen, después de la reunión de Palermo se podía decir que, la Unión Europea necesitaba, sin tardanza, combinar una mejora de sus procedimientos de hacer política, con una más clara definición de sus prioridades a corto plazo y buena voluntad para contemplar las concesiones, sin lo que el Proceso de Barcelona es probable que permanezca sobre la retórica.

La Conferencia de Stuttgart

Los días 15 y 16 de abril de 1999 se ha celebrado en Stuttgart la III Conferencia Ministerial Euromediterránea, bajo la Presidencia de Alemania. El jueves, día 15, por la tarde, se inició con una serie de discursos de apertura, dirigidos a recalcar el significado del acontecimiento y las esperanzas que puede abrir. El presidente del Consejo de la Unión Europea, señor Fischer dio la bienvenida al «impulso mediterráneo» que continúa y recalcó que el Proceso de Barcelona no es un «club político» sino que tiene unos objetivos concretos y operativos, y contribuye al desarrollo de la Asociación Euromediterránea, a pesar de las dificultades.

Joe Borg, ministro de Asuntos Exteriores de Malta —ciudad que fue la sede de la II Conferencia— señaló, en nombre de terceros países medite-

rráneos, que «había sentido» como con esta Conferencia de Stuttgart, el diálogo había entrado en una «nueva fase», ya iniciada en Palermo. La esperanza de un área de comercio libre da a todos los países del Mediterráneo la oportunidad de moverse hacia la reforma.

Por su parte, el vicepresidente de la Comisión, Manuel Marín, pidió precaución, al apreciar los verdaderos resultados del diálogo e invitó a los participantes a centrarse en la tarea de «ordenar las prioridades para el año 2000», sobre todo mencionando la preparación para el libre comercio y el apoyo a la transición económica. Manuel Marín dio la bienvenida a la delegación libia y subrayó que su presencia era una señal de que, las relaciones entre Europa y los terceros países del Mediterráneo estaban llegando a ser normales.

Después de la sesión plenaria, el trabajo continuó en los grupos ministeriales, que estuvieron discutiendo los temas principales: política exterior y de seguridad, cooperación económica, cambios comerciales, transición y cooperación social y cultural.

El miércoles, día 14, los últimos trabajos preparatorios se desarrollaron en una atmósfera apasionada, a causa del «tema Libia». El grupo de países árabes había exigido que fuera reservada una plaza para Libia en la Conferencia, como miembro de pleno derecho. La Presidencia de la Conferencia la consideraba solamente como «un invitado especial», concediéndole una presencia pasiva junto a Mauritania, Liga Árabe, los secretarios generales de la Liga Árabe y de la UMA. Egipto había señalado que conocía las razones de Europa, para afirmar que Trípoli debía hacer una declaración previa, de su formal aceptación de los principios políticos, definidos en la Carta de Barcelona. Para los otros países árabes, no había razón para imponer a Libia otras condiciones, además de las que le llevaron a una gradual restricción del embargo contra ella. Libia, que, además, había pedido tomar parte en el diálogo desde el principio, implícitamente se adhería a las obligaciones de la citada Declaración. Los ministros de los 27 países deberían llegar a una decisión durante la sesión.

Otro punto a ser debatido, durante los trabajos preparatorios, fue el borrador de la Carta para la Paz y la Estabilidad. Se llegó a un acuerdo sobre las principales líneas directrices y la filosofía del proyecto. Los embajadores y los expertos serán los encargados de poner el contenido en torno al esqueleto formado. Pero las opiniones difieren sobre como tratar estos primeros logros, en el sentido de incluirlos como anexos a las

conclusiones de la Conferencia o, por el contrario, continuar dejándolos de forma puramente informal e indicativa y pasar la decisión a las discusiones ministeriales.

La cuestión estaba clara desde el principio: la Carta deberá ser un documento político, no de obligatoriedad jurídica, para ser adoptado por los ministros, tan pronto como se pueda prever la realización gradual y evolutiva de las cláusulas individuales del acuerdo. La regla del consenso será aplicable a todas las decisiones, acciones conjuntas, medidas y mecanismos contenidos en la Carta.

Para el resto, el borrador de la Carta se refiere a los principios universalmente conocidos y citados en la Carta de Naciones Unidas y otras convenciones internacionales en esta materia y la necesidad de fomentar «el mutuo entendimiento», en todas las áreas consideradas como básicas para todas las políticas, para la consolidación de la paz y de la seguridad. La Carta servirá como instrumento funcional para la realización de los principios de la Declaración de Barcelona, a través de «un completo diálogo político» y la práctica de la prevención de la tensión y de la administración del conflicto. Se afirma el establecimiento de unas medidas de confianza y de consolidación de la asociación, tanto como el respeto a las reglas de buena vecindad entre los Estados. Las frecuentes consultas entre los ministros de Asuntos Exteriores y de los altos funcionarios, constituirán la base para la institucionalización del diálogo.

La Conferencia terminó con cierta confusión, debido a la cancelación de la conferencia de prensa final. No obstante, las discusiones fueron llevadas de una forma positiva y sus confrontaciones principales, excepto por algunas observaciones, descritas por un diplomático europeo como «provocativas», realizadas por el ministro israelí de Asuntos Exteriores, Ariel Sharon, y relativas al carácter «eterno» de Jerusalén, como capital de Israel.

El mismo Ariel Sharon estuvo detrás de la cancelación de la conferencia de prensa final. Estaba determinado a participar, aunque de forma tradicional, solamente el presidente del Consejo, el vicepresidente de la Comisión y el ministro actuando como portavoz del principal grupo de países terceros mediterráneos, estaban autorizados a hablar. Por supuesto que cada ministro es libre de reunirse con la prensa, en el marco de su elección, pero el anuncio formal de los resultados de la reunión, está reservado, de acuerdo con la costumbre, a las tres personas mencionadas. Algunos ministros de Asuntos Exteriores, como el británico Robin Cook,

señalaron que, los participantes en el Diálogo Euroislámico se habían comprometido, desde la reunión de Palermo, a no utilizar estas conferencias como foro para las negociaciones o para pelear sobre temas políticos controvertidos.

A pesar de este incidente, el portavoz de la Presidencia germana, proclamó que la Conferencia de Stuttgart había sido un gran éxito, un juicio confirmado por las conclusiones de la Presidencia que Europa reproducirá en su totalidad en la serie de sus Europa-Documentos. El portavoz germano resumió los principales resultados de la Conferencia, de la forma siguiente:

- Carta de Paz y de Estabilidad. Este proyecto, «de largo alcance», fue objeto de un amplio acuerdo y el texto definitivo de la Carta estará listo para su aprobación en la IV Conferencia Ministerial, que tendrá lugar durante la primera mitad del año 2000 bajo Presidencia portuguesa. La Presidencia estaba segura, en lo que se refiere a los dos temas más sensibles, el Proceso de Paz y el borrador de Carta. El PPOM es, naturalmente, «el problema más apremiante, pero todos son conscientes de que la organización de Barcelona no es la más adecuada [...] simplemente siendo capaz para discutirlo, constituye ya un éxito». En lo relativo a los aspectos de seguridad, «el progreso perceptible» en el desarrollo de la Carta facilitó la definición de sus principales confianzas sobre «fundamentos claros». La información y las redes de consulta decididas, constituyen otro logro en el área de las medidas de confianza individual y se podrían aplicar incluso a los temas más candentes: comercio de armas, terrorismo y crimen organizado, etc.
- Cuestiones económicas y financieras, zona propuesta de libre comercio. Los Quince se han comprometido a conceder al MEDA II (2000-2005) un presupuesto mayor que los 4,7 billones de euros destinados al MEDA I. La zona de libre comercio propuesta ha sido universalmente aprobada. Este proyecto tendrá una «contrapartida social para atenuar su impacto negativo». Los retrasos en la conclusión de los acuerdos de asociación, a causa de las quejas de la mayor parte de los países socios incitaron a los Quince a «trabajar para concluir la negociación o ratificación de los procesos tan rápido como sea posible». La cooperación económica y financiera estará basada en «seis pilares»: administración del agua, medio ambiente, cooperación industrial, energía, transporte y desarrollo de la sociedad de información. La delegación de Chipre ha propuesto la creación de un Banco de Desarrollo Mediterráneo, a la manera del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo.

El estatuto a otorgar a Libia no ha sido decidido. Los altos funcionarios discutirán el tema en Bruselas en un plazo de un mes, pero las líneas directrices no parecen haber sido acordadas en este escenario. Mauritania ha aprovechado la Conferencia para solicitar el estatuto de miembro de número, a pesar del hecho de que pertenece al grupo de países del PAC.

En su despedida, Manuel Marín presentó un informe sobre los éxitos y los fallos del Proceso de Barcelona.

En su discurso de apertura, el vicepresidente de la Comisión Europea, Manuel Marín, presentó los resultados alcanzados hasta la fecha. Dada su retirada de la vida política, antes de finales de año, ha redactado una especie de testamento político, en el que se han mezclado la satisfacción y el desagrado.

«Como el testimonio de un actor en la aventura de Barcelona desde el principio», ha buscado pasar la vista por el terreno cubierto. Sus conclusiones han sido muy medidas. «En el capítulo político y de seguridad, se observa que las dificultades empezaron a amontonarse, en los primeros meses después de Barcelona [...], las posibilidades (del diálogo político) llegaron a ser cada vez más limitadas, si se las compara con los acontecimientos que tenían lugar en la región». Las únicas notas positivas fueron las primeras aplicaciones concretas en las medidas de confianza: la organización de seminarios para diplomáticos.

En el capítulo económico y financiero, «el camino que llevaba a los acuerdos de asociación estaba sembrado de dificultades. Debemos perseverar, incluso si la dimensión Sur-Sur tropieza con obstáculos verdaderamente reales». Hasta el MEDA está amenazado y en su opinión, existe el riesgo de un vacío legal y financiero desde finales del año 1999, fecha en la que termina el MEDA I y la Comisión no ha tomado su decisión sobre el mantenimiento en vigor del nuevo proyecto, el MEDA II. «La renovación del MEDA, no obstante, no deberá ocultar la cuestión crucial de la simplificación de los procedimientos». Manuel Marín considera que «el choque cultural introducido por el MEDA, en cuanto a los procedimientos, en relación a los protocolos financieros, está siendo reabsorbido».

El lado humano proporciona algunas satisfacciones reconfortantes, tal como se está desarrollando, de una «manera armoniosa», incluso aunque no han faltado algunas cuestiones difíciles, tales como el tratamiento de la emigración ilegal. Varios Programas MED Heritage, 16 proyectos con

un coste de 17 millones de euros e implicando a 240 socios y el «Euro-mediterráneo Audiovisual», lanzado el pasado verano, por valor de 20 millones de euros, etc. están ahora en marcha.

El resumen de la Conferencia de Stuttgart puede considerarse como poco favorable. Entre los factores negativos, que han pesado negativamente sobre el buen desarrollo de este acontecimiento, hay que considerar los siguientes: los acontecimientos de Kosovo, que han desplazado los temas principales de la Conferencia a un segundo término; la tensión en Oriente Medio, que refleja la crispación de las posiciones israelíes y sirias; y por último la inexperiencia del presidente de la Conferencia —el ministro alemán de Asuntos Exteriores—, que ya suscitaba algunos temores antes de la Conferencia, temores que se vieron confirmados, por su incapacidad para impulsar el diálogo entre las partes. Incluso se vio obligado a suspender la conferencia de prensa final.

Entre los aspectos positivos, hay que señalar la presencia de Libia, que ha participado en la Conferencia, como invitada de la Presidencia, a la espera de ser admitida como miembro de pleno derecho, una vez que sean levantadas las sanciones de Naciones Unidas y que acepte las condiciones para integrarse en el Proceso de Barcelona.

La Comisión Europea dimisionaria ha reivindicado el trabajo que ha realizado durante los tres años y sí ha admitido su parte de responsabilidad por la lentitud en los procedimientos MEDA, anticipándose a las críticas de ciertos países, no ha dejado de subrayar la responsabilidad que incumbía a los diferentes países, poniendo especial énfasis en la voluntad política y en el papel fundamental de los actores gubernamentales y de la sociedad civil, para vencer los obstáculos y alcanzar los objetivos establecidos en Barcelona.

Se ha confirmado la importancia y la complementariedad indisociable de los tres capítulos, aunque hay que confirmar cierta tendencia a la jerarquización observada en los hechos.

En lo referente al objetivo principal del capítulo primero —política y seguridad— sigue siendo la Carta Euromediterránea para la Paz y la Estabilidad. Aún cuando la adopción de un documento de trabajo hay que considerarlo como positivo, la realidad es que ha habido pocos avances, que hay que achacar a las características del tema, a las resistencias de Siria y Líbano y a las provocaciones israelíes.

En el capítulo segundo —económico y financiero— aunque el MEDA II se haya dejado en suspenso a la espera de que la Comisión Prodi tome las riendas, la participación financiera de la Unión Europea está garantizada, lo que ha tranquilizado a los 12 socios mediterráneos.

En relación con el capítulo tercero, se ha recordado que el Proceso de Barcelona no puede privarse de la contribución de los representantes de la sociedad civil, que se considera esencial a la naturaleza de la Asociación. Los participantes han saludado la organización de tres foros civiles temáticos, así como la iniciativa del Parlamento Europeo de desarrollar el diálogo con los Parlamentos nacionales de los socios mediterráneos.

El acuerdo de libre cambio entre Marruecos y Túnez ha sido saludado como un ejemplo de cooperación horizontal a seguir y que debía extenderse a la región en el marco de la cooperación regional.

Por último, en Stuttgart, los objetivos del Proceso de Barcelona han sido confirmados conforme a las previsiones de la Comisión:

«La Conferencia de Stuttgart es, ante todo, una ocasión de reafirmar la solidez de los fundamentos que sostienen el Proceso de Barcelona y de establecer las líneas directrices para los años venideros.»

Los altos funcionarios, responsables del Proceso de Barcelona, se reunieron el martes día 8 de junio en Bruselas, para asegurar el seguimiento de las decisiones y recomendaciones hechas en la Reunión Ministerial de Stuttgart. Como en cada una de sus reuniones, esta coordinación tiene por objeto examinar el estado de progreso de las discusiones sobre cada uno de los capítulos específicos, antes de las reuniones programadas.

Los objetivos de las próximas reuniones son:

- El principal tema en el capítulo de política y seguridad se refiere a dar contenido a la Carta de Estabilidad, de acuerdo con las líneas ya examinadas en la reunión de Stuttgart. El grupo de países árabes, por su parte, ha presentado un proyecto alternativo. Los 27 altos funcionarios realizarán una evaluación antes de decidir un calendario acelerado para empezar el borrador del Documento. Están previstas reuniones específicas para hacer progresos, en la perspectiva de la próxima reunión ministerial, bajo Presidencia francesa —segunda mitad del año 2000—, precedida por una reunión informal, bajo Presidencia portuguesa —primera mitad del año 2000— a nivel de ministros de Asuntos Exteriores.

- Los altos funcionarios tendrán que discutir también la lista de «medidas de asociación» (término que ha sustituido al concepto de «medidas de confianza»), examinar el estado de realización de los proyectos ya aceptados (mecanismos de prevención de desastres naturales, red de Institutos de Estudios Políticos (Euromesco) y completar el lanzamiento de nuevas acciones conjuntas. La nueva situación política en Israel podía permitir, además, la discusión de proyectos, previamente considerados inaceptables, principalmente por Siria, porque implicaban la cooperación militar.
- El tercer tema en este capítulo es el relativo a la lucha antiterrorista. Los veintisiete intentarán asegurar la continuidad de una reunión específica, que se había celebrado en el mes de noviembre en Bruselas sobre el tema y que está lejos de estar resuelto. Los Quince deben llegar a un acuerdo sobre la amplitud que se le debe dar a tal cooperación con los países mediterráneos (alemanes y británicos consideran inapropiado ir más lejos).
- El caso de Libia tiene todavía que ser discutido. No está todavía excluido, que este país sea invitado a la reunión de los altos funcionarios, como observador pasivo, pendiente de una decisión a nivel ministerial.
- En el capítulo económico y financiero, las discusiones han hecho posible evaluar los éxitos y sobre todo, preparar la continuidad de las recomendaciones de Palermo y Stuttgart, una draconiana revisión de los métodos y procedimientos de trabajo. No sólo los socios mediterráneos, sino también los dirigentes de la Comunidad, consideran necesario mantener un debate sobre «metodología», para reducir la frecuencia excesiva de las reuniones de un sector específico y conseguir el mejor equilibrio para la toma de decisiones de los poderes de la estructura central —el Grupo de Altos Funcionarios o el «Grupo de Barcelona»— en beneficio de la descentralización, lo que aseguraría una más efectiva coordinación del sector específico.
- Los altos funcionarios evaluarán las acciones llevadas a cabo o que deban llevarse a cabo en varios sectores y provocarán la preparación de dos sesiones específicas, una sobre sanidad y otra sobre la administración del agua, a celebrar en la segunda mitad del año 1999.

En esta reunión, de Bruselas, los altos funcionarios adoptaron tres nuevas iniciativas:

- Una española, en el campo de los servicios públicos. El proyecto pretende dar un adiestramiento específico a los empleados civiles, orga-

nizado bajo la tutela del Instituto de Maastricht para la Administración Pública.

- Otra presentada por Bélgica, y a la que se unieron Túnez y Marruecos, relativa a convocar una conferencia sobre el papel de la mujer en la economía, dirigida a mujeres directoras de compañías.
- La tercera, presentada por Gran Bretaña, relativa al impacto social del comercio libre.

Se presentaron otros proyectos, uno sobre la situación de las mujeres en las zonas rurales, propuesto por Marruecos y otro, propuesto por Túnez, relativo a la contribución del sector privado en la protección del medio ambiente. El proyecto marroquí, posiblemente, pueda ser incluido en la iniciativa belga, ya mencionada, sobre las mujeres y la economía. El proyecto tunecino puede ser hecho coherente con las prioridades del medio ambiente, ya identificadas para región SMAP (*Short and Medium Actions Programme*). Chipre propuso ser la sede de una sesión del Consejo Conjunto de los ministros de Industria, para el año 2000, dando lugar a una reserva turca.

Las discusiones sobre el método para realizar los Procesos Euromediterráneos ocuparon gran parte del tiempo. La Comisión Europea se comprometió a realizar un primer sumario de las diferentes opiniones antes de final de año y adelantar unas propuestas concretas. La situación actual no es satisfactoria y la opinión generalizada es que, debe ponerse fin a la incoherente e incontrolable profusión de proyectos, para los que no hay garantía de continuidad. Túnez, apoyado por los países socios mediterráneos, reprochó a los países de la Unión Europea, que decidan sobre los proyectos en nombre de todos y doten financieramente a estos proyectos, en ocasiones sin un estudio previo de viabilidad. Este tema ya se planteó en la Conferencia de Stuttgart.

El proyecto sobre la Carta para la Paz y la Estabilidad se sigue alargando y sigue sin ser presentada la aportación árabe, esperándose que en la reunión de altos funcionarios, de finales del mes de noviembre de 1999, haya adelantos importantes. El examen de las «medidas de asociación» ha hecho posible revisar acciones ya iniciadas y hacer una recomendación para la recogida, tan pronto como sea posible, de los cuestionarios entregados, ya hace un año, a los 27 países, sobre su participación en las diferentes Cartas (terrorismo, derechos humanos, control de armamento y especialmente de las armas nucleares, leyes humanitarias, etc.).

El grupo especializado en los temas sobre el terrorismo tiene prevista una reunión en el mes de noviembre, como el año pasado, en la que van a participar, junto a los altos funcionarios, expertos en la materia. Mientras tanto están tratando de armonizar sus puntos de vista sobre el tema, que está todavía sujeto a debate, en el contexto del trabajo de justicia y asuntos internos.

El embajador de Libia en Bruselas ha empezado a tomar parte en los trabajos del Grupo de Altos Funcionarios, con el estatuto de observador, pendiente de la decisión final internacional sobre el levantamiento de las sanciones y de que las autoridades libias declaren, por medio de un documento escrito, su adhesión a la Carta de Barcelona, en su aspecto político (democracia y derechos humanos) y en su aspecto económico (asentimiento para tomar parte en el proceso de libre comercio).

Puede afirmarse que la Conferencia de Stuttgart ha constituido un éxito y con ella se ha concluido la fase inicial del proceso y se ha pasado del conocimiento recíproco y del establecimiento del diálogo, a la fase de consolidación y madurez.

Hay que destacar el importante avance logrado en el capítulo primero, con la adopción de las «líneas directrices» para la Carta para la Paz y la Estabilidad, que constituyen una base firme sobre la que se apoyará la Carta. Los socios dispondrán de un plazo de tres meses, para presentar modificaciones y sugerencias, al término de los cuales comenzará el trabajo de redacción, confiado a los altos funcionarios y se ha fijado, para su terminación, la próxima conferencia ministerial, a finales del año 2000.

Se ha dado también un gran impulso a las medidas de construcción de la asociación (medidas de confianza) y se ha decidido continuar el diálogo sobre el terrorismo, mediante reunión de expertos.

En lo económico, la Comisión ha reiterado el compromiso de mantener el esfuerzo financiero de la Unión Europea, tomando como referencia las conclusiones del Consejo Europeo de Berlín.

La Conferencia decidió fomentar no sólo las relaciones Norte-Sur, sino también las Sur-Sur, siguiendo las conclusiones de la Conferencia de Valencia. Se dio especial importancia al fomento de las inversiones del Norte, en los países del Sur y a este efecto se convocó una conferencia, que tendrá lugar durante el primer semestre del año 2000, en Portugal. También se ha reafirmado el cuadro de prioridades, establecido por las

conferencias sectoriales: medio ambiente, agua, industria, energía, transportes y sociedad de la información.

En los aspectos socio-culturales y humanos se continúa atribuyendo especial importancia a los diálogos intercultural e interreligioso, con el fin de eliminar prejuicios y lograr un mejor conocimiento recíproco, que pueda llevar a una mejor comprensión. Se ha decidido continuar el diálogo sobre migraciones y circulación de personas.

El programa previsto contempla la convocatoria de tres conferencias sectoriales: sanidad (epidemias y enfermedades infecciosas), inversiones privadas y gestión local del agua. Se celebrará una reunión informal de ministros de Asuntos Exteriores y la conferencia ministerial en el segundo semestre del año 2000.

Resultados y dificultades del Proceso de Barcelona

El capítulo primero, política y seguridad, es sin duda el que más problemas ha presentado para su puesta en marcha. El Proceso de Barcelona estaba concebido por los socios europeos, como el marco global en el que se podrían completar sus relaciones con los países mediterráneos asociados. Al mismo tiempo se concebía como un instrumento de paz, a la que podía contribuir, a través de la cooperación y la integración subregionales.

La Declaración de Barcelona dejó bien claro que, el Proceso Euromediterráneo no pretendía sustituir a las demás acciones e iniciativas en curso, a favor de la paz, la estabilidad y el desarrollo de la región, sino por el contrario, a contribuir a su éxito. Al mismo tiempo, reafirmaba una postura sobre el Proceso de Paz —reiterada en todas las reuniones ministeriales— basada en los principios enunciados en las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU y en la carta de invitación a la Conferencia de Madrid: «Paz por Territorios». Aunque se trata de dos procesos paralelos, los principios de Barcelona y las circunstancias políticas en Oriente Medio, imponen la relación e influencia entre ambos.

El PPOM ha influido de forma variable sobre Barcelona, por cuanto los ocho socios árabes se han esforzado en mantener viva dicha conexión, con un cierto grado de fluctuación. La llegada al poder en Israel de la coalición liderada por el Likud y su nueva política sobre el Proceso de Paz, han incidido sobre Barcelona, especialmente al tratar de elaborar una

Carta de Paz y de Estabilidad, especialmente desde la lógica árabe, por cuanto la Carta no podría suscribirse, mientras no se lograra una solución global, justa y duradera para el conflicto de Oriente Medio.

Otro conflicto que influye sobre este proceso es el del Egeo, a causa de las difíciles relaciones entre Turquía y la Unión Europea. Desde el año 1996, las autoridades de Ankara han rebajado su nivel de participación en el Proceso Euromed, aún cuando la Comisión haya decidido continuar con los proyectos MEDA destinados a Turquía. Por otra parte, turcos y griegos mantienen sus diferencias en la cuestión chipriota y a propósito del Egeo, por lo que, tanto la cooperación subregional, como el aspecto multilateral del Proceso de Barcelona, acusarán los efectos del antagonismo Atenas-Ankara.

En el marco de este capítulo primero, política y seguridad, se han empezado a poner en práctica una serie de medidas, que en principio se las denominó «medidas de confianza» y que ahora se engloban en la «construcción de la asociación»:

Euromesco

Se trata de una red de Institutos de Estudios Políticos, de los diferentes países. Hasta la fecha se han elaborado informes sobre temas Euromesco, se han celebrado reuniones para el intercambio de opiniones, etc. De igual manera se ha constituido otra red para los Institutos de Estudios Económicos (Semide).

Registros de tratados e intercambio de informaciones

Se trata de una base de datos, en el Consejo de Europa, en la que estén registrados todos los acuerdos concluidos entre los países Euromed, a partir del mes de noviembre de 1995 y los suscritos por cada país en materia de derechos humanos y de derecho bélico.

Proyecto piloto para la creación de un sistema Euromed para prevenir, mitigar y gestionar catástrofes naturales y producidas por el hombre

Tiene por objeto definir el concepto de catástrofe, identificar a las autoridades responsables, hacer frente a las emergencias y mitigar los desastres. Está copatrocinado por Italia y Egipto.

En una fase previa, se pretende fijar los recursos disponibles, crear una red de escuelas de protección civil, para la formación conjunta de personal, crear una célula de crisis y una red de autoridades competentes.

Se ha creado un Comité de Coordinación, compuesto por un funcionario de cada uno de los 27 países. Se ha celebrado una reunión en Roma —septiembre de 1998— en la que se trazó el plan de acción. En esta primera fase piloto se estudia la colaboración en cuestiones de terremotos y maremotos, incendios forestales y riesgos marítimos y urbanos.

Seminarios diplomáticos

Son reuniones de diplomáticos de nivel intermedio, en las que se imparten conferencias, a cargo de personalidades, sobre temas euromediterráneos. Cumplen un doble objetivo: dan a conocer la realidad y la evolución del Proceso Euromed y permiten que los diplomáticos se conozcan entre sí y que se creen lazos personales.

En el capítulo segundo, cooperación económica y financiera, los resultados son lentos. En este momento, la situación de la negociación de los acuerdos de asociación es la siguiente: Turquía, Chipre y Malta firmaron los acuerdos antes de 1995; la OLP y Túnez tienen sus acuerdos firmados y ratificados; Israel, Jordania y Marruecos tienen sus acuerdos firmados, sin ratificar.

El resto de países se encuentra en un estado más o menos avanzado de negociación. En algunos casos se han encontrado dificultades por la sensibilidad de ciertos países europeos hacia la liberalización de las importaciones de determinados productos del Sur.

Conviene tener presente que la creación de una zona de libre comercio no constituye un fin en sí mismo, sino un instrumento para facilitar el desarrollo de los países de la orilla sur en un espacio común euromediterráneo, completando los acuerdos de asociación con un espacio de prosperidad compartida. Ahora bien, serán necesarias unas medidas de acompañamiento para atenuar los costos sociales de la fase de transición económica en el Sur, originados por la desaparición del proteccionismo a ultranza que hasta ahora rige en varios de esos países o por la amenaza de disminución de los ingresos por aduanas, que constituyen una importante fuente de financiación para el Estado y que han motivado sus recelos a la hora de decidir su adhesión al Proceso de Barcelona.

Un aspecto importante de este capítulo es el de las inversiones privadas en los países de la orilla sur. Con la finalidad de favorecer estas inversiones, se han dado pasos en la Conferencia de Londres sobre inversiones, en la reunión de expertos de Bruselas sobre la transición de los sistemas

económicos, seguida por una conferencia sobre el mercado de capitales y por la reunión de Valencia. Este tema es de la sola incumbencia, por una parte de los países receptores, que tienen que dar las seguridades necesarias y, por otra parte, de la voluntad de los inversores, a quienes hay que estimular.

Un tema muy espinoso es el de la deuda, que no puede ser resuelto en el ámbito de Euromed, sino en los foros especialmente creados, como por ejemplo, el Club de París. En la Conferencia de Malta se planteó el tema y se acordó continuar el diálogo, con la finalidad de conseguir algunos logros en los foros competentes. En la Conferencia de Palermo se volvió a plantear y se decidió que se incluyera en el diálogo económico-financiero.

Ha sido en el capítulo tercero, colaboración en los ámbitos social, cultural y humano, donde ha habido un mayor número de proyectos y de iniciativas. En el ámbito del diálogo interreligioso, destaca el proyecto sueco euroislámico, para el diálogo intercultural y con amplias referencias al futuro de las comunidades islámicas en Europa. Se han celebrado ya dos conferencias, en Estocolmo y Ammán. España, por su parte, ha organizado varias reuniones interreligiosas en Alcalá de Henares. Se han celebrado dos conferencias de los ministros de Cultura, en Bolonia 1996 y en Rodas, septiembre de 1998. Otro proyecto sobre patrimonio cultural euromediterráneo —Euromed Heritage— ha recibido el apoyo incondicional de España. Los Euromesco se han unido en la red Euromesco, a través de la cual intercambian programas y estudios. En la actualidad hay también proyectos en marcha para relacionar las universidades.

En el ámbito social destaca el problema de las migraciones. Hay un proyecto de los Países Bajos, con copatrocinio de España, Argelia y Francia, que ha comenzado a desarrollar este capítulo, tan sensible, como necesario. Otro proyecto *Violence and Politics in Modern Society* está también en marcha. Está en estudio la celebración de una reunión sobre desempleo y creación de puestos de trabajo.

En la Conferencia de Palermo se aprobó la celebración de una reunión de altos funcionarios y de expertos sobre el terrorismo, sobre la base de los resultados alcanzados en la reunión del Foro Mediterráneo, celebrada en Madrid el día 23 de marzo de 1998. Esta reunión, que se celebró en Bruselas en el mes de noviembre de 1998, fue la ocasión para discutir ampliamente las prioridades. Su principal éxito fue precisamente que tuviera lugar, rompiendo el tabú con el que estaba envuelto el tema. Se trató de

identificar objetivos comunes, explorar las posibilidades de cooperación y evitar la politización del tema.

Relaciones con otros organismos internacionales

Existen otros diálogos mediterráneos, aunque en planos y con enfoques distintos a los del Proceso de Barcelona.

La OTAN lleva a cabo una serie de reuniones con Egipto, Israel, Jordania, Mauritania, Marruecos y Túnez. No se trata de un diálogo entre todos estos países y los de la OTAN, sino más bien un diálogo que sigue el formato 16+1, es decir, los embajadores o representantes de los países del Sur son convocados por la OTAN, para informarles individual y sucesivamente de las actividades de la Organización. De esta manera se trata de corregir recelos y errores de percepción sobre la OTAN en los países del Sur:

- La UEO ha iniciado asimismo un diálogo con Argelia, Egipto, Israel, Túnez, Marruecos, Mauritania y Jordania. Al contrario de lo que sucede con la OTAN, los 28 miembros de la UEO no se reúnen con los países del Sur. Los contactos se realizan con frecuencia semestral a tres niveles: diplomático (entrevistas en Bruselas entre la Presidencia y el secretario general y el embajador de cada país); de expertos (encuentros del Grupo Mediterráneo de la UEO con representantes de los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa); académico (invitaciones al Instituto de la UEO para Estudios de Seguridad). Estos encuentros tienen por objeto evitar recelos mediante la información y la transparencia. Además, se solicita la opinión de estos países sobre temas de seguridad de interés común, que están incluidos en las competencias de la UEO.
- EL Foro Mediterráneo, en su última reunión en Palma de Mallorca —21 de abril de 1998— atendió a la necesidad de concertación y de creación de confianza, al establecer que las iniciativas en el sector de seguridad y estabilidad, deberían ser objeto de información y consulta previas, entre los Estados miembros, así como la necesidad de seguir promoviendo medidas para fomentar la confianza en los sectores económico y socio-cultural.

Bibliografía

ABDELWAHAD BIAD: *Security and Cooperation in the Mediterranean: a Southern Viewpoint.*

CALLEYA, S. C.: *The Euro Mediterranean Process After Malta: What Prospects?*

EDIS, R.: *Does the Barcelona Process Matter?*

FERNÁNDEZ P.: *Relaciones euromediterráneas: de Barcelona 1995 a Malta 1997 y 1997-1998.*

FULLER, E. G. y LESSER, J.: *A Sense of Siege: the Geopolitics of Islam and the West.*

KIENLE, E.: *Destabilization Through Partnership? Euro-Mediterranean Relations After the Barcelona Declaration.*

REIFFERS, J. L. y URDY, L.: *Partenariat euromediterranean deux ans apres Barcelonne.*

ROMEO, I.: *The European Union and North Africa: Keeping the Mediterranean «Safe» for Europe.*

YOUNGS, R.: *The Barcelona Process After the UK Presidency.*

CAPÍTULO SEGUNDO

LO SOCIAL: PILAR BÁSICO DE CONVIVENCIA

LO SOCIAL: PILAR BÁSICO DE CONVIVENCIA

Por LUIS CALERO TORRENS

Introducción

Convivencia es la acción de convivir, es decir «vivir en compañía de otro u otros». Por ello cuando se está tratando de estudiar la convivencia en el Mediterráneo es muy importante aceptar que vamos a vivir en compañía de varios vecinos y no «a pesar de tener otros vecinos».

La convivencia no es siempre fácil y podríamos decir que es tanto más difícil cuanto más cerca se encuentren esos vecinos, cuantos más sean éstos y cuanto mayores diferencias sociales existan entre ellos.

Es muy fácil teorizar sobre la convivencia; pero cuando es necesario practicarla día a día, porque al vecino lo encontramos al abrir la ventana o al salir a la puerta de casa, suelen encontrarse más dificultades.

Es algo similar a lo que ocurre con la xenofobia: no suele haber racismo e incluso casi nadie se lo plantea, cuando en una comunidad no conviven distintas etnias.

También parece cierto que es más fácil convivir con un vecino que con varios y si esos vecinos tienen similar nivel social tanto mejor, puesto que todos deseamos que sus costumbres, actitudes y comportamientos sean similares a los nuestros.

Según apuntan los sociólogos la convivencia entre vecinos exige conocerse mutuamente y admitirse tal como son. Pero suele ocurrir que cuando subsisten grandes desigualdades sociales no es suficiente el conocimiento de las mismas para admitirlas. Igualmente cuando un individuo o familia, por razones económicas o intelectuales, eleva significativamente su nivel social suele sentirse incómodo de observar la precariedad o la pobreza a su alrededor y tiende a cambiar de hábitat.

Un antiguo profesor de sociales nos ponía un ejemplo del cambio en las relaciones entre dos antiguos fogoneros de las máquinas de vapor, al ascender a uno de ellos a la categoría de maquinista. Dos compañeros de fatigas en un espacio muy reducido, dejaron de ser camaradas para pasar a ser señor y esclavo, cuando a uno de ellos lo designaron jefe de la elemental pareja.

Esa tiranía se justificaba con la necesidad de marcar diferencias en la nueva jerarquía; pero también nos apuntaba algo más ruin: el desprecio que suelen sentir algunos humanos hacia otros, cuando se ha superado un estadio social.

Estos ejemplos de la vida normal reflejan lo que puede estar ocurriendo en las sociedades de los países ribereños del Mediterráneo.

El desarrollo y la evolución de las sociedades en los países del norte del Mediterráneo Occidental, en relación con los del sur, ha producido una desigualdad social entre los habitantes de ambas orillas que nos hace incómodo observar la pobreza y el atraso cerca de nosotros, e incluso lleva a algunos a considerar como una amenaza el hecho de que se produzcan brotes de integrismo o radicalizaciones, que en las sociedades más desarrolladas de la otra orilla ya fueron superadas en otras épocas de su evolución social.

En pocas palabras: no es suficiente conocer cómo somos ahora y hacer comparaciones, deberíamos analizar cómo hemos llegado a ser socialmente lo que somos, para ver si existe alguna posibilidad de convergencia y favorecer así la convivencia en el siglo XXI.

Según Ortega y Gasset:

«Para entender bien una cosa es preciso ponerse a su compás. De otra manera la melodía de su existencia no logra articularse en nuestra percepción y se desgrana en una serie de sonidos inconexos que carecen de sentido. Si nos hablan demasiado deprisa o demasiado despacio, las sílabas no se traban en palabras ni las palabras en fra-

ses ¿Cómo podrán entenderse dos almas de *tempo* melódico distinto? Si queremos intimar con algo o con alguien, tomemos primero el pulso de su vital melodía y, según él exija, galopemos un rato a su vera o pongamos al paso nuestro corazón» (*España invertebrada*: 779).

Querer hablar de lo social es algo muy ambicioso y totalmente inabordable en corto espacio, sobre todo cuando se trata de sociedades modernas donde la especialización se desbordó con la instauración de la sociología como ciencia.

Por ello todos aquellos aspectos que afectan a otras materias, que la sociología moderna adorna con calificativos como socio-político, socio-religioso o socio-cultural podrán encontrarse, sin duda tratados con más profundidad, en los otros títulos de este mismo trabajo.

Esbozaremos aquí algunas características sociales de las primeras organizaciones humanas y su evolución hasta la Edad Media. Apuntaremos los principales fenómenos sociales que han impulsado la evolución de la sociedad occidental hasta su industrialización y entrada en la modernidad, destacando aquellos aspectos que pueden presentar similitud con otros fenómenos, pasados o recientes, de la evolución social en los países del Magreb. Y finalizaremos con un análisis de las tendencias sociales actuales para determinar si hay posibilidades de una convergencia o de una aproximación que, basada en la globalidad, facilite la convivencia en torno al *Mare Nostrum*.

No se trata pues de hacer prospectiva, ni el estudio busca la originalidad en teorías sociales, por el contrario este análisis se basa en la observación directa de determinados fenómenos sociales ocurridos recientemente en el Magreb, que se tratan de comparar con otros acaecidos en un pasado más o menos reciente en las sociedades occidentales y más en particular en las mediterráneas; ya que éstas, al incorporarse más tardíamente a la modernidad europea, permitirán una más fácil comprensión.

Para analizar la evolución social occidental seguimos los pasos de Salvador Giner en su magnífica obra: *Historia del pensamiento social*. Madrid, 1967 y para tratar del Magreb, tomaremos los argumentos de Guy Rocher en varios capítulos de su obra: *Introducción a la sociología general*. Barcelona, 1983.

Los razonamientos tratarán de ir de lo más sencillo a lo más complejo, sin generalizar ni tratar de demostrar lo indemostrable, sólo se trata pues de

hacer reflexiones sobre hechos reales, ya analizados por notables sociólogos; pero con una mirada crítica y comparativa: durante estos últimos años en Túnez he podido comprobar el disgusto, la frustración y el desprecio con que muchos turistas españoles criticaban los servicios de hoteles, la educación y preparación de recepcionistas o guías turísticos, las impertinentes miradas de los jóvenes tunecinos a sus acompañantes y otros muchos detalles, que les hacían prometer no volver jamás a ese país. Me llamó siempre la atención que la actitud de otros turistas: alemanes, ingleses o norteamericanos fuera mucho más tolerante, a pesar de que el trato fuera igual o peor, debido a las mayores dificultades idiomáticas.

Y ello me hizo recordar el ejemplo del maquinista y el fogonero, antes citado. Llegué a pensar que muchas veces el desprecio a la forma de ser de esos tunecinos no era sino el rechazo a una actitud, a unas costumbres y a unos vicios propios, padecidos en un próximo pasado; pero ya superados y olvidados.

Evolución social en general

Tratar de estudiar el origen y la transformación de la sociedad es un trabajo científico arduo que, como todo lo relacionado con la Historia, exige reconstrucciones hipotéticas subjetivas, derivadas de la mentalidad del autor y de la época en que se realizan.

Teniendo en cuenta que la evolución de las sociedades primitivas abarca millones de años, querer imaginarnos ahora cómo se pasó de la familia al grupo, a la tribu, al clan o a la ciudad, sólo podrá hacerse a grandes rasgos y sin duda influenciados por la percepción actual de los cambios antropológicos.

Puede ser similar a lo que ocurre al pintor figurativo cuando refleja un paisaje: en un primer plano se resaltan los detalles y el color de las plantas y objetos, que van desdibujándose paulatinamente hasta llegar al horizonte lejano donde forma y colorido casi desaparecen; pero si en ese horizonte se ha de representar un árbol o un edificio, por muy poco perfilados que sean sus rasgos, éstos se reproducirán con similitud a los que ha dibujado en primer plano.

Algunos autores parten de la familia como germen del Estado, o al menos como célula social a partir de la que se genera el grupo o la tribu. Otros autores como Ortega y Gasset, consideran un error creer que:

«La generación de un pueblo sea el mero crecimiento por dilatación del núcleo inicial: la familia» (*España invertebrada*).

No obstante no puede obviarse que la familia es el origen natural del hombre, donde se inicia toda relación con otros humanos y, por tanto, influirá en esa relación según esté concebida. Dos tipos de familia se pueden distinguir:

- La patriarcal, en la que se incluyen más de dos generaciones y sus relaciones matrimoniales.
- La nuclear, que sólo incluye los padres e hijos solteros.

Ambos tipos de familias son características de distintos tipos de sociedades, según se verá posteriormente.

El grupo de pocas familias sí puede considerarse como la sociedad más primitiva y se basaba en una cierta dependencia de unos para con otros, al objeto de conseguir una mayor fuerza para el trato con otros grupos similares. Las relaciones de unos grupos con otros se producirán en escasas ocasiones, como la competencia en la caza; pero de ellas surge e inserta en los individuos que forman el grupo, la idea de que cuanto mayor sea éste, mayor será su capacidad para conseguir alimentos o para asegurar su defensa.

La unión de distintos grupos, favorecida por una misma lengua o etnia, conduce a la tribu. Pero:

«La tribu al hallarse a merced de muchos peligros carece de la posibilidad de discernir las cosas mediante un raciocinio sistemático. Éste queda supeditado al pensamiento mágico» (*Historia del pensamiento social*, Salvador Gines).

La experiencia, las cualidades físicas y la magia van estableciendo en esa sociedad una elemental jerarquía y diversas costumbres, que suelen ser comunes a muchas tribus como por ejemplo el culto a la ancianidad.

El dominio de un grupo sobre los otros va configurando una cierta organización de las tareas y un mayor rendimiento que permite una mayor recolección en la caza, pesca, etc. Y cuando lo recolectado ya es mucho se hacen más difíciles los desplazamientos y el grupo se establece en el territorio que domina.

La permanencia en la misma tierra, unido a la casualidad y a la sabia naturaleza, lleva al descubrimiento de las semillas, propiciando el asentamiento definitivo. Cuando la producción excede al consumo propio, se

hace necesario guardar los excedentes, contarlos y custodiarlos. Estas funciones configuran una nueva distribución del trabajo y la aparición de una casta administrativa que detenta el conocimiento de la riqueza y con ello el poder.

La custodia de esa riqueza propiciará el concepto de murallas para defenderse del agresor que quiera apoderarse de ella y de los ejércitos para combatirlo, si es preciso. Por otra parte ese ejército servirá para asegurar el orden establecido y con ello el poder constituido.

En este estadio, los poderes mágicos no son suficientes para justificar las actuaciones del grupo, la división del trabajo y las jerarquías establecidas, por lo que el pensamiento mágico da paso al poder religioso que ya establece normas morales que, generalmente, facilitan la convivencia además de establecer un nexo entre lo natural y sobrenatural, que proporcione esperanzas para los más desfavorecidos.

El proceso termina con la instauración de la Ciudad-Estado, que tiende a cubrir un ámbito cada vez mayor y que, unido a la idea de que cuanto mayor sea éste mayor será su poderío, va a ir incorporando otras ciudades hasta llegar a constituir la idea del Estado actual. Pero ese Estado es preciso que tenga más capacidad de acción, puesto que el ámbito es mayor, debe disponer de más medios coercitivos para controlar su territorio en expansión y ello llevará consigo una limitación de las libertades que sólo el conjunto social admite cuando el proyecto que le constriñe es ilusionante, ambicioso y aceptado:

«En toda auténtica incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo. La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común.

Repudiamos toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven las gentes juntas sin más ni más y porque sí; esa adhesión *a priori* sólo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo, son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer algo juntos» (*España invertebrada*, Ortega y Gasset).

Esta dinámica va a marcar los puntos más sobresalientes de la evolución social de los pueblos, la lucha por las libertades individuales frente al

Estado opresor o el sometimiento voluntario de una sociedad esperanzada, para alcanzar objetivos comunes.

Cuando un Estado poderoso deja de tener fines reales o los ciudadanos dejen de tener fe en los mismos, se inicia un proceso de nuclearización contrario al de incorporación que lo hizo poderoso. Un ejemplo claro fue el contraste entre el Estado de Carlomagno y el feudalismo que le sigue.

Feudalismo

Es el feudalismo un fenómeno social de mucho interés puesto que crea el vasallaje, una relación personal entre señor y vasallo que abarca los siglos X a XIII; pero cuyas costumbres se prolongan hasta la Revolución Francesa.

Surgió el feudalismo cuando un pueblo o grupo social armado ocupó un pueblo agrícola y poco desarrollado. Los dominadores fueron pocos y se distribuyeron sobre un amplio territorio por lo que la centralización era difícil.

Se estableció así una casta de señores y otra de vasallos. El guerrero o señor protegía al campesino débil a cambio de que éste le rindiera un tributo o impuesto. Este pacto fue degenerando hasta el punto de que los más débiles se obligaban no sólo a sí mismos sino también a sus descendencias.

Los siervos de las capas sociales inferiores no contaban en el pacto, ya que al depender de las tierras de los agricultores quedaban incluidos implícitamente y dependientes del señor. Este señor solía ser a su vez vasallo y así sucesivamente se creó una maraña feudal en Europa que por circunstancias especiales no cuajó en España.

Durante muchos años se consideró una suerte para nuestro país no haber tenido un feudalismo desarrollado. Otros autores por el contrario se lamentan de que el feudalismo no alcanzara su plenitud en España como ocurrió en el resto de Europa. Algunos de éstos afirman que la unidad de España fue posible gracias a la debilidad de los señores feudales; pero este adelanto en la creación de la primera nación hizo que su esplendor fuera efímero:

«Quién crea que la fuerza de una nación consiste sólo en su unidad juzgará pernicioso el feudalismo, pero la unidad sólo es definitivamente buena cuando unifica grandes fuerzas preexistentes. Hay una unidad muerta, lograda merced a la falta de vigor en los elementos que son unificados» (*España invertebrada*, Ortega y Gasset).

La gran virtud del feudalismo germánico de Europa, consistió en crear grandes señoríos con poder y cultura individual. Las luchas, amistades y relaciones entre ellos sirvió para lograr un tejido social consistente, que poco a poco se fue ampliando sucesivamente de las provincias a los condados o ducados y finalmente daría lugar a la creación de las naciones.

En el feudalismo lo que numéricamente dominaba era una sociedad agrícola basada en la esclavitud y los latifundios. Las desigualdades económicas eran enormes y la conformidad con esta situación se logró con la creencia de que a cada persona, en función de su rango, le correspondía en justicia una retribución. Esta resignación, con la suerte que cada cual arrastra desde su nacimiento, está en el origen de la repugnancia con la que la sociedad medieval miraba el afán de lucro.

Esta repugnancia procedía a partes iguales del despego a las riquezas proclamado por la doctrina cristiana y de la creencia de que sólo la tierra producía y, por tanto, el sucio lucro procedía de la ganancia indebida.

El desdén hacia el lucro producía un desinterés absoluto por el crédito y la moneda. La mayoría de los caracteres apuntados de la evolución social hasta el medievo pueden considerarse afines o similares para ambas orillas del Mediterráneo. Las mayores diferencias empiezan a manifestarse con fenómenos sociales posteriores.

La aparición de los nacionalismos en Europa, la Reforma protestante y las guerras religiosas, la Contrarreforma y los absolutismos, el liberalismo y el socialismo, marcarán la evolución social occidental de un modo racional, aún cuando la secularización, provocada por el racionalismo, no fuera admitida con la misma facilidad por unas naciones que por otras, como se expondrá más adelante.

El orden y la rapidez con que se desarrollan algunos de estos aspectos de evolución social en el Magreb, va a ser anacrónico y a veces inverso al modelo occidental; así por ejemplo la profunda división entre socialismo y capitalismo es anterior a los nacionalismos y regímenes absolutistas, en el norte de África; pero todo ello es debido a una característica que siempre perjudicó a la evolución social árabe y es su paso por el colonialismo, aspecto que analizaremos en un capítulo posterior.

Evolución social en Europa

Seguimos hablando de evolución social, considerando que ésta comprende el conjunto de transformaciones que afectan a una sociedad

durante un largo periodo de tiempo, normalmente mayor que el que dura la vida de un hombre. En este periodo amplio los pequeños cambios no se aprecian, sólo se observa el efecto acumulativo de muchos cambios en el mismo sentido. Más adelante trataremos del cambio social, que consiste en la transformación observable y verificable en menor tiempo.

La burguesía y el nacionalismo

Durante le Edad Media la sociedad rural era la dominante; pero ya en sus últimos siglos aumenta el tamaño y la prosperidad de las ciudades en torno a sus mercados. Los gremios, con la elaboración de los productos primarios y los mercaderes, que exportan y comercian con esos productos, hacen comprender que no sólo la tierra produce, sino que es más fácil sacar beneficio de otras actividades diferentes de la agricultura y así surge una nueva capa social: la burguesía.

Ya no sólo se puede alcanzar la fama y la riqueza por la vía hereditaria, que daba la nobleza o la propiedad de tierras, sino que la habilidad en el taller o en el mercado, la hacen posible.

El burgués tiene una experiencia de la vida distinta del señor y del vasallo. Su éxito o fracaso no dependen del clima o de la suerte en un enfrentamiento bélico, sino del manejo del dinero. Con ello se desbarata el entendimiento mágico del mundo.

Dice con mucho acierto Enrique G. Arboleja en su *Historia de la estructura y del pensamiento social*:

«Los libros de contabilidad bien llevados, los balances de fin de año contribuyeron, por lo menos, a destruir el Viejo Mundo del milagro.»

La burguesía muestra que el trabajo y la iniciativa del individuo es esencial en su nivel social, ama la riqueza porque le ayuda a salir de la mediocridad. El afán de lucro no es pues nada despreciable.

El primer síntoma de individualismo toma forma y el camino de la secularización está abierto. Sin embargo, este carácter individualista y la relativa desaparición de la relación de vasallaje producía un cierto desamparo ideológico que va a llenar el nacionalismo.

El nacionalismo surge de la voluntad del pueblo para desarrollar su propia identidad y liberarse de las imposiciones de otros poderes superiores: el imperio o la potencia colonial.

Se opone al vasallaje, puesto que éste defendía la pertenencia a un estamento y no a un país o nación y, además, presenta características del individualismo y hasta del liberalismo.

La formación de grandes naciones en Europa, que había comenzado con Fernando *el Católico* en España, se va configurando y consolidando en el resto de los países de Europa hasta finales del siglo xx, en que comienza a perfilarse la idea de la Unión Europea.

Reforma protestante y Contrarreforma

El protestantismo, iniciado por Martín Lutero, no deja de ser una de las muchas herejías con las que hubo de enfrentarse la Iglesia desde la Edad Media. Su éxito se debe a un sinfín de circunstancias políticas del momento y a la labor realizada por una serie de racionalistas como Erasmo y Luis Vives que habían ido erosionando, en el norte de Europa, la potencia absoluta de la Inquisición, creada en el año 1229.

Realmente el mensaje religioso de Lutero sólo trataba de reformar las prácticas religiosas de la Iglesia católica, instaurando la interpretación libre de la Biblia como vía de acceso a la verdad. Y podríamos decir que el protestantismo es una demostración del triunfo del individualismo.

Todo ello había de generar una reacción violenta y una serie de guerras de religión que, unido a un proceso de descomposición eclesiástico, permitiría una apertura tolerante, liberal y burguesa en el mundo centroeuropeo.

La reacción de los países más católicos no se hizo esperar y consistió en un reordenamiento y endurecimiento de sus instituciones y normas religiosas. A este reordenamiento se le conoce con el nombre de Contrarreforma y tuvo un impulso decisivo en España con la creación de la Compañía de Jesús cuyo fin era: luchar por Dios bajo el estandarte de la Cruz.

El Concilio de Trento (1545) hace cristalizar un sentido de la doctrina católica intransigente que marca el pensamiento de un sector de la sociedad occidental. La exclusividad de las creencias cristianas llega al extremo de prohibir una serie de libros para los católicos. Como apunta Salvador Giner en la *obra citada*:

«Los países donde rigió con mayor plenitud el Índice, sufrieron una amputación intelectual importante, produjeron un aislacionismo internacional decisivo y una incorporación tardía a la modernidad.»

Absolutismos monárquicos

El gran poder de los Tribunales de la Inquisición, apoyados por las monarquías, anula toda posibilidad al derecho natural y potencia el absolutismo de los reyes. Frases como: «La monarquía tiene a su cabeza al rey, que es ahora ministro de Dios y debe ser un ser religioso» dan idea del apoyo entre la Iglesia y el Estado y recuerdan situaciones similares en algún país actual al otro lado del Estrecho.

Este absolutismo no es exclusivamente español, así en Francia decía el obispo de Meux que:

«El rey es el sustituto de Dios sobre la tierra y su alta misión es la ejecución divina.»

Otro ejemplo de época es Jacobo I de Inglaterra quien respondió al Parlamento, que cuestionaba su ley de impuestos diciendo:

«Es impío y sacrílego osar juzgar los actos de Dios y, por ello, temerario e imprudente que un súbdito critique las medidas tomadas por su rey.»

Revoluciones burguesas

Aunque, sin duda, la más conocida de las revoluciones burguesas es la Revolución Francesa por su carácter internacional, otras la habían precedido.

Sin hablar de la de los Comuneros de Castilla, que más bien fue un movimiento urbano y que sucumbió bajo el poder monárquico absolutista, debemos citar la revolución inglesa que tras sus luchas civiles contra el absolutismo de Carlos I, consiguió imponer el Parlamento a la Corona. Fue ésta una revolución puritana, coincidente con la influencia del protestantismo en la política; pero que dejó bien claro el germen imparable del poder burgués.

Otra revolución burguesa de importancia es la americana, ocurrida un siglo después de la inglesa, con el fin de preservar los derechos y libertades de las colonias, establecidas en Norteamérica, contra las imposiciones del Parlamento británico. Esta revolución que podríamos calificar como local tuvo el honor de producir la primera Constitución escrita de la Historia.

La Revolución Francesa es la liberal por excelencia y la que consolida las instituciones políticas, los valores sociales y las relaciones económicas

típicas de la burguesía. Así como las revoluciones inglesa y norteamericana tratan de mejorar los derechos de sus poblaciones respectivas, la francesa es la más universal, tratando de que sus efectos se difundan a otros países y afecten al hombre en general.

Termina con el resto de feudalismo, se consolidan las formas capitalistas de producción, se intensifica el proceso de secularización, se establece la libertad de opinión y pensamiento e incluso se implanta el bienestar social como un objetivo deseable.

Pocos meses después de la toma de la Bastilla, la Asamblea adoptó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789). Se inicia así la creación de un mundo nuevo, que sin duda inspiró la creación de otros organismos internacionales modernos, como la Sociedad de Naciones o la Organización de Naciones Unidas (ONU).

Conservadurismos e integristas

Puede admitirse que el conservadurismo es una reacción contra el auge revolucionario tras la Revolución Francesa. No es una teoría política o social sino una actitud.

Los revolucionarios justificaban las injusticias de sus medios con la consecución de unos fines. Los conservadores en cambio creían que el fin no justifica los medios. No hay que confundir, no obstante, a los conservadores, que no critican el cambio sino el cambio brusco, con los reaccionarios o tradicionalistas que quieren volver al pasado. Éstos no sólo cuestionan los medios utilizados sino también los fines, es decir, niegan los ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Aunque los conservadores más reaccionarios van perdiendo fuerza a través del siglo XIX, en algunos países mediterráneos surgen con fuerza grupos políticos que dan origen al integrista Carlista en España y a los Ultramontanos en Italia.

Estos grupos que, amparándose en la tradición, buscan una vuelta al pasado, unen la religión con la monarquía absolutista y casi reviven, con un carácter social, las guerras de religión. Combatir al liberalismo y a la libertad se convierte en una especie de Guerra Santa.

El caso de España es de verdadera importancia por su duración y porque se extendió a una enorme parte de la población rural, lo que va a prolongar una situación de casi guerra civil que perdurará hasta la mitad del siglo XX.

Liberalismos

Puede interpretarse que el liberalismo comienza con la revolución inglesa y podríamos identificarle con una clase social: la burguesía.

La doctrina que se desprende del liberalismo sobrepasa la teoría política y abarca cuestiones tan diferentes como las libertades individuales, el comercio internacional, los derechos de autodeterminación, la educación general y la separación entre la Iglesia y el Estado; aunque no puede olvidarse que al defender a ultranza la propiedad privada de los bienes de producción, defiende a una clase: la que le dio origen, es decir, la burguesía.

El liberalismo actual admite en su seno una variedad de tendencias políticas y sociales, que lo hace más universal. La doctrina del igualitarismo es para Tocqueville una pasión humana; pero también es una tendencia social imparcial. Los liberales en su tolerancia llegan a admitir la igualdad de oportunidades.

El largo sufrimiento de tratamientos injustos y de privilegios clasistas había ido abonando el terreno para que las clases más desfavorecidas cayeran en la cuenta de que el igualitarismo solucionaría todos sus problemas. El hombre, por naturaleza, es reacio a admitir la superioridad de otro humano y el sentirse igual a los demás le hace sentirse seguro e incluso arrogante.

Cuando Tocqueville analiza la sociedad democrática, lo primero que encuentra es una tendencia general hacia la igualdad de condición. El derecho al sufragio universal, la representatividad local y otras tendencias asambleístas, no son sino el reflejo de esa realidad. Pero esta tendencia conduce a una estandarización de las capas sociales.

El individuo de mediocres características puede usar las instituciones democráticas contra la excelencia del prójimo, creando el concepto de hombre-masa, que ataca lo bueno y lo bello para que no haya nadie mejor que él mismo.

Por eso Tocqueville, que era un verdadero demócrata liberal, propugna que, para que exista un verdadero pluralismo político, es necesaria la proliferación de asociaciones espontáneas con propósitos culturales, industriales y comerciales; pero con un importante grado de autonomía respecto al poder estatal. Ello crearía una capa intermedia entre el individuo y el Estado que impediría una manipulación de éste sobre aquél, sin pasar

por las asociaciones. Así como en una sociedad aristocrática el individuo está protegido por su señor, en una democrática no hay otra garantía que la del pluralismo social.

Pero el liberalismo, tan defendido por Tocqueville, que en el aspecto social producía esa pluralidad y esa participación del individuo como tal, en la faceta económica va a generar un afán de riqueza imparable en la burguesía y dará origen a abusos manifiestos contra el trabajador.

En efecto, el desarrollo industrial y minero va en aumento y la producción crece considerablemente hasta que la competencia entre productores, obliga a éstos a reducir los salarios para que los costes sean inferiores. El bajo poder adquisitivo de los trabajadores pone en peligro la ley de la oferta y la demanda y, además, conduce a que se forme una conciencia de clase: el proletariado o conjunto de trabajadores de la industria y la minería, que se sienten explotados por la burguesía.

Socialismos

La Revolución Francesa puede considerarse el punto de inflexión social a partir del cual el mantenimiento de privilegios pierde su razón de ser, en beneficio de la igualdad entre los hombres. La idea de un nuevo reparto de la riqueza es el germen para que las ideas aristocráticas de la sociedad pierdan valor. No podrá haber una redistribución si los que deben repartir la riqueza son los que la poseen.

Los primeros socialistas señalan una serie de teorías más o menos idealistas que se basan en utopías; pero que poco a poco van concretándose en teorías más prácticas; así por ejemplo Saint-Simon afirma:

«La clase industrial debe ocupar el primer rango, pues es de todas la más importante y se puede prescindir de todas las demás, mientras que éstas no pueden prescindir de ella» (*Historie du socialisme en France*, Paul Louis. París, 1950).

El paso de considerar la industria como el creador de la sociedad moderna, es un acercamiento al poder del proletariado y a la negación del derecho de los propietarios de los medios de producción.

Otros conatos del socialismo utópico son los que rechazan un mundo social tal como estaba organizado, pensando que su transformación sería posible dejando que hablen los instintos, ya que el hombre es innatamente bueno y una vez liberado de la opresión del Estado, distribuirá la riqueza de un modo justo. Posteriormente, estas ideas darán lugar al anarquismo.

El aumento del proletariado y el auge del industrialismo barrerán los idealismos utópicos del socialismo, derivando hacia un materialismo puro y duro.

Karl Marx (1818-1883) dice ya, que la distribución de los bienes de producción deben ser revisados:

«Si los bienes de producción pertenecen a otros que los trabajadores, el producto de este trabajo está enajenado.»

La unión de Marx y Engels para la publicación de su *Manifiesto comunista* (1847) marca la culminación del comunismo al señalar que:

«La sociedad se divide cada vez más en dos campos hostiles, en dos clases que se enfrentan directamente entre sí: la burguesía y el proletariado.»

Se ha inventado la lucha de clases. El proletariado, fomentado por la burguesía al aumentar las fábricas y el empobrecimiento de los trabajadores, se convierte en la gran fuerza social de la época y con su radicalismo inicial encarga a los comunistas de la transformación de la sociedad.

La multiplicidad de visiones que va adquiriendo el socialismo y la imposibilidad de desarrollar todas ellas, nos lleva a concretarlas en tres versiones que más han destacado a lo largo de este siglo:

- Comunismo, es la doctrina que pretende que en el futuro no existirá propiedad privada de los medios de producción, ni clases sociales ni, incluso, Estado mismo.
- Socialismo, es la práctica social que apoya la posesión pública de los medios de producción, administrando éstos en beneficio del interés general.
- Anarquismo, es la teoría que mantiene que no es necesaria la autoridad política ni religiosa. La simple abolición de esta autoridad dará paso a una sociedad justa, donde los hombres cooperen en beneficio del prójimo.

De estas tres versiones socialistas, es el anarquismo el que primero desaparece, aunque en algunos países, como España, llega a alcanzar un auge espectacular en los años treinta de nuestro siglo.

El comunismo es, por el contrario, el que inicia un camino más glorioso con la Revolución Soviética y la imposición de un imperio comunista, que amenaza durante un siglo, con convertirse en el imperante en el mundo contemporáneo. Su auge militar, social y territorial en Europa hace tambalear al

mundo capitalista y a aunar las fuerzas de la Europa Occidental y Estados Unidos de América en una lucha encarnizada por la conquista del Tercer Mundo y el equilibrio del poder, lo que se conoció como la guerra fría.

Sin embargo, esa lucha por la hegemonía va a ir consolidando el poder de un Estado bolchevique que ahoga al resto de la sociedad. En lugar de avanzar hacia la sociedad sin clases y con libertad, el Estado cada día tiene más poder y la pertenencia al partido crea una clase privilegiada que tiraniza al resto de la población.

El derrumbe del comunismo, tomando como símil la caída del muro de Berlín, es un hecho que, a partir de 1990, va a cambiar la faz del mundo, termina con la bipolaridad económica y militar e influirá decisivamente en las ideologías socialistas posteriores.

El socialismo, como práctica social para imponer un Estado todopoderoso, que distribuye la riqueza de un modo equitativo y justo, es la última versión que tiene influencia en todas las naciones de Europa Occidental.

La creación del Estado del bienestar es una conquista que nadie puede negar a ese proceso socialista, aunque muchas voces en la actualidad tratan de transformarlo en una sociedad del bienestar.

Aunque sería difícil imaginar que muchas conquistas sociales, hubieran podido tener lugar sin la aparición del socialismo en Europa, la realidad, tras la caída del comunismo, es que todas las socialdemocracias tienden hacia una concepción liberal de la economía y hacia una disminución de la influencia estatal en las empresas públicas.

Desde el punto de vista social, es más que significativo ver a dos dirigentes socialdemócratas europeos de la mayor importancia: el laborista inglés Blair y el alemán Schröder, clamar patéticamente por un centro político europeo a finales del siglo xx. Acontecimientos políticos actuales, como el señalado, podrían inducir a pensar en un ocaso de las ideologías. Mucho se ha discutido al respecto; pero pensando en las tres grandes ideologías del último siglo: liberalismo, socialismo y fascismo, podríamos concluir señalando que el fascismo se hundió con el final de la Segunda Guerra Mundial, aunque reaparezcan brotes xenófobos y violentos en todas las naciones europeas, y que el liberalismo y el socialismo convergen en sus planteamientos económicos, aproximando aspectos sociales y discutiendo sólo la mejor forma de administrar el bienestar; unos mediante la empresa privada y otros defendiendo la pública.

Modelos sociológicos de evolución social

El análisis de la evolución social en Europa tratado anteriormente, responde a una visión histórica del proceso. Basado en ello la sociología moderna trató de extraer unos tipos ideales de sociedad que representasen los estadios intermedios entre una sociedad tradicional y una sociedad tecnológica. De la mano de Max Weber definiremos ambos tipos de sociedades y expondremos la teoría de Rostow, con sus cinco estadios del crecimiento económico.

La sociedad tradicional es aquella en la que para satisfacer las necesidades del hombre, se utilizan directamente los bienes que proporciona la naturaleza: caza, pesca, minería y agricultura, principalmente.

Se caracteriza este tipo de sociedad primitiva por una distribución del trabajo basado en el sexo y la edad. La dificultad para que una sociedad, con una tecnología arcaica y con una elemental distribución del trabajo, prospere hace que su economía no pase de ser una economía de subsistencia.

Su organización social se basa casi exclusivamente en el parentesco y los grupos de edad. En la sociedad tradicional se mezclan y confunden los aspectos religiosos y profanos.

La principal diferencia entre la sociedad tradicional y la sociedad tecnológica es que, mientras en aquella se explota sólo el medio natural, en ésta se impone la técnica. El medio natural es aquel en que el hombre vive en contacto directo con la naturaleza, asumiendo sus ritmos. El técnico por el contrario interpone entre el hombre y la naturaleza la máquina o los productos fabricados. Podríamos decir que el hombre no depende ya de la naturaleza sino que la explota.

La economía de subsistencia que caracterizaba a la sociedad tradicional y cuyo problema principal consistía en la carestía de los productos, se troca en la economía de producción, cuya amenaza es, por el contrario, la superproducción, que genera un desequilibrio entre la oferta y la demanda y cuya única solución es la expansión del mercado y la reducción de horas de trabajo. Pero la aplicación de la técnica por sí sola, no aumenta la producción, es necesario comprar maquinaria especializada, desarrollar el transporte y las comunicaciones lo que obliga a realizar grandes inversiones de capital.

La aplicación de la máquina, por otra parte, genera un desplazamiento de la mano de obra del sector primario al secundario o de la industria y al terciario o de servicios. Ello es consecuencia del ahorro de mano de obra, sustituida ahora por la maquinaria especializada.

Ese personal trata de hallar acomodo en la industria; pero la diversidad de puestos de trabajo en las fábricas y de especialización genera a menudo un paro importante.

La familia no consume lo que en su seno se produce, como antes y ello origina una ruptura entre productor y consumidor. El trabajador no produce para los suyos sino para los consumidores en general y la economía descansa en un aumento constante de las necesidades, apareciendo la sociedad de consumo.

La profesionalización, la burocratización y la concentración industrial originan el éxodo hacia los centros de producción, dando lugar a la aparición de la sociedad urbana. En esta fase la sociedad tecnológica adquiere un sentimiento de superioridad sobre la tradicional y se desprecia al campesino y al pueblerino.

Suele decirse que el proceso de urbanización, a nivel personal, es irreversible (el que viene del campo a la ciudad no podrá volver a éste); pero recientemente se está produciendo un fenómeno extraño: el trabajador industrial sueña con volver a la naturaleza y lo hace cuando puede: al llegar la jubilación, con la adquisición de una segunda vivienda o con la incómoda salida de fin de semana.

La distinción entre trabajador e inversor y sus distintos intereses reaviva la conciencia de clases y da origen a la creación de asociaciones que les defiendan: asociaciones de empresarios o sindicatos.

La fe en la ciencia y la técnica produce una desmitificación y una racionalización de todo, lo que favorece la secularización de la sociedad. La vida temporal, el bienestar individual y colectivo están al alcance de la mano y se valora más que la esperanza en otra vida, en lo sobrenatural. Se abandona la necesidad de esperar algo en el futuro. Es preferible disfrutar el presente. No es que se abandone totalmente lo religioso; pero este aspecto queda relegado a lo personal y podríamos añadir que sólo se practica cuando ese bienestar se quiebra, por problemas económicos o de salud.

La vida religiosa no tiene, como en la sociedad tradicional, un carácter general, público y colectivo. Como consecuencia y, probablemente por

coherencia moral, se admite y defiende el pluralismo religioso (para que a mí no me obliguen los principios morales o religiosos, admito la libertad de creencias a los demás). El poder político se desinteresa progresivamente del poder religioso para unirse al económico y ello se refleja en la enseñanza y en la moral de la población.

Otra característica importante de la sociedad tecnológica es el aumento y alcance de los medios de comunicación. Al igual que la imprenta jugó un papel esencial en la difusión de las ideologías, la radio, la televisión vía satélite y la informática, con su nueva tecnología, no sólo influyen en la parte de la sociedad que genera sus emisiones, sino también en aquellas capas sociales menos desarrolladas a las que llega con facilidad, creando «sociedades de masas»; es decir grupos sociales que, a base de ser bombardeados con ideas e imágenes reiterativas, adoptan posturas, frases o costumbres sin otro posible raciocinio.

Ello está en el origen de la propaganda, sea comercial o política, que tantos problemas genera en las sociedades donde esa influencia no está compensada por una libre competencia y por un fácil acceso a los medios de comunicación social.

Esa mayor facilidad para llegar a millones de personas al mismo tiempo, está propiciando que la propaganda política contenga cada día más mensajes y promesas generalizadas y falsas. Ello puede hacer que una parte importante del poder político pase a manos de expertos en la manipulación de la opinión pública y genere desinterés político en los votantes (fenómeno clásico de muchas campañas electorales en Occidente).

El alcance de la propaganda comercial, vía satélite, puede producir en otros países con economías menos desarrolladas, la creación de necesidades inalcanzables que generen frustraciones en las que cuajen con facilidad actitudes totalitarias.

Según Seymour:

«Al ser las capas sociales más desfavorecidas las más contestatarias es en ellas donde las campañas de masas pueden producir los efectos menos deseables» «Democracy and the Working-Class Authoritarianism». *American Sociological Review*).

En sentido positivo hay que señalar que las comunicaciones por satélite están borrando fronteras entre regiones, países y culturas, abriendo unas maravillosas posibilidades en la enseñanza y la cultura, para que los pueblos se comprendan mejor. En un futuro próximo la interdependencia cul-

tural se convertirá en un hecho tan trascendente como la actual interdependencia económica.

Los cinco estadios del crecimiento económico

Antes de exponer la teoría de Rostow, conviene definir algunos conceptos que en ella vamos a utilizar:

- Industrialización es la búsqueda de un aumento de la productividad mediante la técnica y la adecuada organización de la mano de obra (W. W. Rostow. *The Process of Economic Growth*. Oxford University Press. Nueva York, 1953).
- Desarrollo económico es la racional utilización de los factores económicos para aumentar la renta nacional, el nivel de vida y el bienestar general. (Albert O. Hirschman. *The Strategic and Economic Development*. Yale University Press. Nueva York, 1958).
- Modernización es el conjunto de acciones dirigidas a lograr unas condiciones de vida coherentes con determinados valores.

La teoría de Rostow en la obra citada anteriormente, establece los siguientes cinco estadios de crecimiento económico:

- Sociedad tradicional, con las características antes apuntadas.
- Condiciones previas al despegue, que se dan cuando.

La idea de que el desarrollo económico es necesario, cobra fuerza en algunos sectores, bien sea para lograr un mayor lucro personal, con vistas a aumentar el bienestar general o por orgullo nacional. Se comprende la necesidad de la enseñanza elemental y la instrucción técnica para parte de la población.

Algunos empresarios invierten en empresas públicas o privadas y hacen su aparición las instituciones financieras. Progresan ciertas empresas y el comercio se extiende dentro y fuera del país. Se consolida un poder político central, en muchas ocasiones con visos nacionalistas. Es ésta una etapa transitoria en que coexisten la sociedad tradicional y el inicio limitado de otra idea más tecnificada.

EL DESPEGUE

Puede considerarse como el punto crítico en el paso de una sociedad tradicional a tecnológica.

En él se multiplican las industrias y crecen los servicios gracias al aumento de las inversiones y a la llegada de capitales extranjeros. La pro-

ducción agrícola aumenta gracias a la mecanización, liberando mano de obra de ese sector.

Las ciudades crecen y la movilidad geográfica laboral se hace intensa. En este estadio la sociedad tecnológica está ya más extendida que la tradicional, quedando ésta limitada a sectores que mantienen una actitud conservadora en aspectos sociales, morales y religiosos.

Si tratásemos de aplicar una cronología al momento en que la evolución de los principales países alcanzaron esta situación podríamos aventurar que Inglaterra lo alcanzó a finales del siglo XVIII, Francia y Estados Unidos en la primera mitad del XIX, Alemania y Japón en su segunda mitad, algunos países mediterráneos europeos en la primera mitad de nuestro siglo, India, China y el sureste asiático lo viven en la actualidad.

LA MADUREZ

Se caracteriza porque la industrialización se extiende a otros sectores distintos de los básicos y se explotan nuevos recursos. Rostow establecía que este estadio se venía a alcanzar 40 años después del despegue.

EL CONSUMO DE MASAS

En este último estadio se produce un aumento significativo del nivel de vida y del empleo cualificado. Disminuye la jornada laboral y aparece la sociedad del ocio. Las inversiones se dirigen a la seguridad social, el bienestar y la salud pública aumentando en gran escala el sector servicios.

La mayoría de los países en vía de desarrollo se encuentran actualmente en el segundo o tercer estadio de los citados.

Evolución social en el Magreb

En todo proceso de desarrollo social pueden distinguirse dos fuerzas que dan dinamismo a ese proceso y lo caracterizan: las fuerzas internas o las externas. La revolución industrial en Occidente durante los siglos XVIII y XIX, responde al impulso de sus fuerzas internas.

Su industrialización tuvo como protagonista a la burguesía, que invirtió sus capitales y conocimientos científicos y técnicos en su transformación. Durante mucho tiempo ese tipo de desarrollo fue considerado como el modelo universal y así se creó el prejuicio de que todo desarrollo había de

seguir el mismo proceso. (Teoría de los estados de Compté o de los cinco estadios de desarrollo de Rostow).

Pero muchos de los países actualmente en proceso de desarrollo, principalmente los del norte de África, no tienen nada que ver con la situación en la Europa de los siglos XVIII y XIX, ya que desde hace siglos sufren la influencia y a veces la concurrencia de países mucho más desarrollados. La influencia de esos países ajenos actúan de forma bien distinta, lo hacen como fuerzas externas. Es verdad que esos países han introducido agentes y formas de modernización; pero también han generado reacciones contrarias de sus fuerzas internas.

Nos estamos refiriendo a un fenómeno social que afecta a todos los países del Magreb, condicionando su evolución social. El colonialismo de este y del anterior siglo, protagonizado por el Imperio otomano y después por las potencias europeas, los procesos de descolonización e independencia que les siguieron y la sombra de un nuevo colonialismo económico, son temas que merece la pena analizar para poder comprender el estado actual de desarrollo social en la orilla sur del Mediterráneo Occidental.

Colonialismos

Siguiendo el análisis de Guy Rocher citado, especialmente en su capítulo dedicado al colonialismo y basándonos en los elementos aportados por los más prestigiosos sociólogos especializados (Balandier, Memmi, Mannoni, etc.) podemos apuntar como rasgos característicos de toda situación colonial los siguientes:

- Una explotación económica extranjera. El interés económico ha sido y sigue siendo, el principal motivo de colonización. Para la metrópoli la colonia es un país, alguno de cuyos recursos explota, por ser de interés o hasta necesario a su propio enriquecimiento o al mantenimiento de su poder político. Para realizar esa explotación debe reclutar mano de obra entre los aborígenes, adiestrarla y pagarla. Es por ello un agente de cambio social; pero normalmente perturba el orden establecido y a veces la evolución interna en curso. Desarrolla el transporte y las comunicaciones pero suscita la aparición de necesidades no sentidas. Vemos pues que la colonización inicia el desarrollo de sociedades tradicionales, aunque limita ese desarrollo a los sectores de su interés, procurando mantener una economía de subsistencia en los demás, para evitar que suba excesivamente el nivel de vida y con ello

los salarios que debe pagar. Los productos no suelen ser manufacturados en el país colonizado, por lo que se priva a éste de ese importante factor de desarrollo. Además, se traen expertos de la metrópoli para ocupar los puestos técnicos, limitándose así el desarrollo intelectual y tecnológico de los aborígenes.

- Una dependencia política de la metrópoli. Todas las decisiones políticas importantes proceden del país colonizador, que son transmitidas a sus gobernadores o administradores. A veces se monta un gobierno local; pero éste se limita a hacer recomendaciones o transmitir deseos, estos gobiernos suelen ser una autoridad delegada intermediaria entre el pueblo y la verdadera del colonizador y suele asumir la misión de reclutar mano de obra y obtener información. A veces también asume misiones policiales para el control de su población. Cualquier nativo que inicia una acción política que el colonizador considera contraria a sus intereses, es calificado como agitador político y castigado duramente. Puede, en algunos casos, darse una situación colonial sin dependencia política, como es el caso de la explotación por empresas o capitales extranjeros, pero en el fondo seguirá directrices económico-políticas. Es un aspecto del neocolonialismo que después trataremos.
- Creación de barreras sociales y raciales. La metrópoli suele instalar en la colonia un cuerpo de funcionarios, administradores y militares, además de otros agentes de negocios, comerciantes y agricultores del país colonizador, que se establecen por su cuenta. Pero las relaciones entre estos extranjeros y los nativos se reducen a las exigencias del trabajo o de la vida doméstica. En todo lo demás los colonizadores viven su propia sociedad, que permanece cerrada a los aborígenes: barrios y tiendas para extranjeros, etc. Por otro lado se produce una atomización social del país colonizado, puesto que a los distintos grupos sociales existentes, se añaden, con la colonización, otros grupos con niveles de salarios y empleos intermedios, generados por la inversión extranjera. Estos grupos sociales son especialmente interesantes, pues jugarán un papel decisivo en el proceso de descolonización. Efectivamente al haber sido educados para comprender al colonizador mediante la concesión de privilegios, suelen reaccionar contrariamente a lo programado, en la descolonización, ya que deben congratularse rápidamente con su pueblo de origen.
- Establecimiento de un sistema justificativo. Es el conjunto de racionalizaciones que el colonizador atesora como justificación moral y técnica de su posición y actitudes en el país colonizado, citaremos como ejemplos:

- El pueblo colonizado carece de las condiciones intelectuales, técnicas y morales para explotar sus recursos.
- No saben gobernarse por sí mismos, por lo que hay que educarlos e instruirlos.
- Necesitan una ideología o un concepto democrático similar al de la metrópoli, por lo que desalientan cualquier desarrollo político propio.
- Como no tienen una preparación intelectual adecuada, sería perjudicial darles mayores salarios de los que piden; ya que si no se les crearían aspiraciones imposibles de cubrir y con ello frustración.
- Estancamiento de actitudes psíquicas diferentes.

Por todo lo expuesto anteriormente, el colonizador considera al colonizado como a un menor. Es una mezcla de paternalismo, menosprecio y temor.

El colonizador que, normalmente, desconoce la lengua del país colonizado, no hace nada para aprenderla, al revés: se parapeta en ello para mantener un distanciamiento social. Siempre considera que el pueblo debe estar vigilado y le controla por medio de una policía local que suele aplicar duras sanciones. El colonizado, por el contrario, se cree inferior al colonizador a quién envidia y admira, procurando identificarse con él; pero su mundo se le antoja extraño e inalcanzable.

A causa de la distancia social que impone el colonizador, su encuentro se hace imposible y comprueba que cuando ya se cree incorporado a su sistema social, éste cambia sus modas o estilo de vida. A consecuencia de todo ello el colonizado acaba comprendiendo que precisa reconocerse diferente del colonizador. La admiración primera desemboca en odio y hostilidad.

La sociedad tradicional que hemos visto subsiste, llegados a este estadio, suele alentar alguno o todos estos fenómenos de repliegue:

- Trata de recuperar a la familia frente a la movilidad laboral, valorando sobre todo las razones de parentesco.
- Recupera sus expresiones folclóricas
- Se radicalizan las creencias y costumbres religiosas.

Estos fenómenos de repliegue son como salvavidas, como algo a lo que aferrarse en los momentos de frustración o desilusión. El colonizado ha sido víctima de un sentimiento de inferioridad y de incapacidad permanente. La carencia de motivaciones profundas le ha hecho tender al inmo-

vilismo. Lo que se conoce como «pereza de los pueblos colonizados», no es más que un retractismo, resultante de la fragmentación de su personalidad colectiva y de la ausencia de alicientes económicos y morales.

Como conclusión podría establecerse que toda sociedad colonizada presenta tres deficiencias principales:

- Es periférica, la única razón de su existencia y centro de la misma, es la metrópoli.
- Es desequilibrada, sólo ha desarrollado el sector de interés para el colonizador.
- Es inhibida, carece de motivaciones autónomas.

Descolonización

Hemos visto que la colonización existe desde tiempos antiguos y que en casi todas las épocas un imperio era sustituido por otro en el dominio de países y territorios. En ese sentido podemos decir que la descolonización es un fenómeno moderno. Si hasta la Edad Moderna, en los países colonizados, lo único que cambiaba era el colonizador y éste imponía normas, leyes y costumbres, en la Edad Contemporánea son las fuerzas internas del país colonizado, las que generan este nuevo proceso de descolonización.

Puede considerarse que este proceso se inició en el siglo XVIII, con la independencia de Estados Unidos respecto al Imperio inglés, se continúa en el XIX, con la independencia de las colonias españolas en América y prosigue en el siglo XX, con la descolonización de Asia y África.

Durante la descolonización una especie de círculo vicioso impide el cambio social. La dominación de una sociedad extranjera y poderosa sobre otra tradicional hace difícil el cambio, porque se bloquea toda posibilidad de generar un capital local, se limita la industrialización y la cualificación laboral, al sector que interesa y se desalienta la iniciativa y el riesgo empresarial autónomo, anulando la confianza en sí mismo del país colonizado.

Sin embargo, ya señalamos que en el proceso de colonización se generan condiciones que pueden propiciar el despegue industrial. La potencia colonizadora, en pos de sus intereses, propicia el desarrollo del transporte, las comunicaciones e importa tecnología, aunque sea dirigido al sector que le interesa.

El desequilibrio producido por esa industrialización dirigida, afecta a la sociedad global, que mantiene un desarrollo artificialmente limitado que, antes o después, se volverán contra ese obstáculo a su general desarrollo.

La inhibición de motivaciones colectivas del sistema colonial causa frustraciones, suscita deseos inalcanzables y provoca hostilidad latente contra el colonizador. Todas estas transformaciones antes se diluían en el tiempo; pero ahora con las nuevas tecnologías se suceden a un ritmo tan rápido, que provocan reacciones individuales y colectivas más radicales y ello acelera el proceso descolonizador.

Los sectores más evolucionados, al haber gozado de privilegios por parte de los colonos, van produciendo unas elites entre los colonizados que, paradójicamente, darán lugar a los elementos más radicales del movimiento de descolonización.

Los iniciadores de cualquier movimiento descolonizador recibirán, en principio, el apoyo de una minoría de la población, ya que tropezarán con la indiferencia del resto y con las reacciones de miedo y la hostilidad de otras elites conservadoras, que no desean perder sus privilegios.

Por ello estos grupos suelen cristalizar en jefes carismáticos, capaces de racionalizar o idealizar las promesas y beneficios de la independencia, a fin de vencer la inercia de las masas. Para conseguirlo no tendrán inconveniente en mezclar elementos radicales y revolucionarios, con otros simplemente progresistas, que confían en un desarrollo evolutivo de la situación. Aunarán también aspectos religiosos perdidos y propios de la sociedad tradicional, con otros secularizantes más próximos a la modernidad prometida.

Las posibilidades de éxito de una mezcla tan explosiva, suelen quedar reducidas a la consecución de la independencia política; pero generarán problemas de identidad a esa naciente sociedad. Suele decirse, con razón, que es más fácil lograr la independencia política que la económica.

Si la economía de una sociedad colonizada dependía de una economía más avanzada, el proceso de independencia difícilmente va a obrar el milagro de alterar esa dependencia. Probablemente, por el contrario, el proceso de independencia producirá una crisis en la industrialización del país, las potencias extranjeras tardarán un tiempo en fiarse del nuevo régimen y éste tendrá la difícil tarea de transformar una sociedad unida para la lucha, en otra diversificada, para atender los sectores antes abandonados.

Las aspiraciones sociales y económicas suscitadas por el movimiento independentista y prometidas sin mesura por sus dirigentes, no podrán ser satisfechas de inmediato y la tentación de volver a una economía protegida o garantizada será muy grande.

Las clases privilegiadas conocen la vía para restablecer relaciones con la antigua metrópoli o sus empresas y tendrán siempre vuelta la vista hacia esa posibilidad, para seguir disfrutando de los beneficios del colonialismo económico. El abismo existente entre esa minoría privilegiada y el resto de la población, esperanzada con la independencia, se hace cada vez más profundo.

Las luchas intestinas entre los distintos clanes, de esas clases privilegiadas, son violentas y producen a menudo escándalos, que en ocasiones provocan la aparición de dirigentes políticos autoritarios que pretenden terminar con esos privilegios. Sin embargo, la falta de medios económicos locales y la desconfianza de la inversión extranjera, hacen inviable el dirigismo autoritario.

La frustración continua de la población desilusiona a las masas que adoptan una apatía laboral y les conduce a buscar las razones del fracaso en el sistema o en los dirigentes políticos. Como habíamos apuntado antes, éstos se habían rodeado de elementos progresistas, que pronto se convierten en el objetivo fácil de los grupos radicales, como causantes del fracaso nacional.

La población desilusionada busca refugio en sus valores tradicionales. La religión y la familia. Se ha producido el caldo de cultivo donde profetas y visionarios puedan ganarse fácilmente a las masas. Vemos pues que la sociedad pos-colonial puede fácilmente convertirse en una sociedad atormentada, dividida y hasta peligrosa para sus vecinos.

El posible estancamiento económico y la paralización política y social convierten a esta sociedad en víctima propiciatoria para dos fenómenos opuestos:

- La radicalización cultural, ideológica y religiosa en contra de los valores que representaba el cambio. No se trata de la simple vuelta a los valores de la sociedad tradicional, sino de una revolución contra toda modernidad.
- El neocolonialismo económico, político (importando modelos foráneos) o cultural.

Ambos fenómenos. Neocolonialismo y radicalización de la sociedad, constituyen los mayores peligros para alcanzar la deseada convivencia en el Mediterráneo Occidental en este siglo que comienza.

La situación actual en el Magreb

Las características expuestas con carácter general de los procesos de colonización y descolonización, son tan coincidentes con los fenómenos acaecidos en el Magreb que nos evita particularizarlos a los países que aquí nos interesa. Por otro lado, se evita también que se pueda considerar como acusación a las potencias europeas, los defectos que para el desarrollo social tienen todas las sociedades colonizadas.

No pocos de los prejuicios que dificultan un leal proceso de apoyo a los países en vía de desarrollo, provienen de aquellas justificaciones que hacían los colonizadores a su labor y que surgen nuevamente con la aplicación de los neocolonialismos actuales.

Pasaremos directamente a destacar algunas circunstancias por las que han pasado los países del Magreb tras su independencia y posteriormente analizaremos varias actitudes sociales de los mismos, que son vistas por los occidentales como lacras insuperables para su desarrollo.

Aceden todos los países de Magreb a su independencia política en la segunda mitad del siglo xx, tras una guerra mundial en la que sus territorios y sus hombres se ven injustamente implicados, sufriendo sus consecuencias.

Al final de esa guerra el mundo queda dividido en dos zonas de influencia que van a afectar al desarrollo social de cada uno de estos países.

Argelia es el modelo de país influido por la política de la Unión Soviética. Es atraído a su ideología lo que, unido a las esperanzas en su riqueza petrolífera, va a provocar un abandono de su producción agraria y una transformación económica, caracterizada por un aumento industrial precipitado.

Marruecos es el modelo opuesto, apoyado por las potencias occidentales y especialmente por Estados Unidos, apuesta por una monarquía absolutista que, durante años, retrasa los cambios sociales e impide cualquier tipo de secularización de su sociedad, al conferir a su Rey poderes religiosos.

Libia y Túnez, una prosoviética y otra prooccidental, siguen procesos más particularizados; la primera hacia un poder carismático y radicalizado, favorecido por la gran riqueza energética de sus pozos y el aislamiento mundial y la segunda, hacia un neocolonialismo abierto a las costumbres y normas occidentales, que genera problemas de identidad a su población.

La fase desilusionante que es normal tras todo proceso independentista, se ve agravada en el mundo árabe por una circunstancia particular y algo arbitraria. La creación del Estado de Israel; que va a unir a todos los países de esa civilización contra un enemigo común. El pueblo judío, el elegido de Dios, el eterno errante que ha sufrido diáspora tras diáspora, obtuvo en el año 1948 un territorio propio, por decisión de las naciones vencedoras en la Segunda Guerra Mundial.

Fue elegido ese territorio en razón de la historia y los propios orígenes del pueblo judío; pero nadie debió pensar entonces que, después de tantos siglos de dominación islámica, su ubicación iba a generar un odio, antes inexistente y probablemente ya irreversible, entre Israel y el mundo árabe que le rodea. Por otro lado es impensable que los judíos, expulsados y masacrados tantas veces en otros países, desaprovechen la ocasión para crear su propio y definitivo Estado.

Para ello cuentan con la identidad de pueblo, con un contingente considerable de población diseminada por el mundo, con una red financiera universal, con el apoyo de Occidente y en particular de Estados Unidos y con la imagen de víctima de un espantoso holocausto, sufrido por su pueblo bajo los nazis.

Estas circunstancias y su espíritu de lucha le han hecho salir vencedor en las sucesivas guerras mantenidas con sus vecinos árabes. No solamente eso; sino que esas victorias y un natural instinto de supervivencia, le llevaron a ocupar territorios árabes que se niega a devolver, a pesar de las sucesivas condenas y resoluciones en su contra, de Naciones Unidas.

La idiosincrasia de los judíos, con sus valores morales «ojo por ojo y diente por diente», dificulta la convivencia en un entorno que le es hostil y convierte a Israel en un foco permanente de inestabilidad, constituyendo también curiosamente, la mayor fuerza de cohesión para todo el mundo árabe.

A las decepciones y frustraciones de cada país del Magreb en su particular proceso posindependentista, se van a unir los fracasos de sus her-

manos árabe de Oriente Medio, al enfrentarse a ese enemigo común. Pero, además, ese pequeño y poderoso país es apoyado por Estados Unidos y en general por Occidente, lo que ha ido generando una hostilidad y desconfianza en cuantos sistemas sean propiciados por nuestra civilización.

No queremos decir que Israel sea la causa del lento proceso de modernización de los países del sur del Mediterráneo Occidental, puesto que ese proceso, ya de por sí difícil, se ve interrumpido por razones económicas principalmente; pero sí que ha propiciado que las fuerzas reaccionarias acusen a Occidente de ser partidista y ser el causante de los grandes males del mundo árabe, contagiando a las masas de una cierta aversión hacia sus valores morales y democráticos.

La transformación de una economía de subsistencia en otra moderna de producción industrial hemos visto que exigía importantes inversiones de capital. La dificultad de invertir capitales propios, unas veces debido a la pobreza de la población y otras por estar éstos en manos de pocas personas, es un problema común al desarrollo del Magreb.

Casi siempre los ricos del país, que gozaron de privilegios y ganancias en la época colonial, se niegan a invertir por el riesgo de las nuevas empresas o simplemente por el temor a perder la influencia y el prestigio social que les da el dominio de las tierras y de la población rural que las trabaja. Lo mismo ocurre con los ahorros de los particulares, que prefieren acumular dinero antes que hacerse accionistas.

Por todas estas razones la inversión precisa de capital extranjero que no llega más que a cuentagotas y como aportaciones minúsculas e interesadas. El fracaso económico hace pasar de gobiernos progresistas a otros autoritarios, todos ellos bajo la tentación de volver al proteccionismo neocolonialista; pero sin que ninguno dé satisfacción a las esperanzas creadas y alentadas durante el proceso independentista, ni les proporcione cambios significativos.

Sólo en determinadas circunstancias extremas, cuando la carestía de vida afecta a una importante parte de la población o el paro abarca a una masa significativa de trabajadores, se ha producido un cambio de importancia y generalmente ha sido un cambio reaccionario y contra la modernización del país.

Así ocurrió en Túnez con la llamada «revolución del pan», que acabaría derrocando al presidente Bourguiba y deteniendo el proceso secularizador

de ese país, o en Argelia con el triunfo de los islamistas en las elecciones de 1991, que fueron anuladas y que terminaron con el único proceso democrático avanzado en el norte de África.

Análisis de actitudes sociales criticadas por Occidente

Vimos en el repaso sobre colonialismos, las autojustificaciones del colonizador para imponer su política a los colonizados, analizaremos ahora por qué se producen en el Magreb, algunas actitudes o costumbres que se ven en Europa como lacras insuperables para su desarrollo. Para su mejor identificación citaremos estas actitudes por la frase con que vulgarmente se las designa: «Han destruido su riqueza y todo lo siguen haciendo mal».

La industrialización, iniciada parcialmente en la última fase colonialista y acelerada artificialmente tras la independencia, provocó el éxodo de la población rural hacia los centros industriales de manera que de un 80% de agricultores se pasó a menos de un 50% y muchos de los países del Magreb, de autosuficientes pasaron a ser importadores de cereales. Según datos del *Human Development Report* la dependencia de los países del Magreb en productos alimentarios varió durante los años 1969 a 1971 en las siguientes proporciones: Argelia de un 32% a un 75%, Marruecos de un 18% a un 34% y Túnez de un 42% a un 65%.

Por otro lado la transferencia de mano de obra del sector primario a la industria requiere una preparación intelectual y técnica que exige una verdadera preocupación política para mejorar y reformar la enseñanza. Al no poder dedicar recursos a esta formación se genera un paro juvenil que, concentrado en aglomeraciones urbanas, es el mejor caldo de cultivo de delincuencia, droga y manifestaciones pseudorevolucionarias.

Parte de esa mano de obra, procedente de la agricultura y que no puede integrarse en la industria, pasa temporalmente hacia los servicios que, aparentemente, exigen menor preparación técnica y termina deteriorando éstos y afectando negativamente al desarrollo industrial.

Hemos comentado ya el deterioro de los servicios en el turismo y su efecto negativo en la demanda hotelera; pero lo mismo puede decirse de parte del funcionariado y de los servicios policiales: «Sus funcionarios y policías son inútiles e impertinentes».

Producto de la colonización y de la creación, en su momento, de subadministradores y policías nativos, el concepto de funcionario adquirió en estos países una especie de distinción o título, que significaba poder.

Se ha dicho, con razón, que: «Dar una gorra a un magrebí es convertirlo en un déspota» y casi lo mismo podría decirse del funcionario tras una ventanilla. De ello pueden dar fe los millones de turistas que visitan estos países y sufren el despotismo de aduaneros, policías y demás autoridades aeroportuarias.

Es verdad que esta actitud es bastante común en los países en vía de desarrollo, especialmente cuando se dan regímenes autoritarios o cuando no existen derechos individuales; pero, por una combinación de ambas circunstancias, es una característica muy particular de los magrebíes, tanto que incluso puede verse reflejado en la tipología física de estos funcionarios: de jóvenes chulescos y famélicos, que incomodan sin motivo, pasan a cuarentones orondos y parsimoniosos, que desesperan al ciudadano. Todo ello perjudica la imagen de la población en general y favorece que persistan los prejuicios contra la colaboración internacional: «Creen que con emigrar a Europa solucionarán todos sus problemas».

Si el éxodo rural se mostró imparable en ese inicial proceso de industrialización, la aglomeración urbana y el paro están generando un ansia de emigración hacia los países más desarrollados de Europa, que no será posible detener.

No es un fenómeno nuevo ni exclusivo de los países del Magreb. A lo largo de la Historia siempre han existido movimientos migratorios, especialmente cuando las diferencias salariales eran grandes entre países cercanos. Durante medio siglo los países de la Europa Central han recibido mano de obra barata de los países mediterráneos que, en pésimas condiciones de vida (alojados en barracones y ocupando puestos de trabajo que no querían los naturales del país), dejaban su familia para lograr ahorros inalcanzables en sus países de origen (Italia, España o Portugal).

Podría servir este comentario para matizar otro realizado cuando se exponía una de las autojustificaciones coloniales. Se hablaba entonces de la llamada «pereza de los habitantes de los países colonizados», cuando este defecto podríamos hacerlo extensivo a todos aquellos en los que la remuneración por el trabajo no alcanza un mínimo para estimular al trabajador.

Recuerdo como en esa Europa Central también tenían fama de perezosos los andaluces o los sicilianos y como se convirtieron en los más eficaces

trabajadores al comprobar que con su esfuerzo aumentaba considerablemente el poder adquisitivo de su familia. Hoy ocurre algo similar con muchos de los millones de marroquíes o argelinos que trabajan en Francia, Italia o España.

Un libro de los años sesenta reflejaba perfectamente las penalidades y satisfacciones de nuestros emigrantes, se titulaba: *Hemos perdido el Sol*. En él se referían los sinsabores de aquellos «perezosos», capaces de sacrificar varios años de sus vidas, por mejorar la de los suyos. Algún beneficio también obtenían las Administraciones de los países de esos emigrantes, al pasar por sus arcas los millones ahorrados en divisas por aquellos trabajadores ilusionados.

Todo ello nos conduce a algunas reflexiones sobre la aplicación del control actual de las emigraciones magrebíes hacia la Unión Europea. El Acuerdo de Schengen es el medio impuesto por la Unión Europea a todos sus países miembros, para evitar la emigración extranjera a Europa y parece necesario establecer un control que regule una emigración creciente del Magreb; pero no debería darse la imagen de una frontera racial.

Porque hoy puede estar dándose la circunstancia de que entren más emigrantes clandestinos en Europa, procedentes de los países del Este o de Centroamérica, por Holanda o Bélgica, que magrebíes por Italia o España.

En todo caso resulta paradójico ver esos enormes carteles en las proximidades de los aeropuertos españoles que anuncian el Acuerdo de Schengen. En ellos se ven las banderas de países, como Italia, España o Portugal, avisando de la prohibición de entrar en su país, cuando una parte significativa de sus poblaciones respectivas, vivió y prosperó, gracias a poder emigrar a otros países, entonces más generosos.

El bombardeo continuo de la propaganda comercial sobre la población magrebí a través de las emisoras de televisión europeas (especialmente de Francia, Italia o España), hace sentir a sectores económicamente débiles, la necesidad de lavadoras, frigoríficos o lavavajillas, con la misma intensidad que a las familias europeas, que tienen fácil acceso a esas comodidades. Y a concebir la vida en la orilla norte, a tan sólo unos kilómetros, como un verdadero paraíso.

No es, al fin, extraño que cientos de jóvenes arriesguen sus vidas y empleen sus pocos ahorros en la aventura de cruzar el Estrecho, a bordo de las tristemente célebres «pateras».

En los países europeos empieza a existir puestos de trabajo no deseados por sus habitantes y que son ocupados de hecho por emigrantes (polacos y ecuatorianas sobre todo). Un esfuerzo por cuantificar esos puestos y orientar hacia ellos parte de la emigración magrebí, podría ser un medio de aliviar el creciente número de parados en aquellos países.

Hoy día la mayor ilusión de un joven magrebí es emigrar a Francia, Italia o España y, como siempre ocurrió, el orgullo de un emigrante al volver a su tierra hará que éste hable maravillas sobre el país que le hace parecer rico ante los suyos. No habría mejor propagandista de la democracia europea, que esos emigrantes al regresar a su país de origen: «Tienen un concepto de la mujer y de la familia totalmente atrasado».

El modelo de familia en la sociedad tradicional, hemos visto, agrupa a padres, hijos, abuelos y nietos con sus correspondientes cónyuges, mientras que el proceso de industrialización conduce al modelo de familia nuclear, formada sólo por los padres e hijos solteros.

Sin embargo, el ritmo de cambio familiar en relación con el proceso de industrialización, no ha sido el mismo en los países del Magreb que en el resto de los países en vía de desarrollo y constituye una característica de los mismos. La influencia de la religión en la organización social de estos países, ha ralentizado los procesos de transformación de la familia y la independencia de la mujer.

Pero nada de eso debe extrañar en los países de religión católica donde, durante siglos, las autoridades eclesiásticas han alabado las ventajas de la familia numerosa y la prioritaria dedicación de la mujer a la procreación y educación de sus hijos.

Últimamente el acelerado proceso de crecimiento económico y la secularización de la sociedad en Occidente han limitado esas recomendaciones a la conciencia personal de los católicos; pero siguen escuchándose muchas voces, no sólo religiosas, que preconizan los valores de la familia frente al egoísmo materialista de los partidarios de las residencias de ancianos o de la independencia de la mujer, con sus derechos inherentes: aborto, divorcio, etc.

Los países del Magreb conocieron, no obstante, algunos de estos valores durante su periodo colonial y es curioso, por ejemplo, que las leyes del divorcio y aborto o la presencia de la mujer en el Ejército o la Policía sean anteriores en Túnez que en España o Italia. Lo que ocurrió es que el estancamiento económico y las sucesivas frustraciones en su proceso de

modernización, han producido una tendencia natural a refugiarse en sus costumbres y tradiciones.

Algunas circunstancias, debidas al inicial desarrollo industrial en el Magreb, parecen indicar que los jóvenes de esos países no aceptan volver a una sociedad tradicional. Por ejemplo la aglomeración de jóvenes sin trabajo en las grandes ciudades, su más rápida adaptación al medio urbano y el mayor nivel intelectual que sus progenitores, propiciarán una disminución en la autoridad de los padres, si no un desprecio hacia los mismos, lo que conduce a la nuclearización de la familia y a las exigencias de los derechos de la mujer y de los jóvenes en general.

Siempre ese conflicto generacional ha producido enfrentamientos, tanto a nivel familiar como social, en las primeras fases de despegue de los citados estadios de desarrollo del modelo de Rostow; pero es una faceta inevitable en la modernización.

Es verdad, por otra parte, que los muchos años de convivencia con el colonizador, han permitido la coexistencia de los dos modelos familiares. Muchas costumbres y hábitos de los colonizadores fueron adoptados por las familias de los sectores privilegiados de la sociedad magrebí y en la actualidad coexisten los dos modelos, sin que se produzcan enfrentamientos entre ambos.

La paulatina desaparición del soporte familiar, puede producir un sentimiento de inseguridad, que suele dar lugar a la aparición de asociaciones de todo tipo: religioso, recreativo, humanitario o político, que traten de defender o instaurar derechos.

Las asociaciones políticas y las laborales no llegan, casi nunca, a constituir partidos o sindicatos al estilo europeo, porque el Estado controla su poder y limita sus afiliados y sus acciones, de manera que no constituyan un peligro al poder oficial. Esto se convierte en otra frustración para los más ilusionados, que se transmite a la población con la sensación de que allí nunca triunfaría una democracia.

Quizás defraudados, durante más de 40 años, de que nadie defienda sus intereses, una parte de la sociedad busca con ansiedad una solución en las asociaciones u Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Al hablar de estas ONG, no debemos confundirlas con las europeas, que en la mayoría de los casos asumen misiones humanitarias. Aquí se trata de asociaciones que nacen en el país, promovidas por grupos de personas de la elite, con la sana intención de mejorar una situación social, política

o económica. A menudo encontramos a su frente a un universitario o titulado superior, que estudió la carrera en Europa o a un matrimonio mixto: europeo-magrebí.

Este movimiento asociativo ha aumentado significativamente en el último decenio, la mayor parte de las veces con el apoyo y beneplácito del poder político. Sin embargo, este apoyo no es el mismo, según el tipo de asociación de que se trate. Podemos distinguir tres tipos de asociaciones: las de tipo regional, que difunden el folclore o la artesanía, fomentan el turismo o mejoran las instituciones regionales, las asociaciones con fines económicos o sociales y por fin las de carácter político.

Las primeras o regionales, cuentan generalmente con el apoyo o subvención oficial y en su seno se integran personalidades locales que buscan la simpatía de la población. La mayor parte de sus manifestaciones, coloquios o conferencias son situadas bajo el patronazgo de alguna autoridad.

Las asociaciones con vocación económica o social poseen una cierta autonomía y tratan de ocupar espacios que no cubre suficientemente el Estado, como la salud, la integración de la mujer en el trabajo o el apoyo a la pequeña o mediana empresa. Suelen ser apoyadas por el poder político para dar una imagen aperturista y sobre todo para acceder a las ayudas internacionales. (Desde 1990 una de las condiciones impuestas por las organizaciones internacionales y los gobiernos occidentales, es que, al menos una ONG esté incluida en los programas subvencionados).

Pero este apoyo puede terminar bruscamente cuando el aspecto económico o social perseguido, ponga en evidencia la política oficial. Las asociaciones de carácter político son las que más difícilmente pueden desarrollarse: su campo suele ser la defensa de los derechos humanos y la mejora del *status* legal de la mujer.

Como es lógico, son las que más vigiladas están por los dirigentes del país y esto ya desde su creación, pues deben estar legalizadas. Son utilizadas a su conveniencia por los políticos, que a veces fomentan el enfrentamiento de unas con otras para que se debiliten y pierdan prestigio. Podemos concluir, pues, que el movimiento asociativo en el Magreb, siendo mejor que nada, no cumple la misión para la que fueron concebidas, ni llegan a una parte significativa de la población. Las más dinámicas tienden pronto a realizar estudios e investigaciones, más que a llevar a cabo acciones prácticas.

Una excepción a esta norma la constituyen algunas organizaciones radicales que son verdaderamente eficaces y llegan fácilmente a la población, dedicándose a cubrir necesidades sociales básicas, que no son atendidas por los gobernantes. Estas iniciativas son rápidamente captadas por dirigentes religiosos que capitalizan alrededor de las mezquitas esta labor y constituye una magnífica propaganda para los radicales islámicos, que están conquistando a capas importantes de la sociedad: las más necesitadas: «Fomentan los nacionalismos a toda costa».

Señalábamos antes que los líderes buscaban ideas ilusionantes para luchar por la independencia y, no siendo fácil obtener resultados económicos rápidamente, muchos dirigentes árabes recurrieron a fomentar los nacionalismos. Uno de los campos donde resulta fácil aplicar ideas nacionalistas es en la cultura y la enseñanza. Durante algunos años en determinados países del Magreb se redujo la enseñanza básica a la lengua árabe y ello produjo efectos empobrecedores para la sociedad.

En Túnez, por ejemplo se suprimió durante algunos años la enseñanza del francés en las escuelas, con lo que casi una generación de jóvenes tuneños fueron condenados a un paro forzoso en un país donde la influencia turística, industrial y económica es esencialmente de ese país colonizador.

Ese mismo nacionalismo fomentó la idea de que la primera necesidad era crear centros de altos estudios, universitarios y militares, en el propio país. Hasta entonces los titulados superiores acudían al extranjero para perfeccionar especializaciones a las mejores universidades europeas o a centros militares de Francia, Estados Unidos o Italia, creándose así unas elites con una excelente formación. Ese mismo sentimiento nacionalista exigió que el profesorado de esos centros fueran nativos. El efecto se ha notado desfavorablemente, sin que haya supuesto un aumento de los titulados, ya que el coste por alumno es elevado y las salidas que antes realizaban los titulados superiores al extranjero, solían estar sufragadas por los países donde se formaban.

Por otro lado el nacionalismo exacerbado mostrado por alguno de estos países ha provocado enfrentamientos dialécticos con sus vecinos e incluso ha generado una carrera armamentística injustificada, que reduce sus ya cortos presupuestos. El afán de protagonismo de alguno de esos dirigentes nacionalistas ha dificultado, en otras ocasiones, el intento de crear la Unión del Magreb Árabe (UMA): «Pasan el día en el café o en la mezquita».

El éxodo rural produjo las concentraciones urbanas; pero sobre todo la alta demografía y el aumento del paro juvenil hacen que la vida en las grandes ciudades del Magreb sea especialmente intensa. La afición al comercio callejero y la buena temperatura favorecen la vida en la calle y que el ambiente sea muy animado. Ello es altamente valorado por los magrebíes, que presumen de «unas calles llenas de gente y no como en Europa, donde nadie se atreve a salir».

Es verdad que el árabe, con pocas necesidades básicas, parece feliz frente a su taza de té. Muchas veces esa ociosidad molesta a los europeos que viven en el país o a los que acuden allí como turistas y que soportan las impertinentes miradas sobre sus acompañantes. Igualmente los magrebíes, con su filosofía de pasividad, desprecian y se aprovechan de las prisas de los europeos. Ello se refleja en todo tipo de negociación o disputa, desde los altos negocios hasta el «regateo» en el «zoco».

Durante una época del año, la vida se ve alterada por un imperativo religioso: el mes del *ramadán*. El ayuno impuesto por el Profeta sorprende a cuantos visitantes viajan a los países árabes en esta época. Seguido por una inmensa mayoría de la población, el mes del *ramadán* no supone, sin embargo, un sufrimiento tan grande para los árabes como pudiera imaginarse. Los árabes, que sufren sin duda del ayuno total durante 12 horas (12 o más horas, cuando coincide con el verano), se sienten compensados con la restauración vespertina y la convierten en una fiesta. Hay una parte de la población que ya no cumple con esta obligación religiosa; pero lejos de presumir de su secularización la oculta, porque en general el árabe racionaliza el precepto extrayendo las cosas buenas de su sacrificio: ayuda a valorar los alimentos, muestra que no es imprescindible comer en las cantidades que se ingieren diariamente, favorece la austeridad y hasta enseña que se puede subsistir mucho tiempo sin alimentos, caso necesario.

En otros aspectos religiosos, no muestran los pueblos magrebíes la exageración de otros árabes. La oración se practica en las mezquitas y los horarios de rezo no son estrictos. Sólo las llamadas a la oración recuerdan que nos encontramos en un país islámico.

Respecto a la indumentaria, cada día son más los que visten a la europea, aunque casi siempre conservando alguna pieza indumentaria típica. Esto ocurre igual, aunque en menor proporción, en el caso de las mujeres. Últimamente la religión ha cobrado una apariencia de auge social, con la aparición de nuevas mezquitas y la costumbre de que algu-

nas mujeres se cubran el rostro con el típico velo. Este auge es debido, casi exclusivamente a las aportaciones económicas realizadas por Arabia Saudí, con el fin de mantener su liderazgo moral e indudablemente, con el objetivo de que no decaigan las peregrinaciones a La Meca, que supone una esencial fuente de ingresos para compensar aquellas aportaciones.

A título de ejemplo podemos decir que las subvenciones aportadas por ese país han permitido, en muchos casos, subsistir a familias enteras con el dinero que recibían las mujeres de la casa, por portar el velo sobre sus caras: «El islamismo es una amenaza para Europa entera».

El actual miedo a la extensión del integrismo islámico, es el mayor y más actual de los prejuicios, disculpas o justificaciones encontradas en Occidente para retrasar o evitar un apoyo eficaz al desarrollo de los países árabes, por ello lo hemos dejado para el final de este capítulo y lo trataremos con mayor extensión.

Los acontecimientos vividos en el año 1991 por Argelia y la evidencia de que, en determinadas circunstancias, un gran país del Magreb puede convertirse, por vía democrática, en el foco de un integrismo islámico dogmático, antidemocrático y excluyente ha provocado un terror en Europa, que desborda lo lógicamente razonable.

Es verdad que años antes, el éxito de la revolución en Irán provocó reacciones similares en la primera potencia mundial, hasta el punto de convertir esa zona en un inmenso arsenal, que terminó dando origen a la guerra Irán-Irak y probablemente tuvo mucho que ver con la ocupación de Kuwait y la consecuente guerra del Golfo.

La situación de continua tensión que aún vive Argelia, enfrentada a una difícil coyuntura socio-económica y con una inmensa mayoría de su población juvenil sin perspectiva alguna, son razones que debieran llevar a plantearnos un análisis racional de las circunstancias que provocaron la aparición de ese fenómeno integrista y no, por el contrario, al rechazo de todo lo que tiene que ver con el islam.

Porque sino corremos el riesgo de desentendernos del principal problema del Mediterráneo, despertando viejos fantasmas religiosos que sacudieron esa zona geográfica durante siglos, enfrentando al cristianismo con el islam y creando odios ancestrales que estaban, gracias a Dios, casi superados. El fenómeno del integrismo islámico no es nada nuevo ni exclusivo de esa religión.

Con parecidas características hizo aparición en Europa, durante el pasado siglo y, concretamente, tuvo mucha importancia en España hasta 1934. Las tendencias radicales político-religiosas hacen su aparición cuando algo importante falla en la sociedad y una parte de ella se refugia en la fe y el totalitarismo religioso, negando la autonomía legítima de los otros ámbitos de la vida.

No es pues un fenómeno que afecte a una raza o país concreto, sino el producto de circunstancias socio-políticas oscuras, muchas veces achacables a abusos de poder, a la corrupción reinante o al brusco cambio de hábitos y costumbres. Ante ello, como mecanismo de defensa, el pueblo desconcertado recurre a sus principios, a sus creencias más profundas, a su religión y se hace intransigente.

La capitalización de ese estado de ánimo por parte de políticos iluminados, es fácil y arrastra multitudes. En los dos casos citados: Irán y Argelia, donde el integrista islámico triunfó, los hechos siguieron caminos diferentes pero con circunstancias similares.

En Irán mediante la vía revolucionaria; pero donde el aislamiento del Sha era tan evidente que únicamente él y su entorno no llegaron a detectarlo. La occidentalización artificial del pueblo persa era una labor de tal envergadura y que exigía tanto tiempo, que nunca podría haber triunfado en un país con su renta *per cápita* y donde lo único que realmente se procuraba cambiar era sus hábitos y costumbres. Ello provocó el «pendulazo» y la vuelta al más profundo y atrasado atavismo islámico.

En Argelia ha estado a punto de triunfar por la vía democrática; pero la situación no era mejor. Un país con importantes riquezas naturales donde, por razones geopolíticas, se había instalado un régimen socialista que condujo a una economía basada en las grandes industrias, abandonado el campo y promoviendo el proletariado, comprobó de pronto que sus riquezas se habían repartido entre unos pocos, que el petróleo y las nuevas industrias no proporcionaban ni trabajo, ni viviendas, ni el más mínimo bienestar social.

Los predicadores que denunciaban este estado de cosas y pregonaban la necesidad de justicia, tenían que basarse en principios totalmente diferentes de los que habían ocupado el poder y detentado la riqueza durante 20 años. No podían ser los políticos que apoyasen el progreso industrial, tendrían que arroparse con otros argumentos y éste era la fe, apoyada en las leyes del Corán.

Actualmente en Irán, empiezan a vislumbrarse algunos atisbos liberalizadores y es previsible que las costumbres y hábitos impuestos, vayan perdiendo la intransigencia actual; pero la revolución religiosa habrá hecho perder a ese país muchos años en su camino hacia la modernidad.

En Argelia el problema es aún dramático; pero empieza a verse el final del túnel. Mientras, Europa observa impávida, sin saber qué hacer, esperando que el fenómeno no se propague a otros países del sur del Mediterráneo. No han sido éstos los únicos intentos de volver a los valores de una sociedad tradicional. Recordemos cómo en Túnez la crisis de cereales durante 1987, provocó un aumento del precio del pan, lo que dio origen a manifestaciones y revueltas sangrientas. Los medios más radicales relacionaron esta crisis con la apertura política y cultural llevada a cabo por el presidente Burguiba y lograron su caída, pero los recursos políticos de su sucesor, adaptándose momentáneamente a las críticas populares contra la secularización de su antecesor, hicieron volver las aguas a sus cauces.

Otro reciente acontecimiento estratégico, la guerra del Golfo, ha conmovido la conciencia de los magrebíes, haciéndoles pasar de la ilusión a la humillación y provocando aversión profunda hacia determinados valores occidentales. En los primeros momentos de crisis del golfo Pérsico, un sentimiento espontáneo de simpatía hacia Sadam Husein, hizo revivir en las masas magrebíes las pasadas glorias del islam, lo que obligó a los gobernantes de esos países a adoptar posturas antioccidentales y otra serie de filigranas políticas. Y resulta extraño, porque al igual que en Occidente, los medios de información sometieron a la población de esos países a un bombardeo de datos numéricos, que mostraban la superioridad antiiraquí. Las mismas escalofriantes escenas mostrando la exactitud de los bombardeos americanos y las mismas razones de la incapacidad logística del ejército de Sadam. Pero unas simples voces en las mezquitas o la difusión de noticias contradictorias en revistas fanáticas, sirvieron para alentar sus ilusiones panarabistas.

Por ello el total fracaso de Sadam Husein fue una nueva humillación del mundo árabe e hizo fácil, para los que siempre se opusieron a la modernización, convencer a las masas árabes de que los occidentales exportaban democracia, pero sólo cuando les interesaba. Por eso en esta crisis, decían, defendieron con unanimidad y reinstauraron un régimen semimedieval y nada democrático, sólo porque en ello les iba conservar una reserva petrolífera, que les era esencial.

Posteriormente en Argelia, esos mismos países occidentales, fueron testigos pasivos de la interrupción violenta de un proceso democrático (considerado por la Conferencia de Seguridad como ejemplar), porque los resultados no eran de su agrado y podían suponer un eventual peligro para Europa.

El resultado fue un total desprecio popular por el modelo democrático occidental, pero no un rechazo frontal, pues el árabe con su tradicional sabiduría prefiere la pasividad: vuelven a sus principios de solidaridad familiar y buscan refugio en la religión, esperando tiempos mejores. Mientras tanto los gobernantes aprovechan ese temor occidental al integrismo, para endurecer sus medidas de represión y eliminar derechos y enemigos políticos, con el visto bueno o, al menos, la pasividad de los gobiernos europeos.

El papel de víctimas es una de las bazas mejor jugadas tradicionalmente por los dirigentes magrebíes y en este campo se mueven con maestría, habiendo obtenido pingües beneficios, que raramente conducen a la modernidad prometida. Los movimientos radicales, apoyándose en la actitud decepcionada de la población, sacan provecho de las denuncias de corrupción y extienden su popularidad presumiendo de una militancia que no es real.

Por ello prefieren que se les conozca como «islamistas» en lugar de «integristas islámicos»: esa denominación les proporciona más prestigio en el mundo árabe y da apariencia de mayor expansión geográfica; pero evidentemente todos los islamistas no son radicales. El movimiento al que nos estamos refiriendo es un integrismo más y si le añadimos islamista es como calificativo de la religión en que se sustenta.

Como conclusión podemos señalar que el temor a la extensión del integrismo islámico, debería combatirse con medidas que eviten las condiciones objetivas para su desarrollo y no mediante la alarma social y el aislamiento. Las circunstancias de pobreza, corrupción, desilusión política y paro, a que habían llegado los dos países donde prendió el integrismo islámico, no tienen por qué darse en el resto de los países del Magreb, si se detiene o ralentiza el proceso de empobrecimiento relativo de los países del sur respecto a los del norte del Mediterráneo.

Los cambios sociales

Habíamos definido anteriormente el cambio social, diferenciándolo de la evolución social, en que aquél permitía observar las transformaciones de la sociedad a una misma persona, porque se realizaban en un plazo inferior al de la vida humana.

Puede añadirse también que los cambios sociales suelen estar más localizados geográficamente. Un ejemplo social es el experimentado recientemente en varios países europeos mediterráneos.

De ellos el más cercano a nosotros y, sin duda, el más espectacular, es el cambio de la sociedad española. Toda la evolución social europea, que duró varios siglos, se produce en nuestro país en menos de medio siglo. Otros países del sudeste asiático van a lograr cambios sociales aún más acelerados; pero indudablemente el ejemplo español encaja perfectamente en la definición de cambio social y será mucho más fácil de entender.

Es verdad que España, como país europeo, participó a nivel intelectual en toda la evolución social europea y a través de esos siglos destacan pensadores, filósofos y políticos extraordinarios; pero el aislamiento internacional de los años en que esa evolución se producía en Europa hace que, al trasladar a nuestro país los modelos ajenos a nuestra sociedad, se produzcan rechazos y reacciones populares, que mantienen un estado de guerra civil permanente durante más de un siglo.

Consecuencia de todo ello es que la España profunda presenta en 1950, muchas de las características de una sociedad tradicional o se encuentra, al menos, en los primeros estadios de transformación a una sociedad tecnológica, según el modelo de Rostow.

La población española que en 1950 se dedica a tareas agrícolas era de un 50%, proporción que, en países que habían iniciado antes su despegue como Inglaterra, se logró en la primera mitad del siglo XIX. Hoy la población agrícola española apenas supone un 10% de su población activa, mientras que la industrial se ha elevado a un 30% y los servicios superan el 60%.

La inmigración del campo a la ciudad ha seguido un proceso similar y ciudades como Madrid, doblaron su población en menos de medio siglo. Respecto a los hábitos y costumbres sociales, el salto ha sido aún más espectacular, hasta el extremo de que resulta difícil comentar costumbres

de hace unos años con nuestros hijos, porque sencillamente no las creen posibles.

Gran parte de las actitudes, antes comentadas, que la sociedad europea considera como lacras insuperables en los países del Magreb, se daban con características similares en algunos países mediterráneos, entre ellos España, no hace tantos años.

En el campo de las libertades cuesta trabajo recordar cómo se limitaban los derechos más elementales, como la libertad de prensa (censura de periódicos, en el cine o en la televisión), la libertad de asociación (sindicatos verticales, partido único, etc.) y la libertad de opinión.

Pero otros aspectos más cercanos a la vida de las personas, como las limitaciones en la forma de vestir (bañadores y biquinis prohibidos, exigencia de prendas deportivas para poder ir en mangas de camisa, etc.), prepotencia de funcionarios y policías (el «usted no sabe con quién está hablando» fue una frase conocida y eficaz para marcar diferencias sociales) y sobre todo, las obligaciones religioso-sociales, fueron algo común y admitido, aunque hoy nos parezca imposible.

La Cuaresma, con su ayuno casi obligatorio y la abstinencia de comer carne los viernes de esos meses, recuerdan al Ramadán, porque no sólo afectaba a los creyentes, sino que era difícil encontrar un restaurante con un menú que rompiera la regla. No digamos nada de la prohibición, castigada, de trabajar los domingos y fiestas de guardar, la obligación de portar el velo para entrar las mujeres en la iglesia, la paralización de espectáculos y hasta la prohibición de cantar durante la Semana Santa, fueron hábitos normales y aceptados en nuestro país, sin que existiera una conciencia generalizada y menos manifestada, en su contra.

Ningún español de menos de 40 años de edad puede ahora admitir, sin que a su rostro asome una sonrisa de incredulidad, que en nuestro país ocurrían tales hechos. Sin embargo, ese régimen autoritario, ese nacional catolicismo, esos sindicatos artificiales, esa ausencia de partidos políticos y sobre todo esa uniformidad en usos y costumbres, impuesta pero asumida, van a saltar por los aires en menos de medio siglo, con unos espectadores excepcionales, que son a la vez los protagonistas del cambio. Este hecho constituye una oportunidad única, que se da a este país mediterráneo para comprender y admitir la posibilidad de un rápido cambio social a nuestros vecinos del Sur. Y no asumir la responsabilidad de convencer al resto de los europeos de que esto es posible, sería un error imperdonable.

Dos factores influyeron decisivamente en que se generase ese cambio social en España: el fenómeno del turismo que permitió la entrada de aire fresco sobre usos y costumbres (recuérdese la invasión de biquinis en nuestras playas, la búsqueda de míticas aventuras amorosas en Torremolinos, por parte de nuestros jóvenes y la baja calidad del servicio en hoteles y restaurantes, debido a la urgente contratación de personal poco preparado. Características similares a las actuales de los países turísticos del Magreb). Y como segundo e importantísimo factor: la aceptación de nuestro país, por el resto de los europeos, como un país democrático y potencial mercado de consumo (40 millones de habitantes), lo que influyó decisivamente e nuestro despegue económico.

De los dos factores señalados, el fenómeno del turismo está influyendo ya en la forma de pensar de los magrebíes respecto a sus costumbres y es decisivo para los países donde prospera. El de la aceptación de los países del Magreb como futuro mercado de consumo a conquistar por Europa, es algo que trataremos a continuación.

Posibilidad de un cambio social en el Magreb

Según frase de Salvador Giner en su obra repetidamente citada:

«Los últimos años de transformación del mundo moderno están imponiendo un ritmo de cambio acelerado que, impulsado por los avances tecnológicos, están influyendo de un modo, hasta ahora desconocido, en los hábitos sociales.

La globalización de la información está produciendo un gran incremento de la conciencia respecto a las desigualdades sociales. No es sólo que los ricos se vean obligados a presenciar escenas escalofriantes sobre el hambre y la pobreza de otras partes del mundo, sino lo que es peor, o quizás mejor, que las dos terceras partes del mundo, que pasan hambre, saben y ven a diario que en la otra tercera parte, sobra de todo» (*Historia del pensamiento social*).

Desde el punto de vista económico, que tanto influye en lo social, la internacionalización de los mercados, sin tener en cuenta naciones, etnias o religión, obliga a buscar zonas no ocupadas por otras empresas multinacionales. Ello va a multiplicar la aceleración del cambio.

Recientemente ha terminado la bipolaridad político-militar que enfrentaba a la Unión Soviética con Estados Unidos; pero el imperio económico de

los americanos ve como Japón y el resto de los gigantes emergentes del sureste asiático ocupan sus posiciones, con una mano de obra barata y tremendamente trabajadora.

En Occidente, otra gran potencia económica trata de aunar su política exterior y la Unión Europea se vislumbra como la gran competidora económica de Estados Unidos en el mundo occidental. Si lógicamente, cada potencia busca mercados en su proximidad, no cabe duda que los más de 100 millones de personas previstas en el Magreb para el año 2050 (1), son un objetivo natural para la Unión Europea.

La propaganda comercial de las emisoras de televisión europeas ya ha creado necesidades de consumo en las poblaciones de esos países y sólo queda por equilibrar su afán de consumo con su poder adquisitivo.

Muchos intentos tímidos se han llevado a cabo en ese sentido; pero, según Jesús Ignacio Martínez Paricio:

«Esos intentos han tenido efectos positivos; pero no en los términos y plazos insinuados en las grandes declaraciones» (2).

Ni la cuestión de una emigración que paliara el paro el Magreb pasó de un planteamiento policial, ni la creación de complementariedades entre la Unión Europea y los países de Magreb consiguió disminuir el egoísmo de los productores europeos.

Hace ya varios años, en pleno proceso democrático en España, tuve la ocasión de escuchar una magnífica disertación crítica sobre la solidaridad en este mundo moderno, que me impresionó. El conferenciante no era nada sospechoso de lanzar utopías idealistas, sino que se trataba de un serio pensador y estratega: el teniente general Cano Hevia.

Refiriéndose a la situación internacional comparaba:

«... la imagen del mundo actual con la que le precedió inmediatamente: el de la posguerra mundial: aquel era optimista respecto al futuro; el actual escéptico, pesimista. La época de la posguerra estaba llena de fe en el futuro de la humanidad, lo que se reflejó en la Carta de San Francisco (1945) con la creación de Naciones Unidas o en el generoso Plan Marshall. La actual está caracterizada no

(1) PEREIRA J. C.: «Cálculo de población del Magreb». *Monografías del CESEDEN*, número 28.

(2) MARTÍNEZ PARICIO, J. I.: «El Mediterráneo desde una perspectiva sociológica». *Monografías del CESEDEN*, número 28.

sólo por el intervencionismo de hecho (Afganistán, El Salvador, Camboya o Granada), sino por su defensa doctrinal.

Hay cuestiones que siguen intelectualmente abiertas; pero no están de moda: Afganistán, El Salvador o Nicaragua no interesan primariamente como objetos de especulación sobre la no injerencia en los asuntos internos, sobre la definición de agresores o sobre derechos humanos.

Mucho menos interesa que sean leyes internacionales o tribunales como el de La Haya, quienes diriman dichas cuestiones. El interés nacional tiende a convertirse en argumento no sólo supremo, sino único. En ese sentido ha desaparecido el rubor y es que desde el llamado interés nacional, los derechos humanos y la ética en general, tienden a adquirir el valor de instrumento para manipulación de los demás, antes que el que deben tener: la norma limitadora de los propios actos» (Ciclo de Conferencias en el Club Siglo XXI sobre «Modernidad, libertad y nuevos tiempos», noviembre, 1986. «Sabido es que, en muchas ocasiones los intereses estratégicos no coinciden con los regionales.»)

Estábamos entonces en el año 1986, lejos de imaginar que al finalizar la bipolaridad, la situación iba a perpetuarse: rapidez y determinación en la intervención en la guerra del Golfo, donde se ponían en peligro reservas energéticas; pero lentitud e improvisación en decisiones, mucho más claras desde el punto de vista humanitario, como Bosnia, Kosovo o Timor Oriental.

La fe en la humanidad, representada en las organizaciones internacionales más extendidas, ha sido sustituida por algo tan difuso como la «comunidad internacional», manipulable por las potencias más influyentes. Mientras tanto la mayor potencia del mundo se niega a pagar sus cuotas a la ONU y el Tribunal de La Haya no logra superar su etapa inicial. Sin embargo, últimamente algunos síntomas de la concienciación universal sobre las injusticias humanas nos permiten albergar esperanzas.

Aparte de globalización de la información, ya citada, la actividad de determinadas ONG en Europa está influyendo y mentalizando a la población europea en beneficio de la solidaridad internacional. Por vez primera se habla en serio de condonar o disminuir la deuda pública y se realizan manifestaciones multitudinarias para pedir una mayor asignación presupuestaria al desarrollo.

Ello no debe ser inquietante para quien de verdad cree en una Unión Europea por encima de un simple mercado común: la Historia muestra que el destino y vocación de Europa han tendido siempre hacia la universalización del mundo tribal y limitado, desde Grecia, con su helenismo a Platón y Aristóteles, pasando por Montesquieu, Kant, Marx y otros tantos geniales pensadores universalistas.

Numerosos sociólogos han apuntado ya que, de los tres principios de la Revolución Francesa: la libertad fue un logro del siglo XIX, la igualdad un afán del siglo XX y sólo queda la fraternidad que, con una denominación más actual: la solidaridad, debe ser el objetivo universal del siglo XXI.

El cómo canalizar esa solidaridad es algo esencial para que se produzca el cambio social, deseable en el Magreb. En varias ocasiones el apoyo económico a estos países se ha visto paralizado, argumentando que ese apoyo no podía hacerse aisladamente del proceso general de paz, entre árabes e israelíes.

Estados Unidos de América ve el problema árabe en términos exclusivamente estratégicos y energéticos, como recientemente se ha comprobado en la guerra del Golfo, además de otras actuaciones en Oriente Medio. Incluso en el Mediterráneo, cuando este mar fue objeto de disputa hegemónica con la Unión Soviética, la permanente apuesta de Estados Unidos por la monarquía alauita hizo que ese país prohibiera usar material de ayuda americana a un país aliado para defender sus intereses. Esta actitud y sus simpatías manifiestas en la célebre «Marcha Verde» de Marruecos sobre el Sáhara, son acciones menores desde el prisma internacional; pero, seguramente, están en la memoria reciente de los españoles.

Los intereses regionales y subregionales, como los de los países mediterráneos, deben contemplar el problema y la situación del Magreb no sólo desde el punto de vista estratégico, sino, sobre todo, desde el punto de vista socio-económico. Por otro lado y enfocando la solución de conflictos empezando por lo más sencillo para llegar a lo complejo, el desarrollo social de los países del Magreb evitaría la, tan temida, expansión del integrismo islámico en esa zona y mostraría al mundo que, también, el árabe es capaz de convivir en paz con sus vecinos.

En ese sentido el Magreb podría convertirse en el ejemplo a seguir respecto a otros países en el entorno más conflictivo y generalizado, del Plan de Paz para Oriente Medio.

Volviendo a la forma de conseguirlo en Europa, podríamos argumentar que, al igual que con su ayuda a los países mediterráneos, éstos se incorporaron tarde; pero a una velocidad impensada a su modernidad, es posible que los países del Magreb, incrementen su ritmo y logren su cambio social.

Similarmente a lo apuntado para España, en el sentido de que su población tenía un conocimiento implícito de los fenómenos sociales europeos, el Magreb lo tuvo a través de las potencias europeas que los colonizaron, aunque la difusión estuviera, interesadamente limitada por éstas. No son desconocidos los derechos humanos allí, lo que ocurrió es que su desarrollo estuvo controlado y limitado, primero por las metrópolis, después por sus dirigentes políticos y no pocas veces, indirectamente, por un neocolonialismo interesado.

Pero la situación económica de estos países no es tan desastrosa como en muchas ocasiones puede presentarse, quizás de una forma intencionada. Refiriéndonos al milagro español, la renta *per cápita* media actual de los países del Magreb es superior a la española de los años setenta y casi el doble de la del año 1950.

Resumen

Comenzamos este trabajo aseverando que la convivencia sólo es posible cuando los vecinos se conocen y se admiten como son. Y matizábamos que para admitirse como son no es suficiente comparar la situación actual, sino analizar como llegamos a ser lo que somos.

Por ello hemos esbozado la evolución social de los pueblos al norte y sur del Mediterráneo Occidental, mostrando que ambos han sufrido fenómenos sociales similares, aunque a ritmos de desarrollo muy diferentes.

En el Magreb su proceso evolutivo presenta aún alguna de las características de las sociedades colonizadas: desarrollo desequilibrado e inhibición de la población. La situación actual del Magreb pues, no es la ideal para la convivencia con los países desarrollados de Europa; pero la mayor parte de las actitudes sociales más criticadas por los europeos y que se esgrimen para desestimar un decidido apoyo a su desarrollo, son muy similares a otras superadas por éstos en el pasado y si nos referimos a algunos países mediterráneos, superadas muy recientemente.

La internacionalización de la economía y la globalización de la información, están produciendo una aceleración en los cambios sociales en los países en vía de desarrollo, que es imparable y que contribuye a que sus sociedades se identifiquen con las de los más avanzados. El desarrollo económico, que tanto influye en el social, es esencial; pero el potencial de consumo del conjunto de países del Magreb es un mercado de 100 millones de seres, que no puede ser ignorado por una potencia económica como la Unión Europea.

La propaganda consumista difundida, durante años, por las televisiones europeas, ha calado en la sociedad magrebí, que sólo anhela poder aumentar sus ingresos para acceder a ese mercado. Y su juventud sueña con un puesto de trabajo que, fuera o dentro de su país, le permita vivir la modernidad.

Ese impulso juvenil no podrá frenarlo la religión ni la moral islamista, si se dan las condiciones económicas que eleven su nivel de vida. Pero, independientemente, cualquier desarrollo social, no tiene que justificar su viabilidad apelando a la posibilidad económica o política, sino que su objetivo es simplemente mostrar que el cambio social es posible.

Posible y deseable, pues los hombres en general precisan unos principios que den coherencia a su acción. Los pensadores europeos, en particular, siempre buscaron un apoyo ético que diera sentido a la actitud crítica, lo que hizo posible la evolución social en el continente.

En el siglo XXI, cuando la Unión Europea ha decidido desarrollar una política exterior propia, no puede escatimar recursos que permitan garantizar la convivencia en el mar, donde tuvo origen su civilización.

Bibliografía

- ALONSO BAQUER, M.: «Panorama estratégico mundial» Cátedra «Almirante Martín Granizo». Salamanca 1995.
- ARBOLEJA, G. E.: *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Madrid, 1957.
- CANO HEVIA: «Modernidad, libertades y nuevos tiempos» Ciclo de Conferencias del Club Siglo XXI. Madrid, 1986-1987.
- CALERO TORRENS, L.: «España y el Magreb» 1992 y «Europa mira hacia el Sur» *Revista Ejército*. Madrid, 1995.
- CARO BAROJA, J.: «La democracia vertebrada» Ciclo de Conferencias del Club Siglo XXI. Madrid, 1983-1984.
- Cuadernos de Estrategia* números 4, 6, 20, 53 y 77. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Madrid.

- DENOEUX GUILIAN: «L'essor des associations au Maroc: à la recherche de la citoyenneté? *Monde Arabe* número 150. Octubre-diciembre, 1995.
El Mundo. Anuarios 1995 y sucesivos.
El País. Anuarios 1995 y sucesivos.
- GATEAU LAURENT: «L'essor des associations au Maroc: à la recherche de la citoyenneté? *Monde Arabe* número 150. Octubre-diciembre, 1995.
- GINER SALVADOR: *Historia del pensamiento social*. Madrid, 1967.
- GUY ROCHER: *Introducción a la sociología general*. Editorial Herder. Barcelona, 1983.
- HIRSCHMAN ALBERT: *The Strategic and Economic Development*. Yale University Press, Nueva York, 1958.
- HORMAECHEA CAZÓN, J.: «La democracia vertebrada» Ciclo de Conferencias del Club Siglo XXI. Madrid, 1984-1984.
- MARTÍNEZ PARICIO J. I.: «El Mediterráneo desde una perspectiva sociológica». *Monografías del CESEDEN* número 28. Madrid, 1998.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES. «Situación actual en el proceso CSCM y en el diálogo 5+5». Madrid, 1992.
- ORTEGA Y GASSET: *España invertebrada*. Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1936.
- PEREIRA CASTAÑARES J. C.: «Perspectiva histórico-cultural. Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo XXI». *Monografías del CESEDEN* número 28.
- ROSTOW W. W.: *The Process of Economic Growth*. Oxford University Press. Nueva York, 1953.
- SAMPEDRO J. L.: «Modernidad, libertades y nuevos tiempos». Ciclo de Conferencias del Club Siglo XXI. Madrid, 1986-1987.
- SEYMOUR: «Democracy and Working-Class Authoritarianism». *American Sociological Review*. Agosto, 1959.

CAPÍTULO TERCERO

EL FACTOR CULTURAL

EL FACTOR CULTURAL

Por JAVIER JORDÁN ENAMORADO

Como su mismo título indica, el propósito de este capítulo consiste en estudiar la trascendencia del factor cultural en la convivencia de los países bañados por el Mediterráneo Occidental; y destacar al mismo tiempo la importancia que tienen los elementos culturales en las cuestiones de seguridad en la región. No pretendemos confeccionar, por tanto, un simple listado de las acciones que se han llevado a cabo hasta el momento en materia de cooperación cultural entre las dos orillas (enumeración que se habría quedado anticuada al poco tiempo de editar esta *Monografía*), sino reflexionar sobre la influencia de las peculiaridades, elementos y diferencias culturales en la percepción y el comportamiento de los actores internacionales. Algo a tener muy presente a la hora de tratar sobre la cooperación, la seguridad y la convivencia en el área mediterránea.

El factor cultural en las relaciones internacionales y en las cuestiones de seguridad

La importancia de los valores culturales en las relaciones internacionales

De un modo amplio, la cultura podría definirse como el conjunto de modos de vida y costumbres, y como los conocimientos y el grado de desarrollo artístico y científico de una determinada sociedad. Asimismo, de una forma también muy general, pero más profunda, podría entenderse como el modo de ver la vida y de comportarse ante ella.

La cultura no se limita a los «aspectos más elevados de la mente» como el arte, la música, la pintura y la literatura, sino que se refiere en general a las formas de vida de los miembros de una sociedad o de sus grupos. Incluye el modo de vestir, las costumbres matrimoniales y la vida familiar, las pautas laborales, las ceremonias religiosas y los pasatiempos. No es posible hablar de una sociedad carente de cultura, ya que sin cultura no seríamos en absoluto «humanos», en el sentido que normalmente entendemos este término (Giddens, 1998).

En la cultura propia de cada sociedad se encuentran contenidos muchos de los valores de la misma. Esto resulta de especial importancia, puesto que al hablar de valores nos referimos a los criterios previos que un individuo tiene ya formados antes de actuar, y de los que parte para elegir el fin, escoger unos u otros medios, etc. Los valores son, por tanto, los distintos modos de concretar o determinar la verdad y el bien que constituyen los fines naturales del hombre. Su característica es que valen por sí mismos; lo demás vale por referencia a ellos (Yepes, 1996). Lo queramos o no, lo sepamos o no, todos actuamos según unos valores determinados. Pueden ser muy variados (la utilidad, la belleza, el poder, el dinero, la familia, la patria, la tradición, la ecología, la sabiduría, el rendimiento físico, la libertad, la felicidad, Dios, etc.). Cada persona tiene sus valores y su propia escala dentro de ellos. El valor y la jerarquía de los mismos, así como su coherencia respecto a ellos, influyen en la grandeza o mezquindad del individuo en cuestión. El conjunto de esos valores proviene de tres fuentes:

1. Lo que está vigente en la sociedad en la que se vive y que uno ve como normal.
2. Lo recibido por medio del aprendizaje y de la educación.
3. Lo descubierto por medio de la experiencia personal o indirectamente (la experiencia en otros).

De este modo, la cultura a la que uno pertenece y en la que uno se encuentra inmerso influye notablemente en la formación de tales valores, de modo especial a través de las fuentes una y dos. Al mismo tiempo, la cultura repercute sobre la percepción de la realidad y sobre el modo de comportarse en la vida, aunque —a su vez— la vida también influye sobre la cultura. De ahí que la cultura no sea algo inmutable sino que sus contenidos evolucionen con el tiempo.

Se entiende, por tanto, que la cultura deba ocupar un lugar nada despreciable a la hora de comprender el comportamiento de los diferentes acto-

res en el escenario internacional, junto a otros elementos como podrían ser el tipo de Estado o de régimen político, el talante de sus líderes, sus características económicas y sociales, su potencial militar, su situación geográfica, etc. La teoría realista de las relaciones internacionales ha entendido el interés propio (*self interest*) como el criterio de acción por excelencia de los Estados, y aunque —en nuestra opinión— es innegable la naturaleza egoísta de las relaciones internacionales; conviene no perder tampoco de vista el componente cultural en las decisiones y acciones de los Estados, tanto de sus dirigentes y líderes políticos, como de los distintos actores sociales y de la opinión pública.

La teoría de Huntington sobre el choque de civilizaciones

Un autor que ha hecho especial hincapié en la importancia de los valores culturales en las relaciones entre países y Estados, y en la configuración del orden mundial ha sido el conocido profesor de Harvard, Samuel P. Huntington. Su tesis sobre un futuro choque de civilizaciones (1993) ha recibido numerosas críticas (Ajami, 1993; Rubenstein y Crocker, 1994; Couloumbis y Veremis, 1994; Fuller y Lesser, 1995), y —a nuestro juicio— justificadamente. Sin embargo, la teoría de Huntington tiene el mérito de destacar los factores culturales como un elemento a tener presente en el estudio de las relaciones internacionales.

A la hora de exponer su tesis, Huntington prefiere hablar de civilizaciones antes que de culturas, ya que entiende a las primeras como el grado más elevado y la entidad más amplia de personas que comparten elementos culturales comunes. Según este autor, la cultura de un pueblo del sur de Italia posiblemente difiera de la otro situado en el norte del país, pero ambos compartirán unos rasgos culturales semejantes —la cultura italiana— que a su vez los distinguen de la cultura de un pueblo alemán. Al mismo tiempo, las sociedades europeas poseen determinadas características culturales que las diferencian de las sociedades árabes o chinas. Sin embargo, no se podría decir que los árabes, chinos y occidentales forman parte de una entidad cultural común y más amplia, sino que cada uno de ellos pertenece a civilizaciones distintas. La civilización sería, por tanto, la unidad cultural superior. Huntington habla de siete u ocho grandes civilizaciones (la occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y, con dudas, la africana).

¿Cuáles serían las causas que provocarían el choque? Según este autor, el origen se encontraría en las diferencias entre dichas civilizaciones. Unas

diferencias no sólo reales sino fundamentales, esenciales. Las civilizaciones se diferencian unas de otras por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y, lo más importantes, por la religión. Las personas de distintas civilizaciones tienen diferentes puntos de vista sobre las relaciones entre Dios y el hombre, los individuos y el grupo, el ciudadano y el Estado, los padres y los hijos, el marido y la mujer, así como distintas visiones sobre la importancia relativa de los derechos y las responsabilidades, la libertad y la autoridad, la igualdad y la jerarquía. Esas diferencias son productos de siglos. No desaparecen en seguida. Son más importantes que las diferencias entre ideologías o regímenes políticos (Huntington, 1993: 25).

Unido a ese carácter esencial de las diferencias entre civilizaciones se encontraría el fenómeno de la creciente interacción entre personas de diferentes culturas. Según él, ese contacto intensificaría la conciencia de la propia identidad y, al mismo tiempo, evidenciaría los puntos comunes y diferentes de las otras civilizaciones. En muchas ocasiones esas disimilitudes serían origen de animosidades e incomprensiones.

Huntington identifica como tercera causa del «choque» el auge de los fundamentalismos, originados a su vez por el vacío de identidad que provoca la inmigración de un país a otro, o del campo a la ciudad, así como otra serie de cambios que han supuesto la pérdida de las raíces locales, sociales o familiares. Al mismo tiempo, Huntington habla de una vuelta a la propia identidad o esencia por parte de las culturas no occidentales, que contrasta con la preponderancia de la civilización occidental en los terrenos económico y político. Advierte de la existencia de procesos de «hinduización», «reislamización», «rusificación», «asianización», etc. en las diversas civilizaciones del planeta.

El carácter menos mutable de los elementos civilizacionales convierte a su vez en más complicada la resolución de las diferencias entre culturas; por encima incluso de las controversias económicas o ideológicas. Una persona o grupo de personas pueden pasar de pobre a rico, o de apoyar un sistema autoritario a practicar la democracia, sin embargo, no pueden dejar de pertenecer tan fácilmente a una civilización. Huntington (1993: 27) lo describe de un modo muy gráfico: en los conflictos de clase o ideológicos la pregunta clave era «¿de qué lado estás?», y la gente podía elegir entre uno otro bando. En los conflictos entre civilizaciones, la cuestión es «¿tú qué eres?». Eso es algo que no se puede cambiar. Y como se sabe, desde Bosnia, pasando por el Cáucaso y Sudán, la respuesta equivocada a la pregunta puede significar una bala en la cabeza. Por último, Hunting-

ton advierte que el creciente regionalismo de la economía está favoreciendo la formación de bloques económicos regionales que suelen caracterizarse por cierta homogeneidad civilizacional.

Como consecuencia de todo esto, Huntington concluye en que, cada vez más, los individuos van a definir su identidad en clave étnica, religiosa o cultural; por encima de otras consideraciones de tipo ideológico, político y económico. El resultado será un ensanchamiento de la brecha que separa las distintas civilizaciones, dentro de las cuales las personas se verán a sí mismas como «nosotros» frente a «ellos». Según este autor, el choque entre civilizaciones se producirá a dos niveles. A pequeña escala, entre las líneas divisorias de las civilizaciones, generalmente de forma violenta, y con el fin de hacerse con el control del territorio vecino. En un nivel superior, los Estados de las distintas civilizaciones competirán por el poder económico y militar, procurarán dominar las instituciones internacionales y las terceras partes, y se esforzarán por que sean sus valores religiosos y políticos los que prevalezcan.

Huntington dedica el resto de su artículo a describir los presentes y futuros escenarios en los que se producirá tal choque de civilizaciones. Escenarios que a nuestro juicio no son reales y carecen de fundamento, ya que se basan en una preponderancia excesiva del factor cultural, por encima de otros intereses y elementos que influyen también en la política exterior e interior, y de adjudicar a las civilizaciones el carácter de actor internacional, relegando el papel de los Estados y de otras entidades transnacionales.

Sin embargo, el propósito de este análisis de la teoría de Huntington no es tanto criticar su tesis, como descubrir los elementos acertados que hay en ella. A nuestro parecer, los rasgos que este autor atribuye a las civilizaciones son en su mayor parte acertados y coinciden con lo que hemos apuntado al principio de este trabajo. Huntington habla de la creciente importancia que están adquiriendo los rasgos culturales en la formación de la propia identidad en determinadas sociedades, aunque no en todas; del carácter esencial, fundamental y casi inmutable de dichos elementos en la propia personalidad; y de la influencia de los valores culturales en la forma de percibir la realidad y, por tanto, de comportarse en ella. Hay que reconocer el mérito de Huntington al llamar la atención sobre tales consideraciones.

De este modo, se justifica la necesidad de tener presente el factor cultural a la hora de analizar las relaciones internacionales en una determinada

región —de modo especial en aquellas donde conviven culturas claramente diferenciadas, como la que tratamos en esta *Monografía*—, aunque sin conceder tampoco una preponderancia excesiva a dicho componente.

El factor cultural en las cuestiones de seguridad

Al margen de los conflictos étnicos, en los que evidentemente las consideraciones culturales (tradiciones, religión, lengua, pasado histórico, etc.) tienen un peso notable, el factor cultural juega también un papel relevante en las cuestiones de seguridad.

De todo lo tratado hasta el momento podemos deducir fácilmente que la cultura influye en el modo de ver la vida y de comprender el comportamiento de los demás. Es decir, la cultura determina, al menos parcialmente, la percepción; y como consecuencia se convierte en un elemento importante al estudiar los temas de seguridad.

Con esto no queremos decir, ni mucho menos, que existan unas culturas más agresivas o violentas que otras (aunque es cierto que algunos derechos humanos son valorados de forma diferente según la cultura). Lo que pretendemos destacar es que las diferencias culturales pueden llegar a convertirse en un obstáculo —aunque no siempre, ni necesariamente— a la hora de aplicar un tratamiento cooperativo de la seguridad.

Es un hecho comúnmente aceptado que la homogeneidad facilita la cooperación, ya que los actores esperan unos de otros una conducta previsible. Este fenómeno se suele aplicar al tipo de regímenes (Aron, 1963) pero lo mismo se puede decir cuando dichos actores pertenecen a culturas similares. Por el contrario, las diferencias culturales pueden dificultar la cooperación, ya que en función de tal diversidad el comportamiento de unos y otros se considere menos sencillo de prever. La diferencia cultural constituye un factor susceptible de originar desconfianza. Tratar con desconocidos, con individuos cuyas costumbres y forma de pensar son diferentes a las nuestras, o que simplemente nos resultan incomprensibles, genera recelos. Y eso es algo que conviene tener presente en materia de seguridad.

Por otra parte, en muchas ocasiones existen prejuicios entre unas culturas y otras que, de forma más o menos determinante, pueden influir sobre las decisiones de los actores internacionales. Así, y aunque desde luego no fuera la única razón, durante la Segunda Guerra Mundial el secretario

de Defensa, Forrestal, se opuso a la posibilidad de trabajar junto a los soviéticos en los proyectos secretos de fabricación de la bomba atómica, argumentando que la mentalidad de los rusos era asiática, similar a la de los japoneses, y, por tanto, no se podía confiar en ellos (Downs, Rocke y Siverson, 1985). A su vez, esas ideas preconcebidas pueden responder a causas en las que quizás también se encuentren razones culturales: de supremacía de una cultura sobre otra, o sentimiento de inferioridad o rechazo de una respecto a la otra.

La cooperación cultural como instrumento de confianza

A pesar de los pronósticos pesimistas derivados del choque de civilizaciones o de las susceptibilidades que puedan originarse en la percepción entre unas culturas y otras, las diferencias culturales no son insalvables y es posible hablar de la cooperación cultural como fenómeno de las relaciones internacionales. La cooperación cultural podría entenderse como la concertación bilateral o multilateral, institucionalizada o no, entre dos o más actores internacionales con el objetivo de satisfacer intereses comunes con finalidad cultural o de promover el desarrollo de otras culturas (Gamarra, 1998).

Generalmente, al hablar de este tipo de cooperación se suele incidir en su dimensión de desarrollo cultural propio o ajeno. Aunque se trata de una finalidad importante, existe otra función que se encuentra relacionada con lo que hemos tratado hasta el momento y que también conviene destacar: la cooperación cultural favorece el conocimiento entre distintas culturas y, por tanto, contribuye a prevenir y solucionar problemas de percepción. En definitiva, la cooperación cultural evita que se produzcan posibles «choques de civilizaciones» a pequeña o gran escala.

De este modo, la cooperación cultural en el Mediterráneo, además de contribuir al desarrollo social, económico y político de la ribera sur; tiene una importancia capital para el fomento de la confianza entre ambas orillas. Entendida así, la cooperación cultural se convertiría en lo que en la literatura de seguridad se denominan medidas de fomento de la confianza CBM (*Confidence Building Measures*); éstas podrían definirse como actos realizados unilateral o multilateralmente que son resultado de una decisión genuina y específica de intentar modificar y reconfigurar las percepciones hostiles de los dirigentes respecto a las intenciones o capacidades del actual o potencial adversario. [...] Estas medidas pueden ser de naturaleza militar, política, económica o socio-cultural y pueden variar según la situación (Chadna, 1992: 14).

Como ya aparece recogido en otro capítulo de esta *Monografía*, en el terreno puramente militar las CBM consisten en intercambios de información sobre el inventario de armamento, los niveles de preparación, las doctrinas, etc., de las Fuerzas Armadas del supuesto contrario. El objeto de tales prácticas es que el conocimiento mutuo despeje las dudas sobre una posible intención amenazante o agresiva por parte del otro. Sin embargo, desde el punto de vista teórico resulta cuestionable la efectividad del simple intercambio de información como origen de confianza. Según algunos autores (Macintosh, 1987), esta concepción de las CBM fallaría, al estar basada en el modelo de actor racional dentro del proceso de toma de decisiones.

La información en sí no genera necesariamente confianza, ya que es filtrada por los valores, prejuicios e ideas establecidas de los receptores. Según el enfoque hermenéutico de la racionalidad humana, cuando un determinado actor se enfrenta a un problema complejo e incierto tiende a aplicar experiencias pasadas y a recurrir a su sistema de creencias. La percepción de ese asunto se lleva a cabo dentro de la estructura de pensamiento de ese actor en cuestión.

De ahí, que las CBM culturales pueden jugar un papel muy importante en el proceso general de fomento de confianza, ya que se dirigen especialmente a eliminar prejuicios y susceptibilidades que obstaculizan tal proceso en otras materias. Como veremos en las páginas siguientes, la cooperación en el plano civilizacional resulta particularmente necesaria para el progreso de las iniciativas mediterráneas (López Aguirrebengoa, 1997).

Los objetivos de las CBM culturales y, desde esta perspectiva, de la cooperación cultural serían, por tanto (Sainz de la Peña, 1994):

- Alcanzar un conocimiento mutuo que modifique la estructura de la percepción recíproca.
- Frustrar lo que Mohammed Arkoun ha denominado «el imaginario recíproco negativo».
- Aceptar al «otro» como es, admitiendo su derecho a ser diferente.
- Asumir que el principal objetivo no es alcanzar el acuerdo o un único punto de vista, sino un conocimiento mutuo a través del respeto a la diferencia y de la tolerancia.

No obstante, para que las CBM en el ámbito cultural tengan éxito es conveniente que el proceso de fomento de confianza reúna cuatro condiciones previas (Guba y Lincoln, 1989):

- Conviene crear un clima de naturalidad que favorezca la comunicación abierta y el flujo de información.
- Las personas que participen en el proceso deben actuar con apertura de mente, siendo receptivos e invitando a formular todas las definiciones y soluciones posibles a los problemas que se plantean.
- Debe haber espacio para discutir y evaluar libremente las distintas opciones y posturas.
- Conviene prestar atención a los motivos profundos de la conducta del «otro».

Como es lógico, en determinadas ocasiones no resultará sencillo fomentar la confianza, ya que estas condiciones previas serán difícilmente alcanzables. La confianza es algo que no se puede imponer; surge naturalmente. En cualquier caso este tipo de medidas pueden ayudar al proceso CBM, ya que contribuyen al conocimiento mutuo.

Los agentes de las CBM cultural no son sólo los Estados, sino que esta tarea recae también sobre las instituciones culturales, educativas, científicas y religiosas, sobre los grupos y asociaciones, y —en general— sobre toda la sociedad civil.

Los problemas de percepción en el Mediterráneo Occidental

A pesar de que han existido periodos de convivencia pacífica, es innegable que durante siglos, el Mediterráneo ha sido escenario de numerosos enfrentamientos entre las civilizaciones islámica y occidental.

La expansión inicial árabe-islámica, desde principios del siglo VII hasta mediados del VIII, estableció el dominio musulmán en gran parte de las tierras que rodean el Mediterráneo, concretamente en la regiones del norte de África, península Ibérica y Oriente Medio. A esta primera oleada siguieron dos siglos en los que las líneas divisorias entre islam y cristianismo permanecieron más o menos estables. Después, a finales del siglo XI, los cristianos reafirmaron su control en el Mediterráneo Occidental, conquistaron Sicilia y tomaron Toledo. En el año 1095 se pusieron en marcha las Cruzadas, y durante siglo y medio, los cristianos intentaron, cada vez con menor éxito, establecer su dominio sobre Tierra Santa y los territorios adyacentes del Levante. En el año 1291 cayó Acre, el último bastión cristiano en la zona. Por aquella época comenzó a gestarse el Imperio otomano. Los turcos debilitaron a Bizancio, conquistaron gran parte de los Balcanes, y se extendieron por casi todo el norte de África, controlando

de este modo la ribera sur del Mediterráneo. En el año 1453 tomaron Constantinopla, y en 1529 asediaron Viena. Por tanto, durante prácticamente un milenio el sur de Europa se encontró bajo la amenaza constante de los ejércitos musulmanes (Huntington, 1997).

El expansionismo otomano se frenó en el siglo xvi. A partir de ese momento la frontera que separó a ambas civilizaciones fue permeable a los contactos técnicos y humanos, pero más hermética en lo referido a los trasvases culturales entre ambas riberas; desde entonces, se acentúa el aislamiento y la separación entre los dos mundos. En Europa comenzaron a formarse los Estados-Nación, lo que llevó a potenciar la identidad distintiva —basada en la idiosincrasia del país en cuestión—, y a profundizar en las propias creencias y formas de organización; al tiempo que la atención recayó cada vez más sobre los asuntos del Viejo y del Nuevo Continente. Fue en este periodo cuando se forjaron muchos de los estereotipos negativos de una cultura respecto a la otra y viceversa, a través de la creación —por ambas partes— de modelos de interpretación sobre el adversario que identificaban los caracteres generales del «otro» como la negación y lo contrario a lo propio. Las concepciones generadas en esta época fueron heredadas por los siglos posteriores, incluido el presente (De Bunes, 1995).

A lo largo de la Edad Moderna, el Imperio turco entró en decadencia, lo que permitió un creciente intervencionismo europeo en los asuntos árabes. Durante el siglo xix y principios del xx, la mayor parte de los países islámicos del Mediterráneo se encontraron de un modo u otro bajo el dominio occidental; y, en el caso del Magreb, la experiencia colonial afectó a toda la región. Los procesos de descolonización de dicha zona, fueron relativamente pacíficos —salvo el caso de la guerra de independencia argelina—, aunque también se produjeron distintos episodios armados (guerra del Sidi Ifni, combates aislados en el Sáhara Occidental, batalla de Bizerta en Túnez...). Resulta, por tanto, inevitable que la memoria colectiva de los pueblos de una y otra ribera del Mediterráneo se encuentre marcada negativamente por dicho legado (Aguirre, 1997). Roberto Aliboni, profesor del Instituto Affari Internazionali, resume de la siguiente manera la importancia que tienen los factores culturales e históricos en las relaciones en la región: el Mediterráneo no es un centro naturalmente destinado a engendrar solidaridad, sino más bien una frontera que separa dos mundos que, cultural, económica y políticamente, están muy lejos el uno del otro como son el mundo judeo-cristiano y el islámico, el desarrollo y el subdesarrollo, el democrático y el autoritario.

Ello no significa que la cooperación y la seguridad estén excluidas. [...] La seguridad y la cooperación son posibles, pero no se han de dar por inevitables (Menéndez del Valle, 1995: 41). Algo similar afirma Mohammed Arkoun, aunque con tintes más pesimistas: Ante las actuales formas de pensar, las confrontaciones ideológicas, los miedos reales o imaginarios, y la ignorancia alimentada, es irreal pensar en una reestructuración política, económica, y mucho menos cultural e histórica, del espacio mediterráneo (Chourou, 1998: 293)

El islam percibido desde Occidente

En el caso de Occidente, distinguiremos dos niveles de percepción. Por un lado, lo que podríamos llamar la visión del ciudadano medio; y, por otra parte, la opinión de los líderes políticos, especialmente la de los responsables de la política exterior.

En el primer nivel, la imagen del *mare mágnum* denominado «mundo árabe» o «mundo islámico», dentro del cual se engloban e identifican realidades diferentes, se encuentra muy determinada por la visión que de él ofrecen los medios de comunicación. Los acontecimientos y las noticias relacionadas con el régimen iraní, el caso Rushdie, la guerra del Golfo, la crisis argelina, la guerra de Chechenia, la de Daguestán, los atentados terroristas contra extranjeros en Egipto o Argelia, y los altibajos del proceso de paz de Oriente Medio, generan una percepción negativa —tanto en Europa como en Estados Unidos— de la civilización islámica, a la que se considera implícitamente como oscurantista, radical y violenta; objeto de numerosos prejuicios y estereotipos.

En una encuesta realizada a la población y a los dirigentes norteamericanos en noviembre de 1994, el 61% de una muestra de 35.000 estadounidenses interesados en política exterior consideraron el «renacimiento islámico» como una amenaza para los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio; y, asimismo, el 33% de la población y el 39% de los líderes calificaron como un desafío la posible expansión del fenómeno islamista. En algunos países europeos, las percepciones son similares. En la primavera del año 1991, el 51% de los franceses consideraban que la principal amenaza para Francia venía del Sur, y sólo un 8% decían que procedía del Este. Los cuatro países a los que los franceses temían más eran musulmanes: Irak (52%), Irán (35%), Libia (26%) y Argelia (22%) (Huntington, 1997: 256-257). En España, aunque la mayor parte de la población (79%) no piensa que exista actualmente ninguna amenaza pro-

veniente del exterior, los que opinan que sí la hay la sitúan preferentemente en el norte de África (Del Campo, 1998). Desde luego, el valor de los datos obtenidos por las encuestas puede ser relativizado, pero en cualquier caso pone de manifiesto la existencia de una percepción negativa respecto al mundo árabe.

Tal percepción se ha visto reforzada en el plano teórico por la obra de Samuel Huntington, a la que nos hemos referido con anterioridad. Dicho autor identifica diferentes líneas de fractura entre civilizaciones, entre las que se encuentra la zona de fricción entre las civilizaciones occidental e islámica. Huntington (1993: 31-32) la describe del siguiente modo: El conflicto en la línea de fractura las civilizaciones occidental e islámica se encuentra vivo desde hace 1.300 años. [...] Después de la Segunda Guerra Mundial, Occidente inició la retirada; los imperios coloniales desaparecieron. Por su parte, surgieron el nacionalismo árabe y el fundamentalismo islámico; Occidente se hizo profundamente dependiente de los países del golfo Pérsico en lo relativo a la energía; los países productores de petróleo se hicieron ricos en dinero y, cuando lo desearon, ricos en armas.

Se sucedieron varias guerras entre los árabes e Israel (creado por Occidente). Francia combatió una cruenta y salvaje guerra en Argelia más allá de la década de los años cincuenta. Las fuerzas británicas y francesas invadieron Egipto en 1956; las fuerzas norteamericanas desembarcaron en el Líbano en 1958; años más tarde, retornaron al Líbano, atacaron Libia y sostuvieron varios enfrentamientos armados con Irán; terroristas árabes e islámicos, apoyados por al menos tres gobiernos de Oriente Medio, utilizaron el arma del débil, hicieron explotar bombas en aviones de pasajeros e instalaciones occidentales y capturaron rehenes. Esta guerra entre los árabes y Occidente culminó en 1990, cuando Estados Unidos envió un gigantesco ejército al golfo Pérsico con el fin de defender algunos países árabes de uno de ellos. Como consecuencia, los planes de la Organización del Tratado del Atlántico Norte están prestando una creciente atención a las potenciales amenazas e inestabilidades que se presentan a lo largo de su «flanco sur». La interacción militar que ha existido durante siglos entre Occidente y el islam no va a desaparecer. Incluso es posible que se haga más virulenta. Aunque, como ya vimos páginas atrás, la tesis de Huntington ha sido ampliamente contestada, la idea de un futuro choque de civilizaciones ha trascendido de un modo u otro en numerosas publicaciones, en los medios de comunicación y en el imaginario colectivo de la opinión pública; y es frecuente que se mencione al hablar de las relaciones entre la civilización occidental y la islámica.

En el caso concreto de España, la presencia del islam y de la cultura magrebí en nuestro suelo —tanto en la etapa medieval como actualmente— influye sobre la percepción del español de a pie sobre lo árabe-islámico. La Edad Media ha dejado en el inconsciente colectivo de los españoles la imagen del musulmán como «el enemigo» por excelencia (Viguera Molins, 1995). Figura que fue revitalizada con motivo de las guerras coloniales que sostuvo España en Marruecos a mitad del siglo XIX y principios del XX.

Por otro lado, hoy día la creciente llegada a nuestro país de inmigrantes procedentes de la ribera sur supone un desafío todavía no resuelto para el diálogo cultural entre España y los pueblos árabes del Mediterráneo. La correcta integración de las comunidades e individuos en nuestra sociedad, que respete al mismo tiempo su especificidad propia, constituye un decisivo ejercicio de multiculturalidad y de convivencia. En caso de ser positivo, el resultado de tal integración contribuirá a una mejor percepción de los países y pueblos del Sur. Por contra, el fracaso de la convivencia bien por el hermetismo de las comunidades inmigrantes, bien por el brote de reacciones xenófobas en la sociedad española —la «discriminación por el rostro» en palabras de Bichara Khader—, puede perjudicar sensiblemente al entendimiento recíproco entre nuestro país y los musulmanes mediterráneos.

A nivel de Estado, de dirigentes y elites políticas, la percepción sobre el islam, y en particular, sobre el islamismo suele ajustarse más a la realidad. A pesar de que en ocasiones se han realizado declaraciones que expresan una preocupación alarmante por el fenómeno, Estados Unidos y Europa —especialmente los países mediterráneos— han procurado mantener una política no confrontacional y de discernimiento real de amenazas. Al mismo tiempo, las cancillerías occidentales suelen practicar la prudencia en sus informes públicos, pues la experiencia ha demostrado que algunos líderes islamistas se han servido de determinadas declaraciones para alimentar el clima de confrontación Occidente-islam. Tal fue el caso de las declaraciones del anterior presidente de la República de Irán, Hashemi Rafsanjani, en el decimosexto aniversario de la revolución: Occidente, y particularmente Estados Unidos, buscan la confrontación con el fundamentalismo islámico del mismo modo que ellos desafiaron al comunismo. De la misma forma, en la Cumbre Islámica celebrada en Jartum, en marzo de 1995, uno de los temas tratados fue que el hecho de que Occidente estuviese aplicando a los musulmanes un esquema propio de la guerra fría (Yerejian, 1995).

Hoy día, para los estadistas occidentales, el islam como civilización no representa una amenaza. El problema lo plantean los grupos radicales que no admiten la democracia, que rechazan el diálogo con Europa y Estados Unidos, y que emplean la violencia. Por tanto, para Occidente la cuestión del islamismo no se sitúa en el marco de un hipotético «choque de civilizaciones», sino en los desafíos que puede suscitar la conducta de tales grupos en el orden regional. A su vez, para los gobiernos occidentales la verdadera fuente de riesgos se encuentra en la inestabilidad económica, política y social de algunos de los países que componen el llamado mundo árabe. Por tanto, su análisis no se reduce a las cuestiones ideológicas, sino que incluye los graves problemas que afrontan dichas naciones.

En cierto modo, y como elemento de la política exterior, el islamismo se asemeja ante los ojos de los dirigentes europeos a un nacionalismo radical. Esto es lo que se desprende, por ejemplo, de un informe de la Asamblea de la Unión Europea Occidental sobre la seguridad en el Mediterráneo, presentado en mayo de 1993 por *míster* Roseta en nombre del Comité Político (WEU Assembly, 1993): Si la proliferación de tales armas (de destrucción masiva), coincide con la llegada al poder en ciertos países de nacionalistas duros o de fundamentalista islámicos, podría perjudicar a la estabilidad de la región. Siendo más posible que las intenciones hostiles se dirigiesen contra los países vecinos antes que contra Europa Occidental. Este mismo informe presenta al islamismo como un obstáculo para el diálogo cultural en el Mediterráneo, la consolidación del fundamentalismo islámico ha difundido e intensificado los sentimientos antioccidentales en la región sur del Mediterráneo. A largo plazo, esto quizás tenga influencia negativa para el diálogo entre Europa y la región sur mediterránea. Según la visión europea, particularmente de los países mediterráneos, el islamismo constituye una fuente de riesgos, ya que puede llegar a poner en peligro la estabilidad de los regímenes del norte África.

En los últimos años, algunos especialistas europeos (Martín Muñoz, 1997) han adoptado una postura más ecuánime ante el llamado fundamentalismo islámico, aconsejando una integración de tales movimientos en la vida política y social de los países del Magreb. La experiencia de Argelia ha demostrado que los problemas que pueda plantear el islamismo no se resuelven mediante su exclusión. Se trata de una realidad ideológica y social a la que hay que permitir su desarrollo, procurando al mismo tiempo que respete las libertades políticas, y que adopte una postura

moderada en el terreno internacional. En este sentido, se confía en que su inclusión en el sistema puede facilitar su moderación. Por tanto, la postura europea está cambiando del rechazo absoluto, por considerarlo un «factor de inestabilidad», a una actitud más abierta, aunque todavía recelosa.

Por su parte, la visión norteamericana responde a su especial percepción del problema, y de los riesgos que éste puede plantear a sus intereses, sobre todo a raíz de la negativa experiencia de Irán. La política de Estados Unidos con respecto al «fundamentalismo islámico» comenzó a elaborarse durante la Administración Reagan. No exenta de ambigüedades, prevalecía una actitud de rechazo hacia dichos grupos, debido especialmente a las relaciones hostiles con Teherán. En los últimos años, se ha logrado una diferenciación entre los movimientos que hacen uso de la violencia y aquellos que optan por la vía política como camino para lograr sus reivindicaciones. Actualmente, Washington considera «mal islamismo» al primero, y mantiene una política dura contra los actuales Estados islamistas (Irán, Sudán y Afganistán) por el apoyo que dichos países prestan a los grupos violentos. Sin embargo, su actitud hacia los islamistas que no empuñan las armas es mucho más conciliadora, tal como se desprende de las siguientes declaraciones de Robert Pelletreau, anterior subsecretario de Estado, sobre la crisis argelina: el Gobierno de Estados Unidos ha insistido repetidamente a los líderes de Argelia, al más alto nivel, la necesidad de concretar los pasos convenientes para establecer un diálogo con los elementos de la oposición —laicos e islamistas— con el fin de encontrar una solución pacífica a la crisis argelina (Gordon, 1996: 50). Asimismo, Washington reconoció la existencia de contactos con líderes del Frente Islámico de Salvación (FIS) en el exilio, tal como declaró en el año 1994, Mark Parris, secretario de Estado para los Asuntos de Oriente Próximo. En esas declaraciones Parris aclaró que el FIS no era responsable de las acciones violentas que estaba llevando a cabo el Grupo Islámico Armado. En junio de ese mismo año el presidente Clinton confirmó nuevamente la existencia de dichos contactos (Lawless, 1996).

Occidente percibido desde el islam

El legado histórico, al que nos hemos referido en el comienzo de este epígrafe, ha influido notablemente sobre la percepción árabe-islámica de Occidente. Según Nour Eddine Affaya, tres acontecimientos históricos de carácter militar, político y cultural, han marcado las relaciones entre las orillas norte y sur del Mediterráneo; entre Europa y el islam. Esos tres

momentos han sido: las Cruzadas, la caída del reino musulmán de al-Andalus y la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto en 1798.

Los musulmanes de la Edad Media percibieron la penetración de las Cruzadas como una guerra entre los francos y el islam en nombre de un ideal religioso. Asimismo, consideraron la pérdida del reino de Granada como una doble revancha cristiana que vengaba la recuperación de Jerusalén por Saladino y la caída de Constantinopla. La pérdida definitiva de al-Andalus se interpretó como una victoria sobre los musulmanes, y como el comienzo de una nueva época en la historia de Europa. Anunciaba el Renacimiento e iniciaba el camino hacia el Siglo de las Luces que culminaría en las grandes revoluciones políticas, científicas e industriales que generaron un tipo de producción económica en evolución continua, que a su vez desbordaba las fronteras geográficas en busca de nuevos recursos y nuevos mercados. Esa Europa moderna no pudo limitarse a su marco geográfico; hizo de la expansión uno de sus mecanismos de reproducción; y en esta coyuntura es cuando Napoleón Bonaparte realizó su expedición a Egipto. Marcando el inicio de la etapa colonial, e introduciendo los nuevos valores occidentales en la civilización islámica.

En la época contemporánea y tras los procesos de colonización y posteriores guerras de liberación a las que nos hemos referido anteriormente, el imaginario musulmán sobre Occidente se ha visto afectado negativamente por el sentimiento de frustración que produjo la derrota árabe en la guerra de los Seis Días. Acontecimiento que marcó también la decadencia del nacionalismo árabe, acaudillado por Nasser. Del mismo modo, determinados acontecimientos internacionales de los últimos años han contribuido a formar en la conciencia colectiva de las sociedades de la orilla sur una imagen estereotipada del mundo occidental, de Europa y —especialmente— de Estados Unidos. Entre esos sucesos recientes destacan el todavía no resuelto problema palestino-israelí, y la guerra —y posteriores intervenciones militares— contra Irak.

El conflicto del Golfo ha influido muy negativamente en la percepción árabe de Occidente. Hasta ese momento, y aún ahora, la principal amenaza regional del pensamiento estratégico árabe se situaba en el Estado de Israel; el peligro, o la amenaza, del Norte apenas era tenido en cuenta (Saaf, 1994). La intervención occidental contra Irak supuso un importante cambio en este sentido. Fátima Mernissi (1992: 14) lo describe del siguiente modo: En plena agitación por el hundimiento del *hiyab* (muro) de Berlín, los europeos aparecían ante las masas árabes, justo antes del

bombardeo de Bagdad, como los promotores del credo democrático que proponía la resolución del problema de la violencia y la reducción de su uso. La poderosa oleada de esperanza universal levantada por el canto de libertad de los europeos y la promesa de condenar la violencia fueron bruscamente, brutalmente burladas por la guerra. Una guerra en la que las desconcertadas masas árabes asistieron, en sólo unos meses, como en las malas pasadas de los cuentos de *Las mil y una noches*, al adormecimiento de aquella humanista juventud europea que cantaba la no violencia y a la aparición en sus televisiones de otra raza que habían olvidado: la de los viejos generales con quepis y medallas, idénticos a los del ejército colonial, que contaban con orgullo las toneladas de bombas que arrojaban sobre Bagdad.

A pesar de la actitud ambigua de numerosos gobernantes árabes, e incluso del apoyo militar que algunos países musulmanes prestaron a la coalición internacional, las sociedades del Magreb se decantaron en su mayoría por el lado iraquí. Las calles y plazas de numerosas ciudades de la ribera sur fueron testigos de multitudinarias manifestaciones en la que cientos de miles de personas corearon a favor del pueblo de Irak, mientras quemaban banderas de países occidentales. En Marruecos se produjeron las manifestaciones más numerosas desde la independencia, y los sindicatos marroquíes —organizadores de una huelga general en solidaridad con Irak que fue prohibida por el Gobierno— advirtieron de que una profunda herida histórica, con su origen en las Cruzadas, se ha vuelto a abrir (*El País*, 29 de enero de 1991). A los ojos de la sociedad árabe, la guerra para liberar Kuwait adquirió el carácter de un conflicto entre Occidente y el islam; como afirmó Hussein de Jordania: esto no es una guerra contra Irak, es una guerra contra todos los árabes. Sadam Husein se presentó ante el mundo como «el nuevo Saladino», comparación que en Occidente resultaba ridícula, pero que para un espectador musulmán identificaba al dictador iraquí con el príncipe medieval que derrotó a los cruzados.

Según Saaf, el mundo árabe se siente permanentemente amenazado y la experiencia del Golfo ha alimentado, y justificado en parte, tales temores: hoy día, los escritos estratégicos árabes coinciden en señalar el agravamiento de la situación después de la derrota de Irak y la mayor incapacidad de los Estados árabes. Predomina el sentimiento de una gran inseguridad (Saaf, 1994: 20). Los bombardeos norteamericanos contra las instalaciones de almacenamiento y fabricación de armas de destrucción masiva iraquíes en diciembre de 1998, y los enfrentamientos que se producen con relativa frecuencia entre las fuerzas de ambos países mantie-

nen viva la percepción de un Occidente opresor y que aplica una doble vara de medir en función de sus intereses, máxime cuando tales acciones no se ven acompañadas de medidas coercitivas contra el Estado de Israel por su incumplimiento y violación de las resoluciones de la Organización de Naciones Unidas, y del Acuerdo de Paz de Oriente Medio. Los gobiernos árabes de la región del Golfo no han respaldado las acciones norteamericanas contra Irak en los años posteriores a la guerra a causa del malestar público que provocaban tales intervenciones (Khalilzad y Lesser, 1998). Por otra parte, las dificultades que comenzó a sufrir el proceso de paz de palestino-israelí tras la victoria electoral de Benjamin Netanyahu, además de agravar un importante problema regional, han empeorado la imagen de Occidente, y constituyen un elemento negativo más en la percepción que se tiene desde la ribera sur.

La insistencia de los gobiernos occidentales en tratar sobre las cuestiones de seguridad en sus relaciones con los países de la ribera meridional del Mediterráneo, así como las declaraciones esporádicas y alarmistas sobre la «amenaza del sur» contribuyen también a acrecentar la inseguridad de los países árabes, al ser identificados como posibles enemigos, y, por tanto, eventual objeto de una intervención armada. Además, tales declaraciones son hábilmente utilizadas por los líderes islamistas o por otros intelectuales antioccidentales con el fin de detractar la actitud europea o norteamericana. Todo lo cual fomenta un sentimiento de desconfianza en las sociedades magrebíes —y de otros países musulmanes— que pone trabas a las relaciones de sus dirigentes con los gobiernos europeos, de modo especial en todo lo referente a la cooperación en materia de seguridad militar (Maalmi, 1996).

Otros autores consideran peligroso el intervencionismo occidental al pretender implantar los modelos políticos europeos en los países árabes. La participación de todos los ciudadanos en el proceso político y en la «prosperidad» nacional debe hacerse sin otra presión que la de las poblaciones afectadas, en armonía con sus creencias y su identidad cultural. He ahí la esencia misma de la democracia. Las políticas intrusivas de Europa tienen un tufillo de «misión civilizadora» cuyas heridas no han terminado de cicatrizar en la región. Esas políticas resaltan la percepción de una Europa dominante y culturalmente «desestructurada» (Alaoui, 1992: 113). Las declaraciones de algunos líderes políticos occidentales cuestionando la cooperación con aquellos gobiernos que no respeten la democracia y los derechos humanos despiertan también el temor ante una nueva forma de imperialismo cultural y de injerencia en los asuntos internos de los

Estados (Chourou, 1998). Esta visión de Occidente también la comparten y denuncian los grupos político-religiosos.

El mundo musulmán se siente despreciado por Occidente. Según el escritor libanés Amin Maaluf (de origen cristiano), los europeos en general siguen manteniendo contra el islam prejuicios cuyo origen data de la Edad Media. Aunque lo oculten o lo expresen de otro modo, la gente sigue pensando como hace 100, 200 o 1.000 años. Respecto a la percepción mutua entre ambos mundos, este autor afirma: Hoy por hoy la actitud de Occidente es de hostilidad sistemática frente al mundo árabe, y la de las comunidades musulmanas de desconfianza respecto a Occidente. Esto es realidad aunque sea lamentable (Maaluf, 1999: 47).

Por otra parte, la percepción del mundo occidental se realiza también desde la óptica Norte-Sur. El desarrollo económico y el Estado de bienestar de las sociedades europeas representan un reclamo para amplios sectores de las poblaciones de los países del Magreb. Las antenas parabólicas de los particulares y de los cafetines de la ribera sur transmiten diversidad de imágenes —en parte idealizadas— de la sociedad de consumo del otro lado del Mediterráneo, que contrastan de forma estridente con la realidad magrebí. Este fenómeno, unido a los testimonios —críticos y favorables— de los inmigrantes que viven en la otra ribera, generan un sentimiento contradictorio de admiración y de frustración respecto al mundo occidental. Por su parte, las restricciones impuestas por los Acuerdos de Schengen para la entrada en el espacio europeo se perciben como una vejación y una medida egoísta. La severidad en la concesión de visados provoca sentimientos antieuropeos en amplios sectores de las sociedades magrebíes (Yata, 1998). Como afirma Abdelwahab Biad (1996: 41): La cooperación entre ambas orillas se ha convertido en un imperativo con el fin de evitar la visión del Mediterráneo como un nuevo frente del conflicto imaginario entre el Norte y el Sur.

Las claves para la cooperación cultural entre Occidente y el islam

La situación descrita evidencia la necesidad de profundizar en un mayor conocimiento y cooperación entre ambas culturas.

Retomando las ideas de José Antonio Sainz de la Peña sobre el proceso cultural de fomento de confianza, conviene aclarar que el objetivo no es lograr un consenso o una igualdad en los puntos de vista sino conseguir un mejor conocimiento recíproco que elimine desconfianzas y un respeto mutuo de las diferencias. Ésta es una idea de partida básica.

La segunda cuestión importante se refiere a los actores de dicha cooperación. Tal como adelantábamos, la cooperación cultural recae no sólo sobre los Estados sino sobre todas las instituciones culturales, educativas, científicas y religiosas, así como sobre distintos grupos de la sociedad civil. En el epígrafe siguiente, en el que se detallan las acciones realizadas hasta el momento en este terreno, comprobaremos que se ha pretendido aplicar dicho esquema.

Por último, aunque efectivamente todas los medios de cooperación cultural son importantes, dos de ellos revisten —a nuestro juicio— una especial importancia, y sobre ellos conviene incidir con el fin de lograr mayores avances. Se trataría de los siguientes:

- Favorecer el conocimiento de la realidad del «otro» a través de los medios de comunicación. Hoy día los profesionales de la información juegan un papel determinante en la cooperación cultural.
- Promover el conocimiento de la realidad del «otro» y la supresión de prejuicios en la educación básica, media y superior. Haciendo especial hincapié en las dos primeras. Esto convierte a los profesores y educadores en los protagonistas de este aspecto de las CBM culturales, y requiere la revisión de los programas y curricula educativos con este fin.

La cooperación cultural en el Mediterráneo Occidental

Dedicaremos las páginas siguientes a esbozar las iniciativas, actividades y programas de cooperación cultural más destacados que hasta el momento se han puesto en práctica en la región. Como señalamos al comienzo de este capítulo, no es nuestra intención ofrecer una enumeración y descripción exhaustiva de los mismos, ya que no es ese el fin de este trabajo. Lo que pretendemos es ofrecer una panorámica general de las líneas de acción desarrolladas hasta la fecha y de los proyectos que existen cara al futuro; con el objeto de constatar la importancia creciente que está recibiendo la cooperación en el ámbito de la cultura, y el interés que tal cooperación pone en la mejora de la percepción entre ambas riberas del Mediterráneo.

Hasta noviembre del año 1995, la cooperación cultural en el área mediterránea se limitaba prácticamente a lo estipulado por los acuerdos bilaterales entre los países de la región. En el plano multilateral los temas culturales se encontraban previstos en iniciativas como la Conferencia de

Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM), el Grupo 5+5 o el Foro Mediterráneo, pero su desarrollo se vio limitado por el escaso éxito de tales proyectos.

Ha sido a partir de la Conferencia de Barcelona y de la puesta en marcha del Proceso Euromediterráneo cuando han comenzado a concretarse las acciones de cooperación cultural a escala multilateral. Es de destacar que la cooperación en esta materia se entiende principalmente en términos de fomento de la confianza, tal como hemos analizado en los epígrafes anteriores. Así lo expresaban los ministros de Asuntos Exteriores de los 27 países firmantes de la Declaración de Barcelona:

«Los participantes reconocen que las tradiciones de cultura y de civilización de todo el Mediterráneo, el diálogo entre estas culturas y los intercambios humanos, científicos y tecnológicos son un factor esencial para el acercamiento y la comprensión entre sus pueblos y para la mejora de la percepción recíproca.»

Las actividades que se llevaron a cabo dentro del marco de cooperación euromediterránea fueron las siguientes:

- Tres talleres preparatorios de la Conferencia de Bolonia sobre patrimonio cultural.
- Taller sobre conservación del patrimonio, celebrado en Arles durante los días 9 y 10 de febrero de 1996.
- Taller sobre acceso al patrimonio, celebrado de Berlín durante los días 23 y 24 de febrero de 1996.
- Taller sobre el patrimonio como factor de desarrollo duradero, celebrado en Ammán durante los días 22 y 23 de marzo de 1996.
- Conferencia ministerial sobre patrimonio cultural, celebrada en Bolonia durante los días 22 y 23 de abril de 1996.
- Conferencia sobre las relaciones entre el mundo islámico y Europa, celebrada en Ammán durante los días 10 al 13 de junio de 1996.
- Conferencia sobre el islam contemporáneo, celebrada en Copenhague entre los días 17 y 18 de junio de 1996.

Estas reuniones sirvieron para poner en marcha diversas acciones conjuntas en el ámbito cultural, sobre todo en cuestiones relacionadas con el cuidado del patrimonio artístico. En este campo concreto se consideraron como pasos más urgentes el conocimiento del propio patrimonio, la elaboración de una política patrimonial, la formación de especialistas y de instructores en materia de conservación de bienes culturales, y el diseño de programas que favorezcan la valoración del patrimonio.

La II Conferencia Euromediterránea celebrada en Malta durante los días 15 y 16 de abril de 1997 tuvo como objetivo principal estudiar la evolución del Proceso iniciado en Barcelona e impulsar los trabajos ya comenzados. En las conclusiones finales los ministros de Asuntos Exteriores de los países participantes volvieron a insistir en la importancia de la cooperación cultural para la convivencia en la región, al recordar que las tradiciones culturales y de civilización de una y otra parte del Mediterráneo, el diálogo entre estas culturas y los intercambios humanos, científicos y tecnológicos son un componente esencial del acercamiento y de la comprensión entre sus pueblos y una de la percepción mutua.

Sin embargo, y como puede apreciarse con facilidad, las actividades realizadas entre las dos Conferencias Euromediterráneas no han resultado suficientes para lograr tal conocimiento entre las dos culturas que baña el Mediterráneo. Esta fue una de las críticas apuntadas por el Foro Civil Euromed, que lamentó en la declaración final de su encuentro en Malta que el retraso de la puesta en marcha del Programa MEDA ha podido ser un obstáculo para las iniciativas interculturales propuestas en Barcelona, debilitando así el espíritu de asociación. El Programa MEDA es el instrumento financiero que cubre la cooperación descentralizada

Al mismo tiempo, el Foro Civil Euromed abordó en la citada reunión de Malta el tema del diálogo intercultural a través de dos grupos de trabajo. En los informes emitidos por ambos grupos se destacó que la percepción del «otro» obedece a estereotipos que bloquean el diálogo positivo y pluricultural; y, al mismo tiempo, se llamó la atención sobre la necesidad de acometer las siguientes tareas:

- Conceder mayor protagonismo a la sociedad civil dentro de una expresión plural, diversificada y representativa. La Asociación Euromediterránea no se puede construir armoniosamente, si el diálogo entre los pueblos permanece bloqueado.
- Continuar el desarrollo del diálogo religioso sin limitarlo al sentido teológico, sino extendiéndolo a cuestiones sociales.
- Incentivar la traducción a lenguas mediterráneas la producción política, filosófica, literaria y científica de la región.
- Desarrollar en los cursos escolares y universitarios el conocimiento real y objetivo del «otro» con el fin de evitar prejuicios, estereotipos e interpretaciones fundadas en antagonismos culturales.
- Favorecer los instrumentos de información sobre la cooperación cultural (bases de datos, agendas, becas de información, etc.).

- Desarrollar la formación de formadores en temas de animación a la información y de intercambios culturales entre ciudadanos de ambas riberas del Mediterráneo.
- Animar al diálogo entre los profesionales de los medios de comunicación de la región mediterránea a través de intercambios entre periodistas, de coproducciones de programas de formación, etc.

Los viajes suponen siempre un contacto entre culturas, cualquier forma de turismo de masas o individual puede ser considerada turismo cultural. Es necesaria, sin embargo, una nueva concepción del producto turístico que valore la dimensión cultural específica de cada país.

Las actividades realizadas con posterioridad a la Conferencia de Malta han seguido reiterando la importancia de la cooperación cultural como factor de conocimiento recíproco y de fomento de la confianza. La Conferencia sobre Cooperación en el Sector Audiovisual y de la Televisión, celebrada en Tesalónica en noviembre de 1997, destacó en sus conclusiones la importancia de dicho sector en la consecución de los objetivos de la Asociación Euromediterránea, sobre todo en los campos social, cultural y humano (conocimiento recíproco y comprensión cultural, correcta percepción e información como herramientas esenciales en la ayuda de acercamiento de los pueblos y sociedades de la región).

La Conferencia se marcó distintos objetivos con el fin de lograr el desarrollo de la visión euromediterránea. Esos objetivos incluían la cooperación entre operadores europeos y mediterráneos, el incremento de la transferencia tecnológica, la formación profesional y la cooperación entre las cadenas de televisión y radio, y animar la promoción y distribución de obras cinematográficas originales de los socios euromediterráneos y de la Unión Europea. Hasta el momento, las actividades realizadas a título experimental han consistido en la formación y coproducción en materia de radio, televisión y cine (Programa MED-Media); la emisión de un programa en lengua árabe de la cadena de información Euronews; y el apoyo a festivales de cine mediterráneo y a bases de datos sobre este cine. Uno de los proyectos más destacados en materia audiovisual ha sido la creación de una televisión temática euromediterránea por satélite, plurilingüe y pluricultural, destinada a los países de la región, que tenga en cuenta las relaciones existentes o futuras entre televisiones de los países participantes. Este proyecto se complementaría con el de una cadena radiofónica esencialmente musical y cultural, destinada a los países de este espacio.

Otra iniciativa destacable posterior a la Conferencia de Malta fue la Conferencia Euromediterránea sobre la percepción del «otro» en el Sector de la Educación, celebrada en Mondorf-les-Bains (Luxemburgo) también en noviembre de 1997. En esta Conferencia se destacó la importancia de la escuela, como lugar privilegiado de socialización, y que debe ayudar a que la juventud se reúna con otras culturas. De tal manera, guarda un importante papel en la construcción de la imagen del «otro», como medio para evitar prejuicios y combatir el racismo.

Los participantes subrayaron la importancia de establecer grupos de trabajo mixtos (compuestos por representantes de todos los países involucrados en los diferentes proyectos) con el fin de coordinar la cooperación cultural en materia de información, documentación, investigación, estudios, producción de material didáctico, formación de profesores, intercambios multiculturales, etc. Los resultados de esta cooperación serían la producción de trabajos de investigación sobre alteridad; el análisis de los currículos y material existente; la elaboración de listados de términos con estereotipos implícitos o explícitos; la edición de libros de referencia para profesores y escritores de libros de texto que reflejen múltiples puntos de vista y diferentes identidades culturales como forma de sensibilización de la alteridad; la creación de redes de profesores de institutos y la consolidación de asociaciones entre éstos con el fin de hacer intercambios de forma más regular.

Asimismo, el Grupo de Trabajo Euromediterráneo sobre Diálogo entre Culturas y Civilizaciones, celebrado en Estocolmo en abril de 1998, expresó en sus conclusiones la necesidad de hacer más visible para el público general dicho Diálogo. Los participantes identificaron las siguientes áreas como aquellas en las que conviene intensificar los esfuerzos por lograr un mejor conocimiento:

- Juventud y educación.
- Cooperación audiovisual.
- Cooperación a nivel de sociedad civil y de gobierno sobre la dimensión humana en el campo de la democracia, Estado de Derecho, derechos humanos, cuestiones de género, etc.
- Patrimonio cultural, literatura, música, traducción y arte.

Hasta el momento se han celebrado dos cumbres de ministros de Cultura de los países euromediterráneos. La primera de ellas tuvo lugar en Bolonia en abril de 1996. La segunda se celebró en Rodas en septiembre de 1998. En esta segunda reunión cada uno de los países participantes pre-

sentó distintas ideas e iniciativas a desarrollar en el campo de la cooperación cultural. Enumeramos algunas de ellas a título de ejemplo:

- Un Festival Anual de Cine de las compañías de televisión euromediterráneas (Austria).
- Implantación del proyecto de traducción de un millar de libros dentro de la estructura de cooperación euromediterránea (Egipto).
- Olimpiada Cultural. Incorporación de una dimensión cultural a las Olimpiadas de Atenas del año 2004 (Grecia).
- Creación de Instituto Mediterráneo del Patrimonio Artístico (Grecia).
- Festival de Música Litúrgica en Tierra Santa en el año 2000 que incluya la participación de los líderes religiosos (Israel).
- Red cibernética entre artistas euromediterráneos con motivo de la celebración conjunta del año 2000 (Portugal).
- Foro Universal de Culturas a celebrar en Barcelona en el año 2004 (España).
- Festival de Teatro Clásico Mediterráneo (Túnez).

La cooperación cultural de España en el Mediterráneo Occidental

Por último, vamos a dedicar unas breves líneas a la cooperación cultural española con los países del Magreb en el ámbito bilateral. Como comprobaremos la mayor parte del esfuerzo económico y de las actividades desarrolladas se enmarca en las relaciones con Marruecos. La cercanía geográfica de este país, la importancia de nuestros intereses en relación con él y la existencia de antiguos lazos históricos privilegian y motivan una abundancia e intensidad de contactos, escasamente comparable a los que mantienen España y el resto de Estados del Magreb.

Desde el año 1954, el Instituto Hispano Árabe de Cultura fue el instrumento de la cooperación cultural de España con los países de la ribera sur. A partir del año 1995, sus funciones fueron asumidas por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA) y ampliadas al campo de la cooperación técnico-científica. Entre sus actividades se incluían las siguientes tareas:

- Programación y ejecución de los proyectos de investigación y difusión de las culturas respectivas.
- Coordinar los intercambios con las instituciones correspondientes de los países árabes.

- Ejecutar acciones concretas de revalorización y fomento de los vínculos culturales hispano-árabes y realizar programas de investigación, estudio y defensa de la cultura común árabe e hispánica.
- Desarrollar proyectos de difusión de la cultura hispánica en el mundo árabe y de la cultura árabe en España, así como cursos, seminarios, conferencias, exposiciones y congresos sobre temas históricos y de actualidad, comunes a ambas realidades.
- Mantener intercambios con las correspondientes instituciones de aquellos países, desarrollar programas de cooperación científico-técnica, y ejecutar proyectos específicos de cooperación económica mediante el concurso de la iniciativa pública y privada con los países árabes

El ICMA ha sido sustituido por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo (ICMAMPD), ampliando el marco geográfico de aquél, al integrar las áreas del extinto Instituto de Cooperación para el Desarrollo.

En el ámbito de la cooperación cultural, el ICMAMPD ha ido asumiendo progresivamente las funciones anteriormente asignadas a la Dirección General de Relaciones Culturales, tales como la organización de lectorados, misiones arqueológicas, cooperación interuniversitaria, concesión de becas, etc. En el año 1997, el Programa de Cooperación Interuniversitaria Hispano-Marroquí, en el que participa el ICMAMPD, concedió algo más de 50 millones de pesetas para la financiación de proyectos de investigación y acciones complementarias realizados por las universidades españolas y marroquíes.

El ICMAMPD es también el organismo encargado de representar a España en los foros multilaterales celebrados en el Mediterráneo, en coordinación con la Dirección General de África y Medio Oriente, como el Grupo 5+5, la CSCM o las Conferencias Euromediterráneas (Núñez de Villaverde y Hernando de Larramendi, 1997).

A su vez, en el desarrollo de proyectos de difusión de la cultura hispánica en el mundo árabe y de la cultura árabe en España el ICMAMPD coopera estrechamente con el Instituto Cervantes. Este organismo, creado en el año 1991 para la promoción y difusión de la cultura española fuera de las fronteras del país, centra, sin embargo, su actividad en el ámbito de la docencia del idioma español. En el año 1993 se integró en dicho Instituto la red de centros culturales de España en el Magreb. Actualmente existen cinco centros en Marruecos, uno en Argel, y otro en Túnez. Los de Ma-

rruecos tiene su sede en Casablanca, Tánger, Rabat, Fez y Tetuán; y en ellos cursan estudios de lengua española unos 7.700 alumnos marroquíes. Por otra parte, España tiene diez centros educativos en Marruecos —el principal es el Instituto de Enseñanza Media «Averroes» en Rabat— en los que estudian 3.500 alumnos, pertenecientes a la clase media-alta del país. Posteriormente, algunos de los alumnos realizan sus estudios universitarios en España. En la actualidad hay en España 5.000 marroquíes en las universidades españolas, que cursan en su mayor parte las carreras de Medicina y Farmacia.

Al margen de las actividades realizadas por estos organismos de cooperación, existen otro tipo de iniciativas desarrolladas por comunidades autónomas, como es el caso, por ejemplo, del convenio firmado en abril de 1992 por la Junta de Andalucía y el Ministerio de Educación marroquí sobre la colaboración entre las universidades andaluzas y marroquíes. La Junta ha sido también la promotora de la Fundación de las Tres Culturas, proyecto en el que cuenta con la colaboración del Gobierno de Marruecos. Fue constituida el 8 de septiembre de 1998 y su sede está situada en el pabellón de Marruecos de la Expo'92 de Sevilla. Las actividades desarrolladas hasta el momento incluyen la creación de un Fondo de Documentación sobre la Coexistencia de las Tres Culturas, la organización de un Seminario sobre la Cooperación Andalucía-Marruecos, y la celebración de unas jornadas sobre la herencia andalusí. En el acto de constitución, el consejero del rey de Marruecos, André Azoualy, se refirió a la finalidad de esta iniciativa declarando que la Fundación deberá ayudar a conocernos mejor, y permitir así borrar los temores y los estereotipos que contaminan y traban la calidad de la cooperación. Las actividades de la Fundación de las Tres Culturas resultan complementarias con las desarrolladas por la Junta de Andalucía a través de la Fundación del Legado Andalusí en el ámbito cultural y turístico.

Otra iniciativa de interés, aunque a día de hoy parcialmente estancada, es la Universidad Euroárabe. Dicha institución fue creada a partir de una resolución del Parlamento Europeo el día 30 de marzo de 1984. Su rectorado se encuentra en Granada, y en su sede se han celebrado diversos seminarios y cursos en el campo de las ciencias sociales y, especialmente, en el estudio del desarrollo sostenido en los países menos avanzados. Sin embargo, se trata de un proyecto que ha quedado a medio camino.

Asimismo, en los Tratados de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación firmados por España con Marruecos y Túnez las partes firmantes se com-

prometieron a la cooperación cultural en el ámbito de la enseñanza y la educación, al fomento de las relaciones interuniversitarias, y a la colaboración en el ámbito audiovisual entre sus respectivos entes públicos de radio y televisión. El Tratado con Marruecos ha sido el origen del Comité Mixto Interuniversitario Hispano-Marroquí y del Comité Averroes; este último, integrado por un alto funcionario y ocho personalidades de la sociedad civil de cada parte, está presidido por los dos ministros de Asuntos Exteriores. Su misión consiste en estudiar las vías idóneas para eliminar prejuicios y promover el conocimiento y la comprensión mutua de ambos pueblos (Bennani, 1996). Una de las últimas acciones realizadas por el Comité ha sido la creación de la Asociación Hispano-Marroquí de Historiadores y Geógrafos.

Sin embargo, y a pesar de las actividades e iniciativas descritas, la presencia cultural de España en el Magreb es todavía escasa. En el caso de Marruecos resulta especialmente lamentable, ya que a los lazos históricos que existen entre ambos países desde hace siglos se unió la presencia colonial española, finalizada hace menos de medio siglo. La potencia extranjera que ejerce una mayor influencia cultural en la región es Francia. Por tanto, nuestro país deberá incrementar su presencia y relaciones culturales con los países magrebíes si, además de favorecer el mutuo conocimiento, desea jugar un papel destacado en la zona en términos políticos, económicos y de seguridad. Algo que nos corresponde por nuestra posición geográfica, por razones culturales y por la potencialidad real de nuestro país.

Conclusiones

Como conclusión de todo lo tratado en este capítulo, queremos subrayar nuevamente la importancia de la percepción para el éxito de la cooperación internacional en todos los ámbitos —incluido el de la seguridad—, y el destacado papel que en este sentido puede jugar la cooperación cultural.

Lo expuesto sobre las actividades y proyectos de la Iniciativa Euromediterránea, demuestra la conciencia que existe entre los actores de la región sobre la necesidad de mejorar el conocimiento y la comprensión recíproca. Los campos en los que se pretende trabajar —especialmente el audiovisual y el de la educación— parecen ser los más acertados y eficaces. Asimismo, el interés del Foro Civil Euromed por el diálogo intercultural

ral descentralizado es correcto, ya que no se lograrán verdaderos resultados en tal diálogo hasta que éste no se establezca y consolide entre los diferentes actores sociales.

Sin embargo, lo realizado hasta ahora dentro del marco euromediterráneo constituye simplemente la apertura de un camino que hay que recorrer. La fase que podríamos denominar institucional ya está iniciada. Ahora entramos en la etapa decisiva: la de involucrar a las bases sociales y a las iniciativas privadas —en definitiva, a los pueblos mediterráneos— en los mecanismos de conocimiento recíproco y entendimiento mutuo.

Por último, será necesaria una mayor contribución financiera de la ribera sur, ya que hasta el momento la mayor parte del esfuerzo económico en materia de cooperación cultural ha recaído sobre los países europeos. En la medida de sus posibilidades, los socios árabes deben implicarse y sostener el proyecto euromediterráneo con el fin de que éste no padezca asimetrías que acaben generando prejuicios y suspicacias mutuas: precisamente lo que se pretende eliminar.

Bibliografía

- AGUIRRE, M.: «La paz conflictiva de la zona mediterránea», en VV. AA. *Los desafíos del Mediterráneo*, pp. 9-12, INET. Córdoba, 1997.
- AJAMI, F.: «The Summing», *Foreign Affairs* volumen 72, número, 4, pp. 2-9. 1993.
- ALAOU, A. B.: «Europa-Magreb, el desafío de la coprosperidad», *Revista Española de Defensa*, número 55, pp. 112-113. 1992.
- ARON, R.: «Paz y guerra entre las naciones», *Revista de Occidente*. Madrid, 1963.
- BENANI, A.: «Relaciones culturales y cooperación científica hispano marroquíes: un balance cuarenta años después de la independencia del Magreb», *Awraq*, XVII, pp. 283-292. 1996.
- BIAD, A.: «L'Algérie et la Méditerranée: perception de vulnérabilités et besoin de coopération»; en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean. Unity and Diversity», UNISCI, *Publisud, Afes-Press*, pp. 255-273. Madrid, 1998.
- BUNES, M. A. DE: «Causas del distanciamiento cultural en la Edad Moderna», en VIAÑA, E. y HERNANDO DE LARRAMENDI, M. (ed.): «Cooperación cultural en el Occidente Mediterráneo», pp. 193-208. Fundación BBV. Madrid, 1995.
- CAMPO, S. DEL: «La opinión pública española y la política exterior». Informe INCIPE 1998. Madrid, 1998.
- CHADNA, N.: «Confidence Building Measures: Theoretical Perspective», en BRAUCH, H. G. (ed.): «Confidence Building, Verification and Conversion. Contributions to the First Pan-European Conference on International Studies», *Afes Press Report*, número 30, pp. 9-35. Heidelberg, 16-20 de septiembre de 1992.

- CHOUROU, B.: «Redefining Mediterranean Security: a View from the South», en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean. Unity and Diversity», UNISCI, *Publisud, Afes-Press*, pp. 274-294. Madrid, 1998.
- COULOUMBIS, T. A. y VEREMIS, T.: «In Search of New Barbarians: Samuel P. Huntington and the Clash of Civilizations», pp. 36-44. *Mediterranean Quarterly*, volumen 5, número 1. 1994.
- DJEREJIAN, E. «United States Policy Toward Islam and the Arc of Crisis», Rice University. 1995.
- DOWNS, G. W. ROCKE, D. M. y SIVERSON, R. M.: «Arm Races and Cooperation», *World Politics*, volumen 398, número 1, pp. 118-146. 1985.
- Entrevista a Amin Maaluf: *Ideal*, p. 47. 23 de marzo de 1999.
- FERNÁNDEZ, P.: «Relaciones Euromediterráneas de Barcelona 1995 a Malta 1997». Dossier Documental, CERI. Madrid, 1997.
- Relaciones euromediterráneas. Documentos para el periodo 1997-1998, CERI. Madrid, 1999.
- FULLER, G. E. y LESSER, I. O.: «A Sense of Siege: The Geopolitics of Islam and the West», *Westview Press*. Boulder and Oxford. 1995.
- GAMARRA, Y.: «La cooperación internacional en su dimensión cultural y el progreso del Derecho Internacional», Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1998.
- GIDDENS, A.: *Sociología*. Alianza Editorial. Madrid, 1998.
- GORDON, B. «Islam: Washington's New Dilemma», *Mediterranean Quarterly*, pp. 43-52. Marzo, 1996.
- GUBA, E. G. y LINCOLN, Y. S.: «Fourth Generation Evaluation», *SAGE Publications*, Newbury Park. 1989.
- HUNTINGTON, S. P.: «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, volumen 72, número 3, pp. 22-49. 1993.
- *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós. Barcelona, 1997.
- JANE'S INFORMATION GROUP, Jane's 1999, CD-Rom. Londres, 1999.
- LAWLESS, R. I.: «Argelia (History)», The Middle East and North Africa 1996, *Europa Publications Limited*, pp. 248-275. Londres, 1996.
- LEWIS, B.: *El lenguaje político del islam*, Taurus. Madrid, 1990.
- LÓPEZ AGUIRREBENGOA, P.: «Reflexiones sobre la II Cumbre Euromediterránea», *Revista Española de Defensa*, número 111, pp. 46-47. 1997.
- LÓPEZ GARCÍA, B.: *EL mundo árabo-islámico contemporáneo. Una historia política*, Síntesis. Madrid, 1997.
- MACINTOSH, J.: «Confidence Building Measures: A Conceptual Approach, East-West», *Monograph Series*, número 4. 1987.
- MARTÍN MUÑOZ, G.: «Razones en contra de la confrontación islam-Occidente», *Revista de Occidente*, número 188, pp. 35-52. Enero, 1997.
- MENÉNDEZ DEL VALLE, E.: «Civilizaciones: seguridad y cooperación», *Revista Española de Defensa*, número 84, pp. 38-41. 1995.

MERNISSI, F.: *El miedo a la modernidad. Islam y democracia*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Madrid, 1992.

NÚÑEZ VILLAVERDE, J. y HERNANDO DE LARRAMENDI, M.: *La política exterior y de cooperación de España hacia el Magreb*, Los Libros de la Catarata. Madrid, 1997.

RUBENSTEIN, R. E. y CROCKER, J.: «Challenging Huntington», *International Collection Reader's*, Fall 1994, Special Advertising Supplement, pp. 113-128. SAAF, A.: «Le discours stratégique arabe. Constantes et variations», *Cahier du Lumier*, número 2. 1994.

SAINZ DE LA PEÑA, J. A.: «Confidence Building within the Frame of Cultural Dialogue», en *UNISCI Papers*, número 1, pp. 245-256. 1994.

VIGUERA MOLINS, M. J.: «Al Andalus como interferencia», en ABUMALHAN, M.: *Comunidades islámicas en Europa*, Trotta. Madrid, 1995.

WEU Assembly: «Security in the Mediterranean», Document 1.371. 24 de mayo de 1993.

YATA, F.: «La perception marocaine de la sécurité en Méditerranée: ni alibi, ni placebo»; en MARQUINA, A.: «Mutual Perceptions in the Mediterranean». *Unity and Diversity*, UNISCI, *Publisud, Afes-Press*, pp. 249-254. Madrid, 1998.

YEPES STORK, R.: *Fundamentos de antropología*, EUNSA. Navarra, 1996.

En 1995, el entonces secretario general de la OTAN, Willy Claes, realizó la famosa declaración en la que afirmó que el islamismo era al menos tan peligroso como lo había sido el comunismo.

Estados Unidos prestó apoyo militar a los grupos islamistas que luchaban contra las tropas soviéticas durante la guerra de Afganistán, y entrenó a 35.000 voluntarios musulmanes no afganos que tomaron parte en ese conflicto (Jane's, 1999).

Hablar simplemente de cultura islámica puede crear confusión, ya que el islam es una religión que profesan más de 1.000 millones de personas distribuidas por todos los continentes del planeta. El término árabe-islámico tampoco es completamente adecuado, al incluir a colectivos islámicos que no son árabes (como por ejemplo los amazighs) o árabes que no son musulmanes.

CAPÍTULO CUARTO

LA POLÍTICA COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI

LA POLÍTICA COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI

Por LEOPOLDO GARCÍA GARCÍA

El Mediterráneo, zona de inestabilidad

Con el fin de la guerra fría y de la confrontación en el centro de Europa, la atención se trasladó hacia su periferia este y sur. En el este se desencadenó una acción aplastante, en los campos político y económico, para proceder a la «recuperación» de los Estados ex comunistas. En el sur, Europa entera se vio implicada en los problemas que emanaban desde el Mediterráneo. Hoy, quizás con mayor actualidad que en el pasado, tienen más fuerza las palabras del historiador Fernando Braudel, quien definió al Mediterráneo:

«Como una encrucijada abierta a las influencias y a los intercambios... y también afectado por los conflictos y las tensiones.»

Las tensiones culturales e históricas han existido siempre en la cuenca mediterránea, pero a diferencia de los países de Europa Central, los Estados del Magreb se cuidaron de mantener el equilibrio abiertamente, entre uno y otro bando en la guerra fría, buscando su propio beneficio. Así, Marruecos, que era percibido y aceptado como militando en el campo occidental, no puso reparos en firmar un acuerdo de pesca con la Unión Soviética. Si Argelia nació a la independencia en el campo socialista —«... hemos arrancado nuestra independencia a Francia, apoyada por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)...» (Huari Bume-

dien)— fue el mismo Bumedien el que negó la base de Mers El-Kebir a los soviéticos —«... no hemos echado a los franceses para caer en las manos de la Unión Soviética...»— y quien, además, declaró ilegal el Partido Comunista argelino. En cuanto a Túnez, que siempre militó en el campo occidental, no dudó —su presidente Habib Burguiba— en alquilar a la Unión Soviética un muelle y unos hangares en Bizerta y permitió el descenso a tierra de las tripulaciones para su descanso.

La cuenca mediterránea, paradójicamente, pareció que no se beneficiaba del fin de la guerra fría y que, por el contrario, incluso, fue como si las tensiones y crisis en el área hubieran aumentado su fuerza. Conflictos como el de Oriente Medio, entre árabes e israelíes; las guerras étnicas en los Balcanes; las diferencias greco-turcas centradas, tanto en las islas del mar Egeo, como en Chipre; la amenaza del islamismo en el norte de África; las tensiones argelo-marroquíes, con el conflicto del Sáhara Occidental de fondo; las «genialidades» libias. Todos ellos han dado la ocasión a los líderes políticos y militares occidentales, para considerar al Mediterráneo como un área de inestabilidad, que puede constituir una amenaza para la seguridad de Europa y especialmente para los países europeos, que se asoman a la orilla norte del Mediterráneo.

Con cierta frecuencia, los analistas políticos han relacionado las recientes fuentes de inestabilidad con el final de la guerra fría. La realidad es que, la mayor parte de los problemas de actualidad en la zona mediterránea, eran antiguos. La crisis de Yugoslavia empezó a desarrollarse con la desaparición de Tito y la falta de habilidad de sus dirigentes para hacer frente a las tensiones centripetas, a lo que se unieron la ambición de poder de algún dirigente serbio y, porqué no, las acciones de alguna potencia occidental. Los problemas que amargan las relaciones greco-turcas —las islas disputadas en el mar Egeo, el tema de Chipre, el supuesto apoyo griego al separatismo kurdo en Turquía— están ahí desde hace tiempo. El medio siglo de disputas árabe-israelíes, las cuestiones políticas y religiosas y el petróleo, han hecho de Oriente Medio una zona de grandes presiones políticas y de inestabilidad.

En las orillas del mar Negro, el final de la Unión Soviética liberó una serie de presiones políticas, rivalidades étnicas y competencias, entre las elites dirigentes, que son hoy una fuente de inestabilidad en el área. La guerra civil entre el Ejército turco y las guerrillas kurdas, en el este de Anatolia, es un problema que se remonta a primeros del año 1960. Y el conflicto que enfrenta a los kurdos iraquíes y Bagdad se remonta a mediados de

los años setenta. Aunque la aspiración de las distintas comunidades kurdas de los diferentes Estados es un Kurdistan unificado, la realidad es que los kurdos son la fuente de un número importante de problemas en la zona. En el mes de octubre de 1998, Ankara amenazó militarmente a Siria, por la hospitalidad que los sirios —era de sobra conocida— prestaban a los líderes del Partido de los Trabajadores del Kurdistan. Pero, además, Turquía ha establecido recientemente una importante cooperación con Israel y tiene problemas con Siria, por el control de los recursos hidráulicos, por lo que en la zona se está produciendo un más amplio sistema de alineamientos regionales, con Siria buscando apoyos en Grecia y en Irán.

Al oeste de Suez, la principal fuente de inestabilidad ha sido y sigue siendo el islamismo, en sus diferentes ramas. Más antiguo en Egipto, más reciente en Argelia, contenido en Túnez y Marruecos. El problema de Libia es precisamente Moammar El-Gadafi, en su nueva versión de *el Africano*. En cuanto a Mauritania, puede haberle dado un golpe a la Unión del Magreb Árabe (UMA), con su acercamiento a Israel.

Importancia estratégica del Mediterráneo y del norte de África

El mar Mediterráneo constituye un área de importancia estratégica para Europa y, la paz y la estabilidad en la región, constituyen la principal prioridad para la Unión Europea. Para consolidar la paz y la estabilidad es necesario hacer frente a una serie de desafíos, tales como:

1. Apoyar la reforma política, con respecto a los derechos humanos y a la libertad de expresión, como medio de contener el extremismo.
2. Promover reformas económicas que, permitiendo sostener el crecimiento y mejorar el nivel de vida, consigan una disminución de la violencia y una moderación de las corrientes migratorias.

En la visión europea actual, la inestabilidad en el Mediterráneo resulta esencialmente de factores no militares. El subdesarrollo económico y social, acoplado al gobierno de regímenes autoritarios, trae consigo la inestabilidad doméstica. Esta inestabilidad doméstica sobrepasa los límites nacionales para afectar a toda la región, es decir, compromete a la seguridad europea. Los más importantes efectos, relativos a la Unión Europea, son la emigración, el terrorismo y la criminalidad organizada internacionalmente.

Por razones geográficas e históricas, los magrebíes representan una importante proporción de la población no de la Unión Europea, en ésta.

La amenaza de la emigración es fundamentalmente una cuestión de cómo los números relativos interaccionan con las capacidades de absorción y de adaptación de la sociedad. Europa Occidental no está preparada para aceptar más emigración, por razones políticas y sobre todo culturales. En realidad, las situaciones están variando de un país al otro, a causa de las diferentes herencias legales, históricas, políticas y culturales, relativas a la emigración y a la ciudadanía. Mientras en Gran Bretaña y en otros países del norte de Europa hay una relación entre el Estado y las comunidades, que permite la presencia de numerosos grupos de emigrantes y en un relativo alto grado su autonomía político-cultural, en el sur de Europa y en Alemania, esta relación es menos flexible.

Los emigrantes magrebíes, con una fuerte y visible «extraña» cultura, son vistos como una «invasión», una negación del ideal de integración, una amenaza a la cultura de la comunidad que los acoge y un desafío a su carácter secular. Cuando se intenta establecer una identidad colectiva y de desarrollo de una ciudadanía común, que se encuentra en el corazón del proceso de la integración europea, los magrebíes constituyen lo que se ha dado en llamar los «otros», frente a «nosotros».

El popular descontento y los temores colectivos son explotados y agravados por los políticos, tales como el francés Le Pen o el austriaco Haider, jugando con el sagrado valor de las identidades nacionales, ayudando a difundir actitudes exclusivistas y nacionalistas en la masa del pueblo, promoviendo los problemas de la seguridad de la sociedad dentro de la Unión Europea.

La supuesta hostilidad europea despierta en las comunidades musulmanas un sentido de peligro y refuerza sus espontáneas identidades. El activismo islamista se difunde en Europa como un foco de defensa y se identifica con una posición clara, apoyada en las organizaciones político-religiosas. De este modo, la emigración provoca la hostilidad de los movimientos islamistas antioccidentales en Europa y tiende a exacerbar las dificultades en las relaciones internacionales.

En un amplio sentido, la emigración es una fuente de conflictos y de inestabilidad, precisamente porque los Estados europeos son incapaces de ponerse de acuerdo sobre las políticas comunes. Las políticas conjuntas para controlar la emigración están ahora impulsadas en el Acuerdo de Schengen, aunque la cooperación en el marco de este Acuerdo sigue siendo débil, porque no está basado sobre unas políticas conjuntas, con respecto a los emigrantes permaneciendo y trabajando en los Estados

de la Unión Europea. El riesgo para la seguridad se debe a la inercia de Europa.

La emigración, de hecho, proporciona un entorno, libre o forzado, en el que los terroristas se mueven con relativa facilidad. Mientras el terrorismo de Oriente Medio y del norte de África es un fenómeno relativamente nuevo para Estados Unidos, en Europa constituye un fenómeno de larga tradición. En ocasiones, Europa no es más que una base logística, pero en otras se convierte en el campo de batalla, por su pasado colonial (como en el caso de Francia con el terrorismo argelino) o porque el país europeo está considerado como un actor principal para los intereses islamistas.

La emigración y el terrorismo se acoplan a la criminalidad internacional. Aunque mala en sí misma, la emigración ilegal está llegando a ser cada vez más un negocio administrado por la criminalidad internacional, funcionalmente o asociada con otras clases de tráfico, como drogas y armamento. El tráfico ilegal, protagonizado por los clanes criminales internacionales es otro efecto de la inestabilidad.

Estos desafíos son considerados por los gobiernos y por los analistas europeos, como causas inmediatas de inestabilidad y de inseguridad en el Mediterráneo. No obstante, desde estas causas inmediatas podemos remontarnos hasta las causas estructurales de esta inestabilidad y de esta inseguridad. En el Mediterráneo se admite, que pueden identificarse dos principales grupos de causas estructurales:

1. La debilidad de los regímenes y de los gobiernos árabes, debido a su falta de legitimidad política.
2. La falta de un buen gobierno y de libertad política, que producen interrupciones políticas y sociales y subdesarrollos económicos.

Estos dos grupos de causas estructurales se entremezclan entre sí.

La agenda propuesta por la Declaración de Barcelona presenta la necesidad de utilizar la Asociación Euromediterránea para lanzar la democracia y el pluralismo, tanto como para fortalecer la legitimidad política y su sociedad civil. La emergencia de tales factores permitiría, a su vez, el mantenimiento de unas relaciones interestatales, basadas en la resolución pacífica de los conflictos y en el respeto a los principios fundamentales de la ley internacional (recordada en detalle por la Declaración de Barcelona, del mismo modo que por la Declaración de Helsinki).

La consolidación de las relaciones pacíficas entre los Estados produciría la estabilidad en las relaciones internacionales, así como en las interestatales. La existencia de relaciones pacíficas, especialmente en Oriente Medio, abriría el camino a un efectivo desarme y a la posibilidad de alcanzar algún grado de integración económica regional.

La democratización es considerada como un factor que cambia y reduce el papel del Estado en la economía, haciendo posible la liberalización y permitiendo proceder a la privatización. Este desarrollo ayudaría a la integración y a la cooperación económica regional. Al mismo tiempo, la completa estabilidad propia y regional, asociada con el fortalecimiento de la economía de mercado, permitiría al capital en el extranjero volver al país y al capital extranjero participar en las inversiones directas y en el desarrollo de nuevas tecnologías.

El crecimiento económico logrado por la estabilidad política, conseguida entre los Estados, tanto como las relaciones interestatales, permitiría la reducción del desempleo, logro importante en relación con las jóvenes generaciones, y la reducción de la pobreza. Éstos serían los factores claves para desactivar la radicalización política y controlar la emigración.

La Unión Europea, con la Declaración de Barcelona, ha señalado las causas estructurales de la inestabilidad en el Mediterráneo, aun cuando no haya hecho un explícito análisis de ellas, recogiénolas en una agenda con la finalidad de eliminarlas o, al menos, contenerlas.

El hecho de que la Unión Europea considere que, por el momento, las causas de inestabilidad en el Mediterráneo no sean de carácter militar, hace que los medios para hacer frente a esta inestabilidad sean de carácter político, económico y cultural, más que de carácter militar. No obstante, la Unión Europea es consciente de que a medio y largo plazo, el nivel y la calidad de los armamentos, que pueden existir en la orilla sur del Mediterráneo, pueden ser decisivos para la completa estabilidad de la zona. Esta es la razón por la que, si bien contener la emigración y contrarrestar el terrorismo y la criminalidad internacional, es de la mayor importancia para la seguridad europea, la realización del «área de paz y de estabilidad» corresponde a una no menos importante inversión, desde los puntos de vista de seguridad en el área y de identidad política de la Unión Europea.

Mientras la paralización en el Proceso de Paz en Oriente Medio ha constituido un serio tropezón en el camino para construir el «área de paz y de

estabilidad», la inercia de la Unión Europea y del Proceso Euromediterráneo, con respecto a la emigración, terrorismo y criminalidad; se explica por el modesto nivel de integración, de tales asuntos en la Unión Europea, especialmente en lo que se refiere a la emigración. En términos más generales, la debilidad o carencia de una política exterior y de seguridad común constituye un factor importante en la ralentización de la agenda de seguridad de la Unión Europea. Conviene señalar, no obstante, que, a pesar de la importancia del sur de Europa, la Unión Europea concentra su interés por la seguridad en otra parte que en el Mediterráneo, como por ejemplo en los Balcanes.

Islam, democracia y derechos humanos

El diálogo y la convivencia con naciones de otras civilizaciones, como ocurre con las tres que forman el norte de África, presentan unas características determinantes, que obligan a utilizar unos medios y procedimientos apropiados. Dentro de la misma civilización hay una serie de diferencias culturales, pero estas diferencias son más importantes entre las culturas que no pertenecen a la misma civilización, aunque esto no nos autoriza a decir que el enfrentamiento es inevitable.

Las relaciones a nivel mundial pueden ser de dos tipos. Una relación de interpenetración de civilizaciones, basada en la difusión de productos manufacturados, de conocimientos científicos y de medios de comunicación y de intercambio, y una relación de conflicto de intereses, que no se puede siempre dominar por los equilibrios necesarios, susceptibles de atenuar las divergencias y abrir las perspectivas de cooperación mundial, en un marco de coexistencia verdaderamente pacífica. Hay pues que tener previsto, que el porvenir de las relaciones entre los países occidentales y los países musulmanes se van a realizar sobre dos niveles: el de los conflictos de intereses y el de las especificidades culturales.

En los conflictos de intereses se pueden encontrar soluciones buscando un equilibrio, que permita conseguir una cooperación beneficiosa, que aleje el espectro del enfrentamiento. En cuanto a los conflictos culturales, para su solución es necesario elaborar un proceso de interculturalidad, basado en el respeto mutuo y en el derecho a la diferencia. El modelo que se propone está tomado del filósofo árabe y andaluz Ibn Rochd (Averroes).

Las reglas del diálogo rochdiano o «reglas de diálogo entre culturas» son las siguientes:

- Comprender al «otro» en su propio sistema de referencia.
- El derecho a la diferencia.
- Comprensión, tolerancia e indulgencia.

Después del hundimiento del comunismo, la realidad del islam es que le corresponde jugar el papel del «otro» de Occidente, por lo que todos los defensores de la paz deberán luchar contra la desconfianza y la hostilidad, ya que la paz, la estabilidad y sobre todo la confianza, dependerán mucho del diálogo basado sobre la comprensión mutua, de acuerdo con las reglas que se han presentado.

Uno de los temas de nuestro tiempo es la determinación de si los derechos humanos y los valores democráticos son valores universales y centrando más el tema, si el islam, en concreto, constituye un «problema» para aquéllos —individuos o naciones— que desean promover los derechos humanos y los valores democráticos.

De los dos conceptos, la noción de derechos humanos parece tener con más fuerza el carácter de universalidad. La democracia, por el contrario, ha sido reconocida desde tiempos antiguos como una forma de gobernar, una entre una serie de posibilidades. En cuanto a los derechos humanos, parece que son inherentes a todos los humanos, cualquiera que sea su credo o su cultura. Parece que van ligados a la naturaleza humana y por supuesto a la ley natural.

Un pacto fundamental, anunciado en Túnez en el año 1857, bajo presión europea, garantizaba la igualdad para todos ante la ley y en los impuestos, así como la completa seguridad para todos los habitantes, con independencia de su religión, nacionalidad o raza. Túnez fue el primer país musulmán en promulgar una Constitución, haciéndolo en el año 1861 y afirmando los derechos establecidos en el pacto; no obstante, la Constitución fue suspendida por el protectorado francés (1881-1956). En Túnez, como en muchos otros países musulmanes, la guerra de la independencia contra el colonialismo francés, acentuó el conocimiento del pueblo sobre la importancia de los derechos y de las libertades democráticas. Después de la independencia, en el año 1956, la Constitución tunecina estableció que la forma republicana de gobierno era la mejor garantía de los «derechos humanos».

Así pues, no nos podemos sorprender si, en la Carta de Naciones Unidas, se expresa la determinación de los pueblos del mundo «para reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales, en la dignidad y en el valor

de la persona humana». Y en el artículo 1 de la Carta, se inscribe como uno de los propósitos de Naciones Unidas, la consecución de la cooperación internacional, «promoviendo y animando el respeto por los derechos humanos y por los derechos fundamentales para todos sin distinción de raza, sexo, lengua o religión». Esta determinación y ese propósito, formalmente al menos, han sido aprobados por cada uno de los 185 Estados miembros de Naciones Unidas.

Las formulaciones internacionales modernas sobre los derechos humanos se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial, estableciéndose unas normas que se incorporaron a las leyes internacionales.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, a pesar de su nombre, no puede pretender, ni ha conseguido, el mismo grado de aceptación universal. Es verdad que, cuando fue adoptada por la Asamblea General en el año 1948, ninguna delegación votó en contra y la mayor parte de los Estados que se abstuvieron entonces o sus sucesores África del Sur y los Estados del antiguo —bloque soviético— la han aceptado. El secretario general de Naciones Unidas, en un discurso pronunciado con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Declaración, el 10 de diciembre de 1997, estableció que ésta era:

«El producto de los debates de un grupo especialmente representativo de especialistas, una mayoría de los cuales procedía del mundo no occidental.»

Es posible que los especialistas fueran representativos en el sentido geográfico, pero estuvieron reunidos en el momento del máximo poder e influencia de Occidente. Por otra parte, cabe preguntarse sobre la representación de las diferentes culturas y tradiciones de las distintas partes del mundo, cuando el miembro iraní de la Comisión fue Fereydum Hoveida, distinguido jurista, que había estudiado con René Cassin, más que con cualquier otro líder shií y su hermano fue más tarde el leal primer ministro del Sha.

El régimen islámico posrevolucionario en Irán ha demostrado una actitud ambivalente hacia la Declaración Universal. En el año 1984, su representante dijo en el III Comité de la Asamblea General de Naciones Unidas, que la Declaración.

«Representaba el secular entendimiento de la tradición judeo-cristiana» y, por esta razón, «no podía ser llevada a cabo por los musulmanes y no estaba de acuerdo con el sistema de valores reconoci-

dos por la República Islámica de Irán». Su país, añadió, «por esta razón, no dudaría en violar sus disposiciones.»

De los Estados que se abstuvieron en el año 1948, hay uno que nunca ha cambiado de actitud. Este fue, por supuesto, Arabia Saudí, en ese tiempo uno de los países musulmanes menos afectado por la influencia occidental. El representante saudí condenó el texto, precisamente, porque reflejaba la cultura occidental y estaba «en desacuerdo con los modelos culturales de los Estados orientales». Más específicamente declaró que la disposición para la libertad religiosa en la Declaración violaba la ley islámica. Esto provocó una fuerte contestación del representante de Pakistán, quien defendió la posición de que el islam, de forma inequívoca, confirmaba la libertad de conciencia. Aunque parezca mentira, estos temas continúan confundiendo y dividiendo al mundo islámico en el momento presente.

No se puede negar el contenido cristiano de alguno de los artículos de la Declaración Universal. Su primer artículo, que establece que los seres humanos «están dotados con razón y conciencia y deberán actuar hacia los demás con espíritu de hermandad», delata su principal origen cristiano. Los cristianos también se mostraron activos al promover que más tarde llegarían a verse, equivocadamente, como artículos «socialistas» en la Declaración Universal, aquéllos que declaran que los seres humanos tienen derechos como la seguridad social, trabajo, «vacaciones periódicas pagadas» y un adecuado nivel de vida.

La Carta de la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), organización internacional, fundada en 1973, a la que pertenecen los países musulmanes, indicaba en su preámbulo que los miembros:

«Reafirmaban su compromiso con la Carta de Naciones Unidas y con los derechos humanos fundamentales.»

En el año 1990, los ministros de Asuntos Exteriores de los Estados miembros de la OCI, promulgaron lo que llegó a ser conocido como la «Declaración de El Cairo» o Declaración de los Derechos Humanos en el islam, que consta de un preámbulo y de 25 artículos, que se diferencia significativamente de las normas internacionales de los derechos humanos y que no estaba claro, como esta Declaración se podía reconciliar con las conflictivas obligaciones, asumidas por los miembros de la OCI, al ratificar los pactos internacionales de los derechos humanos o en sus disposiciones constitucionales sobre los derechos, que en muchos casos, se correspondían con las normas internacionales.

Como los muchos otros autoproclamados esquemas de derechos humanos «islámicos» que proliferaron desde el año 1960 en adelante, la Declaración de la OCI había tomado, en gran medida, términos y conceptos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, presentando una mezcla híbrida de elementos tomados de la ley islámica y de las leyes internacionales. La Declaración de la OCI afirmaba que «los derechos fundamentales y las libertades universales en el islam son una parte integral de la religión islámica», pero luego procedía a insertar las calificaciones «islámicas» y las condiciones sobre los derechos y libertades garantizadas por la ley internacional, en conflicto con la teoría internacional de los derechos humanos, que no permite que los criterios religiosos los anulen. Las disposiciones representativas incluían la norma en el artículo 24, de que todos los derechos y libertades estipulados en la Declaración estaban sujetos a la *sharia*, sin definir que límites impondría esto.

No había ninguna disposición en la que se contemplaran derechos iguales para todas las personas, sin tener en cuenta sexo o religión. En lugar de eso, el artículo 1 establecía que: «todos los seres humanos son iguales en términos de dignidad básica humana y obligaciones básicas y responsabilidades (no de derechos), sin discriminación por causa de raza, color, lengua, sexo, creencias religiosas, filiación política, estatuto social y otras consideraciones». El artículo 6 disponía, además, que la «mujer es igual al hombre en dignidad (no en derechos) humana», pero se imponía al marido la responsabilidad del apoyo y bienestar de la familia. En contraste, el artículo 13 disponía que hombres y mujeres tienen derecho a salarios equitativos «sin discriminación». El artículo 5 disponía que el derecho a casarse no tendría «restricciones resultantes de raza, color o nacionalidad», pero no prohibía limitaciones basadas en la religión.

Las disposiciones relativas a la religión no apuntaban a la neutralidad: el artículo 10 establecía que el islam era la religión de naturaleza intacta y prohibía «cualquier forma de coacción sobre el hombre o para explotar su pobreza o su ignorancia, en orden a convertirlo a otra religión o al ateísmo». El artículo 9 exigía al Estado asegurar los medios para adquirir la educación «para capacitar a los hombres a conocer la religión del islam». El tratamiento favorable del islam posponía la libertad de discurso con el artículo 22 A), estableciendo que la expresión libre de la opinión era permitida «en tal manera que no fuera contraria a los principios de la *sharia*». El artículo 22 C) prohibía la explotación o el mal uso de información «de modo que pueda violar la santidad o la dignidad del Profeta, socavar la moral y los valores éticos o desintegre, corrompa o dañe la sociedad o

debilita su fe». El artículo 18 estipulaba un derecho a la confidencialidad en la conducta o en los asuntos privados, en casa, en familia, y por lo que se refiere a la propiedad y a las relaciones. El artículo 15 establecía sucesivamente «derechos de propiedad» para «propiedad adquirida de forma legítima, prohibiendo la expropiación, excepto por interés público y el pago de compensación inmediata y justa».

Dignas de notarse por su ausencia fueron las disposiciones pidiendo la observancia de principios democráticos en los sistemas políticos y garantías de libertad de religión, libertad de asociación, de prensa e igualdad y protección de la ley. Aunque la tortura fue prohibida en el artículo 20, no había disposiciones explícitamente endosando normas internacionales de derechos en el área del procedimiento criminal, solamente la vaga seguridad en el artículo 19, de que el acusado tendría asegurado «un proceso justo, en el que le serán dadas todas las garantías de defensa». Desde el artículo 25 se establece que la *sharia* «es la única fuente de referencia o de explicación o de clarificación de cualquiera de los artículos de esta Declaración», la posibilidad se dejó abierta para que un juicio fuera considerado «justo» mientras fuera conducido de conformidad con las normas de la *sharia*, que eran históricamente subdesarrolladas, en el área del procedimiento criminal. No había principio de legalidad *per se*; la disposición en el artículo 19, de que no había crimen o castigo, excepto como se dispone en la *sharia*, parecía abrir la puerta para la aplicación de penas *ta'zir* (discrecionales), así como reglas relativas a *hadd* (crímenes). El artículo 2 prohibía quitar la vida, excepto por una razón prescrita por la *sharia*.

Reflejando el escenario del Tercer Mundo, en el que las naciones musulmanas elaboran sus posiciones sobre los derechos humanos, el artículo 11 prohibía el colonialismo y establecía que «los pueblos sufriendo del colonialismo tienen todo el derecho para la libertad y la autodeterminación». En resumen, la Declaración de la OCI sugería que la aproximación oficial de los países musulmanes a los derechos civiles y políticos, se distinguía de la de los países no musulmanes, en razón de su dependencia de las reglas de la *sharia*.

Los gobiernos y los individuos por todas partes en el mundo musulmán, continúan tomando muchas posiciones sobre los derechos humanos que son, por autodesignación, «islámicos». Dada la variedad de aproximaciones y de principios mezclados, es evidente que la opinión musulmana permanece dividida sobre la relación entre los principios internacionales

de los derechos humanos y la herencia legal islámica y sobre la compatibilidad de los dos.

El ministro saudí de Asuntos Exteriores, con posterioridad, presentó esta Declaración, en el año 1993, a la Conferencia Mundial de los Derechos Humanos, en Viena, como la expresión del consenso del mundo musulmán sobre los temas de los derechos. El episodio es interesante por dos razones:

- Primero, mientras la Declaración de El Cairo difiere de la Declaración Universal en importantes aspectos, su misma existencia y su título, muestran que, incluso el más conservador de los gobiernos musulmanes, acepta que hay «algo» como los «derechos humanos».
- Segundo, aunque en la preparación de la Conferencia de Viena, ambos, Irán y Arabia Saudí, parecían dispuestos a denegar la universalidad de los derechos humanos, insistiendo sobre los particulares requisitos del islam, en la Conferencia cambiaron de postura. Ambos Gobiernos afirmaron que los derechos humanos eran, en efecto, universales y que, era solamente su aplicación, en la que era necesario considerar «la diversidad de las sociedades», con sus «diferentes antecedentes y sistemas legales históricos, culturales y religiosos».

Se puede decir que la Declaración Universal ha tenido un verdadero eco en todas las partes del mundo. Los Estados pueden, en muchos casos, haberla ponderado pero, solamente por cumplir. Pero, en casi todas partes, incluyendo la mayor parte de los países musulmanes, encontramos los derechos humanos en los labios de aquellos que resisten a la opresión. A nadie le gusta ser torturado o arbitrariamente encarcelado, cualquiera que sea su cultura o su religión.

En el caso específico del islam, la justificación bíblica para oponerse a la injusticia y al abuso del poder está clara. El Corán y los hadiz están llenos de denuncias de corrupción, crueldad e injusticia del régimen preislámico en La Meca y de preceptos para una nueva comunidad de creyentes, mujeres y hombres, iguales a los ojos de Dios y tratando al otro con solidaridad y amor fraterno. La mayor parte de los musulmanes entienden su religión como un mensaje de liberación, tolerancia, compasión y justicia social.

El desarrollo del islam político plantea un continuo dilema para los diseñadores de la política, implicados en la promoción de la democracia y de los derechos humanos. La experiencia argelina ha levantado en las mentes de muchos la cuestión sobre la compatibilidad del gobierno islámico y la práctica de la democracia, tal como se entiende en Occidente. Aun-



que probablemente no haya nada intrínsecamente incompatible entre sociedad musulmana y democracia, las declaraciones antidemocráticas de algunos líderes radicales islamistas no han sido tranquilizadoras para los políticos occidentales. En efecto, muchos regímenes laicos y con frecuencia autoritarios, en Oriente Medio, han sido ellos mismos más activos, llamando la atención sobre la «amenaza islámica» en términos geopolíticos, subrayando el papel desestabilizador de Irán y Sudán. Aún a pesar del interés occidental sobre el «fundamentalismo», es significativo señalar que los observadores americanos y europeos, están con frecuencia inclinados a interpretar el choque con el islam político en Egipto, Argelia y en otras partes, como un problema de derechos humanos, de ningún modo inferior a un problema de seguridad.

En el año 1990, el Partido de la Liberación Islámica, publicó en Túnez un opúsculo, ampliamente distribuido en los medios estudiantiles —liceos de Enseñanzas Secundaria y Superior— firmado con el seudónimo Abdelkadir Zallum, bajo el título: *La democracia, régimen de ateísmo* y con el subtítulo: *Es un pecado adoptarla, aplicarla o hacer un llamamiento para instaurarla.*

Del opúsculo destacamos algunas citas: «La democracia es una invención del Occidente impío... Ella no tiene ninguna relación, ni de cerca ni de lejos con el islam... Ella contradice al islam en su esencia y en sus reglas» (página 1). En la página 8: «Ella es la separación de la religión y de la vida». «Ella ha sido inventada por el cerebro de los hombres y no revelada por Dios en ninguna religión» (página 12). «El régimen representativo, las elecciones, la soberanía popular son puras mentiras, falsificaciones de los hechos» (página 16). La catástrofe más grande del mundo es la invención de la teoría de las libertades públicas, pues ella arrastra la deriva de la licencia, de la libertad sexual y de la homosexualidad... la humanidad es así rebajada a un nivel más bajo que los animales, ya que estos últimos no alcanzan el mismo nivel de licencia sexual» (página 20). En el islam, la soberanía pertenece a Dios, no al pueblo. Si el pueblo permite, por ejemplo, las relaciones fuera del matrimonio, incluso si es unánime sobre este punto, eso no tiene ningún valor. La minoría que no está de acuerdo sobre estas derivas «tiene derecho a combatirlos matando hasta extirpar el mal» (página 46).

La Declaración de Yakarta del Movimiento de Países No-Alineados, corolario de la Cumbre del citado Movimiento, celebrada en la capital indonesia en septiembre de 1992, incluye la siguiente manifestación:

«Reafirmamos que los derechos humanos básicos y las libertades fundamentales son de validez universal: saludamos la creciente tendencia hacia la democracia y nos comprometemos a cooperar en la protección de los derechos humanos...». No obstante, ...«ningún país debe usar su poder para dictar su concepto de democracia y de derechos humanos o para imponer condiciones a otros.»

El Papa, en una conversación con los periodistas que le acompañaban, en el año 1993, en un viaje pastoral a Sudán, comentó que los modelos occidentales no debían ser impuestos demasiado rápidamente a los africanos, dado que éstos se esforzaban por afianzar sus propias vías a la democracia:

«Tal vez ellos poseen algunos valores que los occidentales hemos perdido.»

La democracia de estilo occidental no ha funcionado en ningún país islámico. Es posible que se deba a que no se dan ni los requisitos, ni las condiciones socio-económicas para que se establezca. Tahar Ben Jellun, en un artículo publicado en *El País* el 25 de enero de 1992 y titulado: «Las paradojas de la democracia», señalaba:

«Una de las lecciones que deben sacarse de este asunto —el triunfo del Frente Islámico de Salvación (FIS) en las elecciones legislativas del 26 de diciembre de 1991— es que la democracia es una cultura, no un mero artificio o un simple medio para llegar al poder. Es pedagogía cotidiana que inculca principios y valores universales, basados en el Estado de Derecho, en el respaldo a la libertad del ciudadano, en el reconocimiento y la toma en consideración del individuo, en tanto que entidad libre y emancipada. Ahora bien, en el mundo árabe-islámico están más reconocidos el clan, la tribu o la familia, que los sujetos que la componen...»

Fátima Mernissi, en su libro: *El miedo a la libertad*, recuerda que:

«Los europeos necesitaron largas luchas contra el despotismo para acceder a la vía de la reflexión política y de la participación política.»

Para los islamistas, islam y democracia es una asociación imposible. Alí Belhadj denuncia los vicios de una representación pluralista, que da la victoria a una mayoría indecisa. Abassi Madani, por su parte, matiza mucho más al señalar que, la participación del FIS en la competición electoral es una prueba de su buena fe y de su contribución, a la apertura de un debate público y contradictorio sobre las decisiones, comprometiendo

el porvenir de Argelia. El doble lenguaje no puede calificarse más que de argucia política, de modo que si hubieran alcanzado el poder, el discurso se hubiera transformado en unitario y hubiera ganado en radicalidad.

En *El-Munquid* número 23, Alí Belhadj publicaba:

«... La democracia es una palabra griega. Significa gobierno del pueblo, ha aparecido en el siglo VIII a. de J.C., en Esparta y en el siglo VI a. de J.C., en Atenas. Es pues una palabra nacida en la tierra de la impiedad, corrupción y tiranía...». «...Es difícil encontrar en el siglo XX una ideología política —liberalismo, socialismo, comunismo, incluso fascismo y nazismo— que no pretenda encarnar la democracia auténtica y no denuncie las falsificaciones de sus concurrentes...»

Por último, las Constituciones de los tres países del norte de África recogen referencias a los derechos humanos y a la democracia. Así, la Constitución argelina, aprobada por referéndum popular, el día 28 de noviembre de 1996 y promulgada por Decreto del día 7 de diciembre de 1996, señala en su preámbulo:

«... Habiendo siempre militado por la libertad y la democracia, el pueblo quiere, por medio de esta Constitución, dotarse de instituciones fundadas en la participación de los ciudadanos, en la gestión de los asuntos públicos...». «... La Constitución está por encima de todos, ella es la Ley Fundamental que garantiza los derechos y las libertades individuales y colectivas...»

En su artículo 8, la Constitución argelina señala que el pueblo se dota de instituciones que tienen por finalidad:

«... La protección de las libertades fundamentales del ciudadano y el completo desarrollo social y cultural de la nación.»

La Constitución marroquí vigente, en su preámbulo señala:

«... Consciente de la necesidad de inscribir su acción en el marco de los organismos internacionales, de los cuales es miembro activo y dinámico, el Reino de Marruecos suscribe los principios, derechos y obligaciones, que se desprenden de las Cartas de dichos organismos y reafirma su compromiso con los derechos humanos, tal como están reconocidos universalmente....»

Más adelante, en su artículo 9, señala que:

«La Constitución garantiza a todos los ciudadanos las libertades de circulación, establecimiento, opinión, expresión, reunión, asociación y de adhesión a cualquier organización sindical y política.»

La Constitución tunecina, de 1 de junio de 1959, modificada posteriormente, señala en su preámbulo:

«... Establecer una democracia fundada sobre la soberanía del pueblo...». «... Proclamamos que el régimen republicano constituye la mayor garantía para el respeto de los derechos del hombre, para el establecimiento de la igualdad de los ciudadanos en derechos y deberes...»

En su artículo 8 señala:

«Las libertades de opinión, expresión, prensa, publicación, reunión y de asociación están garantizadas y ejercidas en las condiciones definidas por la ley.»

El «otro» de la orilla sur del Mediterráneo

Origen e historia comunes, mismas influencias y dominaciones. Civilización islámica, musulmanes —la mayoría de rito malikita—, las mismas lenguas. Salvo el Rif, el Sáhara Occidental y Libia conquistados y colonizados por Francia, aunque con diferente tipo de colonización. Del colonizador recibieron lengua y cultura y contra él desencadenaron una guerra de liberación, de diferente intensidad y consecuencias. Todo esto, a lo que hay que añadir las necesidades de seguridad y de desarrollo, deberían hacer del «otro» un conjunto unido. Pero, después de casi 40 años —Mauritania, el más moderno, es Estado independiente desde el día 28 de noviembre de 1960— han sido incapaces de alcanzar su unión, a pesar de sus buenos deseos, antes de sus respectivas independencias y de sus tentativas, a partir de configurarse como Estados. Hay en el mundo entidades políticas, económicas y geográficas, que han llegado a prosperar como un todo, sin llegar a tener las afinidades que podemos encontrar en los componentes del «otro».

En el *puzzle* magrebí, las variables son las siguientes: Argelia es 19 veces mayor que Túnez y cinco veces mayor que Marruecos. Éste es tres veces mayor que Túnez. Si se unieran Libia y Túnez presentarían una complementariedad, petróleo y agricultura, que equilibraría a Argelia. Marruecos, Mauritania y el Sáhara Occidental, juntos, tendrían el monopolio de los fosfatos, completado por la agricultura marroquí y la riqueza pesquera del Sáhara Occidental y contrarrestarían a Argelia y a la entidad Túnez-Libia. Marruecos y Sáhara Occidental tendría el monopolio sobre los fosfatos y la riqueza pesquera, dejando aislada a Mauri-

tania, el pariente pobre. Cada uno de los cinco países ha hecho y rehecho estos cálculos cien veces.

Muchas explicaciones se han dado sobre las razones que han impedido que se llegara a concretar la unión. El acceso a la independencia en orden disperso, en contra de los acuerdos a que habían llegado los tres actores magrebíes y la no participación activa de Marruecos y Túnez, en apoyo de Argelia, como al parecer se había firmado a primeros de 1955, hizo que una vez independientes se produjeran reproches y animosidades que todavía no se han olvidado por completo.

Mauritania recuerda, que de todos los Estados árabes, solamente Túnez reconoció su independencia, conseguida contra la voluntad de Marruecos. Fue, en su momento, un impedimento más para la constitución del Magreb.

Una vez independientes, los cinco países del Magreb trasladaron sus diferencias a sus fronteras, heredadas del mismo colonizador y que no querían admitir. El hecho de que Argelia ocupe una posición central, con fronteras con los otros cuatro países magrebíes, significa que ha tenido problemas con todos ellos y con uno —Libia— todavía no resueltos.

Las diferencias fronterizas argelo-marroquíes dieron lugar a la «guerra de las arenas», con la intervención de la Organización para la Unidad Africana (OUA), que llevó a una delimitación de la frontera, ratificada años después. El conflicto fronterizo argelo-tunecino se desarrolló en los confines saharianos, en torno a la borna 233 y por una superficie de 20 kilómetros cuadrados. Túnez y Libia llevaron sus diferencias hasta el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, para que dictara sentencia sobre la plataforma continental en el golfo de Gabes, donde hay petróleo. Argelia y Mauritania no arreglaron sus problemas fronterizos hasta el mes de diciembre de 1983, cuando Mauritania admitió que debía retrasar su frontera en 19 kilómetros, a causa de que la veta de las minas argelinas de hierro de Gara Yebilet entra en territorio mauritano. Y ésta es la fecha en que Argelia y Libia, todavía no han ratificado su frontera, sometida a discusiones. Conviene recordar que en la Carta de la OUA y en la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno, en El Cairo en 1964, los Estados miembros se comprometieron a respetar «las fronteras existentes en el momento de acceder a la independencia...». Por su parte, Gadafi, en el año 1973, se anexionó la banda de Auzzu, perteneciente al Chad y en 1976 publicó un mapa oficial del país, en el que se había adjudicado 96.200 kilómetros cuadrados del Chad, 19.500 del Níger y otro tanto de

Argelia. En el fondo no era más que el sueño gadafiano de los «Estados Unidos del Sáhara».

Una vez independientes, los Estados del Magreb se olvidaron de compromisos anteriores y se dedicaron a organizarse, dando la prioridad a sus intereses nacionales, y borrando de sus preocupaciones cualquier construcción de carácter supranacional. Cada uno escogió una forma de gobierno diferente, de manera que en el abanico nos encontramos con una monarquía tradicional, con gran contenido religioso, una república democrática y popular, una república presidencialista con cierto carácter burgués y una república *sui géneris* de masas. Con esta variedad era difícil llegar a un entendimiento. Además, los fundamentos ideológicos y las opciones exteriores fueron muy distintos. Los había antiimperialistas, no alineados, progresistas. Una república y la monarquía eran de tendencia occidental, mientras que otras eran próximas a Moscú.

Los principales Estados del Magreb —Marruecos, Libia y Argelia— en algún momento de su corta historia, a pesar de sus manifestaciones de respeto a la buena vecindad y concordia, han adiestrado sobre su territorio a terroristas, que debían actuar en el Estado «hermano» del Magreb. Túnez, por su parte, desde su independencia, ha basado su defensa en el apoyo de potencias extranjeras, como Francia y Estados Unidos.

Los Estados magrebíes adoptaron unas estrategias de desarrollo, con fundamentos, objetivos y medios diferentes. En Marruecos, la orientación fue capitalista, con una economía que tenía su eje orientado hacia la iniciativa privada y abierto a la inversión extranjera.

Túnez tuvo una primera etapa —corta— de orientación socialista —Ahmed Ben Salah— para cambiar después hacia una vía liberal, adaptada a las normas del mercado. Argelia, por su parte, se embarcó en una política económica fundada sobre una planificación centralizada rígida, que preconizaba la apropiación de los medios de producción y reglamentando la propiedad privada, en el sentido de la primacía del interés general. Además, se embarcó en una «industria industrializante», siguiendo la idea de su ministro de Industria, Belaid Abdeslam:

«Un pueblo que no está industrializado, no es un pueblo moderno, desde cualquier punto de vista, incluso en su manera de pensar.»

La Carta Nacional argelina del año 1976 señalaba:

«La integración económica del Magreb no puede realizarse mientras subsistan en esta región concepciones y estructuras económicas y

sociales fundadas, no en beneficio de las masas populares, sino al servicio del capitalismo internacional y de un puñado de explotadores». ¡Esto lo decía Argelia!

Si los Estados del Magreb no tenían bastantes problemas entre ellos, además, tienen que soportar las genialidades de Moammar El-Gadafi. Libia tiene una posición excéntrica en el Magreb, lo que le ha hecho buscar consuelo a sus decepciones en el Magreb, en el Macrek o en el África Negra, tratando de ocupar un liderazgo que le está negado. Ya en su momento, Huari Bumedién señaló que:

«No puede ser líder un pueblo que no trabaja.»

Entre los días 2 y el 5 de febrero de 1998, Gadafi organizó en Trípoli una reunión de Estados africanos —Malí, Níger, Sudán, Chad y Burkina— representados por sus jefes de Estado o algún ministro, a los que hay que añadir, como observadores, al secretario de Estado tunecino para los Asuntos Magrebíes y Africanos y al ministro egipcio de Trabajo y Emigración. La finalidad de la reunión fue la firma del Tratado por el que se creaba la Comunidad de los Estados Sahel Saharianos (COMESSA). Las ausencias más significativas fueron las de Argelia, Marruecos y Nigeria. Las intervenciones fueron de lo más pintoresco, ya que se presentaron ideas como la de formar una unión política y económica, llegando incluso los sudaneses a pedir la creación de un Banco Central y el lanzamiento de una moneda propia, con el fin de terminar con la influencia del franco de la Confederación Francófona Africana. Se habló incluso, por parte de Sudán, de crear una fuerza de intervención, con la participación de los Estados miembros y que tendría la misión de mantener la independencia de los Estados miembros, frente a las agresiones exteriores.

Entre los días 7 y el 9 de septiembre de 1999, el líder libio consiguió organizar una reunión, en Sirta, a la que asistieron 46 jefes de Estado —de los 52 países de la OUA— para celebrar el trigésimo aniversario de la revolución libia. Gadafi aprovechó la reunión para lanzar la idea de la creación de los «Estados Unidos de África», para el año 2000 y pedir que África tuviera un representante permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, como compensación a África, por parte de Occidente, por el sufrimiento experimentado por el comercio de esclavos.

Para empezar, Libia pidió la organización de un mercado común, con movimiento libre de mercancías y de mano de obra, para seguir con una unión económica y un Parlamento panafricano. El proyecto de Gadafi no ha sido más que el deseo de imponerse en África, ante el poco interés que le demuestra el mundo árabe.

Ante la Iniciativa Einzastadt, que busca revivir la UMA, pero sin Libia, la reacción de Gadafi ha sido la de tratar de resucitar la moribunda UMA, de forma que se espera una reunión del Consejo Ejecutivo, en Trípoli, antes de finales del año 1999.

El problema del Sáhara Occidental sigue envenenando las relaciones intermagrebíes y en especial las de Marruecos y Argelia. La solución onusiana al conflicto se demora, de forma que un aplazamiento sucede a otro, de manera que se tiene la sensación de que no se llegará a celebrar, hasta que Marruecos no tenga la seguridad de ganarlo. Por razones obvias, el resultado del referéndum no resolverá el problema, de la misma manera que podría hacerlo un acuerdo entre las partes, aunque todas tuvieran que perder algo, para ganar mucho más.

En el devenir político del Magreb hubo, desde antes de la independencia, una idea clara y era que todo el territorio no iba a ser un solo Estado y a partir de ahí, y según los momentos, se ha hablado del «Magreb de las patrias», del «Magreb de los pueblos» y del «Magreb de los Estados». Tampoco hubo acuerdo, una vez independientes, sobre por donde empezar la edificación del Magreb: cooperación económica o política, desarrollo nacional previo o integración inmediata, primacía a las ideologías o a las leyes del mercado. Así que cada uno se dedicó a organizar su propio Estado.

Sin haber alcanzado la independencia, entró en acción el Comité de Liberación del Magreb, formado por marroquíes, argelinos y tunecinos, exilados en El Cairo, sede de la Liga Árabe —fundada en marzo de 1945— y bajo la atenta mirada de Nasser, que controlaba cuanto pasaba en el mundo árabe. Estos nacionalistas, pertenecientes al Partido Popular argelino, *Istiqlal* marroquí, al *Neo-Destur* tunecino y a la Delegación del Marruecos español ante la Liga Árabe, se reunieron el día 15 de febrero de 1947 en un Congreso, crearon un órgano permanente, el Buró del Magreb Árabe y aprobaron un informe de cinco puntos:

1. Independencia de los Estados colonizados.
2. La coordinación entre los movimientos nacionales magrebíes.
3. El Magreb árabe y la Liga Árabe.
4. Presentación de la cuestión del Magreb ante las instancias internacionales.
5. Unificación de esfuerzos.

A finales del año 1947, se formó en El Cairo el Comité de Liberación del Magreb, presidido por Abdelkrim El-Khatib, y se adoptó la Carta de

El Cairo, cuyo primer objetivo fue la recuperación de la independencia de los tres Estados, subrayando que no se deberían iniciar negociaciones separadas con el colonizador. En el año 1948, los nacionalistas no eran unánimes sobre desencadenar la lucha armada y, además, aunque mostrando su adhesión más que nada sentimental con la Carta de El Cairo, llevaban su propio juego, realista, egoísta y más nacional que magrebí. En el año 1949, cuando los nacionalistas argelinos presionaron a marroquíes y tunecinos para «definir una estrategia común y la creación de organismos paramilitares», el marroquí Allal El-Fassi se mostró evasivo y el tunecino Salah Ben Yussef calificó la propuesta de «chiquillada»

La Conferencia de Tánger se reunió entre los días 27 y el 30 de abril de 1958 y, en ella se pueden observar tres dimensiones: por un lado era la «revancha» a una reunión fallida, dos años antes en Túnez; por otro lado era la respuesta magrebí al bombardeo francés de la localidad tunecina de Sakiet Sidi Yussef y por último, se trataba de hacer una advertencia a Francia y a la OTAN, de la decisión magrebí de apoyar a Argelia y de su voluntad de unión. La Conferencia reconoció al Frente de Liberación Nacional (FLN) como único representante de Argelia, pidió la retirada de las tropas extranjeras que quedaban en Marruecos y Túnez, se definió por la unidad federal, creó un Consejo Consultivo Magrebí, con un Secretariado Permanente de seis miembros. Fue un gran paso para conseguir la solidaridad magrebí y la primera tentativa de la unidad —federal— de los países. Por desgracia no fue muy lejos. El general De Gaulle aceptó la retirada de las tropas de los dos Estados y puso en práctica una estrategia para aislar a la revolución argelina. Por otra parte, tanto tunecinos, como marroquíes volvieron a su tesis de que la mejor ayuda a la revolución argelina era mantener unas bases retrasadas seguras en Túnez y Marruecos, más que extender la guerra a toda la región.

Con la independencia, aparecieron las desavenencias entre los países del Magreb. Marruecos y Túnez pensaban que, en contrapartida por la ayuda prestada a Argelia para alcanzar la independencia, ésta pondría sus recursos energéticos a disposición de sus dos vecinos, en condiciones preferenciales para favorecer su desarrollo industrial. La respuesta de Argelia fue muy fría, temerosa por el adelanto que tanto Túnez como Marruecos le llevaban de seis años de independencia.

Cuando volvió la calma, se puso sobre el tapete nuevamente el proceso de la unidad magrebí. Se comenzó por la integración económica y se creó

el Comité Permanente Consultivo del Magreb (CPCM). Este nuevo organismo se fijó tres objetivos:

1. Desarrollar los intercambios horizontales, por medio de la armonización de las políticas aduaneras.
2. Armonizar las políticas de los países miembros en los campos de la industria, minas, energía, transportes y comunicaciones.
3. Coordinar las posiciones de los diferentes países con respecto a la Comunidad Económica Europea (CEE) esto ha sido una obsesión argelina, en un deseo de controlar al resto de los países del Magreb, en sus acuerdos con Europa, que puedan suponer su despegue económico.

Hoy —1999— hay un reproche argelino contra Marruecos y Túnez, por haber firmado sus acuerdos de asociación con la Unión Europea, sin esperar a que Argelia dijera su última palabra.

En 12 años, desde octubre de 1964 a mayo de 1975, se celebraron siete reuniones. El día 10 de marzo de 1970, Libia se retiró de la CPCM y volvió su cara hacia el Macrek, comenzando sus devaneos unitarios con Egipto, Sudán y Siria.

Se crearon 20 comisiones, especializadas en sectores como, transportes, comunicaciones, empleo, trabajo, turismo y estudios industriales, jurídicos, médicos y lingüísticos, aunque algunas de ellas funcionaron poco o no llegaron a funcionar. Ninguno de los tres objetivos marcados se llegó a alcanzar.

El conflicto del Sáhara Occidental le dio el golpe de gracia a la CPCM. No obstante, la experiencia acumulada sirvió cuando se organizó la UMA.

En mayo de 1973, el presidente Bumedien, temiendo que las relaciones libio-tunecinas les llevaran a la unidad, lo que modificaría el equilibrio regional a expensas de Argelia, se reunió con el presidente Bourguiba en Kef y le propuso la unión total de Túnez y Argelia, como piedra angular para edificar el Magreb unido. Bourguiba no estaba de acuerdo y la pidió a Bumedien que, previamente, el Constantinado argelino pasara a formar parte de Túnez, para equilibrar un poco la dimensión de los dos países. Conociendo el nacionalismo de Bumedien, esto era tanto como decirle que no.

El día 7 de septiembre de 1973, en Argel, en la Cumbre de los Países No-Alineados, Bourguiba pronuncia un discurso proponiendo la unión de Argelia, Túnez y Libia, dejando a Marruecos —con el que tenía algunas diferencias— para más adelante. Bumedien no estaba dispuesto. En primer lugar, no quería ser fronterizo con Egipto, lo que le situaba directa-

mente en el campo de batalla con Israel, para lo cual no estaba preparado, como se vio más tarde. En segundo lugar, no quería entorpecer las conversaciones que mantenía con Marruecos, a propósito del Sáhara Occidental. Pero, además, había indicios de que Burguiba prefería ir a la unión con Libia.

El coronel Gadafi, decepcionado con el Macrek y humillado por Sadate, volvió sus ojos hacia el Magreb. El día 12 de enero de 1974, con un proyecto preciso, se reunió con Burguiba en la isla de Yerba, llegando a convencerle para que se unieran los dos países. Burguiba aceptó, asesorado por su ministro de Asuntos Exteriores, Mohamed Masmudi, y en ausencia del primer ministro Hedi Nuira. Así nació la República Árabe Islámica.

Argelia reaccionó y llegó a amenazar con invadir Túnez. Cuando Nuira volvió y planteó los problemas constitucionales que suponía la unión, así como los problemas de otros tipos que se originaban, como por ejemplo, la diferencia entre los estatutos de las mujeres tunecinas y libias, hizo que 48 horas después de la firma, Burguiba se volvió atrás de la unión. Este fracaso tuvo tres consecuencias:

1. Gadafi alimentará una animosidad contra Burguiba, Bumedien y Nuira.
2. Túnez, a partir de ese acontecimiento, será más prudente con relación a Argelia.
3. Túnez se acercará a Marruecos y Mauritania.
4. El ministro tunecino de Asuntos Exteriores, Mohammed Masmudi, fue defenestrado.

Los días 28 y 29 de diciembre de 1975, después de la «Marcha Verde» marroquí sobre el Sáhara Occidental y de la retirada española, Gadafi se dirigió a Hassi Messaud (Argelia) para reconciliarse con Bumedien y se comprometió con él en una alianza a dos. Este frente argelo-libio no tenía otro objetivo que contraatacar el acuerdo marroquí-mauritano para repartirse el Sáhara Occidental, apoyar al Frente Polisario, promover una república independiente en el Sáhara —punto sobre el que Libia no estaba muy de acuerdo— y desestabilizar a la monarquía alauita.

El día 19 de marzo de 1983, en Túnez, Argelia y Túnez firman el Tratado de Fraternidad y Concordia. A Mauritania se la situó en una posición de espera, hasta que admitió la modificación de la frontera con Argelia —en beneficio de ésta— hecho que se produjo el día 13 de diciembre de este mismo año. Es un acuerdo que desata la desconfianza de Rabat y aumenta la irritación de Trípoli, aunque los firmantes dejan bien claro que el Tratado está abierto a todo el mundo. Los objetivos del Tratado eran: la

consolidación de unas relaciones de vecindad, positivas y de cooperación fraterna y el arreglo de toda diferencia que pueda surgir entre ellos por medios pacíficos.

El Tratado no estaba concebido como un eje establecido para servir a las ambiciones de unos contra los intereses de otros. Era un código de buena conducta entre dos —después tres— países «hermanos». Era igualmente una plataforma sobre la que se podía edificar el Magreb. Debía servir de marco en el que podrían arreglarse, pacífica y fraternalmente, las diferencias intermagrebíes y especialmente el problema del Sáhara Occidental.

Gadafi, tomando la declaración al pie de la letra, presentó su candidatura, pero los dos firmantes le pusieron una serie de condiciones. Túnez le pidió que dejara de entrenar disidentes tunecinos en sus campos de terroristas y que admitiera la delimitación de la plataforma continental del golfo de Gabes. Argelia, por su parte, le pidió el reconocimiento del trazado fronterizo —favorable a Argelia— y que dejara de apoyar a la oposición argelina, en especial a Ahmed Ben Bella, que en aquellas fechas ya había recibido 20 millones de dólares de Trípoli.

Marruecos, a pesar de las gestiones realizadas, rechazó suscribir el Tratado. Hassan II lo calificó de «novela rosa» y se negó a «coger el tren en marcha» y a aceptar un «asiento de segunda clase». El problema del Sáhara Occidental continuaba siendo el principal problema. Para Túnez, la ausencia de Marruecos del Tratado era un verdadero problema, ya que sin Marruecos —como sin Argelia— no podía haber Unión Magrebí.

Ante la situación planteada por el Tratado de Fraternidad y Concordia, Marruecos no podía quedarse con las manos cruzadas. Conocía las decepciones de Gadafi y los reproches que tenía contra Argelia. Ésta le había privado de la Presidencia de la OUA y manejaba al Frente Polisario, aunque el 80% de la ayuda que recibía el movimiento independentista era de origen libio, apoyaba a Burguiba contra él, se había opuesto a que se anexionara la banda de Auzzu y a su política chadiana y ridiculizaba sus sueños saharianos y unitarios árabes y africanos. Para Gadafi, Argelia era el origen de todos sus males.

Gadafi abandonó con un portazo la XIX Cumbre de la OUA, celebrada en Addis Abeba, el día 8 de julio y se dirigió a Riyad. Hassan II había preparado, previamente, a los saudíes para que le brindaran la idea de un eje Trípoli-Rabat. No se sabe exactamente en que momento Hassan II concretó el proyecto de la Unión con Libia, cuyo texto fue redactado por los

juristas franceses Georges Vedel y Jean-René Dupuy. No obstante, se sabe que en mayo de 1984, Marruecos le propuso a Argelia un Tratado de Unión casi igual, pero las contrapropuestas argelinas no llegaron a convenirle y entonces Hassan II se dirigió a Gadafi.

El «matrimonio» libio-marroquí tiene lugar el día 13 de agosto de 1984 en Uxda, frente a Argelia, y recibirá el nombre de Tratado de la Unión Árabe Africana y se dejó abierto a los vecinos magrebíes y a los países del África Negra, en una concesión a Gadafi. Una vez más, el Magreb se encontraba dividido en dos, pero es la primera vez que Marruecos y Libia están en el mismo bando, frente o contra a los otros. Se trata de un «matrimonio contranatura», de dos personajes que se sienten aislados por culpa de Argelia y los dos van a obtener beneficios. Marruecos consigue que Libia deje de proporcionarle armas al Frente Polisario, lo que le permite levantar el tercer muro en seis meses —diciembre de 1983 a mayo de 1984— y es una seria advertencia a Washington de que una monarquía puede aliarse a un protegido de Moscú, pero también puede recuperarlo para Occidente. Todo depende de la política americana con relación a los árabes. Además, Marruecos puede conseguir el apoyo energético libio. Gadafi consigue que el Reino deje de apoyar a la oposición libia y, además, que Hassan II manifieste su comprensión por la política libia en el Chad, que no había hecho más «que recuperar unos territorios de los que había sido expoliado» (Hassan II, el 24 de febrero de 1984).

El día 4 de mayo de 1987, el rey Fadh de Arabia Saudí, el rey Hassan II de Marruecos y el presidente argelino Chadli Benjedid se reunieron en Akid Loutfi. El comunicado común señalaba la decisión de «continuar los encuentros entre los dos países —Argelia y Marruecos— para resolver los problemas en suspenso». A raíz de esta conferencia se intercambiaron los prisioneros argelinos y marroquíes de los enfrentamientos de Amgala I y II.

El rey Hassan II llegó a declarar que el problema del Sáhara Occidental, era un problema entre Marruecos y algunos saharauis y no con Argelia y que por medio del referéndum organizado por Naciones Unidas se encontraría la solución. Añadió que las relaciones entre los dos países no se rompieron por el problema del Sáhara Occidental, sino porque Argelia había expulsado a 40.000 marroquíes de su territorio. (Declaraciones del rey Hassan II a la BBC y confirmadas por Ahmed Taleb Ibrahimí, durante la audiencia que le concedió el 11 de julio de 1987).

El día 20 de julio de 1987, Marruecos presenta su candidatura a la CEE. El rey Hassan II conocía la contestación de antemano, pero esta era la manera de atraer la atención y de decirle a Europa: «¡El Magreb existe y está cerca, si lo ignoráis, él sabrá recordároslo!». Los dirigentes magrebíes se dan cuenta de que si la Europa de los Doce ha acelerado la constitución del Mercado Único Interior, es porque ella teme ser vulnerable frente a los otros grandes conjuntos (Estados Unidos, Canadá y Unión Soviética), al dinamismo de Japón y a la emergencia de los «dragones de Asia» (Corea del Sur, Taiwan y Singapur).

El día 7 de noviembre de 1987, Ben Alí ocupa la Presidencia tunecina y el día 18 de febrero de 1988, los jefes de Estado de Argelia, Túnez y Libia se reúnen en Sakiet Sidi Yussef y el presidente Chadli propone celebrar la Cumbre del «Gran Magreb», «para relanzar el Magreb». Por su parte, Hassan II, el día 27 de abril, propone la constitución de una «Asamblea Comunitaria Consultiva Magrebí», formada por Túnez, Argelia y Marruecos. Por otra parte, los partidos políticos, Partido Socialista Democráta tunecino, Unión Socialista de Fuerzas Populares e *Istiqlal* marroquíes y el FLN argelino se reunieron en Argel, durante los días 26 al 29 de abril, para conmemorar el trigésimo aniversario de la Conferencia de Tánger.

El día 10 de julio de 1988, los jefes de Estado se reúnen en Zeralda y deciden crear la Alta Comisión Magrebí o Comisión Unitaria, que reunida en Argel el 13 de julio constituye cinco comisiones especializadas, cada una de las cuales tendrá su sede en una de las capitales magrebíes y que realizará su trabajo entre los días 14 y el 24 de septiembre.

El día 17 de febrero de 1989, en Marraquech, los cinco jefes de Estado de los países del Magreb firmaron los textos que suponen la Declaración Común, el Tratado creando la UMA y un Programa de Acción. La UMA se dotó de órganos políticos, ejecutivos y judiciales; un Consejo Presidencial, compuesto por los jefes de Estado, que ejercerán la Presidencia por turno y durante seis meses; un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores; un Comité de seguimiento, compuesto por un miembro de cada país; un Consejo Consultivo, compuesto por diez representantes de cada Parlamento nacional; un Órgano Judicial, compuesto por dos jueces de cada país, con la misión de arbitrar en los litigios que aparezcan entre las diferentes estructuras de los países miembros.

El arranque era prometedor y los principios verdaderamente esperanzadores. En seis años hubo ocho reuniones en la Cumbre, a las que siempre asistieron los presidentes de Túnez y de Argelia, mientras que el rey

de Marruecos y el presidente libio se hicieron representar en tres ocasiones. Se celebraron 18 sesiones de los ministros de Asuntos Exteriores y se elaboraron 34 convenciones, de las cuales solamente cinco fueron ratificadas por todos los miembros. Se tomaron las disposiciones para emitir una carta de identidad magrebí, que sustituiría al pasaporte en los desplazamientos en el Magreb. Se adoptaron las grandes líneas de una estrategia magrebí de desarrollo. Se definieron cuatro etapas:

1. Una zona de libre cambio.
2. Una unión aduanera.
3. Un mercado común magrebí.
4. Una unión económica. Se decidió la creación de las instituciones comunes y que fueron: el Banco de Inversiones y de Comercio Exterior, la Universidad del Magreb y la Academia de Ciencias.

Había buenas intenciones, un gran número de proyectos y una multitud de recomendaciones. Pero, la mayoría con poca o ninguna continuidad. Desde diciembre de 1995, a petición de Marruecos, decepcionado por la actitud de Argelia en el tema del Sáhara Occidental, las instancias de la Unión no funcionan y sus instituciones fueron congeladas. Se terminaron los encuentros a cualquier nivel. El Consejo Legislativo (desde enero de 1992) y el Tribunal de Justicia (desde 1995) no se han reunido. El Secretariado General moribundo, vegeta en Rabat. En cuanto a la Presidencia, que Argelia asumió, después de la Cumbre de Túnez, en abril de 1994, está bloqueada. Ni el coronel Gadafi (decepcionado porque sus socios magrebíes no habían sido suficientemente solidarios ante el embargo de Naciones Unidas), ni el rey de Marruecos (por una serie de asuntos, además del tema del Sáhara Occidental, como el atentado del hotel de Marraquech en 1994, la imposición de visados y el cierre de la frontera por parte de Argelia), no han querido ejercerla cuando les ha llegado el turno. En febrero de 1996, en Argel, los ministros de Asuntos Exteriores de Mauritania, Túnez y Argelia intentaron desbloquear la situación. Pero si Libia, convencida por Túnez, estaba en las mejores disposiciones, Marruecos no había variado su postura.

El «deshielo» de la UMA

El periodo de gracia de la UMA (1988-1994), bautizado por algunos observadores árabes como los «años de la miel», fue sacudido por una serie de factores endógenos y exógenos, que determinaron unas crisis de confianza entre los actores, como producto de malentendidos históricos,

en ocasiones anteriores a las independencias respectivas, y de silencios e interpretaciones que, en muchas ocasiones, tuvieron la facultad de hacer olvidar el patrimonio común.

A finales de este siglo, se ha producido una evolución general en el Magreb, que ha permitido crear un nuevo contexto psicológico de entente y de esperanza. Si en ciertos niveles se empieza a vislumbrar un horizonte unitario, a nivel del hombre de la calle, la situación es de espera, mientras que las medidas que se vayan tomando no tengan una repercusión clara en su vida diaria.

Después de varios años de total inoperancia, se considera necesario reactivar la UMA, por cuanto se la sigue considerando válida para la integración magrebí. Es verdad que puede haber entre los miembros problemas antiguos y podrán surgir otros nuevos, por lo que será necesario reunirse y discutirlos, con espíritu de cooperación y de solidaridad.

Desde el año 1994, fecha en que comenzaron las dificultades para la UMA, como consecuencia de las polémicas entre sus miembros, se han producido cambios importantes, que pueden darle a la UMA otro aire, que puede llegar incluso a la reactivación.

En el mes de abril de 1999, se produjo la solución del asunto de la Lockerbie, con la entrega a Holanda de los dos libios presuntos culpables, cuyo proceso debe tener lugar en febrero del año 2000, ante un tribunal escocés y según las leyes escocesas. Por otra parte, el régimen libio ya ha procedido a la entrega de una compensación económica por la muerte, en abril de 1984, de una policía, Yvonne Fletcher, ante la Embajada de Libia en Londres, desde donde procedieron los disparos que produjeron la muerte de la policía británica.

La solución de estos problemas ha levantado los obstáculos que existían entre los dos países, de forma que, en el mes de diciembre próximo, se espera la llegada a Trípoli del nuevo embajador británico. Ha habido prisa, tanto por parte de Europa, como por parte de Libia, por arreglar la situación. A Libia, el embargo le ha costado unos 26.000 millones de dólares, según informaba el periódico *Al-Qods Al-Arabi*, el 26 de abril de 1999. Europa y Estados Unidos no quieren quedarse excluidos de los mercados petrolíferos. Italia, por su parte, no ha perdido el tiempo y los hombres de negocios italianos, e incluso su jefe de Gobierno, ya han pasado por Trípoli, porque en estos asuntos hay que llegar los primeros. Las riquezas de hidrocarburos de Libia no pasan desapercibidas, ni siquiera para Estados Uni-

dos, de forma que, en la Iniciativa Einzastdt, para la Asociación Magreb-Estados Unidos, no se ha excluido una participación eventual de Libia.

Gadafi ha desarrollado una serie de acciones para justificar la «nueva Libia». El día 6 de septiembre pasado, ha abonado a la OUA 4,5 millones de dólares, para pagar las deudas con el organismo africano de Centroáfrica, Comores, Guinea Bissau, Liberia, Níger, Santo Tomé y Príncipe y Seychelles. En un acuerdo con la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), Libia se ha comprometido a pagar a la Organización onusiana 200 millones de dólares en ocho años, a los que hay que añadir nueve millones de dólares suplementarios, para cubrir gastos de gestión y de servicio de la Unesco. Libia ha enviado 200.000 vacunas contra el sarampión y la polio a Malí y Níger.

Libia está buscando una inversión de 14 billones de dólares de inversiones extranjeras, para desarrollar proyectos industriales, agrícolas y de infraestructuras, entre los años 2001 y el 2005.

En Marruecos, los últimos años de Hassan II determinaron un giro político, decidiendo que accediera la izquierda al poder. El gobierno formado en marzo de 1998 por Abderrehmane Yussufi, ha gozado de una cierta libertad de acción. Desde su nombramiento, Yussufi ha pedido a Argelia la apertura de la frontera argelo-marroquí. El cierre de la frontera ha perjudicado a Marruecos y especialmente a toda la región fronteriza marroquí. Argelia no se niega a tratar el problema de la apertura de la frontera, pero exige que se pongan sobre la mesa todos los temas en litigio y, en primer lugar, el problema del Sáhara Occidental.

Los funerales de Hassan II fueron la oportunidad de encuentro de los líderes magrebíes —excepto el coronel Gadafi— y el presidente Buteflika aseguró a Mohamed VI su voluntad de «establecer relaciones sólidas con Marruecos».

La masacre, en la noche del 14 al 15 de agosto en las proximidades de Bechar, de 29 personas por un comando integrista procedente de Marruecos, dio al traste con las esperanzas que se habían despertado sobre la mejoría de las relaciones bilaterales. En algunos círculos se comentó la posibilidad de que la acción hubiera estado preparada por algún *lobby*, que no quiere el acercamiento de los dos países.

En Argelia, la elección de Abdelaziz Buteflika puede constituir el inicio de una nueva era argelina, no exenta de problemas, a los que deberá hacer frente el nuevo presidente. La cuestión integrista, a pesar de la Ley de la

Concordia Civil, no se ha arreglado por completo y los asesinatos de inocentes han tomado nuevos vuelos. En relación con el problema del Sáhara Occidental, conviene no olvidar que Buteflika era el ministro de Asuntos Exteriores de la época y el causante del fallo de la política exterior argelina, que permitió que Marruecos se adelantara.

El aumento del precio del barril de petróleo ha venido en auxilio de la maltrecha economía argelina. A este respecto, Buteflika ha hecho un llamamiento a los capitalistas argelinos en el extranjero para que vuelvan al país, con sus fortunas, para lo que recibirían un trato de favor. En el orden interno, Buteflika se enfrenta a la cúpula militar, en un deseo de actuar sin la tutela de aquellos que lo empujaron hasta la Presidencia de la República.

El presidente tunecino Ben Alí hizo una visita a Marruecos entre los días 15 y 16 de marzo de 1999, produciéndose un acercamiento espectacular entre los dos países. Concertación sobre los problemas del momento, creación de una zona de libre cambio. En el fondo, los dos dignatarios buscaron la redinamización de la idea magrebí unitaria. El día 20 de mayo, el primer ministro tunecino, Hedi Baccuche hizo una visita a Argel tuvo como finalidad solucionar los problemas bilaterales, como la degradación de los cambios como consecuencia de los «desacuerdos comerciales». Túnez ha desarrollado una actividad ante Marruecos y Argelia, con la finalidad de buscar la entente entre los dos países claves en la construcción magrebí.

El deshielo de la UMA es un deseo de la Unión Europea y Estados Unidos, a través de la Iniciativa Einzastadt, por el interés que presenta el mercado magrebí y la riqueza petrolífera de la zona. La UMA está obligada a cambiar su situación, por una realidad institucional capaz de consolidar el conjunto magrebí y mejorar el nivel de vida de sus habitantes.

Bibliografía

AL-AHNAF, M.; BOTIVEAU, B. y FREGOSI, F.: *L'Algerie par ses islamistes*.

BACCOUCHE, H.: *Le Maghreb: difficultés et espérances*.

BALTALE, P.: *Grand Maghreb. Des Independances á l'an 2000*.

CHARF, M.: *Islam et liberté*.

Constituciones de Argelia, Marruecos y Túnez.

EL-SAYED SELIM, M.: *Arab Perceptions of the European Union's Euro-Mediterranean Projects*.

MENÉNDEZ DEL VALLE, E.: *Islam y democracia en el mundo que viene.*

MORTIMER, E.: *Islam, Democracy and Human Rights.*

VASCONCELOS, Á. DE: *Regionalisme et partenariat euro-mediterraneen.*

CAPÍTULO QUINTO

LA RELIGIÓN COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO

LA RELIGIÓN COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO

Por MONTSERRAT ABUMALHAM MAJ

Introducción

Conviene, antes de esbozar, aunque sea brevemente, el panorama religioso del mundo árabe, establecer cuáles son las perspectivas desde las que nos situamos.

Si se plantea una posible división geográfica de los países árabes, desde el punto de vista religioso, deberíamos establecer una divisoria tripartita, comprendiendo en una parte al Magreb, por entender que forman una unidad, más o menos caracterizada y homogénea, países como Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania. Una zona centro, que podemos denominar Macrek Occidental o Macrek Norte, aun cuando se extienda algo más hacia el Este en unos casos y al Sur en otros, en donde consideraríamos a países como Egipto, Sudán, Israel, Palestina, Jordania, Líbano, Siria e Irak. En la tercera parte y más extrema del Macrek, ubicaríamos al resto de países árabes de la Península y el Golfo.

Esta división no sólo obedece a criterios de semejanza geográfica, sino a razones de carácter histórico compartidas por esas mismas áreas geográficas y a un criterio de carácter socio-cultural que las definiría como áreas monolíticas, o mono-religioso-culturales, y áreas plurales.

Simplificando los planteamientos podemos decir que las dos áreas periféricas son mucho más homogéneas y monolíticas que el área central, donde, por razones múltiples, comparten espacio diversas confesiones religiosas, con sus diferentes particularidades culturales y organización social y, especialmente, con diferentes formas de expresión religiosa.

Asimismo, hay que señalar que, tanto el extremo occidente como el extremo oriente del mundo árabe presentan peculiaridades propias, especialmente en lo que se refiere a las manifestaciones de la religiosidad popular, o, por el hecho, muy notable, de que en la zona de Arabia se halla la cuna del islam así como los principales lugares santos.

Esta breve introducción pretende, además de ordenar, de alguna manera, la perspectiva desde la que se aborda el complejo panorama religioso del mundo árabe, insistir precisamente en la complejidad y convivencia de muy diversas manifestaciones religiosas que contradicen la imagen, frecuentemente monolítica, con la que desde el punto de vista religioso se lo presenta.

No sólo hay que señalar la convivencia de diferentes confesiones y su interacción, sino que hay que considerar también al propio islam como plural y bien diferenciado en su fenomenología, aún cuando dogmáticamente, se presente como unitario.

Otro de los aspectos dignos de tenerse en cuenta es cómo en algunos territorios es más frecuente la manifestación política o, mejor dicho, el desplazamiento hacia una ideología política por razones de adscripción religiosa de una comunidad concreta, sea ésta musulmana o de cualquier otra confesión.

Asimismo, hay que destacar que no debemos considerar al mundo árabe como un universo cuya única o más significativa señal de identidad sea lo religioso, sino que existe como contraste y manifestación ideológica un amplio desarrollo de elementos laicos y de pensamiento laico.

Insisto en el hecho, pues, de que el mundo árabe no debe ser contemplado globalmente sino en la total pluralidad de sus partes que, si bien presentan una mayoría de musulmanes, también cuentan con diferencias notables dentro de los modos de manifestación del islam, ya se trate de corrientes centrales o bien de manifestaciones populares, y que existe una diversidad tanto en la presencia de otras confesiones, sea por el número de adeptos o por su historia particular, como por la frecuencia e intensidad con que unos u otros grupos religiosos se adhieren a movimientos políticos o los fomentan y desarrollan.

El islam como religión mayoritaria, sus relaciones con el resto de las religiones monoteístas

Antes de emprender una descripción de la situación religiosa de las distintas áreas que conforman el mundo árabe y en particular del área mediterránea, conviene describir el islam en su periodo fundacional y en sus relaciones primeras con las otras religiones de su entorno.

El islam se presenta a sí mismo como una religión revelada, formando parte de la tradición monoteísta y escrituraria. En este sentido, aparece y se autodefine como una religión que viene a completar y esclarecer la revelación anterior recogida en el judaísmo y en el cristianismo. Así pues, incorpora en diverso grado una serie de características, tanto dogmáticas como rituales, que lo acercan, sin lugar a dudas, a ambas manifestaciones religiosas.

En la Arabia preislámica, no obstante, no sólo convivían estas dos manifestaciones religiosas, sino también una religión autóctona, heredera de la más antigua tradición semita politeísta, en la que parece haber ya existido una cierta tendencia hacia el monoteísmo, así como un monoteísmo incipiente de raíz también autóctona, que, sin embargo, no habría desarrollado una visión trascendente ni escatológica de la vida humana. De estos elementos autóctonos, que, por otra parte, comparten un mismo origen semita, también hallamos rastros en el islam.

No quiere ello decir que el islam sea una religión sincretista, sino que propiamente es heredera de las tradiciones y manifestaciones religiosas en medio de las que aparece, dotándolas de una nueva personalidad y con unos nuevos valores que, aunque la acercan parcialmente a cada una de ellas, también la dotan de un perfil claramente diferenciado.

De la antigua religión politeísta, de la que, sin embargo, tenemos pocos datos, así como del monoteísmo incipiente practicado por algunos árabes preislámicos, el islam adoptará, aunque sin declararlo explícitamente, algo que podríamos denominar como un «ideal nómada o beduino» que incluso se refleja en los atributos divinos. De alguna manera, los llamados «nombres hermosos» de Dios, que no lo definen, pero sí lo califican o describen, reflejan en buena parte el modelo ideal del jeque beduino que ha de estar dotado de sabiduría, de misericordia, de generosidad y carácter providente para con los miembros de su tribu, así como de bravura y espíritu de venganza en la defensa de los suyos. Dios es juez y árbitro, Dios tiene una voluntad superior puesto que conoce los designios, etc. Estas

mismas características son las que adornan o deben adornar al ideal de caballero del desierto. Esta visión de lo divino se asemeja, por otra parte, grandemente a la visión que las antiguas religiones semitas del entorno geográfico habían desarrollado y de la que también es heredera la religión de Israel y, posteriormente, el judaísmo.

Desde el punto de vista dogmático, ya que es bastante desconocida la religión politeísta preislámica, no se pueden conocer muchas más interrelaciones. Sin embargo, es interesante señalar que ese modelo ideal supone una concepción moral heredera de la anterior, aunque con matices y variantes. Si tomamos en consideración el ritual o los hábitos socio-culturales, es digno de mención el hecho de que se adoptara como una de las obligaciones del buen creyente musulmán la peregrinación a La Meca, santuario preislámico de gran renombre e importancia.

Las relaciones con la antigua religión de Israel y su manifestación posterior en el judaísmo es mucho más evidente y cercana.

Por una parte, porque ambas conservan restos de las antiguas tradiciones religiosas semitas y, por otra parte, porque el islam hace mención expresa de que viene a concluir el proceso de revelación y a esclarecer todos aquellos puntos que el judaísmo y, posteriormente, el cristianismo habían tergiversado a partir de sus propias Escrituras.

En el ámbito, aparentemente más externo de lo ritual y de las principales obligaciones del creyente, hallamos una serie de coincidencias importantes que, en unos casos acercan el islam al judaísmo y en otros al cristianismo. Asimismo, hay que decir que el islam presenta algunas diferencias que tal vez se construyeran de manera intencionada para marcar claramente las distancias.

Así, por ejemplo, existen notables coincidencias en el concepto de ayuno. Hay, pues, quien afirma que el ayuno del Ramadán se aproxima a la concepción que tienen las Iglesias cristianas orientales del ayuno cuaresmal, y quien lo acerca al concepto penitencial y reparador del ayuno de Yom Kipur judío. Se asemeja al judaísmo el concepto de limosna que no supone en absoluto filantropía o caridad. Judaísmo e islam comparten el hábito de la circuncisión, que parece tener su origen en una medida profiláctica, como señal de la alianza de Dios con su pueblo, así como también comparten ciertos hábitos alimentarios que consideran como lícitos o ilícitos determinados alimentos.

Por su parte, la prescripción de cinco oraciones obligatorias diarias, sería una forma de aventajar al judaísmo, ya que éste prescribe tres oraciones diarias, en su caso extensibles a cinco. En este sentido, el islam presentaría un rostro más exigente. Las prácticas de purificación son comunes también, aunque el Bautismo cristiano haya desarrollado una serie de valores más espirituales que materiales, introduciendo en el ritual de purificación el concepto sacramental del que carecen judaísmo e islam.

Los personajes centrales del Primer y Segundo Testamento son también compartidos por el islam con una doble intención al menos. La primera, hacer expresión manifiesta de su carácter profético que culminaría con la figura de Muhammad, y, en segundo lugar, presentar a estos personajes escogidos como modelos para el creyente y como testimonios vivos de la protección y fidelidad divinas para con los que le sirven.

Desde el punto de vista del desarrollo histórico, hay que tener en cuenta que las relaciones entre los primeros musulmanes y las tribus judías de Arabia fueron muy tensas, en tanto que las relaciones con los cristianos, mucho menos numerosos, fueron más suaves.

Desde muy pronto, el islam desarrolla una forma particular de tratamiento de los judíos y los cristianos, así como de otros grupos como los samaritanos y los zoroastras, a los que incluye entre las llamadas Religiones del Libro, y los denomina bajo el nombre genérico de *Dimmies*, al conferirles un estatuto particular que, aunque presenta ciertas restricciones y prohibiciones o incluso cargas impositivas especiales, no cabe duda de que es un estatuto tolerante y respetuoso de la práctica religiosa.

En resumen, las relaciones iniciales del islam con el judaísmo y el cristianismo vienen marcadas por la conciencia de pertenecer a una misma tradición. Sin embargo, no se puede decir que judaísmo y cristianismo consideraran de igual modo al islam.

Por otra parte, es importante recalcar que el islam nace y se desarrolla en contextos plurales desde el primer momento, aun cuando perciba en su entorno las semejanzas que lo unen a las otras manifestaciones religiosas monoteístas.

También es necesario destacar que el judaísmo no es universalista, ya que establece una relación directa entre lo religioso y la idea de pertenencia a un pueblo, y que el cristianismo habría recibido ya la influencia del mundo greco-latino, lo que le alejó bastante de sus raíces semitas, a pesar de que las Iglesias orientales conservaran por mucho más tiempo

su propia personalidad, que culminó en su separación de la Iglesia occidental.

Llegando al presente, es conveniente no perder de vista que el Occidente europeo se construye sobre una base de cristianismo dominante, al que se ha de sumar todo el desarrollo del pensamiento racionalista de la Ilustración. La suma de ambos elementos se percibe desde ese mundo occidental como la base del progreso y el desarrollo. En definitiva, como los pilares que sustentan la superioridad occidental.

El mundo musulmán, entre tanto y tras una historia brillante, sufre un largo proceso de decadencia y deterioro, que corre paralelo con la ascensión europea. Estas diferencias de desarrollo histórico, permiten llevar a cabo análisis que, si no declaradamente, en los últimos tiempos, crean una imagen que achaca a las dos religiones las cuotas de éxito y de fracaso que arrastran los pueblos que las profesan.

De manera que, cuando contemplamos el panorama actual de las relaciones entre el mundo occidental y el mundo árabe de mayoría musulmana, el elemento religioso sirve con frecuencia de justificación para todo tipo de descalificaciones o juicios previos. En cierta medida, persiste la indiferencia, si no el rechazo, por parte del «mundo cristiano» hacia el «mundo musulmán».

Otros dos elementos que hay que tener en cuenta cuando se analiza el islam de los primeros tiempos son, en primer lugar que, desde muy pronto, se produce una grave división interna por razones de legitimidad a la hora de regir a la comunidad de creyentes y, en segundo lugar, que también casi desde los inicios existe una tendencia mística.

El primero de estos fenómenos, el de la controversia acerca de la legitimidad para presidir a la comunidad, supone la fragmentación de la misma en dos grandes grupos que perviven hasta hoy, la suna y la shia. La discusión originaria irá separando a estos grupos y, en particular, el segundo desarrollará una serie de planteamientos religiosos propios que introducen en el islam ideas ajenas a los orígenes, como pueda ser la del imamato con cierto carácter mesiánico y todo un desarrollo esotérico *batiní* (sentido oculto o alegórico de la revelación) que, en muchos casos, han sido rechazados violentamente por la ortodoxia suní e incluso por las autoridades políticas. Esta separación supone, así mismo, un serio conflicto en relación al poder, puesto que la máxima autoridad no la detentan dentro de la shia los gobernantes sino los hombres de religión, ya que esta corriente desarrolla toda una jerarquía clerical.

El segundo de los fenómenos que ya se inicia en el entorno más cercano al propio Profeta es el de la mística que, no obstante, tendrá su desarrollo a partir del siglo VIII y IX d. de J.C. El sufismo, denominación genérica de la mística, es un desarrollo espiritual que, desde bastante temprano, va acompañado de la práctica de la ascesis. Sus planteamientos antirracionalistas, esotéricos y su máxima aspiración, la unión con Dios por la vía amorosa, se presentan desde un principio como un peligro y un enfrentamiento con la ortodoxia y como un reto al poder e influencia de los ulemas, concededores de la interpretación de la Ley y de la Teología.

Por otra parte, la vía de acceso a la mística supone necesariamente la existencia de un «maestro» y unos discípulos, que son iniciados por aquél para lograr la «unión». Este procedimiento fomenta la veneración de los maestros (*sayf*) y desarrolla en el islam el concepto de «santidad», ajeno a sus principios.

Muchos autores establecen conexiones y semejanzas importantes entre los desarrollos espirituales de la shia y el sufismo, de hecho ambos movimientos suponen a lo largo del desarrollo histórico del islam una serie de enfrentamientos con la autoridad tanto religiosa como política. Es significativo, por ejemplo, en el presente, que las figuras de algunos místicos sean utilizadas por la literatura como arquetipos del disidente o revolucionario, al margen de que esa imagen no fuera la pretendida por el personaje histórico en cuestión.

Los movimientos místicos, y su consecuente desarrollo de la idea de santidad, calan de manera profunda en la fe popular, como se verá más adelante, ya que, en torno a estas figuras que constituyen un modelo espiritual, se crean auténticas cofradías con miles de seguidores.

Las religiones que conviven en el área mediterránea

Entendiendo el área mediterránea de forma amplia tal como se ha presentado en la descripción de los distintos territorios y combinando ese concepto con la idea de países o territorios de mayoría musulmana, desde la aparición del islam, éste ha convivido con las otras dos grandes religiones monoteístas, que, en cada época, presentaban un grado de desarrollo y complejidad diferentes, así como estableció contacto con otras manifestaciones religiosas que podemos denominar politeístas o animistas.

Las semejanzas dogmáticas, a las que ya hemos hecho breve referencia, entre las tres religiones monoteístas y su común origen, del que el islam se proclama con mayor claridad heredero y culminación, facilitaron, desde los comienzos, una interrelación particular, del todo imposible con aquellas otras religiones que no participaban de los mismos principios, aunque también, dada la cercanía, acompañada de la indudable diferencia, fueran frecuentes las polémicas y disensiones.

Es evidente, por otra parte, que con las religiones de corte animista, cuyo desarrollo dogmático es menor, el potencial de controversia, rivalidad o síncretismo se manifiesta de modos muy diversos de los que puede hacerlo en relación con religiones de corte politeísta, donde, por la propia concepción de la unicidad divina, tajante y cerrada en el islam, el enfrentamiento ha de ser mayor y las posibilidades de síntesis o acercamiento mucho más difíciles o imposibles.

En cualquier caso, conviene recordar algunas cuestiones. No se debe olvidar que el panorama religioso es complejo en todos los momentos de la historia del islam, pero se debe hacer especial hincapié en dos fenómenos significativos. El primero de ellos es que el islam surge en un medio en el que coexisten ya dos manifestaciones religiosas básicas: politeísmo y monoteísmo; el politeísmo árabe preislámico, religión autóctona, y dentro del monoteísmo, el judaísmo, el cristianismo, con diversas manifestaciones de carácter sectario, así como un incipiente monoteísmo cuya raíz puede ser también autóctona, aunque este último aspecto no esté muy claro, ni existan fuentes suficientes para estudiar, como ya se ha apuntado anteriormente.

El segundo fenómeno significativo es que, aunque en el norte de África existía un cristianismo bien arraigado, el advenimiento del islam lo hace prácticamente desaparecer.

Estos dos rasgos son importantes porque dan idea de la capacidad de absorción que el islam posee, tanto en el sentido de adoptar tradiciones ajenas, aunque dotándolas de un espíritu propio, como en el de su fuerza para atraer a adeptos de otras confesiones. De alguna manera, en el momento en que el islam se manifiesta como un poder civilizador, este fenómeno se explicaría de forma más razonable o justificada, pero en los puros inicios, no vale sólo con la explicación de la superioridad militar o conquistadora para explicar que, casi inmediatamente, las otras religiones en contacto se vuelvan prácticamente residuales y que de alguna manera permanezcan así hasta el presente.

Desde el punto de vista de la presencia de otras religiones o de su coexistencia con el islam en el área mediterránea, hay que insistir, pues, en el hecho de una gran pluralidad inicial que queda pronto absorbida por el islam y que el resto de las confesiones existentes van a quedar en situaciones de letargo o con una vida intracomunitaria, con sólo escasas manifestaciones exteriores.

Dicho de otro modo, el panorama religioso que presenta el mundo mediterráneo de mayoría musulmana, sin perder del todo su pluralidad, aparece marcado por la impronta del islam, mientras que las diversas comunidades religiosas, distintas del islam, sobreviven de manera más o menos precaria y con una presencia prácticamente marginal. Esta situación se ve potenciada por la casi total asimilación cultural que las comunidades no-musulmanas muestran.

Es importante, en este sentido, constatar que la relación religión-manifestaciones culturales es una relación casi directa. De un modo muy sintético podríamos decir que con lo expuesto hasta aquí hemos presentado un panorama de la presencia de lo religioso en el mundo árabe desde la aparición del islam hasta fechas muy recientes.

Dos hechos de singular importancia que se producen, precisamente, en el siglo xx, vienen a alterar, en buena medida, este panorama. El primero de esos acontecimientos es la intervención colonial de Europa en los países árabes y el segundo, de magnitud semejante y que, además, viene a reforzar al primero, es la creación del Estado de Israel que, aún cuando se crea como un Estado laico, no cabe duda de que arrastra una fuerte implicación simbólica de carácter religioso.

Es importante reseñar que si bien al islam se le considera inseparable, como religión, de la acción política y de la concepción del Estado, los dos hechos a los que acabamos de aludir serán, precisamente, los que exacerben la relación entre religión y política, extendiéndose, esa interacción, a otras comunidades religiosas cuya relación con lo político no siempre fue percibida como tan clara o necesaria.

Aunque es frecuente negar, en especial en la cultura occidental, que el elemento religioso sea una seña identitaria, hay que variar la mirada o, al menos adecuarla, a un horizonte diferente, cuando se contempla al mundo árabe y tomar en consideración que, además de las señas habituales de pertenencia a un territorio y a un área lingüística, el mundo árabe se percibe y es percibido con la seña añadida de la marca religiosa.

Este hecho se da tanto en los grupos humanos que profesan la religión mayoritaria como en aquellos que pertenecen a confesiones marginales o minoritarias. De manera que hay que tener en cuenta que existe una especie de reacción en cadena que transmite de unas comunidades a otras esa necesidad de la definición religiosa como señal de identidad.

El colonialismo y la creación del Estado de Israel, seguido de las interminables guerras árabo-israelíes, fomentaron y fomentan en el mundo árabe la necesidad de, por una parte, revitalizar el islam como seña de identidad y, por otra parte, presentarlo como motor autóctono de progreso.

Ambas reacciones se fundan en el sentimiento de fascinación-rechazo por el mundo occidental, así como en el convencimiento de que el progreso es necesario para reequilibrar la correlación de fuerzas en el concierto de las naciones y favorecer la unidad de los países árabes, a pesar de las múltiples diferencias de toda índole que los separan.

La intervención extranjera en los asuntos de los territorios árabes, el trazado de fronteras más o menos ficticias, el sostenimiento de determinados regímenes, frente a otros grupos internos, etc., se apoyó, especialmente, en las diversas comunidades religiosas existentes en los lugares objeto de colonia. Hay que señalar que este factor se complica considerablemente si se toma en consideración que existe, además, en muy numerosos casos, una relación directa entre etnia y religión. De manera que las potencias coloniales jugaron el papel de dividir aún más un entramado social complejo, fragmentándolo no sólo en razón de sus creencias, sino de sus diferencias raciales o de origen y en su diversidad lingüística, lo que desequilibró la frágil coexistencia, bajo el paraguas común de una única cultura dominante de marcado tinte musulmán, de los distintos grupos.

Dicho de otro modo, las comunidades que habían sufrido un largo y a veces fructífero proceso de asimilación, se vieron obligadas o empujadas a reivindicar sus diferencias, favoreciendo con ello la disgregación interior y fomentando la disidencia.

Andando el tiempo, cuando en el mundo árabe dejan de percibirse como positivos los resultados de la colonia y surge con fuerza un movimiento nacionalista que apuesta por la independencia de los diversos territorios, las diferencias, fomentadas y exacerbadas artificialmente, se anulan en aras de un proyecto común más fuerte y de más altas miras. Lograr la independencia borra, momentáneamente, la diversidad religiosa, las dife-

rencias étnicas e, incluso, la parcial reivindicación de unas identidades separadas. Este fenómeno afectará no sólo a las comunidades no-musulmanas, sino y muy particularmente, a muchos grupos musulmanes de pensamiento tradicional, renovador, liberal o fundamentalista. En muy buena medida y sin entrar en matices, todos los árabes, independientemente de su adscripción religiosa, política o ideológica, se unirán para rechazar a las potencias coloniales.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, una vez culminados los procesos de independencia, los gobernantes autóctonos de los nuevos países arrinconarán o usarán a su conveniencia y con el solo fin de mantenerse en el poder a determinados grupos, fueran musulmanes o no. Estas persecuciones o alternancias en el favor de los gobernantes colocarán, a muchos de los grupos organizados bajo una bandera religioso-política, en la necesidad de encastizarse y radicalizar sus posiciones.

Un fenómeno frecuente que se ha producido en algunos países musulmanes, no sólo del área árabe, sino fuera de ella, es la confusión entre «gobierno» y «Estado», de tal modo que los errores cometidos por un determinado gobierno generan una contestación que ataca a las bases del Estado o que es entendida por el poder como anti Estado.

En estos casos, es moneda corriente, en especial si el Estado se proclama como islámico, es decir, como producto de una revitalización del islam, que se crucen, en el ámbito político, acusaciones de impiedad y herejía. En este mismo sentido, pero con otros signos diferentes, es también frecuente oír en boca de los políticos, laicos por otra parte o no militantes en un partido religioso, invocaciones cargadas de elementos simbólicos pertenecientes al ámbito de la religión porque se aseguran así la comprensión y el apoyo de las masas creyentes.

De manera que los dos acontecimientos a los que aludíamos anteriormente; la colonización y la creación del Estado de Israel, que, en un primer momento, favorecieron la unidad de los árabes, al margen de sus adscripciones religiosas; a la larga han favorecido un recrudescimiento de las banderías. Este resultado es debido en muchos casos a la incuria de los gobiernos propios y, en casi todos los casos, por la pugna entre los dos grandes bloques de la época de la llamada guerra fría por crear zonas de influencia, y, más recientemente, por el colonialismo encubierto que ejercen Estados Unidos.

Las relaciones de la Unión Europea con el mundo árabe, en materia de cooperación en todas las áreas, aunque aún se hallen en proceso de esta-

blecimiento y funcionen con cierta precariedad, pueden asegurar un nuevo giro a esta situación, de tal modo que el panorama político-social se estabilice y adquiera un ritmo de desarrollo adecuado, lo que permitirá, de alguna manera, reordenar igualmente el panorama religioso. Es posible que en los años venideros la coexistencia de las diversas comunidades religiosas o étnico-religiosas vuelva a tener su espacio propio y se fomente una situación más armónica. Por el momento, el retrato de la coexistencia de las diversas confesiones es complejo y abigarrado, plural y tenso.

A la complejidad de los procesos ya descritos hay que añadir de forma singular un fenómeno que se ha acrecentado, por razones de inestabilidad política, por causa de la pobreza o por desastres naturales, como es el de las migraciones masivas dentro de territorios mayoritariamente musulmanes o la emigración hacia Europa que, de alguna manera, desplaza el foco de interés por la evolución de la coexistencia religiosa al ámbito europeo, produciendo reacciones de todo tipo, desde el cierre de fronteras, pasando por brotes de xenofobia, hasta la creación de legislaciones nuevas que favorezcan y acojan los derechos de ciudadanos que profesan una religión mayoritaria en el lugar de origen, pero minoritaria en el país de acogida, y las tensiones que esto crea en los Estados europeos que se apoyan en principios laicos.

En resumen, el mundo árabe de la cuenca mediterránea es no sólo un área muy extensa, cuyos extremos alcanzan casi el centro de África o el Asia más lejana, sino que es un área donde coexisten, desde antiguo y, en particular, desde la expansión del islam, múltiples confesiones religiosas que, si bien durante bastantes siglos se uniformaron relativamente bajo la capa de la civilización musulmana, por causa de los acontecimientos del siglo xx, han visto reforzadas sus diferencias. Esta cuestión no sólo afecta a las confesiones no-musulmanas, sino también a todos los musulmanes de una u otra orientación y ha llevado a muchos árabes a hacer de la religión una bandera política más, que, unas veces, se manifiesta de forma más o menos democrática y pacífica, pero que, con cierta frecuencia toma tintes de violencia y llega a la lucha armada.

La situación en el área más occidental

Los países que ocupan esta área geográfica del mundo árabe son de indudable mayoría musulmana suní, aunque hay que dejar constancia de que durante algo más de un milenio se establecieron, asimilándose

cultural y lingüísticamente, numerosas comunidades judías. En particular, en Túnez, Marruecos y Argelia.

Estas comunidades emigraron masivamente, tras los procesos de independencia, al nuevo Estado de Israel, a Hispanoamérica o a Francia. El caso de los judíos argelinos es particularmente interesante puesto que ellos tuvieron un trato de favor por parte de la potencia colonizadora, Francia, antes de la Segunda Gran Guerra, pero lo perdieron a causa del antisemitismo del gobierno de Vichy. Posteriormente lo recuperaron y muchos de ellos, teniendo nacionalidad francesa, al lograr Argelia su independencia, se asentaron en Francia. Este trato se corresponde con el modelo seguido tanto por Francia como por Gran Bretaña de dividir a las sociedades de las colonias, apoyándose en diferencias étnicas, religiosas, lingüísticas o culturales. Un trato semejante con variantes y diversos avatares se dio a las comunidades bereberes, frente a las árabes, tanto en el caso marroquí como en el argelino.

En Marruecos, durante el periodo de lucha nacionalista algunos miembros destacados de la comunidad judía se adhirieron a movimientos de izquierda, de corte socialista o comunista, luchando codo con codo con musulmanes más o menos laicizados, para lograr la independencia. No obstante la monarquía alawí persiguió y encarceló a la mayoría de los militantes de estos grupos o les obligó a exilarse.

Desde el punto de vista religioso, Mauritania o Libia presentan también un panorama bastante homogéneo, aunque el primero de estos países ofrezca una gran complejidad racial y lingüística. Ambos países han proclamado sistemas de gobierno propios en los que la revitalización musulmana se une a una concepción de carácter socialista muy especial. Mauritania, por una parte, ha favorecido la reislamización como modo de contrarrestar las tensiones multirraciales del país, ya que la fe musulmana es una seña de identidad que favorece la cohesión. En tanto que en Libia, la reislamización promovida por el coronel Gadafi, según su propia interpretación, expuesta en su Libro Verde, publicado entre los años 1976 y 1979, ofrece una serie de peculiaridades muy notable, en las que se combina el Corán como base legal y el poder popular como poder decisorio, aunque, de hecho, se trate de un régimen personalista y dictatorial.

A partir de finales de los años setenta, tanto en Marruecos como en Argelia, se ha producido una revitalización de movimientos proislam de carácter más o menos fundamentalista.

En el caso de Argelia, algunos de ellos se han convertido en verdaderos partidos políticos o han optado por actividades terroristas, constituyendo ejércitos paralelos. Los objetivos últimos de estos grupos presentan la particularidad, común a otros movimientos, no tanto de rechazar injerencias extranjeras como de denunciar la corrupción y el desgobierno de los regímenes locales, sirviendo de cauce de expresión al descontento popular, causado por medidas de tipo económico que favorecían la depresión de las capas menos pudientes. Hay que señalar, no obstante que, en el caso argelino, un grupo fundamentalista como el Frente Islámico de Salvación accedió al poder por un proceso democrático, interrumpido por la intervención de terceros países.

En Marruecos, sin embargo, estos movimientos, aunque con cierta pujanza y reprimidos por el gobierno, no han conseguido una presencia tan fuerte, ya que el país posee aún una muy amplia base social que reside en pequeños pueblos y aldeas y que no es ilustrada y, por otra parte, su práctica del islam es muy tradicional y conservadora. Es significativo, como ocurre en otros lugares, que donde más han arraigado estos movimientos de carácter muy conservador y religioso es entre los estudiantes universitarios de las grandes ciudades.

Las comunidades cristianas de estos países, en el momento presente, están constituidas fundamentalmente por los descendientes de los colonizadores o por europeos que viven en el país y no presentan ninguna adscripción política relevante.

Estas zonas del occidente del mundo árabe presentan además de este carácter marcadamente homogéneo en cuanto a la adhesión mayoritaria de sus habitantes al islam suní, una serie de manifestaciones de la fe popular muy significativas y que juegan no sólo un papel importante como formas de interrelación de las diversas capas sociales, sino que actúan como modos alternativos de contestación.

Estas manifestaciones populares de la fe tienen su raíz, en todo el mundo musulmán, en el desarrollo de la mística que muy pronto caía en la piedad de las masas.

En todos estos países, pero en particular en Marruecos, Argelia y Túnez, funcionan desde muy antiguo diversas «cofradías». Se trata de organizaciones fundadas por alguna personalidad religiosa a la que el fervor popular concede el carácter de santo.

Estos personajes promovieron una serie de ritos particulares y prácticas, así como procesos de iniciación entre sus adeptos, que han seguido vigentes a lo largo del tiempo. Los seguidores de estas «cofradías» mantienen vivos los rituales, las peregrinaciones a lugares santos, a las tumbas de los fundadores o lugares de aguas medicinales, así como otras muchas actividades que, en algunos casos, se entienden como prácticas supersticiosas o, al menos, alejadas de la ortodoxia, como la adivinación o los estados de trance logrados por medio de estupefacientes. Resulta muy interesante señalar la participación de las mujeres en este tipo de sociedades religiosas, en algunos casos, semisecretas.

En muchos casos, estas «cofradías» han actuado como cauces para la contestación contra el poder, siendo perseguidas e incluso prohibidas, en tanto que, en otras ocasiones, han actuado como verdaderos aliados del poder ya que permitían transmitir consignas a las masas o atraerlas a la voluntad de los gobernantes.

En resumen, aunque el área más occidental del mundo árabe presente un panorama bastante homogéneo en el aspecto religioso, no deja de darse una cierta pluralidad que se advierte en las relaciones de los distintos grupos religiosos con el poder o con la adscripción a movimientos políticos. La participación de hombres de religión en los movimientos independentistas, la creación de partidos políticos con raíz religiosa, la promoción de revoluciones nacionales, aparente o formalmente, fundadas en la interpretación religiosa por parte de algunos líderes o la constitución de éstos como cabeza del islam, demuestran en cualquier caso la importancia del elemento religioso islámico en esta zona. Asimismo, no se debe olvidar que esa homogeneidad apunta a una práctica religiosa arraigada en las poblaciones de estos países, así como que la fe sirve de cauce a la expresión de la conciencia ciudadana.

En el Magreb, pues, el factor religioso ha de ser considerado en cualquier análisis que se lleve a cabo acerca de la situación de la zona. Esta realidad es, como veremos, extensible a otras áreas de mayor complejidad religiosa.

Un último aspecto que merece, al menos mención, es la presencia cada vez mayor de musulmanes procedentes de esta área geográfica en los países europeos y, en particular, en España. A este asunto ya hemos hecho alusión anteriormente, sin embargo, es digno de tener en cuenta que en las ciudades de Ceuta y Melilla, tras las elecciones locales del mes de junio de 1999, han adquirido un cierto peso político partidos cuya base

electoral y orientación se basa en las reivindicaciones y orientaciones religiosas de la población musulmana de ambas ciudades. Estos partidos, además de una serie de reivindicaciones ciudadanas ofrecen un marcado carácter confesional, aunque no hagan bandera estricta de su fe religiosa, pero sirven de cauce a la expresión de una serie de necesidades que no son compartidas por el resto de la población que no pertenece a la confesión musulmana.

La situación en el Macrek Occidental o Norte

PAÍSES AFRICANOS

Esta área de una gran amplitud está marcada por dos aspectos bien definidos. Por una parte una importante pluralidad religioso-étnica y, por otra, una diferencia significativa entre la zona más occidental y la más oriental.

Podríamos hacer un bloque africano, más o menos homogéneo, en el que incluir a Egipto y Sudán, caracterizado por la presencia de al menos tres comunidades religiosas diferentes; cristianos, musulmanes y animistas, a lo que hay que sumar diferencias étnicas importantes, que de manera simple se pueden resumir en población autóctona africana y población de origen árabe. Además, ambos países desde muy antiguo, han mantenido relaciones e intercambios de población, no siempre fáciles y armoniosos. Aunque Sudán quede algo alejado de la vertiente mediterránea, no debe olvidarse su existencia al examinar la situación de Egipto. Sudán, por otra parte, ha sido escenario de numerosas revoluciones de corte islamista en época contemporánea, empezando por la revolución del *mahdí* en el siglo XIX, hasta el presente, en el que hay un gobierno islamista que se une genéticamente al movimiento de los «Hermanos Musulmanes», cuyos ecos han favorecido o interferido en los movimientos islamistas de Egipto.

En Egipto, no sólo se encuentra la muy prestigiosa Universidad de Al-Azhar, que es punto de referencia obligado para la religión musulmana, sino que en ese país es donde vive la mayoría de los cristianos coptos, cuya Iglesia es muy antigua, con una larga y rica tradición, y que son considerados como los representantes de la población heredera de los antiguos egipcios. La comunidad copta, cuyo número es difícil de conocer con exactitud, constituiría en el presente, aproximadamente, un 10% del total de la población; es decir, entre seis y diez millones de personas, en cifras estimadas en el año 1995. Aunque su número no sea excesivamente alto, la presencia de grandes familias coptas en Egipto y su parti-

cipación en la política interior y representativa del país es muy alta. Durante el proceso de lucha anticolonial y de independencia de Egipto muchos coptos participaron activamente. Sin embargo, desde el resurgimiento de los movimientos islamistas, a partir de los años setenta, se han incrementado los ataques a esta comunidad.

Desde el punto de vista religioso, la Iglesia copta que, tras el Concilio de Calcedonia (451 d. de J.C.), se adhirió a la corriente monofisita, ha mantenido relaciones muy tirantes tanto con la Iglesia romana como con la Iglesia ortodoxa a lo largo de la Historia. La Iglesia abisinia, que dependía de ella, se separó, durante la colonia italiana de Etiopía, y desde el año 1936 se ha constituido en iglesia independiente. Esto proporciona a la Iglesia copta el carácter de iglesia nacional.

Las relaciones con el Gobierno egipcio, que mantiene una política de estricta no injerencia en los asuntos religiosos cristiano-coptos, han fluctuado a lo largo de los últimos años, pero lo más importante es que las comunidades coptas han sido objeto de ataques serios, en sus iglesias y bienes privados, por parte de grupos islamistas radicales.

Existe otro porcentaje difícilmente evaluable de cristianos católicos u ortodoxos, así como de protestantes, cuya representatividad es muy baja y cuya intervención en acciones políticas es irrelevante.

Entre los musulmanes de Egipto, la inmensa mayoría es suní, y desde este país, ya a mediados del siglo XIX, se han promovido diversos movimientos de carácter renovador del islam. Casi todos estos movimientos, en particular los de corte más moderado, tuvieron su causa primera en el reto que suponía el enfrentamiento con Occidente. Los de corte más radical, sin embargo, se producen más bien en contra de los gobiernos interiores. En cualquier caso, es muy significativo y digno de tomarse en consideración, por el peso específico que Egipto representa entre los países musulmanes del área mediterránea que, no sólo en él se asienta la Universidad de Al-Azhar, representativa de una corriente musulmana moderada y abanderada de lo que podemos denominar «corriente central» del desarrollo del pensamiento religioso, aunque muy conservadora, y es también la patria de uno de los movimientos reformistas que mayor influencia ha tenido y tiene en el mundo árabe musulmán, el de los «Hermanos Musulmanes». No es desdeñable, tampoco, para el análisis, la relación alternante de aceptación y persecución que el poder ha ejercido sobre este grupo.

La presencia de dos cuestiones más, marca el panorama religioso de Egipto. Por una parte, el arraigo entre las masas populares, sobre todo de las zonas rurales, de costumbres de origen africano y ajenas a las prácticas musulmanas, contra las que las autoridades, tanto religiosas como políticas, tratan de imponer soluciones que encuentran serias resistencias.

Por otra parte, la presencia de «cofradías» de origen místico, que tuvieron una gran presencia durante los siglos anteriores e incluso en el siglo XIX, siguen representando una de las manifestaciones de la devoción popular más importantes. El poder político ha establecido diversos mecanismos de control sobre ellas, colocándolas bajo la supervisión de la Universidad de Al-Azhar. Sin embargo, los expertos en materia religiosa las consideran fuera de la estricta ortodoxia. En los últimos tiempos, aunque su actividad sigue presente, el número de adeptos ha disminuido.

El panorama en Sudán es igualmente plural, pero mucho más complejo por el reparto de la población. De los 30 millones de habitantes de este país, aproximadamente un 60% son musulmanes suníes. Son cristianos entre el 7% y el 9% de la población y animistas entre un 18% y un 24%. Sin embargo, estas dos comunidades se concentran fundamentalmente en el sur del país, donde los animistas son el 80% y los cristianos el 20%. Un problema muy serio lo constituye, además, el proceso de migraciones y la llegada de refugiados de los países limítrofes, por lo que las poblaciones sufren constantes cambios y enfrentamientos entre comunidades.

El sur del país, donde se concentra la mayor parte de las poblaciones inmigrantes y de origen no-árabe, constituye un fuerte problema. La interferencia de las cuestiones religiosas en las decisiones políticas es constante. En el año 1964, el Gobierno sudanés decidió expulsar a todos los misioneros cristianos al considerar que en su proselitismo mezclaban ideas revolucionarias y antiestatales. Esta expulsión provocó un importante éxodo de población sureña hacia los países vecinos. A las tensiones de carácter religioso, hay que añadir tensiones étnicas entre los miembros de las diferentes tribus de esta zona.

A partir de los años ochenta, por impulso de líderes cristianos, se formó un partido y ejército rebelde que pretendía la segregación de las provincias del sur. La implantación de un régimen islamista, ya hemos dicho que heredero ideológicamente del movimiento de los «Hermanos Musulmanes», ha conducido a una verdadera guerra civil, entre cuyas causas hay que tomar en consideración la diferencia étnica y religiosa entre el sur y el norte del país.

PAÍSES DE ASIA MENOR

Donde quizá se presente un panorama aún más complejo y variado es en el área de Palestina, Israel, Líbano, Jordania, Siria e Irak. En particular, en los tres primeros países, en donde no sólo existe una gran pluralidad de confesiones religiosas, sino que todas ellas, musulmanes, cristianos y judíos, han desarrollado versiones políticas, bajo su propia bandera confesional, que, además, han generado movimientos de carácter violento o terrorista.

En este espacio geográfico, también han jugado un papel importante tres acontecimientos históricos de muy diversa índole, pero que han marcado de forma muy clara las relaciones entre las tres comunidades religiosas, así como sus posiciones políticas.

El primero y más antiguo de estos hechos es el de las Cruzadas que, si bien no tiene una incidencia directa en el presente, está en la base de la imagen que unas comunidades poseen de las otras. Asimismo, este acontecimiento contribuyó a que los habitantes de la zona consideraran como la primera de sus señas identitarias la pertenencia a una determinada confesión religiosa.

Ya a finales del siglo XIX la penetración colonial, quizá más que en ningún otro lugar del mundo árabe, combinó la injerencia política con la injerencia religiosa. Bajo el doble paraguas cultural y de protección a las comunidades cristianas de esos territorios, las potencias coloniales establecieron toda una red misionera que comprendía tanto la presencia de órdenes religiosas, como la creación de centros de enseñanza confesionales en todos los niveles de la educación. El prestigio de estas instituciones hizo que sus estudiantes no sólo fueran aquellos pertenecientes a confesiones cristianas, sino que también se encontraran en sus aulas estudiantes musulmanes. Si bien esta labor contribuyó a elevar el nivel cultural de los diversos países, en particular Líbano y Palestina, también es cierto que introdujo un elemento aculturador importante que de alguna manera trataba de favorecer una asimilación de los modelos occidentales. Este proceso, además de dividir a la población, fomentó relaciones aún más tensas entre las diversas comunidades, influyendo en su orientación política. Los efectos de esa política de división en facciones religioso-políticas se podía percibir con claridad en la guerra civil de Líbano y en la posición de determinados grupos, en particular cristianos, respecto al problema palestino.

El otro acontecimiento histórico que ha marcado no sólo la evolución de la zona, sino que ha afectado a todo el mundo árabe y a sus relaciones con Occidente ha sido la creación del Estado de Israel. Este pequeño Estado, incrustado en territorios tradicionalmente árabes en los últimos siglos, poblado por una mayoría de población inmigrante, cuya formación es básicamente occidental y centroeuropea, ha chocado y choca desde el primer momento, no sólo con la población árabe, en materia religiosa, sino que choca incluso con los propios judíos asentados en la zona desde antiguo que se hallaban inmersos en la cultura árabe, así como con los judíos emigrados al país y procedentes de otros territorios árabes como Siria, Irak, Argelia o Marruecos. La pluralidad religiosa dentro del propio judaísmo es inmensa y son muchos los grupos de carácter religioso que han adoptado actitudes fanáticas y violentas, frente a otros que rechazan la existencia del Estado de Israel, muchos de estos grupos están íntimamente relacionados con partidos políticos que van desde la ortodoxia radical a un cierto talante más abierto y muchos han alcanzado representación parlamentaria o incluso sirven de partidos «bisagra» para la formación de gobierno, así ha ocurrido en las elecciones generales del año 1999.

Un elemento sociológico de primera magnitud lo constituye el crecimiento demográfico que es muy dispar en las diversas comunidades religiosas de esta zona. Por una parte, ha habido una disminución en los miembros de determinadas confesiones cristianas, debido a la emigración. Mientras por otra, en los últimos tiempos, tanto judíos ortodoxos como musulmanes tradicionalistas, así como otros grupos de corte religioso muy conservador, en algunos casos pertenecientes a capas sociales con pocos recursos económicos, tienen un altísimo índice de natalidad. Es digno de mención el hecho de que la baja demografía que mantuvo Israel durante mucho tiempo, se ha visto compensada con creces por las últimas oleadas de inmigración, en particular de judíos de Rusia. Esta inmigración masiva, cifrada en casi un millón de personas, ha desequilibrado, además, la relación entre judíos y árabes que son ciudadanos del Estado de Israel y que se computaban en unos 900.000 en el año 1995, a pesar de que los índices de natalidad son más altos entre los árabes que entre los judíos. También existen factores importantes como las tasas de mortalidad infantil o de longevidad, muy dispares entre árabes y judíos.

De manera que se combina la falta de formación o de recursos económicos con la orientación religiosa. En muchos de estos países, pero en particular en Israel y Líbano, por razones diferentes, el equilibrio político

estaba sostenido, en buena medida, por el número de miembros de cada una de las orientaciones religiosas. Al cambiar este número de manera vertiginosa, ha producido una desestabilización en el precario equilibrio existente. Sin entrar en la discusión acerca de si los equilibrios políticos deben basarse en una mayor o menor presencia de miembros de una comunidad religiosa o no y si el método es positivo o negativo, no cabe duda de que este fenómeno que va en aumento ya está produciendo sus efectos en el terreno político.

En relación con el colonialismo, ya queda dicho que cada uno de los diversos grupos religiosos, donde se desarrolló sin duda una fuerte conciencia nacionalista, sin embargo, se adhirió a diversas orientaciones políticas y a acuerdos con diversas potencias extranjeras. Todavía son perceptibles, en muchos de estos países, las simpatías y las influencias ejercidas por determinadas antiguas potencias coloniales en la adscripción política de los ciudadanos.

Líbano, Palestina, Israel y, en parte, Jordania y Siria presentan un panorama religioso muy semejante en cuanto a confesiones cristianas, aunque repartidos de forma muy irregular. En Jordania, por ejemplo, existe una minoría de cristianos, fundamentalmente greco-ortodoxos y greco-católicos que no alcanza más allá del 2% de la población, más un número poco relevante de armenios.

El caso del Líbano, en cambio, es un caso particular pues existe un alto porcentaje de cristianos de diversas confesiones, como maronitas, cerca de un 30%, greco-ortodoxos, un 10%, greco-católicos un 6%, armenios ortodoxos, armenios católicos, protestantes y sirios ortodoxos, que alcanzan un 6%. Esta misma pluralidad se observa entre los musulmanes que siendo un 49% de la población, se reparten en suníes, 22%, shiíes 20% y drusos 7%. El equilibrio entre las comunidades ha sufrido muchas alteraciones por las causas ya expuestas y, al ser una república que repartía el poder en cuotas proporcionales a las confesiones existentes, es evidente que el crecimiento demográfico o la emigración han jugado y juegan un papel político importante. Es significativo que este sistema, establecido por la potencia colonial al alcanzar Líbano la independencia, hiciera que en los momentos de conflicto prácticamente todas las confesiones religiosas desarrollaran su brazo político e incluso su brazo armado.

En el caso de Siria, existe una amplia fragmentación de carácter etno-religioso. La mayoría de la población es musulmana suní y alcanza el 70%.

Sin embargo, se computa en este porcentaje a los kurdos, no-árabes, que constituyen un 7%. La minoría más numerosa la constituyen los miembros de la comunidad alawí o nusayrí, que son un 10% o 12% de la población, los drusos son un 3% y las distintas Iglesias cristianas constituyen el 5% o 6%. Además, existen otras minorías como los yazidíes o los judíos. Por otra parte entre un 1,5% y un 3% de la población es beduina.

Irak, por su parte, presenta un panorama religioso de una relativa menor pluralidad y atomización de la población, aunque hay que constatar que existen numerosos grupos que combinan las señas de identidad religiosas con las étnicas y que han producido tensiones en muchos momentos de la historia más reciente.

En un 80%, la población iraquí es árabe. Un 25% de la población árabe son musulmanes suníes, en tanto que el 50 o 55% son musulmanes shiíes. Los kurdos, asentados al norte y noreste del país, son mayoritariamente suníes y constituyen entre el 15% y el 20% de la población total. Un 4% de la población global son cristianos, pertenecientes a muy diversas Iglesias; la mayoría pertenecen a Iglesias católicas uniatas. Por número de adeptos están nestorianos, jacobitas, armenios, caldeos uniatas y sirios católicos y otras confesiones con muy pocos fieles.

La variedad étnico-religiosa se completa con una serie de grupos que poseen lenguas diferentes o hábitos sociales diversos como el caso de grupos de lengua turca, un 5% de población beduina, semisedentarizada, o de yazidíes, sabeos-mandeos o judíos. Estos últimos muy disminuidos en número. Las tensiones entre el elemento suní, dominante, y el elemento shií, se agravaron durante la guerra entre Irán e Irak (1980-1988) por medio de la que, además de dirimirse viejas reivindicaciones de carácter estratégico y territorial, el imam Jomeini pretendía exportar la revolución islámica al país vecino, con una importante población shií.

La población kurda, repartida por diversos países limítrofes es causa también de constantes tensiones que no tienen tanto que ver con su orientación religiosa, pero sí con las diferencias étnicas.

Los cristianos de Irak han mantenido desde antiguo relaciones de integración y diálogo con el Vaticano, así como unas relaciones aceptables con el poder político. En tiempos cercanos, por boca de sus autoridades eclesiásticas, han presentado un rostro de Defensa Nacional, en particular en los momentos inmediatamente posteriores a la primera guerra del

Golfo, recriminando, en buena medida, a Europa que apoyara la iniciativa norteamericana de intervención militar y en particular el bloqueo económico al país.

La pluralidad religiosa en esta zona del mundo árabe mediterráneo es como se ha podido ver muy amplia y compleja. A ello hay que sumar diferencias étnicas notables y las diversas relaciones que cada uno de los grupos ha mantenido con el poder interior y con potencias extranjeras, así como en las alianzas y conflictos entre unos países y otros. Si en el Magreb el peso específico del elemento religioso era digno de consideración, en esta zona del Macrek lo es aún más.

La situación en el Macrek Extremo

Ya hemos dicho que en este territorio, cuya relación geográfica directa con el Mediterráneo es menor, pero cuya influencia general en las relaciones religiosas no debe marginarse, no sólo por el valor representativo que tiene en sí misma, sino por la influencia que ejerce en numerosos acontecimientos políticos y de relaciones internacionales, hemos de considerar a todos los países árabes que se hallan en la península Arábiga, de entre los que quizás los más representativos sean Arabia Saudí y Yemen:

El primero de estos países por ser la cuna del islam y conservar los principales lugares santos de esta confesión ya ocuparía un lugar propio en esta descripción. Sin embargo, no es ésta la única razón por la que ha de figurar. Si bien se trata de un país mayoritariamente musulmán suní, que sigue las doctrinas del wahabismo, derivadas de la escuela clásica Hanbalí de Derecho musulmán, una forma fundamentalmente conservadora de islam, no se debe ignorar que existe un nunca censado número de musulmanes shiíes así como una cierta población de origen yemení que profesa el zaydismo. La riqueza del territorio saudí y los conflictos económicos y políticos de otras zonas del mundo árabe han favorecido que se convierta en un país de inmigrantes laborales, que constituyen aproximadamente un 20% de la población, estimada en unos 20 millones, a finales de los años noventa. El caso de Yemen, país unificado a partir del año 1990, es singular por las diferencias sociales, religiosas y políticas. Dividido en dos Estados, Yemen del Sur y Yemen del Norte, a lo largo de casi todo el siglo xx, presenta una población en el Norte constituida fundamentalmente por un 46% de zaydíes y un 50% de musulmanes suníes de orientación shafíí. Además subsiste la organización tribal.

En tanto que la población sureña es mayoritariamente árabe suní y políticamente tomó una orientación más bien izquierdista, frente a las posiciones más conservadoras del Norte. La conjunción de estos elementos, las diferencias religiosas, las diferencias de organización tribal y la orientación política, además de la injerencia en sus asuntos de Egipto y Arabia Saudí, han marcado la historia reciente de este país. En el momento actual, persisten esas diferencias, aunque, desde la unificación se han borrado todos los signos diferenciadores de Yemen del Sur. Un partido islámico reformado y reformador reivindica desde la unificación la implantación de la *sharia* como ley de Estado y sus relaciones con el poder son bastante tensas, ya que éste está controlado por tecnócratas formados en el Sur y de orientación más bien izquierdista. La consolidación de este régimen se ve, además, impedida por razones económicas y por los restos de rivalidad interior.

Islam y civilización; religión y cultura

En el rápido repaso histórico y geográfico que hemos llevado a cabo, ya se perciben algunos de los elementos significativos en la relación entre religión y cultura. El islam, como cualquiera de las grandes religiones tiende a constituir un modo de vida, influyendo en el comportamiento social y personal de los individuos, y condicionando sus manifestaciones creativas y sus intereses científicos.

Esta capacidad de las religiones conforma no sólo los hábitos alimentarios de los creyentes sino hasta sus formas de vestir, de habitación o de comportamiento. En otro lugar ya hemos hecho alusión a cómo incluso la disposición de las ciudades islámicas, a lo largo y ancho del mundo musulmán, presenta características comunes que las identifican como tales, a pesar de las diferentes tradiciones sobre las que el islam se asienta, pues todas ellas responden a un sistema simbólico común y característico de esta religión.

Este hecho, referido a la impronta cultural del islam, se manifiesta por una tendencia, a simple vista, paradójica de asimilación de tradiciones foráneas y de adaptación y adopción transformadora de las mismas. Pues, así como en los inicios, el islam incorpora elementos de la propia cultura semita, a los que se suman algunos de las culturas persa y griega, asimismo los dota de una islamidad clara que los diferencia de sus orígenes primeros, dando como resultado otro producto que reconocemos con cierta facilidad como propio del islam.

En el contexto en el que nos situamos preferentemente, es decir, en el mundo árabe y, más concretamente, en el área mediterránea, son muchos los pueblos que comparten unas mismas fuentes religiosas y que reciben la impronta de culturas compartidas. Sin embargo, el islam, que ocupa la zona sur del Mediterráneo aparece como esencialmente diferente en su cultura de las poblaciones del norte de ese mismo mar, que se desarrollan bajo el dominio básico del cristianismo, con el aporte de la latinidad.

Esta diferencia supone la existencia de dos sistemas simbólicos diversos a una y otra orilla que, aunque poseen puntos comunes; la creencia en un único Dios o una visión trascendente de la vida humana, e incluso una convivencia y, por ello, una cierta mimesis en algunos aspectos fenomenológicos y de contenido, no obstante se ven a sí mismos como totalmente independientes sino contrarios en muchas ocasiones.

Hay que tener en cuenta, así mismo, que mientras que el cristianismo no posee una lengua de religión ni la ha poseído nunca; las Iglesias cristianas desde muy pronto han escogido sus propias lenguas litúrgicas en relación casi siempre con la lengua de los hablantes, el islam es la religión de los árabes y su lengua es el árabe, lengua en la que se produce la revelación y en la que se recoge la Escritura. De tal manera es fuerte esta realidad que muchos pueblos adoptan la lengua árabe como lengua vernácula al convertirse al islam y, si conservan la suya propia, al menos emplean durante siglos la grafía árabe para escribir lenguas que pertenecen a otros sistemas lingüísticos diferentes del árabe.

Asimismo, es curioso señalar que algunas comunidades minoritarias dentro del mundo musulmán, aún habiendo adoptado el árabe como lengua hablada y escrita, emplean en sus escritos otro alfabeto, como el alfabeto hebreo en el caso de los judíos o el siríaco en el caso de algunos cristianos, con lo que intentan mantener, al menos en parte, una identidad cultural separada.

La lengua, por otra parte, es el vehículo fundamental de la expresión cultural, en particular, en una civilización que, por razones también religiosas, elimina otras artes representativas y simbólicas como es el caso de la pintura o la escultura. Una religión anicónica como el islam recurre a la escritura, entre otros motivos (geométricos o florales), para la ornamentación tanto de los lugares de culto como para los que no tienen ese fin. Esta estrechísima relación entre religión y lengua está en la base de esa uniformidad que percibimos y fomenta la confusión entre el concepto de árabe y musulmán, porque nos resulta a veces difícil usar esos términos con propiedad.

Cuando durante muchos siglos un imperio como el Imperio musulmán mantiene su dominio sobre una gran extensión de territorios es muy fácil, aunque podamos verlo como una simple moda, que se produzca una asimilación de aquellos que viven en esos territorios y que no pertenecen a la comunidad musulmana. De una forma natural, cristianos, judíos, animistas y paganos adoptarán las corrientes en boga en su ámbito, todas ellas marcadas por el sistema simbólico del islam.

Cuando el mundo árabe se pone en contacto con el mundo occidental y cuando se crea el Estado de Israel se producen dos hechos de gran magnitud. Reaparecen en el mismo marco geográfico dos sistemas simbólicos que ya existían; el sistema simbólico cristiano y el musulmán. Pero el cambio supone que el sistema simbólico de raíz islámica, que había sido el sistema dominante en el área, se enfrenta con el sistema simbólico del cristianismo, en una perspectiva de franca inferioridad, muy diferente de la situación anterior. De ahí que sea lógico que se produzca una serie de movimientos renovadores dentro del islam que intenten devolver a esta religión la preeminencia de su sistema simbólico o al menos una igualdad con los otros sistemas antagónicos, ya que el judaísmo del Estado de Israel aparece como un refuerzo de la imagen del occidental y europeo, que se proclama, no sólo cristiano, sino judeo-cristiano.

Es también lógico que aquéllos que se habían asimilado, al menos parcialmente, recuperen en buena medida la verdadera dimensión de sus propios sistemas y su capacidad de adaptación al medio se vuelva más conflictiva. Ambas tensiones coexisten y comparten, además, una serie de avatares históricos que, a pesar de ciertos éxitos parciales, no han devuelto al islam aún su conciencia interior de igualdad y que permiten mantener en Occidente la conciencia de superioridad, sin que, por lo menos Europa, parezca percibir que ella misma está empeñada en un largo proceso de reunificación y de búsqueda de su propia identidad, no sólo en el ámbito de lo religioso, sino en el de lo cultural y étnico.

No obstante la diversidad a la que ya hemos hecho mención y que se manifiesta no sólo en la coexistencia de diversas confesiones, sino en la división interna del propio islam, hay que insistir una vez más en la homogeneidad del dogma y de la práctica en general entre los diversos grupos musulmanes, lo que permite hablar de una unidad por la fe.

La pertenencia a una misma comunidad, la *umma* de los tiempos fundacionales, es una cuestión que sigue viva y sirve de elemento de cohesión. Tanto es así que los movimientos extremistas o excesivamente conserva-

dores e incluso fundamentalistas, aunque rechazados por muchos musulmanes, son más fácilmente asimilables y comprensibles que movimientos de carácter foráneo.

Dicho de otro modo, conceptos o comportamientos occidentales que se expanden como modelos en el planteamiento contemporáneo de la globalización o mundialización son rechazados por muchos musulmanes, porque se perciben como totalmente ajenos, mientras que aquellos otros movimientos o conceptos que parten de la propia raíz musulmana, aunque sus posiciones, en algunos casos extremas y violentas, repugnen a la conciencia de muchos musulmanes, les resultan más fácilmente aceptables o comprensibles.

En cualquier caso y sin ignorar que existen movimientos radicales, existe una corriente moderada, producto de una larga reflexión que arranca desde mediados del siglo XIX, momento en que surgen las grandes figuras renovadoras en materia religiosa.

Esta corriente moderada que es fiel a su tradición y a su propia reflexión podríamos denominarla «corriente central» o bien «gran tradición» y posee una larga historia dentro del desarrollo musulmán, tanto suní como shií, pues no sólo responde, en el momento actual, a la historia más reciente del renacimiento del pensamiento musulmán, sino que ha tenido representantes en todas las épocas.

Esta corriente central es, por ejemplo, la representada por la Universidad de Al-Azhar en Egipto y es con la que el Vaticano, en sus esfuerzos por lograr un avance ecuménico de comunicación entre los creyentes, ha establecido relaciones desde hace bastante tiempo.

Hay que señalar que, en particular, la Iglesia católica ha variado de unos años a esta parte su posición con respecto a los creyentes de otras confesiones. El interés del Vaticano por el mundo árabe se centró en la defensa de los cristianos que allí vivían y, desde el siglo XVIII, llevó a cabo una labor de captación de muchas de las Iglesias cristianas del Oriente Próximo atrayéndolas a su órbita, aunque manteniendo su cierta independencia y sistemas jerárquicos particulares.

Sin embargo, en el momento actual, mantiene una serie de contactos periódicos con autoridades musulmanas en materia religiosa para lograr un lenguaje común y un mejor conocimiento mutuo. Desde ambas partes se considera que el diálogo y el mejor conocimiento en materia religiosa pueden contribuir a un acercamiento y una relación más fluida en otros terrenos.

Esa corriente central en materia religiosa y el fomento de los encuentros interreligiosos, así como entre laicos y hombres de religión podrían ser muy fructíferos.

Aunque el islam carece de una jerarquía organizada, si bien el islam shií es mucho más «clerical», los expertos en materia religiosa musulmanes han fomentado la unión intramusulmana, creando diferentes organismos que promueven el acercamiento entre los diversos grupos y que tiene una gran proyección social e incluso política. Estos movimientos unitarios o unionistas se favorecieron en un principio desde el islam asiático, India y Pakistán o Indonesia, pero, en los últimos años, Arabia Saudí, gracias a su poder económico, ha contribuido a la creación y sostenimiento de muchos de estos organismos. Su mayor peso, sin embargo, no lo tienen en el ámbito de lo puramente religioso, sino, más bien, en los intentos de adecuación de la vida ciudadana a los dictados de la *sharia*. Así, han contribuido a la creación de un banco musulmán que se ajusta a los mandatos de la ley musulmana, eliminando los intereses y otras características propias de los sistemas financieros occidentales. También han proclamado líneas maestras para la elaboración de constituciones y códigos de derechos humanos válidos para los países musulmanes.

En este sentido, intentan conciliar las propuestas de orden social, religioso y político de diversos grupos fundamentalistas que hacen más hincapié en posiciones revolucionarias y antigubernamentales.

Islam y política; las relaciones de la religión con la concepción de Estado

Con mucha frecuencia, se dice que el islam es una religión indisoluble ligada al Estado. Siendo cierto que el islam es una religión comunitaria, cuya cabeza rectora lo es de lo que hoy entendemos por ámbito civil y de los aspectos religiosos, hay que decir inmediatamente que no concibe esa íntima relación como el necesario establecimiento de un Estado teocrático. Ni siquiera el islam shií, que parece defender una idea de legitimidad del gobernante por la vía de la consanguinidad con el Profeta, lo es.

El Estado, tal como se concibe desde el islam, es más bien un modo de organización social, donde prevalece la norma basada en la revelación sobre la legislación elaborada por el hombre sin referencia a la revelación. Ello no quiere decir en ningún caso que el gobernante sea un representante de Dios sobre la tierra.

Por otra parte, existe una realidad histórica de desarrollo del islam como religión de Estado que supone que los gobernantes no han de ser siquiera entendidos en la religión, sino que, normalmente, se han rodeado de expertos que les han asesorado sobre las distintas materias.

Como apuntan algunos autores, desde la desaparición del Califato, esta desconexión entre el Estado propiamente dicho y la religión es manifiesta, no tanto en el sentido occidental de separación entre Iglesia y Estado o en la concepción laica del mismo, sino en la no-intervención de los hombres de religión en asuntos de gobierno, aun cuando el Estado siga siendo confesional y recabe la asesoría de los ulemas para la elaboración de su legislación.

Sin embargo, es de señalar que los gobernantes con mucha frecuencia, a lo largo de toda la historia del islam, han tenido especial cuidado en no herir los sentimientos religiosos de sus súbditos, pues la fe de las masas ha estado y está bastante arraigada.

El conflicto se plantea más en una visión aportada desde Occidente, según la cual el peso de lo religioso no ha de afectar a las decisiones de gobierno ni ha de constituir la base que inspire a la constitución del Estado. Esta forma de pensamiento establece la dicotomía entre tradición y modernidad y entre sociedades tradicionales y sociedades modernas, concebidas las primeras como comunitarias y las segundas como individualistas. Así mismo relega el ámbito de lo religioso al terreno de lo privado, en tanto que lo colectivo, entendido como público, ha de ser necesariamente neutro en materia religiosa.

Lo que hemos llamado «corrientes centrales» o «gran tradición» representa una forma de aproximación a lo político desde la moderación y el intento de conciliar las exigencias del mundo contemporáneo a lo demandado por la fe. Sin embargo, esta reflexión interna que en el mundo árabe y en el musulmán en general se ha llevado a cabo a través de los siglos de una forma prácticamente constante, y en particular muy activa hasta los siglos XIII-XIV, desde mediados del siglo XIX no responde tanto a retos internos de transformación, sino más bien a la constante presión exterior y al contraste con el modelo occidental. Este modelo que se extiende y se pretende como más democrático, abierto y plural, de alguna manera se percibe como un modelo ajeno que atenta constantemente contra las esencias propias. De manera que la implicación de lo religioso en lo político en el islam no es tanto una cuestión que surja de la propia religión sino más bien como un efecto secundario a la presión externa.

Este efecto rebote se percibe en la posición de muchos intelectuales que ocupan tanto la banda de la asimilación como la de la total diferenciación; desde aquéllos que son partidarios de relegar lo religioso a lo privado, sin renunciar a su poder simbólico público, hasta los que consideran que el Estado ha de ser forzosamente confesional.

Dicho de otro modo, los musulmanes que se implican en política, haciendo de su religión bandera ideológica no se están planteando tanto un modelo diverso de organización política, puramente, sino la recuperación de sus esencias propias; es decir, de una identidad separada. Es significativo que muchos movimientos marcadamente islamistas se comporten como partidos políticos, desarrollen brazos armados y lleguen a recurrir al terrorismo, comportándose como partidos de corte nacionalista radical o simplemente revolucionarios y antirégimen.

En realidad, no son movimientos estrictamente de reflexión religiosa, sino que responden a la necesidad de encontrar una vía alternativa a ideologías políticas importadas y cuya aplicación se entiende que ha fracasado estrepitosamente en sus respectivos países, generando pobreza, marginación y desde luego sin contribuir a que el país concreto alcance un lugar de respeto entre las naciones.

A estas situaciones de depresión y marginalidad es a las que ha respondido con verdadera fuerza aglutinadora y liberadora, en otras épocas, la adhesión popular a prácticas místicas y a las «cofradías». Ellas han actuado, en muchos momentos, como válvulas de escape al desencanto o a la conciencia de la distancia existente entre los intereses populares y los de los gobernantes. Por ello mismo, en ocasiones han actuado también como cauce para reflejar y estimular la conciencia ciudadana. Sin embargo, perseguidas por los poderes públicos, como provocadoras de disidencias y contestación, y por los religiosos, que acusaban a las «cofradías» de fomentar prácticas supersticiosas, las «cofradías», a partir del último tercio del siglo xx, han ido quedando más como una reliquia del pasado y han adquirido, en muchos lugares, o bien un aspecto plenamente clandestino, semejante al de las sectas en la cultura occidental, o un aspecto folclórico que nada tiene que ver con sus orígenes.

El espacio que ocupaban las «cofradías», que además de canalizar necesidades espirituales de las masas populares, actuaban como un revulsivo social, lo han venido a ocupar determinados grupos fundamentalistas, constituidos o no en partidos políticos. Ellos, además, han desplazado en los últimos años la contestación del exterior al interior de los países. En ese

sentido, es interesante no perder de vista algo que ya se ha dicho; durante los periodos de liberación del colonialismo, las barreras ideológicas, fueran políticas o religiosas, quedaban difuminadas ante un enemigo común, en tanto que, desaparecido ese enemigo, al menos aparentemente, la contestación se vuelve hacia el interior y contra los propios gobernantes.

Por todo ello, es digno de tener en cuenta el esfuerzo que llevan a cabo organismos musulmanes pertenecientes a la «gran tradición» para elaborar estructuras políticas que respondan al espíritu de la propia fe o que sean capaces de establecer un diálogo fructífero con otros grupos de creyentes. Sin embargo, también es cierto que, en buena medida, muchos de estos organismos terminan sirviendo a los intereses de los países que los financian.

Conclusiones

En el panorama, más bien descriptivo que valorativo que hemos llevado a cabo, se observa una serie de hechos que conviene retener.

En primer lugar, hemos insistido suficientemente en la pluralidad religiosa del mundo árabe y en particular de las áreas más significativas del Mediterráneo. Esta pluralidad real se contrapone de manera paradójica a la visión monolítica que se tiene desde el exterior y también a la percepción igualmente unitaria que se quiere presentar desde el interior.

Esa pluralidad ya fue causa de conflictos en el pasado, pero las tensiones se han agravado en el siglo xx de manera considerable, pues lo que fueron conflictos internos debidos al devenir de la propia historia, se ven fomentados desde el exterior y sirviendo a intereses que son ajenos.

También hay que tener en cuenta que la diversidad de confesiones quedaba en alguna medida abolida, al menos parcialmente, por la inmersión de las comunidades no-musulmanas en la cultura dominante. La irrupción de Occidente plantea también la alternativa de un modelo cultural diferente que contribuye a marcar las diferencias entre las confesiones. Este fenómeno, llevado a sus extremos por la idea de la globalización, que parece entenderse como «uniformación» de las sociedades humanas, no sólo ha hecho brotar el rechazo en el mundo árabe, sino que provoca el renacer de numerosos nacionalismos o etnicismos más o menos virulentos en todo el Mundo. En este sentido hay que considerar que la seña religiosa aparece ligada con frecuencia a formas de organización social, a etnia, a lengua y

a territorio y, según se combinen estos elementos, la religión puede ser un factor cohesionante o perturbador y disgregante, de ahí que el poder político lo pueda usar en una u otra dirección, según sus intereses.

Dicho de otro modo, el factor religioso es un arma de doble filo, si se proyecta sobre ámbitos que no son los propios del desarrollo espiritual de los grupos humanos y si no responde estrictamente a las preguntas sobre lo misterioso. Aunque resulte de todo punto inseparable del desarrollo y la manifestación culturales y, en esa medida, un factor de cohesión o de diferenciación de las estructuras sociales y comunitarias.

Desde el punto de vista estrictamente religioso, hemos señalado cómo en muchos territorios se desarrollan fenómenos que se producen en el seno de todas las grandes corrientes religiosas: fenómenos que se manifiestan en actitudes fundamentalistas o ultraconservadoras, corrientes que responden a lo que hemos llamado «corrientes centrales o pertenecientes a la gran tradición»; desarrollos de la religiosidad popular que van desde la vía mística, en la organización de cofradías, hasta la síncretismo de elementos dogmáticos animistas o politeístas ajenos al espíritu del islam, como el caso de algunos grupos religiosos, u otras prácticas rituales que nada tienen que ver con el ritual musulmán.

También es digno de mención el hecho de que, así como los medios de comunicación difunden en el mundo árabe la imagen de Occidente, también difunden de un extremo a otro de ese mundo imágenes propias que alteran o transforman los hábitos y modos de manifestación religiosa, produciendo la pérdida de modos tradicionales y su sustitución por modelos nuevos, mucho más uniformes. Aquí también se da una especie de «globalización» de la imagen del hombre o la mujer religiosos, por ejemplo.

No cabe la menor duda de que lo religioso es un factor importante a la hora de completar una visión acerca del mundo árabe, pues constituye, quizá más que en otros lugares, una señal de identidad individual y colectiva. Esta afirmación no es sólo válida para la religión mayoritaria, el islam, sino para las otras confesiones que tienen una presencia más o menos numerosa en territorio árabe.

Pero, a pesar de que se niegue el carácter de señal identificadora de la religión, encontramos ese mismo discurso identitario en autores cristianos, aunque su enfoque no sea propiamente ni nacionalista ni político o etnocéntrico. Es el caso de Julián Marías, por ejemplo, que, en su reflexión acerca de su propia postura cristiana, dice:

«Cuando se lee un texto ajeno al cristianismo, por ser anterior a él o por pertenecer a una sociedad que no lo ha conocido y recibido, se puede encontrar que es admirable, tal vez imprescindible, condición de lo que somos; pero a la vez se tropieza con una extrañeza nacida de una ausencia, de que no hay allí algo que llevamos dentro, que determina nuestra visión de la realidad, nuestra manera de sentir, proyectar y esperar.

Y esto se extiende hasta a lo que “pertenece” al cristianismo como antecedente suyo, el judaísmo expresado en el Antiguo Testamento, o lo que “procede” de él y del propio cristianismo, como el islam. No se puede evitar la impresión de alteridad, de que aun en estos casos se trata de otra cosa, lo cual lleva a reparar en la irreductibilidad y originalidad de la perspectiva cristiana.»

El islam aporta un sistema simbólico que marca a toda una cultura y que se expresa en lengua árabe y, en ese sentido, es compartido, en gran medida, por otras comunidades no-musulmanas y también arabófonas. En ese sistema de símbolos, por otra parte, existe un fondo común compartido también por las otras religiones monoteístas que, desde el punto de vista cultural y religioso, ha de ser contemplado como una posibilidad de mutua comprensión y no como radical oposición que lleve necesariamente a un enfrentamiento.

La acción colonial, en su momento, la creación del Estado de Israel y el actual neocolonialismo son factores que han abocado al islam a desarrollar y exacerbar su vertiente política, convirtiendo a esta religión, no tanto en un modo de desarrollo de las necesidades espirituales del hombre, como en una ideología alternativa que dé respuesta a las necesidades materiales de poblaciones deprimidas y explotadas, devolviéndoles una ilusión de dignidad y presencia en el mundo.

El diálogo interreligioso y entre los hombres de religión y los laicos puede contribuir en el futuro a resituar la dimensión religiosa de las sociedades árabes. Una laicización obligada como un rearme espiritual forzoso no son en ningún caso procedimientos adecuados. El desarrollo espiritual, que puede ser una necesidad más, sentida por muchos seres humanos, sin embargo, ha de ir acompañado de un justo desarrollo social, económico y de participación política. Si esos factores no se desenvuelven a la par y equilibradamente, la religión, como el desarrollismo, pueden ocupar espacios desbordados e improcedentes.

Bibliografía

- ABUMALHAM, M. (ed.): *Comunidades islámicas en Europa*. Madrid, 1995.
- *El Islam*. Madrid, 1999.
 - «Islam», en J. M.^a MARDONES (dir.): *Diez palabras clave sobre fundamentalismos*. pp. 209-244. Madrid, 1999.
- ANAWATI, G. C. y GARDET, L.: *Mystique musulmane. Aspects et tendances, expériences et techniques*. París, 1961.
- ARKOUN, M.: *El Pensamiento árabe*. Barcelona, 1992.
- AYUBI, NAZIH N.: *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*. Barcelona, 1995.
- BARON, S. W.: *Historia social y religiosa del pueblo judío*, 8 volúmenes. Buenos Aires, 1968.
- BAUSANI, A.: *El islam en su cultura*, FCE, primera reimpresión. México, 1993.
- BEN-AMI, I.: *Culte des Saints et pèlerinages Judeo-Musulmans au Maroc*. París, 1990.
- BRUNEL, R.: *Essai sur la confrérie religieuse des Aissauouas au Maroc*. Casablanca, s/d.
- CARRÉ, O.: *El islam laico, ¿un retorno de la gran tradición?*, traducción de Rosa Solá. Barcelona, 1997.
- CORM, G.: *Le Proche-Orient éclaté (1956-1991)*. París, 1991.
- CHELHOUD, J.: *Le sacrifice chez les Arabes*. París, 1955.
- *Les structures du sacré chez les arabes*. París, 1965.
- DJAÏT, H.: *Europa y el islam*. Madrid, 1990.
- ELIADE, M.: *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, 3 volúmenes. Barcelona, 1999.
- EPALZA, M. DE: *Jesús entre judíos, cristianos y musulmanes hispanos (siglos VI-XVII)*, Granada, 1999.
- FITZGERALD, M. L.: «Twenty-five Years of Dialogue. The Pontifical Council for Inter-religious Dialogue», *Islam Christiana* número 15, pp. 109-120. 1989.
- GALINDO, E.: «Árabes cristianos», en *Encuentro Islamo-Cristiano* número 152, pp. 1-15. 1984.
- GEERTZ, C.: «La religión como sistema cultural», en *La interpretación de las culturas*, pp. 87-117 (reimpresión). Barcelona, 1990.
- GOITEIN, S. D. *Jews and Arabs, Their Contacts Through the Ages*, tercera edición Nueva York, 1974.
- GONZÁLEZ FERRÍN, E.: *Documentos del diálogo Euro-Árabe*, Universidad de Sevilla. 1997.
- HITTI, P. K.: *Historia de los árabes*. Madrid, 1950.
- HOURLANI, A.: *Historia de los pueblos árabes*. Barcelona, 1992.
- KATSH, A. I.: *Judaism in Islam*, tercera edición. Nueva York, 1980.
- KEPEL, G.: *Le Prophète et pharaon*, París, 1984.
- *La revancha de Dios, cristianos, judíos y musulmanes a la conquista del mundo*. Madrid, 1991.
- LAMMENS, H.: *Le berceau de l'Islam*. Roma, 1914.
- LANGE, N. DE: *Judaísmo*. Barcelona, 1996.
- LAROUÏ, A.: *El islam árabe y sus problemas*. Barcelona, 1984.

- LENZENWEGER, J.; STOCKMEIER, P.; AMON, R. y ZINHOBLER, R. (dirs.): *Historia de la Iglesia católica*. Barcelona, 1989.
- MARIAS, J.: *La perspectiva cristiana*. Madrid, 1999.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, P.: *Pensando en la historia de los árabes*. Madrid, 1994.
 - «Fundamentalismo, antifundamentalismo y lugares comunes», en *Pensando en la historia de los árabes*, pp. 617-626. Madrid, 1994.
 - *El reto del islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo*. Madrid, 1997.
- MARTY, M. E. y SCOTT APPLEBY, R. (eds.): *Fundamentalisms and State*, volumen III. Chicago, 1993.
- MERAD, A.: *El islam contemporáneo*. FCE. México, 1988.
 - «Dialogue Islamo-Chrétien pour la recherche d'un langage commun» *Islamo-Christiana* número 1, pp. 2-10. 1975.
- MERNISSI, F.: *El poder olvidado. Las mujeres ante un Islam en cambio*, Icaria. Barcelona, s/d.
 - *Marruecos a través de sus mujeres*, cuarta edición. Madrid, 1993.
 - *El miedo a la modernidad*. Madrid, 1992.
- MONTGOMERY WATT, W.: «Muslims and Christians after de Gulf War», *Islamo-Christiana* número 17, pp. 35-51. 1991.
- MORERAS, J.: *Musulmanes en Barcelona. Espacios y dinámicas comunitarias*, CIDOB. Barcelona, 1999.
- MORRIS, B.: *Introducción al estudio antropológico de la religión*. Barcelona, 1995.
- NASR, S. H.: *Sufi Essais*. Londres, 1972.
- NWYIA, P.: *Exégèse coranique et langage mystique*. Beirut, 1970.
- O'DEA, J. K.; O'DEA, TH. F. y ADAMS, CH. J.: *Religion and Man. Judaism, Christianity and Islam*. Nueva York, 1972.
- RANCE, D.: *Chrétiens du Moyen-Orient, Témoins de la Croix*, AED. París, 1991.
- RODRÍGUEZ ZAHAR, L.: *La revolución islámica-clerical de Irán 1978-1989*. México, 1991.
- RONDOT, P.: «Le Chrétiens d'Orient», *Cahiers de l'Afrique et de l'Asie*, IV. París, 1991.
- RUIZ BRAVO-VILLASANTE, C.: *La mujer en el mundo árabe*, Asociación de Mujeres por la Paz. Madrid, 1999.
- SAID, S.: *Orientalismo*. Barcelona, 1990.
- SALMAN H.; ABU-SITTA y AL-NAKBA: *(El desastre). El desalojo sionista de Palestina en 1948*, Madrid, 1998.
- SELA, A. (ed.): *Political Encyclopedia of the Middle East*. Jerusalén, 1999.
- SIVAN, E.: *Mitos políticos árabes*. Barcelona, 1997.
- SIVAN, E. y FRIEDMAN, M. (eds.): *Religious Radicalism and Politics in the Middle East*. Nueva York, 1990.
- STODDARD, P. H.; CUTHELL, D. C. y SULLIVAN, M. W. (comps.): *Cambio y tradición en el mundo musulmán*, primera edición española. México, 1988.
- SHAHID, I.: *The Cambridge History of Islam*, volumen I. Cambridge, 1970.
- SHADID, W. A. R. y KONINGSVELD, P. S. van (eds.), *Muslims in the Margin. Political Responses to the Presence of Islam in Western Europe*. Kampen, 1996.
 - *Political Participation and Identities of Muslims in Non-Muslims States*. Kampen, 1996.

- VALENCIA, R.: «Los yazidíes, viaje al santuario de Xayj Adi», en *Historia* 16, pp. 127-137. Agosto, 1988.
- WAINES, D.: *El islam*. Cambridge University Press España, 1998.
- ZAFFRANI, H.: *Mille Ans de Vie Juive au Maroc*. París, 1983.
- ZIYADA, J.: *Viernes y domingos*. Madrid, 1996.

CAPÍTULO SEXTO

EL FACTOR ECONÓMICO: LA CLAVE DE LA ESTABILIDAD

EL FACTOR ECONÓMICO: LA CLAVE DE LA ESTABILIDAD

Por JACINTO CAÑETE ROLLOSO

Introducción

El partenariado (Euro Mediterráneo) inaugurado con la Conferencia de Barcelona ha dado lugar a un conjunto de nuevas relaciones aunque confusas dentro de la región mediterránea. Esto es especialmente cierto para los países del sur participantes en este nuevo proceso que mantienen una actitud recelosa acerca de un proyecto que les parece que no podrá mantenerse. Por otra parte, la nueva política de la Unión Europea tendrá implicaciones que alterarán profundamente la estructura de la región en los próximos años.

El partenariado (Euro Mediterráneo) refleja con claridad la hegemonía que Europa ha establecido sobre el Mediterráneo. Varias son las razones que hacen que estos países mantengan una actitud escéptica, pero entre las más importantes se encuentran las de carácter económico, área en la que se va a centrar nuestro trabajo. Tres son las quejas más importantes de los países del sur del Mediterráneo que aluden en relación al esfuerzo de reforma que les supone el estar en condiciones de poder integrarse en la futura área de libre cambio. En primer lugar, la imposición de la agenda de carácter neoliberal, segundo, las rígidas prescripciones de la Unión Europea para lograr la reforma de sus economías, y por último, la dependencia del proyecto en el incremento de inversiones exteriores que por otra parte no es seguro que se materialice.

Evolución y características generales de los aspectos económicos

La nueva política Euromediterránea de la Unión Europea ha surgido finalmente tras un largo proceso de gestación y se ha desarrollado a través de varios instrumentos como la cooperación bilateral, toda una serie de acuerdos de asociación que parten del año 1969, en el caso de Marruecos y Túnez, mediante un sistema de acuerdos preferenciales para sus productos agrícolas y finalmente, el intento de crear una política más global basada en la ayuda financiera para toda la región mediterránea.

A finales de los años ochenta, Europa ya se había dado cuenta de que a parte de la presión demográfica, la mayoría de las economías del sur del Mediterráneo estaban cayendo, por lo que Europa se enfrentaba a la posibilidad de un incremento drástico de las migraciones provenientes del Sur en busca de trabajo, a no ser que se intentase ayudar a reformar estas economías.

En el año 1991 en un contexto de profundos cambios en la esfera internacional, la política de la Unión Europea hacia el sur del Mediterráneo tuvo que ser diseñada de nuevo, la influencia de la economía europea era tal que ambos, Oriente Medio y el norte de África no pudieron ignorar más el hecho de que la Unión Europea no era sólo su mayor socio comercial, sino que su influencia sería aún mayor en sus respectivos futuros horizontes económicos. Europa además de ser el origen de la mayor parte de sus importaciones, también representa el mayor mercado para sus productos.

Esto ha quedado suficientemente demostrado por el papel que ha desempeñado la energía, tanto Oriente Medio como África del Norte son los mayores suministradores de energía de Europa. En el año 1995, Oriente Medio suministró el 28% del crudo de la Unión Europea, mientras que África del Norte proporcione el 15,8%. Además, Argelia suministró el 11,2% del gas natural, en conjunto, el 26,8% de las importaciones de gas natural europeas proviene del norte de África. Esta cantidad se verá incrementada de ocho a diez billones de metros cúbicos por año ahora, que el gaseoducto desde Argelia se ha completado.

Esencialmente, el partenariado (Euro Mediterráneo) tiene dos objetivos fundamentales, por una parte, reducir la amenaza de flujos migratorios hacia el Norte y, por otra, estimular el desarrollo económico en la región sur del Mediterráneo bajo la hegemonía regional económica de la Unión

Europea. El partenariado posee, por tanto, una naturaleza esencialmente económica y su base se encuentra en la creación de una zona de libre comercio industrial y de servicios para el año 2010 junto con una ayuda de carácter transitorio valorada en unos 4,68 billones de euros y en préstamos por la misma cantidad por parte del Banco Europeo de Inversiones, por un periodo de cinco años, a parte de lo que se pueda acordar en futuros acuerdos económicos. Estos acuerdos bilaterales con cada uno de los países del sur del Mediterráneo son el primer paso para una futura «integración horizontal» que con el tiempo pueda lograr la estructura de un mercado único equivalente a la ya existente dentro de la Unión.

Dos tipos de restricciones importantes se mantienen a pesar de todo. Los intercambios de productos agrícolas no están contenidos en los acuerdos, aunque algunos países como Marruecos o Túnez disfrutaban de ventajas comparativas en algunos productos como: agrumos, aceite de oliva o legumbres y en productos del mar como Marruecos. Todos ellos han intentado en vano hacer valer la importancia de su déficit comercial con la Unión Europea para demandar la apertura de los mercados agrícolas europeos como contrapartida de su desarme aduanero sobre productos industriales. Esta demanda se apoya en el hecho de que los países del tercio sur del Mediterráneo son estructuralmente importadores netos de productos agrícolas de base: cereales, productos animales o azúcar, respecto a los cuales la Unión Europea se encuentra en una posición excedentaria.

La segunda restricción concierne a la libre circulación de personas, lo cual puede constituir un freno a la transferencia de tecnología, y a los intercambios ligados a la formación como la recogida de estudiantes y de residentes, o los intercambios culturales por citar algunos. Existe una actitud europea un tanto ilógica hacia la migración laboral, a pesar de que se ha establecido el límite de 4,6 millones a la residencia de trabajadores extranjeros en el interior de Europa, de los cuales 2,3 millones vendrían de África del Norte, aún existe una demanda de trabajo barato proveniente de la migración y que ahora llega ilegalmente, por lo cual no puede ser controlado.

De cualquier forma, en los próximos años se prevé un aumento en la demanda de trabajo sin cualificar o semicualificado que se espera que llegue a alcanzar los 56 millones en el año 2100. Es casi seguro, que a pesar de todo esta demanda tenga que ser satisfecha con trabajadores procedentes de la inmigración, razón entre otras (como el incremento de la

demanda de servicios sociales estatales) por la que los países del sur del Mediterráneo consideran de suma importancia que la libertad de movimiento de las personas pase finalmente, a formar parte de futuras negociaciones.

Finalmente, desde el punto de vista de estos países, de entre todos ellos aquellos que han estado comprometidos tras largo tiempo con los procesos de ajuste, con el apoyo de las instituciones financieras internacionales, es a los que les concierne más directamente la postura de la Unión. Para ellos, Marruecos, Túnez, Turquía o Jordania, la perspectiva de libre cambio simétrico con su principal socio comercial, la Unión Europea, debe ser la consecuencia lógica de su esfuerzo de ajuste anterior.

El coste de la transición y la necesidad de financiación exterior

El coste de la transición

Las concepciones económicas detrás de muchos de los aspectos económicos del Proceso de Barcelona reflejan los principios del Consenso de Washington, plan general de acción desarrollado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y por el Banco Mundial (BM) durante los años ochenta con el fin de enfrentar el problema que suponía el incremento de los países que experimentaban serios problemas con su balanza de pagos exterior a causa de la acumulación de la deuda exterior. Según el plan el origen de este problema consistía en culpar al empleo de políticas de precios no realistas, que en el ámbito exterior los había llevado a adoptar como una solución a corto plazo el endeudamiento exterior. La solución propuesta, consistía esencialmente en liberalizar los regímenes comercial y monetario, impulsar la industria orientada a la exportación y abandonar las política de sustitución de importaciones y finalmente, reducir el papel del Estado en la economía eliminando los subsidios oficiales y dejando que sea la lógica del propio mercado quien satisficiese la demanda.

Esta serie de recomendaciones del FMI y del BM resultaron extremadamente difíciles de aplicar por los Estados, provocando importantes motines por parte de la población civil a los que los gobiernos respondieron mediante la represión, como Marruecos en 1981-1984 y 1990 o Túnez en 1984 o Argelia en 1986 y 1992. Aunque existían otros factores, la reforma económica y las implicaciones de la deuda tuvieron un papel importante como causantes de los disturbios.

En la década de los años noventa, las economías de los países del sur del Mediterráneo son aún extremadamente débiles por la importancia de su deuda exterior. En 1994 representaba el 71% del Producto Nacional Bruto (PNB) de Marruecos, el 60% del PNB de Argelia y el 56% del PNB de Túnez. La carga que genera esta deuda varía según los países, en el caso de Túnez, supone el 20% de sus ingresos por la exportación de bienes y de servicios, en el caso de Argelia el peso de su deuda llega hasta el 50% de sus ingresos por exportaciones, finalmente, para Marruecos supone el 33% de sus ingresos. Esta carga va a pesar gravemente sobre la urgente necesidad de acumulación de capital de la economía de estos países que supondrá la apertura a la libre concurrencia.

Estos principios del Consenso de Washington, a pesar de su fracaso anterior, han sido incorporados a la política del partenariado, exigiendo que aquellas economías que participen en la futura área de libre comercio, realicen un reforma económica que les prepare para poder enfrentarse con la competencia europea. En el caso de Marruecos y Túnez se prevé un periodo de transición de 12 años durante el cuál se deberá realizar la reestructuración de su industria y servicios a un considerable coste que alcanzará aproximadamente los cinco billones de dólares y en el caso de Túnez dos billones, el 80% de los cuales tendrá que ser subvencionado por fuentes externas. Sin esta ayuda el 60% de la base industrial de Marruecos será destruida y una 2.000 compañías tunecinas se verán forzadas a la bancarrota. La ayuda financiera adicional acordada en la Conferencia de Barcelona será insuficiente para hacer frente a estas demandas, lo que causará que estos dos países vean aumentar el monto total de su deuda. No es sorprendente, por tanto, que este hecho sea fuente de un resentimiento considerable, aunque inversores de ambas riberas encuentren que existen excelentes oportunidades una vez que el periodo de transición haya finalizado.

Inversión exterior

El mayor problema a que se enfrentan los países del sur del Mediterráneo es, que en ausencia de una adecuada ayuda oficial al desarrollo y de una ayuda multilateral, se ven obligados a depender de inversiones privadas directas extranjeras para financiar la reconstrucción económica y el desarrollo económico.

En este sentido la región ha sido inefectiva en ambas direcciones, en comparación con otras regiones en desarrollo del mundo (excepto Asia del Sur), incluso el África Subsahariana ha sido más efectiva.

El examen de las tasas de inversión de los países del sur del Mediterráneo después de mediados de los años sesenta muestran que estos países ocupan una posición intermedia entre los principales países de América Latina y los cuatro nuevos países industriales de Asia. El incremento de la inversión durante el periodo 1973-1986, se debió al incremento de los precios de los productos primarios como los hidrocarburos para Argelia y Túnez. La disminución sufrida en el periodo 1986-1994, son el reflejo de los esfuerzos de ajuste que redujeron drásticamente la inversión pública con en fin de lograr disminuir la deuda pública sin que por ello la inversión privada tomase el relevo.

Por tanto, los países del sur del Mediterráneo se enfrentan actualmente con la necesidad de elevar de una forma significativa sus tasas de acumulación de capital para poder lograr el despegue económico. Este esfuerzo de inversión se tendrá que realizar en un ambiente modificado, tanto en lo que se refiere a las fuentes de financiación externas (financiación de la deuda e inversiones directas), como al papel del Estado que siempre ha tenido un posición económica dominante y un amplio sector público productivo, especialmente hasta los años ochenta y que verá disminuir muy significativamente su papel en la economía a causa de la generalización de los planes de privatización, y por último, en lo que se refiere al grado de apertura de las economías implica renunciar al uso de una estrategia de desarrollo basada en la sustitución de las importaciones acompañada de fuertes protecciones aduaneras.

La realidad es, que los inversores extranjeros tienen poca confianza en la región por diversos motivos como: la arriesgada situación política, por el relativamente alto coste de la fuerza laboral lo que hace que los beneficios de la inversión sean bajos, por la corrupción administrativa existente en estos países y los altos costes transaccionales. Algunos empresarios de la región achacan el desinterés en ésta a concepciones equivocadas y a la falta de una inversión infraestructural en el pasado. Por tanto consideran que la región del sur del Mediterráneo podría explotar su cercanía al mercado europeo y ofrecer una alternativa viable a los países de Europa del Este y de América Latina como destino de las inversiones.

En concreto, queremos destacar una serie de factores de gran importancia:

- En materia de política macro económica y de reformas estructurales: se han alcanzado grandes progresos por parte de Marruecos, de Túnez y de Jordania, mientras que en otros casos como Argelia, las

reformas económicas se ven paralizadas por los gravísimos problemas internos, lo que demuestra que viabilidad y situación política son inseparables.

- En materia de régimen comercial: el libre acceso de las exportaciones de sus productos industriales en los mercados europeos no ha constituido una ventaja decisiva, mientras que sus importaciones soportan aún barreras elevadas. La nueva apertura progresiva de sus mercados a los productos industriales europeos va a suponer un freno a la inversión exterior, la implantación de empresas en estos países podría ser disuadida por los obstáculos aduaneros a la importación. Pero sobre todo, es entre los propios países del Mediterráneo Sur donde existen los mayores obstáculos al intercambio lo cual limita drásticamente el tamaño potencial del mercado destinado a los productos locales. El desarme aduanero previsto en los nuevos acuerdos de asociación constituye un avance notable para hacer a estos países más atractivos a los ojos de los capitales productivos extranjeros, pero la extensión del libre cambio a los flujos comerciales entre ellos mismos, reforzaría esta característica.
- En materia de régimen para las inversiones extranjeras: la mayor parte de los países del sur del Mediterráneo han adoptado, a finales de los años ochenta, códigos para la inversión simplificados que ofrecen importantes ventajas fiscales. La mayor parte del tiempo estos planes van ligados a planes de privatización. Pero la conversión radical para atraer la inversión extranjera sucede a varios decenios de desconfianza, y por otra parte, las ventajas que ofrecen son comparables a las ofrecidas por numerosos países en desarrollo. En este terreno es muy difícil que puedan lograr una ventaja particular comparativa.
- En términos de productividad: una ventaja es aún más difícil de medir. La comparación internacional de los salarios de los obreros no muestra que los países del sur del Mediterráneo tienen niveles de salarios más elevados que los de economías más dinámicas como las de Asia Oriental.

El nivel de infraestructuras de comunicación: es relativamente bueno en lo que se refiere a las redes clásicas como las rutas, las redes ferroviarias o la aviación además de las fuertes inversiones que actualmente se están dedicando a las redes telefónicas. Excepto por algunas deficiencias en lo que se refiere a aquellos servicios dedicados a las empresas, como son: los servicios portuarios, los servicios financieros o los seguros, los países del sur del Mediterráneo se encuentran en una buena situación en lo que se refiere a las comunicaciones.

En lo que se refiere al régimen de convertibilidad: la mayor parte de los países del sur del Mediterráneo han adoptado, a partir de los años noventa, la convertibilidad para las operaciones corrientes, es el caso de Marruecos y Túnez, aunque Argelia aún mantiene un sistema de cambio no convertible. A excepción de este país el resto ha adoptado una política de anclaje nominal de sus paridades al conjunto de las divisas más fuertes, política que provoca una tendencia a la apreciación más o menos fuerte de sus tipos de cambio real a causa de la existencia de un diferencial de inflación respecto a sus principales socios comerciales, que no es compensado por el incremento de la productividad. Una moneda sobrevaluada disminuye el poder de compra de las inversiones extranjeras en moneda local, creándose una situación poco atractiva para los inversores. Por otra parte, aunque las importaciones resultan más baratas, también se frena el desarrollo de las exportaciones (lo que termina provocando una devaluación). Desde este punto de vista los desequilibrios comerciales con el sistema de apertura de las economías si no se corrigen mediante las políticas de reforma.

Respecto a la eficacia de la administración y del sistema judicial: la mayor parte de los países del sur del Mediterráneo han adoptado recientemente medidas para simplificar las formalidades referentes a la inversión exterior, por el contrario las carencias o deficiencias de sus sistemas judiciales son uno de los obstáculos más importantes para fomentar la inversión. Marruecos y Túnez ya han iniciado reformas en lo que se refiere a la reglamentación de los litigios comerciales y han ratificado las convenciones internacionales sobre las diferencias de ejecución de las sentencias arbitrales. Estas disposiciones recientes contribuyen a la eliminación de obstáculos, pero no constituyen en sí una ventaja particular para conseguir resultar más atractivos para la inversión exterior.

Aparte de Marruecos, Túnez y Turquía, la inversión extranjera ha ido declinando en la región, incluso en estas tres regiones, la cantidad total invertida ha sido sólo la mitad de lo se había prometido o requerido, a pesar de las diversas modificaciones realizadas en la ley y las regulaciones al respecto para fomentar a los inversores extranjeros. En realidad, es difícil poder ver lo que estos países pueden hacer a parte de las medidas que ya ha llevado acabo para persuadir a los inversores de que aprovechen las oportunidades que éstos ofrecen.

Para finalizar nos gustaría concluir con la gran importancia de la percepción de riesgo político, que se convierte en un factor clave para las deci-

siones de localización de las inversiones extranjeras. El problema, es que la mayor parte de los países del Mediterráneo presentan numerosos factores de inestabilidad social y política. En general, el atractivo de los países del Mediterráneo para la inversión extranjera es aún muy débil, especialmente a causa del factor político, por tanto, la estabilidad política de cada uno de los países de la región debe ser el primer paso y la base para poder lograr la efectividad de las reformas económicas y la redinamización de las economías.

Los flujos de ayuda hacia los países del sur del Mediterráneo

Como ya hemos comentado en el apartado anterior, sin la adecuada inversión, es muy improbable que se comiencen a alcanzar pautas de desarrollo similares a las experimentadas por los países del llamado mundo desarrollado, o el ritmo rápido de crecimiento de Asia Oriental. Por tanto, la Unión Europea deberá, en breve, aportar mayores cantidades de ayuda transitoria si realmente desea lograr un verdadero desarrollo económico en esta zona. De lo contrario, la drástica alternativa sería crear enclaves económicos en los Estados del sur del Mediterráneo, designados para servir al mercado europeo, y que las economías nacionales se convirtieran en meros satélites de la Unión Europea sin lograr alcanzar el desarrollo económico ni la prosperidad que debería acompañarle.

La parte de la Unión Europea en la ayuda que reciben estos países es mínima. En el periodo entre 1989-1993, los flujos acumulados de ayuda pública al desarrollo distribuida por la Unión Europea, sólo representaba el 4% del total recibido por estos países, si incluimos al total de los Estados europeos, pasa a ser el 29%. El conjunto del Magreb ha recibido una ayuda de 29 dólares *per cápita* anuales, de los cuales el 63% proviene de Europa, y en concreto el 9% de la Unión Europea, mientras que los tres países del Macrek (Egipto, Jordania e Israel) han recibido una media tres veces superior (90 dólares) proveniente esencialmente de Estado Unidos. De esta forma, Israel y Egipto aparecen como los principales destinatarios de la ayuda exterior, con respectivamente, tres y dos millones de dólares por año. Europa juega un papel más reducido en el Magreb sólo el 3% es aportado por la Unión (el 19% con la presencia del conjunto de Estados europeos).

Si comparamos los flujos de inversión directa con los flujos de inversión oficial, vemos que esta última ha sido cuatro veces inferior en el mismo

periodo para el conjunto de países del sur del Mediterráneo. La comunidad internacional y especialmente Estados Unidos por razones geoestratégicas, efectúan la mayoría de sus inversiones en los países de Oriente Medio, sin comprometerse aún masivamente en proyectos económico a largo plazo.

La nueva orientación de la política mediterránea de la Unión Europea contiene un aumento de la ayuda presupuestaria acordada a los países del sur del Mediterráneo 4,7 millones de euros durante los primeros cinco años, de 1995 a 1999, lo que significa el doble de la suma anteriormente efectuada a través de los protocolos bilaterales y de la cooperación transversal. Esta ayuda debe constituirse como uno de los pilares fundamentales de la nueva política europea y del cambio progresivo hacia un régimen de libre comercio para los productos esenciales. De cualquier forma, a pesar del aumento de la ayuda en su conjunto, la suma que la Unión Europea ha decidido dedicar como ayuda para estos países es aún un porcentaje muy débil dentro del total de la ayuda recibida por éstos.

Como conclusión de este apartado, nos gustaría señalar el riesgo de marginalización de los países del sur y del este del Mediterráneo. Con una tasa de inversión insuficiente para asegurar el despegue económico, unos intercambios comerciales poco diversificados, deficitarios y muy dependientes de Europa, con unos flujos financieros muy débiles o muy ligados a imperativos geoestratégicos (la ayuda internacional) un saneamiento macroeconómico aún débil, un movimiento de reformas estructurales lento, y un escaso atractivo para la inversión exterior, la zona sur del Mediterráneo se integra muy lentamente al proceso de mundialización de la economía. Junto con la debilidad del comercio intraregional, todos estos retrasos contribuyen a la persistencia de un mal desarrollo marcado por un crecimiento demográfico rápido y un aumento de la oferta laboral bajo, una fuerte dependencia alimentaria, un peso excesivo de la deuda exterior y una débil orientación hacia actividades productivas.

¿Qué efectos provocarán los Acuerdos de Libre Mercado?

Para la Unión Europea que no tendrá que realizar ninguna apertura comercial significativa, los efectos de los acuerdos de librecambio, casi no tendrán ninguna repercusión. La bajada progresiva de las tarifas aduaneras y de las barreras no tarifarias de los países del sur del Mediterráneo signatarios de los acuerdos provocarán un ligero aumento de las expor-

taciones europeas hacia estos países en razón de las ganancias en competitividad precio que obtendrán en relación a las exportaciones de otros países que no se benefician de la reducción aduanera. En general el efecto cuantitativo será débil y difuso.

A corto plazo, no deberá tener efectos sobre las importaciones europeas, debido a que por parte europea no se procederá a ningún desarme aduanero. A medio plazo, la bajada del tipo de cambio de los países del sur del Mediterráneo podrá conllevar un alza de las importaciones europeas provenientes de estos países, especialmente en el sector del vestido. Esta presión sobre las importaciones comunitarias, debe ser relativizado; en este sector, los países del sur del Mediterráneo ejercen frente a frente con los países europeos una competencia siete veces menos fuerte que los países de Asia, los cuales saldrán beneficiados del desmantelamiento progresivo del Acuerdo Multifibras de aquí al año 2004. Por tanto, no hay riesgo en términos de competencia para Europa.

Por el contrario, para los países del sur del Mediterráneo los efectos tendrán una mayor importancia, una naturaleza diversa y serán sentidos de forma diversa según los países. No se produce un efecto mecánico de crecimiento de las salidas de productos de estos países hacia Europa cuyos mercados de productos industriales están ya abiertos y donde las restricciones sobre los productos agrícolas se mantienen aún. A corto plazo, los efectos más importantes tendrán lugar sobre los equilibrios macroeconómicos (desequilibrio de la balanza comercial, o aumento del déficit público) que podría provocar un ajuste a través del tipo de cambio. Estas presiones sobre los desequilibrios deberían estimular las reformas estructurales con el fin de mejorar el entorno productivo de las empresas. Deberían tener lugar efectos directos sobre la oferta por la reasignación de los factores bajo el efecto de la modificación de los precios relativos inducidos por la concurrencia exterior.

Crecimiento del déficit comercial

El desarme tarifario unilateral por parte de los países del sur del Mediterráneo, va a ejercer una fuerte presión sobre la balanza comercial de estos países debido al incremento de las importaciones de los productos industriales provenientes de la Unión Europea en detrimento de otros países industrializados que no se beneficiarán del desarme aduanero. Sin embargo, este desarme no afectará directamente al mercado textil y del vestido. A medio plazo, aparecerá una demanda suplementaria de impor-

taciones en los países del sur del Mediterráneo en bienes de equipo y bienes intermedios debido a la reasignación de factores que provocará la apertura. De cualquier modo, los dispositivos de créditos al consumo en estos países no se deberán fomentar durante este periodo transitorio.

Al alza de las importaciones, se añadirá una presión por la competencia en las exportaciones de productos industriales a Europa por la presencia de los Países de Europa Central y Oriental (PECOS) en los intercambios comunitarios y por la disminución de las preferencias acordadas en materia textil o por el próximo desmantelamiento del acuerdo multifibras. El problema es que la reducción del precio de las importaciones, debería verse acompañado también por la disminución del diferencial de inflación respecto a los países de la Unión Europea para poder hacer sus exportaciones más competitivas.

Las posibilidades de corrección limitadas

Este desequilibrio de la balanza comercial de los países del sur del Mediterráneo, en ausencia de un alza significativa de los ingresos por el turismo y de las transferencias de los emigrantes, tendrá consecuencias graves sobre el peso elevado de los intereses de la deuda exterior. Otra grave consecuencia es que este desequilibrio se transmitirá también a la balanza por cuenta corriente a pesar de que no debe traspasar cierto límite, es decir, estos países tienen un acceso restringido a los mercados internacionales de capital (especialmente los más endeudados como es el caso de Marruecos) y, por tanto, el ajuste se efectuará mediante depreciaciones del tipo de cambio, es decir, devaluando.

El ajuste por el cambio, deberá igualmente desarrollarse dentro de unos límites, diferentes según los países y dependientes de varios factores: la carga presupuestaria de una devaluación, ligada al peso relativo de los recursos y a los gastos en divisas (Chevalier, 1996), el peso del pago de la deuda exterior, en resumen, la posición estructural de importación neta en productos de alimentación de base (cereales y productos animales) de la mayor parte de estas economías (especialmente en el caso de Argelia, Marruecos y Túnez) que tratan de no recurrir demasiadas veces a la depreciación del cambio.

Como conclusión, debido a la estrechez de su margen de maniobra, la capacidad para mantener el equilibrio externo sólo será posible si el ritmo de las inversiones exteriores se acelera, con todas las dificultades que esto supone, como ya comentamos en apartados anteriores.

La presión sobre el déficit público

El desarme tarifario va a ejercer igualmente, una fuerte presión en el equilibrio de las finanzas públicas debido a la reducción de los ingresos aduaneros, que tenían una importante contribución dentro del conjunto de los ingresos públicos.

Es en el caso de Túnez donde las pérdidas serán mayores: cerca del 18% respecto a los ingresos de exportaciones del Estado se verán afectados progresivamente por la reducción tarifaria, alrededor del 5% de su Producto Interior Bruto (PIB). En Marruecos los efectos no serán tan drásticos, con un 10 % respecto a sus ingresos por exportaciones y un 2,5% respecto a su PIB.

Estos datos, nos muestran la tensión que creará el proceso de apertura, especialmente en aquellos países que no pueden compensar la pérdida de ingresos mediante la reducción paralela de sus gastos complementarios, dada la importancia de la necesidad en infraestructuras y la necesidad de financiar los efectos de la reconversión sectorial que entraña el poder hacer frente a la competencia europea.

Las reformas fiscales

Es precisamente esta disminución de los ingresos públicos, lo que hace aún más necesaria la compensación a través de la reforma de los sistemas fiscales. Algunos países la ha iniciado ya, como es el caso de Marruecos o Túnez, aumentando la fiscalizada directa para evitar un aumento en aquella de tipo indirecto que presionarían sobre un alza en los precios.

De cualquier modo, se mantendrá la presión sobre el equilibrio de las finanzas públicas, aunque se enfrente a serios obstáculos como: la baja institucionalización de la sociedad, la importancia de la economía sumergida y la oposición de fuertes intereses (G. Corm, 1995).

Por otra parte, los gobiernos deberán acelerar también: las reformas fiscales con el fin de poder crear el marco adecuado para la financiación de las empresas, los programas de privatizaciones de las empresas públicas, crear regímenes de protección social y orientar las medidas sociales de una forma más selectiva hacia la parte de la población que verdaderamente lo necesite. Igualmente será necesaria una reforma del sistema educativo, especialmente la formación profesional, y mejorar el sistema sanitario, especialmente en las zona rurales (BM, 1995).

Efectos directos sobre la oferta de los países de la ribera sur

La apertura de los mercados traerá consigo dos efectos contradictorios: una baja del sector productivo incapaz de hacer frente a la competencia europea y por otra parte, una reasignación de los factores hacia el sector exportador motivada por la bajada de los precios y del tipo de cambio.

Para que los efectos no sean negativos es necesario que se fomente la especialización de la producción en aquellos sectores en los que exista una ventaja comparativa y en aquellos nuevos en los que se dé una fuerte demanda mundial, y la transferencia de tecnología (A. Chevalier, 1996). La evolución de los intercambios mundiales tiende a reforzar los flujos comerciales entre a uno de los tres polos y su periferia la Unión Europea y su periferia, los PECOS y los países de la ribera sur del Mediterráneo, Estados Unidos y América Latina o Japón y Asia Suroriental, mediante el desarrollo de un sistema de «producción flexible» (stocks mínimos o el principio de «justo a tiempo»). Si se confirma esta evolución, reforzará la ventaja de los países del sur del Mediterráneo por su proximidad a Europa. En conclusión, los efectos de la apertura pueden ser positivos en la oferta, si se parte de la experiencia de la incorporación al Mercado Común de España, Portugal y Grecia pero si consideramos el grado de crecimiento de estos países los ratios actuales que presentan estos países a través de su PIB, vemos que están lejos de alcanzar los de estos tres países europeos para el mismo periodo (los años ochenta), 56% para Grecia, el 61% para Portugal y el 72% para España.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA COOPERACIÓN EN EL CAMPO MILITAR COMO FACTOR DE DISTENSIÓN Y CONVIVENCIA

LA COOPERACIÓN EN EL CAMPO MILITAR COMO FACTOR DE DISTENSIÓN Y CONVIVENCIA

Por FRANCISCO OLIVER BUHIGAS

Consideraciones previas

Con el fin de la llamada guerra fría y la consecuencia principal que ello trajo consigo: el cambio del enfrentamiento directo entre las dos superpotencias y la posibilidad del empleo del arma nuclear para dirimir sus diferencias, por el de una política encaminada a desarrollar la confianza mutua y la colaboración entre todos los países, el Mediterráneo ha visto modificado su papel de posible zona de enfrentamientos entre los dos bloques antagónicos, por el de un área geográfica en la que los países ribereños de la misma se esfuerzan en construir una zona en la que la confianza mutua, la cooperación y la convivencia sean los factores básicos sobre los que se asiente el desarrollo en común de este importante espacio geoestratégico.

Las diferencias existentes entre las dos riberas del Mediterráneo Occidental, tanto en el aspecto religioso como en los campos económico, cultural y social, podrían suponer, en principio, un grave obstáculo para poder llevar a cabo ese desarrollo común, pero como ha quedado expuesto en los capítulos anteriores, la puesta en marcha de medidas concretas y sobre todo la buena voluntad de las partes y el verdadero deseo de colaboración entre todos los países de la zona, pueden llegar a convertir a ésta en un ejemplo de convivencia a seguir en otras áreas geográficas.

Con objeto de verificar las posibilidades de convivencia dentro del ámbito de la defensa analizaremos, en primer lugar, la actitud de las Fuerzas Armadas de los países de la zona desde los inicios del siglo hasta nuestros días.

Estudiaremos a continuación, dentro de las medidas existentes en el campo del fomento de la confianza y seguridad militares, cuales son las más factibles de aplicar en la zona para obtener unas conclusiones después de haber analizado las posturas de las diferentes organizaciones multinacionales con influencia en la misma.

Relaciones entre las Fuerzas Armadas de los países ribereños

Desde los inicios del siglo xx, y como consecuencia de ser la mayor parte del territorio del Magreb protectorado francés, los naturales de estos países —Marruecos, Argelia, Túnez y Mauritania— sirvieron en las filas de este Ejército, no solamente en las funciones propias de un ejército colonial, sino que participaron en acciones de guerra tanto en las dos guerras mundiales como en las campañas de Indochina.

Los soldados marroquíes procedentes de la zona norte de Marruecos, protectorado español, así como los pertenecientes a los territorios de Ifni y Sáhara Occidental, cumplieron, muy a satisfacción de sus mandos, las tareas encomendadas y participaron también muy activamente en las operaciones llevadas a cabo en la guerra civil española.

El grado de integración de estas unidades fue muy variado y coexistieron unidades formadas por soldados de una sola nacionalidad, caso español, con unidades formadas por combatientes procedentes de varias nacionalidades (argelinos, marroquíes y tunecinos) caso francés.

Por regla general y aunque los naturales de estos países llegaron, en algunos casos a alcanzar los más altos empleos de la jerarquía militar, como el general Mizzian en el Ejército español y los generales Kettani y Oufkir en el Ejército francés, los norteafricanos no podían ascender más que a capitán-comandante y las unidades estaban mandadas por oficiales procedentes de la potencia colonizadora.

El acceso a la independencia, marcó un nuevo rumbo en las relaciones de las Fuerzas Armadas de los países norteafricanos con las de las antiguas potencias colonizadoras, que pasaremos a estudiar a continuación.

Las relaciones de las Fuerzas Armadas Reales marroquíes con las Fuerzas Armadas españolas fueron excelentes al inicio de la independencia y prueba de ello fueron los cuadros de mando españoles que permanecieron en Marruecos ayudando y colaborando en la formación y organización del futuro Ejército marroquí y los alumnos marroquíes que permanecieron por espacio de dos años en las academias militares españolas, formándose como oficiales del Ejército recién creado.

Estas relaciones han pasado por momentos de mayor o menor cordialidad dependiendo de los conflictos políticos de mayor o menor intensidad que han surgido entre los dos países.

Como consecuencia de los incidentes en la zona de Ifni, las relaciones se deterioraron hasta llegar a ser prácticamente nulas. Progresivamente fueron mejorando estas relaciones, con asistencia de alumnos marroquíes a centros españoles, hasta el conflicto del Sáhara Occidental, momento en el que hubo una ruptura casi total de todos los contactos. En los inicios de la década de los años ochenta, se reanudaron las relaciones bilaterales, en el ámbito militar, alcanzando progresivamente un nivel que en este momento se puede calificar de óptimo, a pesar de los contenciosos que mantienen España y Marruecos en especial por las ciudades de Ceuta y Melilla y los peñones de Alhucemas, Chafarinas y Vélez de la Gomera, así como por las diferentes posturas mantenidas por ambos países en la resolución del conflicto del Sáhara Occidental.

Como muestra del buen estado de estas relaciones bilaterales pueden destacarse, entre otros los siguientes aspectos:

- Venta de buques de guerra a la Marina Real, aviones de transporte a las Fuerzas Reales del Aire y material terrestre, camiones y vehículos todo terreno a las Fuerzas Armadas Reales.
- Reuniones de Estados Mayores de los tres Ejércitos
- Intercambio de oficiales, tanto en las academias de formación como en las Escuelas de Estado Mayor.
- Acuerdos de cooperación a nivel defensa.
- Realización, a nivel Ejército del Aire y Armada de maniobras conjuntas.
- Intercambio, a nivel Ejército de Tierra, de pequeñas unidades.
- Asistencia de observadores a las maniobras.

Como España no tuvo influencia colonizadora ni en Túnez ni en Argelia, las relaciones con las Fuerzas Armadas de estos dos países antes de la independencia fueron prácticamente nulas, aspecto que se siguió manteniendo hasta la década de los años ochenta. A partir de esa fecha se han

ido incrementando las relaciones, especialmente con las Fuerzas Armadas tunecinas llegando a alcanzar un nivel bastante bueno, mientras que con las Fuerzas Armadas argelinas no ha habido prácticamente ningún contacto, debido más a la distinta orientación que han tenido las dos Instituciones, hacia la órbita del Pacto de Varsovia las Fuerzas Armadas argelinas y hacia la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) las Fuerzas Armadas españolas, que a la existencia de contenciosos entre los dos países.

Con Túnez se realizan intercambios de oficiales de Estado Mayor, junto con algún otro curso específico, mientras que con Argelia los intercambios son menores debido, sobre todo, a la prácticamente nula existencia de cuadros de mando argelinos que hablen nuestro idioma.

Con Mauritania, las relaciones con sus Fuerzas Armadas han empezado al final de los años ochenta y pueden considerarse como buenas ya que existen acuerdos de cooperación y sobre todo de ayuda a la formación de sus cuadros aunque existe el problema del desconocimiento de la lengua española. Teniendo en cuenta que en el aspecto político no hay prácticamente ningún punto de fricción entre los dos países, podría desarrollarse, si ningún problema, una futura política de cooperación y convivencia, a niveles más elevados.

Las relaciones de las Fuerzas Armadas francesas con los de sus antiguas colonias han sido de distinto signo, ya que influyeron varios factores, entre los que merecen destacarse la forma en la que la colonia accedió a la independencia y la orientación política que el país tomó después de ella.

Argelia después de su independencia adoptó una postura de igualdad con Francia, actitud que fue muy mal vista por la metrópoli. Mantuvo siempre una postura arrogante derivada, a su juicio, de que la independencia la había logrado con las armas en la mano, cuando en realidad se había conseguido en la mesa de negociaciones.

La posterior inclinación de este país hacia la órbita del socialismo, llevando a cabo una serie de medidas conducentes a: expropiaciones de tierras a los antiguos colonos, nacionalizaciones, etc., hicieron que las relaciones entre ambas Fuerzas Armadas quedaran prácticamente anuladas. Esta situación permaneció hasta los inicios de los años ochenta en que nuevamente se han reanudado las relaciones, manteniéndose en la actualidad solamente a nivel de formación de cuadros argelinos en Fran-

cia, ya que prácticamente es la única colaboración posible, al estar dotadas las Fuerzas Armadas argelinas de material procedente del antiguo Pacto de Varsovia, y ser su doctrina de orientación soviética. No obstante, el conocimiento de la lengua francesa por la mayoría de los cuadros de mando argelinos, puede favorecer en gran medida la colaboración entre ambos.

Hay que tener en cuenta que la situación actual en Argelia, derivada de la ilegalización del Frente Islámico de Salvación (FIS) y de la anulación de la segunda vuelta de las elecciones, ha llevado a las Fuerzas Armadas argelinas a convertirse prácticamente en unidades de represión del terrorismo y de control del territorio nacional, abandonando prácticamente todos sus programas de instrucción y de renovación de material. En estas circunstancias es muy difícil actualmente, por no decir imposible, el tratar de establecer relaciones entre las Fuerza Armadas argelinas y las de otros países tendentes a crear un área de convivencia y cooperación. Es de esperar por el bien de Argelia y por la estabilidad de la región, que los problemas internos se solucionen pacíficamente, de acuerdo con los deseos de la población argelina. En este sentido el apoyo que el FIS está dispuesto a dar al gobierno actualmente en el poder, parece ser una vía para la pacificación de la nación.

Las relaciones franco-marroquíes han sido siempre muy fluidas, aunque han sufrido algunos altibajos normales en las relaciones entre un país y su antigua potencia colonizadora.

Al inicio de la independencia Marruecos disponía de una serie de oficiales que habían sido formados bien en sus academias, bajo profesorado francés, y que prestaban sus servicios en las Fuerzas Armadas francesas, o bien en las academias del Ejército francés en la metrópoli.

Estos oficiales fueron los inicialmente encargados de encuadrar a las nuevas Fuerzas Armadas marroquíes pero como su número no era el suficiente, grupos de estudiantes e hijos de mandos marroquíes fueron a formarse a las academias militares francesas, al igual que a las academias españolas. Estas primeras promociones de oficiales, son las que actualmente ocupan junto con algunos procedentes de la academias españolas, todos los puestos de responsabilidad dentro del conjunto de las Fuerzas Armadas marroquíes, lo que favorece, en gran medida, las relaciones bilaterales entre ambos países.

Aunque con pequeñas variaciones, debido a problemas ajenos al ámbito militar, la mayor parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas marroquíes, han hecho sus cursos de especialización y superiores en Francia (hay que tener en cuenta el dominio de la lengua francesa que tienen los marroquíes ya que prácticamente el 90% de la población es bilingüe). En la actualidad y aunque gran parte del armamento y material del que dispone Marruecos no es de origen francés, la influencia francesa es muy elevada, se puede afirmar que es la más importante de todas, tanto por el número de cooperantes que existen dentro de las Fuerzas Armadas marroquíes como por el elevado número de oficiales y suboficiales marroquíes que cursan estudios en Francia. Un aspecto a destacar que, aunque no forma parte exacta de la cooperación militar da una idea bastante precisa de la influencia francesa dentro del ámbito militar marroquí, es el elevado número de oficiales de grado superior que están casados con mujeres francesas, bien sean hijas de residentes franceses en ese país o bien francesas a las que han conocido durante su formación en Francia.

Las Fuerzas Armadas tunecinas, de pequeña entidad como corresponde a las características del país, han mantenido siempre unas buenas relaciones con los de la antigua potencia colonizadora, basadas principalmente en el conocimiento del idioma por parte de los militares tunecinos y en las relaciones existentes a lo largo de muchos años entre ellas.

Estas relaciones se siguen manteniendo en la actualidad, y aunque la procedencia del armamento y material ha determinado la presencia de militares tunecinos en otros países, tales como Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, etc., sigue siendo Francia el país que más número de oficiales tunecinos acoge anualmente en sus academias y escuelas en especial en las de especialización a nivel superior.

Al igual que con los otros países de su entorno, y por pertenecer al área francófona, las relaciones de las Fuerzas Armadas mauritanas y francesas después de la independencia han estado siempre marcadas por la influencia de la potencia colonizadora en la formación de cuadros y en la especialización de los mismos. En el caso de Mauritania la presencia francesa es mayor, debido principalmente al menor desarrollo de esta antigua colonia, lo que hace que la existencia de colaboradores no se centre exclusivamente en el ámbito de la defensa sino que abarque prácticamente a todos los campos de la vida nacional.

Las relaciones de las Fuerzas Armadas italianas, alemanas y portuguesas con sus homónimas de los países del norte de África, con unos inicios

muy tímidos después de la independencia, han ido desarrollándose progresivamente y en la actualidad pueden clasificarse de excelentes. Este nivel se ha alcanzado, entre otras, por una serie de razones entre las que podemos destacar: la no existencia de lazos colonizadores entre los distintos países, la necesidad de los gobiernos norteafricanos de diversificar la procedencia de su armamento, la concesión de ayudas de los gobiernos europeos a la formación de cuadros y al desarrollo de las Fuerzas Armadas de estos países, las buenas relaciones bilaterales a nivel político y económico, y sobre todo la posición adoptada por estos gobiernos europeos en el conflicto del Sáhara Occidental, sin tomar partido por ninguna de las opciones planteadas por los países africanos y aceptando únicamente las resoluciones de la Organización de Naciones Unidas (ONU).

En la rápida panorámica de las relaciones de las Fuerzas Armadas los países del Magreb con las de sus antiguas potencias colonizadoras, merecen una especial mención, por las circunstancias existentes hasta la fecha, las mantenidas por Libia.

Antes de su independencia, Libia perteneció a Italia, pero al final de la Segunda Guerra Mundial pasó a estar bajo condominio inglés y francés, situación que se prolongó hasta el año 1951 en que se declaró independiente bajo el reinado de Idris.

Inmediatamente después de su independencia, Libia firmó un acuerdo con el Reino Unido, de una duración de 20 años, otro de similares características (dinero a cambio de bases militares) con Estados Unidos, así como tratados de amistad y cooperación con Francia e Italia, todo ello sin descuidar sus relaciones con los países del Magreb ya que en los años 1962 y 1963 firmó sendos pactos de amistad y cooperación con Marruecos y Argelia respectivamente.

Esta situación continuó hasta septiembre de 1969 fecha en la que un golpe de Estado dirigido por el coronel Gadafi, derrocó al rey Idris, que se encontraba en Turquía bajo tratamiento médico, y proclamó la República Árabe de Libia.

Una de las primeras acciones del Consejo de Mando de la Revolución fue proclamar el carácter de nacionalismo árabe de la nueva República. Las bases inglesas desaparecieron en marzo del año 1970 y las americanas en junio del mismo año. Las tres principales empresas petrolíferas fueron nacionalizadas, los especialistas y cooperantes europeos fueron sustitui-

dos por árabes (principalmente egipcios); desaparecieron las traducciones al inglés de las calles, periódicos, etc., y las propiedades de los judíos e italianos residentes en Libia fueron confiscadas por el Gobierno.

A partir de este momento las relaciones de Libia con el mundo occidental fueron deteriorándose progresivamente hasta alcanzar su punto culminante con el ataque de la aviación americana sobre territorio libio el día 15 de abril de 1986, bajo la acusación de las conexiones y el apoyo que el régimen de Gadafi prestaba al terrorismo internacional.

Las acusaciones de que Libia era la autora de los atentados contra los aviones de la Pan-Am y de la Uta, americano y francés respectivamente, y la negativa del coronel Gadafi a entregar a los presuntos culpables de los mismos, obligó a Naciones Unidas a decretar un embargo contra este país, situación que se ha mantenido hasta el pasado día 5 de abril, fecha en que el régimen libio accedió a entregar a las autoridades correspondientes a los dos ciudadanos sospechosos de ser los autores del atentado de la Pan-Am.

Con esta nueva situación, el régimen libio parece iniciar un cambio en su estrategia. Recientemente Gadafi ha sustituido su ideología «panarabista», nacida al abrigo del nasserismo, por una exaltada convicción panafricana, lo que le puede permitir una mayor apertura y una mayor colaboración tanto con los países de su entorno como con los países de Europa Occidental. No obstante esta nueva situación tardará algún tiempo en normalizarse y las relaciones de todo tipo seguirán siendo mínimas.

Una vez analizadas las relaciones que mantienen los países de Europa Occidental, y más concretamente sus Fuerzas Armadas, con los países de la zona del Magreb, estudiemos ahora las relaciones que éstos mantienen entre sí.

En primer lugar hay que hacer constar que las relaciones de todo tipo entre los países del Magreb han estado siempre marcadas por los recelos y las desconfianzas mutuas, situación que se agrava en algunos casos particulares como Marruecos y Argelia.

Estos dos países han mantenido siempre unas relaciones que no pueden ser calificadas precisamente de «buena vecindad», ya que desde los albores de la independencia, mantuvieron una serie de enfrentamientos, los denominados «guerra de las arenas», originados por el control de una zona de terreno que no había quedado exactamente delimitada en la fron-

tera entre ambos países. Posteriormente, y como consecuencia de la rivalidad existente entre los dirigentes de ambos países, derivada de la distinta orientación política de ambos regímenes y de la lucha por la supremacía en la zona, las relaciones se mantuvieron dentro de un clima de desconfianza mutua y con el reconocimiento de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) y el apoyo que Argelia ha prestado al Frente Polisario, las relaciones llegaron a ser prácticamente inexistentes. En la actualidad y debido a unas acusaciones mutuas sobre actos de terrorismo y apoyo a las organizaciones terroristas, las fronteras entre ambos países permanecen cerradas. Actualmente y debido al cambio político ocurrido en Marruecos, parece ser que las relaciones entre ambos países van a transformarse hacia una mayor cooperación.

Marruecos mantiene buenas relaciones con Túnez y también con Mauritania, una vez que este país abandonó la parte del Sáhara Occidental, que le había correspondido después de los Acuerdos de Madrid, mientras que con Libia son prácticamente inexistentes, aunque con el levantamiento parcial del embargo a este país, es posible que vaya normalizándose.

Argelia por su parte mantiene buenas relaciones de vecindad con Túnez y Mauritania, mientras que no son excesivamente cordiales con Libia, a la que ha acusado algunas veces ser un apoyo del FIS.

Las relaciones de Túnez con Libia se han mantenido dentro de una relativa cordialidad motivada, no por la afinidad de los regímenes de ambos países, sino por el miedo de Túnez a tener que enfrentarse a un vecino con ansias expansionistas sobre todo en el terreno ideológico.

La Unión del Magreb Árabe (UMA) creada a imagen y semejanza de la Unión Europea, nació con el propósito de aglutinar a todos los países de la zona y crear una organización en la que por encima de los intereses particulares de los diferentes miembros, surgieran unas políticas económicas, social, de defensa y cooperación común, como corresponden a unos países con cultura, religión y lenguas similares.

Hoy después de diez años de su creación la UMA sigue estando prácticamente parada en todos sus campos: político, económico, social y por supuesto militar. Aunque Túnez y Mauritania están interesados en su relanzamiento existen una serie de factores tales como el aislamiento decretado hasta ahora a Libia, la situación interna de Argelia, el Proceso de Paz del Sáhara Occidental del que no se ve una pronta salida y las constantes tensiones entre Argelia y Marruecos que impiden su verdadero despegue.

En estas circunstancias es muy difícil que esta unión sea el foro en el que se base una política de defensa común de todos los países del Magreb y, por tanto, el interlocutor válido para las instituciones que de este tipo existen en la ribera norte del Mediterráneo.

Si la UMA no consigue los objetivos de defensa común que figuran en su Carta Fundacional, las organizaciones europeas seguirán estableciendo contactos bilaterales con cada uno de los países del Magreb duplicando en muchos casos los esfuerzos y perdiendo así una gran oportunidad de establecer una verdadera zona de distensión y confianza.

En resumen, podemos concluir diciendo que si bien las relaciones bilaterales en el campo militar de los países europeos occidentales con los países del Magreb, a excepción de Libia, son cordiales y existen aspectos muy positivos en todos los campos de la defensa, no sucede lo mismo en el ámbito conjunto, no por falta de voluntad de las organizaciones europeas, sino por la no existencia de un foro magrebí único en el que puedan reunir todas las aspiraciones y las necesidades de los países que lo integran. No obstante estas relaciones deben de intensificarse y los países de Europa Occidental tienen que esforzarse para lograr que sus corresponsales de la ribera sur del Mediterráneo, limen sus diferencias y consigan una verdadera unión que les represente y aúne sus esfuerzos con objeto de lograr unos resultados más tangibles en la zona.

Medidas para el fomento y desarrollo de la confianza mutua

Con la aplicación progresiva en Europa del Documento de Viena 1994, sobre «Medidas destinadas a fomentar la confianza y la seguridad y sobre desarme en Europa», se han logrado una serie de éxitos y obtenido unas enseñanzas que demuestran que, cuando los países cambian sus antiguas políticas de enfrentamientos y recelos mutuos por otras de mayor colaboración y confianza recíprocas, los espacios geográficos que, hasta el final de la década de los años ochenta estaban considerados como zonas de fricción y posibles focos de enfrentamientos armados han pasado a convertirse en áreas que están llamadas a alcanzar unos niveles de integración y cooperación que pueden considerarse básicos para el desarrollo de la futura arquitectura de defensa europea.

Si pensamos que el Mediterráneo Occidental es una zona geográfica en la que se han dado todas las circunstancias anteriormente citadas relativas a la distensión y colaboración, también podríamos suponer que se

pueden aplicar en ella todas, o parte, de las medidas contempladas en el Documento de Viena.

Basándonos en el citado Documento veremos, en primer lugar, cuales de estas medidas son aplicables a la zona que nos interesa y dentro de ellas estudiaremos cual ha sido el camino recorrido hasta la fecha, qué se está haciendo en la actualidad y cuales deben ser los pasos futuros para que se puedan alcanzar los objetivos propuestos.

Las medidas contempladas en los capítulos «Intercambio anual de información militar» y «Planteamiento de la defensa» consideramos que no pueden ser puestos en práctica, al menos en estos momentos, entre los países de la ribera sur, debido a los recelos existentes todavía entre algunos de ellos que, a pesar de los avances logrados en los campos de la distensión y mutua confianza siguen considerándose entre ellos como enemigos potenciales. El flujo de información entre las riberas norte y sur tampoco ha alcanzado los niveles que serían deseables ya que los intereses de algunos de los países en la zona y las reticencias existentes entre la antigua metrópoli y las colonias no favorecen en absoluto este intercambio de información.

Del examen de las restantes actividades contempladas en dicho Documento, pensamos que solamente son aplicables los capítulos «Programas de contactos y cooperación militares» y el correspondiente a «Observación de determinadas actividades militares».

Dentro del primer apartado podemos citar como aspectos más destacados en el ámbito general los siguientes:

- Intercambios y visitas entre miembros de las Fuerzas Armadas a todos los niveles.
- Contactos entre instituciones militares.
- Intercambios de visitas de buques de guerra y unidades de las Fuerzas Aéreas.
- Reservas de plazas en academias y escuelas militares y en cursos de adiestramiento militar.
- Utilización de los servicios lingüísticos de los centros de formación militar.
- Participación y contribución de los miembros de las Fuerzas Armadas en cuestiones de seguridad y defensa.
- Actividades deportivas y culturales.

En este campo podemos considerar la situación actual como buena, ya que se están llevando a cabo todos los apartados señalados anteriormente. Esta cooperación se debe ir ampliando en un futuro próximo y así lograr un mayor acercamiento entre los componentes de las Fuerzas Armadas de todos estos países y al mismo tiempo ir inculcando entre los militares de los países de la ribera sur una concepción más moderna del papel que las Fuerzas Armadas deben jugar en un Estado democrático.

Dentro del capítulo denominado: «Observación de determinadas actividades militares», pueden señalarse como aspectos más importantes, que servirían de base a una futura cooperación y entendimiento, los siguientes:

- Invitación a observadores de todos los demás Estados participantes a maniobras de fuerzas terrestres, llevadas a cabo bajo un solo mando operativo, independientemente o en combinación con algún componente aéreo o naval.
- Observadores en desembarcos anfibios o en un asalto efectuado por fuerzas helitransportadas.

Estos observadores podrán ser militares o civiles y las modalidades de observación serán organizadas por el Estado anfitrión que determinará la duración de las mismas y los apoyos a prestar a los observadores.

Aunque estas prácticas resultan muy adecuadas para el conocimiento mutuo y tienen la ventaja de permitir al mismo tiempo la convivencia de observadores procedentes de varios países, no han tenido, hasta la fecha, un grado de aceptación muy alto entre todos los países de la ribera sur, que ven en ellas, más que una muestra de confianza, una demostración de fuerza encaminada a advertirles de las posibles respuestas que pudiera tener una actitud no muy acorde con los deseos de los países organizadores.

Del análisis de la posible aplicación del Documento de Viena al área mediterránea se desprende que, en la mayoría de los casos, las medidas a aplicar no redundan en un mayor acercamiento y confianza entre los países, por lo que habría que buscar otra serie de aspectos que favorezcan esta cooperación.

Teniendo en cuenta el nuevo enfoque que se está dando a la actuación de las Fuerzas Armadas en todas las partes del mundo: Operaciones de Mantenimiento de la Paz (OPM), ayuda humanitaria, apoyo en casos de grave riesgo, de catástrofes, y de calamidades públicas, colaboración

en protección civil, etc., sería muy conveniente el iniciar los contactos para colaborar en este tipo de actuaciones que, al no ser actividades exclusivas de los Ejércitos, que no se limitan a un campo de acción muy sensible, objeto de reticencias por todas las partes y que tienen como principal destinatario de su ayuda a la población civil y a todo el ámbito nacional, pueden tener una favorable acogida entre todos los países.

Aunque no es el objetivo de este trabajo, se pueden señalar, muy sucin- tamente, algunos de los aspectos básicos de esta cooperación y como podrían llevarse a cabo.

Ayudas en catástrofes de tipo natural: incendios, inundaciones, etc. Las Fuerzas Armadas, al ser una Institución en permanente estado de alerta y con unos medios específicos, tiene una capacidad de reacción más rápida y puede acudir inmediatamente al lugar de la catástrofe.

Acciones de rescate marítimo: por la propia naturaleza del lugar donde se producen los hechos:

- Ayudas en el transporte de órganos humanos.
- Acciones de defensa civil, entendiendo como tal la disposición permanente de todos los recursos humanos y materiales, no propiamente militares al servicio de la Defensa Nacional y también en la lucha contra todo tipo de catástrofes extraordinarias.
- Integración de los contingentes procedentes de otros países dentro de otras fuerzas de mantenimiento de la paz (caso de Marruecos en Bosnia).

Y un extenso campo de formas de actuación que, a nuestro juicio, podrían aumentar la confianza y la cooperación entre las dos riberas del Mediterráneo.

Los resultados que podrían lograrse con esta integración, podrían ser, entre otros, los siguientes:

- La cooperación en OMP y otro tipo de acciones humanitarias permitiría promover las relaciones militares a través del Mediterráneo, desapareciendo así gran parte de la desconfianza existente entre los países de las riberas norte y sur. No obstante, ciertos mecanismos de gestión de crisis y ciertas operaciones, que bajo este título; han sido llevadas a cabo hasta la fecha, son percibidas todavía en el norte de África como instrumentos de injerencia o dominaciones occidentales.
- El desarrollo conjunto y la cooperación de los países de la región euro-mediterránea en lo relativo a OMP, tiene incidencias nacionales e internacionales. A nivel nacional puede mejorar las relaciones entre los

estamentos civiles y militares así como la flexibilidad de las Fuerzas Armadas. A escala internacional puede conducir a una mayor confianza, suprimir la hostilidad latente frente a otras naciones o culturas y proporcionar una experiencia inestimable formando parte de organizaciones internacionales y contribuyendo a la legitimidad de las operaciones.

Las preocupaciones de seguridad en tiempo de paz han pasado de la defensa territorial a tareas militares ligadas a riesgos sufridos por la población civil tales como: tráfico de armas y productos radiactivos, terrorismo y crimen organizado, inmigraciones clandestinas, etc. Frente a estos nuevos desafíos transnacionales, la desconfianza que siempre ha caracterizado a las relaciones entre el norte y el sur del Mediterráneo, se va atenuando poco a poco, gracias a la colaboración existente hasta la fecha.

Posturas de las organizaciones multinacionales

Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

La Alianza siempre ha sido consciente de que la seguridad europea está íntimamente ligada a la seguridad y estabilidad en el Mediterráneo, y por ello desde los comienzos de la década de los años setenta, intentó establecer un diálogo en la región que no fructificó por la situación de confrontación existente entre los dos bloques antagónicos.

El fin de la guerra fría y el cambio del tipo de relaciones entre el Este y el Oeste, sustituyendo la política de enfrentamientos por una de mayor distensión y cooperación, ha permitido iniciar el diálogo para establecer en la zona un clima de mutua confianza que favorezca las relaciones entre la Alianza y los países ribereños del Mediterráneo Sur.

Los orígenes del diálogo pueden encontrarse en la Cumbre de la OTAN celebrada en Bruselas en 1994, en la que se señaló que los avances que se estaban produciendo en el Proceso de Paz de Oriente Medio (PPOM), posibilitaban que la Alianza:

«Estudiara medidas para fomentar el diálogo, la comprensión y el fortalecimiento de la confianza entre los países de la región», al tiempo que se animaba a realizar todo tipo de esfuerzos «encaminados a reforzar la estabilidad regional.»

Este diálogo tiene por objeto disipar las dudas y los malentendidos existentes sobre la OTAN y fomentar la confianza mediante el incremento de la transparencia, del diálogo y de la cooperación, estableciendo unas relaciones amistosas y fuertes como las establecidas en Europa.

Como consecuencia de lo acordado en la Cumbre de Bruselas, el Consejo del Atlántico Norte invitó el día 8 de febrero de 1995 a Egipto, Israel, Mauritania, Marruecos y Túnez a participar en la ronda inicial del Diálogo Mediterráneo. Posteriormente, en noviembre de 1995, Jordania también fue invitada a participar en el mismo. Hay que hacer constar que esta invitación se hace siempre «caso a caso».

La OTAN ha establecido el llamado Diálogo Mediterráneo, con seis países: Egipto, Israel, Jordania, Marruecos, Túnez y Mauritania, que forma parte del sistema global de cooperación de la Alianza en materia de seguridad y que no obedece a ningún tipo de amenaza particular. Este Diálogo no trata de suplantar a ninguno de los ya existentes en la zona: Unión Europea, Unión Europea Occidental (UEO) y Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), sino que se puede entender como una parte más dentro del amplio objetivo común a todos ellos: lograr a medio-largo plazo un clima de distensión que sirva para establecer unas relaciones pacíficas y provechosas entre las dos riberas del Mediterráneo.

La característica fundamental de este Diálogo, de marcado carácter político, es que no «trata» a todos los países por igual ya que considera que no es aplicable una solución global en toda el área porque hay que considerar las características propias de cada país, en especial en los aspectos económicos, políticos, religiosos, culturales, etc.

Los principios en los que se basa el Diálogo Mediterráneo son los siguientes:

- Progresividad: en cuanto a participación y contenidos, pudiendo aumentar tanto el número de participantes como el contenido del Diálogo.
- Estructura bilateral: relaciones directas de la Alianza con cada uno de los países invitados.
- Igualdad de oportunidad: entre todos los socios mediterráneos ya participantes en el Diálogo.
- Complementariedad: con objeto de no duplicar esfuerzos y reforzar los otros foros internacionales ya existentes.
- Financiación: a cargo de cada uno de los países participantes.

Las actividades del Diálogo Mediterráneo se centran principalmente en las áreas específicas siguientes:

- Diálogo político: consistente en la celebración de reuniones bilaterales OTAN-país invitado, en las que se informa de las actividades de la Alianza, programas de apertura al exterior, planteamiento general de la construcción de estructuras de seguridad basadas en la distensión, confianza y cooperación, y sobre todo cuestiones relacionadas con la estabilidad y seguridad en la región mediterránea.
- Actividades específicas de ámbito científico: los socios pueden recibir información sobre distintas actividades científicas llevadas a cabo por comités específicos de la Alianza y también participar en las reuniones patrocinadas por el Comité Científico de la OTAN.
- Actividades de información: participación en seminarios, conferencias sobre temas de interés común, visitas a las distintas sedes de la Alianza con la asistencia a sesiones informativas y debates.
- Actividades del ámbito militar: invitación para que observadores de los socios participen en maniobras y ejercicios, intercambio de oficiales de Estado Mayor. También se contempla la posibilidad de asistencia a seminarios y reuniones, tanto en la Escuela de la OTAN, en la que se desarrollan cursos sobre OMP, control de armamentos, defensa civil, etc., como en el Colegio de la OTAN para funcionarios de alto nivel de los países socios del Diálogo Mediterráneo

Como consecuencia de la Cumbre de Madrid (julio 1997) se dio un nuevo impulso al «Diálogo Mediterráneo» con la creación del Grupo de Cooperación Mediterráneo. A través de este Grupo, los países de la Alianza participan en debates con los países integrantes del Diálogo, consiguiendo una mayor fluidez en el intercambio de opiniones sobre la seguridad en la zona al tiempo que se contribuye a aumentar el conocimiento de la dimensión mediterránea de la Alianza.

Los primeros diálogos políticos tuvieron lugar a finales del año 1997 y se incrementaron a lo largo de 1998 y 1999. Aunque son básicamente bilaterales, también se celebran reuniones multilaterales de marcado carácter informativo, encaminadas fundamentalmente a las comisiones de los países que integran el Diálogo.

En este aspecto y como hitos más destacables se pueden señalar la Conferencia de alto nivel celebrada en Roma en noviembre de 1997 y otra de similares características celebrada en Valencia, bajo patrocinio español en febrero de 1999. En ambas ocasiones se presentó a los asistentes, las

más altas autoridades políticas y militares de la OTAN encabezadas por su secretario general y a los representantes de los países integrantes del Diálogo, sendos estudios elaborados por la empresa estadounidense RAND a peticiones de los Gobiernos italiano y español respectivamente.

En su intervención en la reunión de Valencia, el secretario general de la OTAN expresó que:

«El Diálogo Mediterráneo es parte integrante de la nueva OTAN. Por ello debemos aprovechar esta oportunidad para que el Diálogo se convierta en un instrumento capaz de generar confianza, seguridad y espíritu de cooperación. Por encima de todo, el Diálogo debe convertirse en un marco donde seamos capaces de compartir nuestro interés común por la cooperación y el intercambio mutuo de ideas entre los países de la OTAN y los socios mediterráneos» palabras que condensan todo el espíritu de este foro.

En este punto, conviene hacer unas reflexiones sobre las reacciones que entre los representantes de los distintos países árabes, produjo la presentación del citado Informe. En primer lugar hay que señalar que aunque el informe no es un documento elaborado por la OTAN sino por una empresa privada a petición del Ministerio de Defensa español, la presencia del secretario general de la OTAN y del Comandante Aliado Supremo en Europa (SACEUR) en el acto de presentación del mismo le dieron un carácter marcadamente atlantista y, por tanto, resultó muy difícil para todos los asistentes al acto, el diferenciar la postura oficial de la OTAN de la expresada en el citado Documento.

Es de todos conocido que existe una actitud de desconfianza y recelos desde los países árabes hacia Occidente en general y hacia la OTAN en particular, debido principalmente a actuaciones anteriores tales como el apoyo a Israel en el PPOM, la guerra del Golfo y los ataques que se siguen llevando contra Irak, las actuaciones occidentales contra Libia y los ataques contra Sudán y Afganistán. Pues bien, la presentación de este informe no ha contribuido a limar esas diferencias, sino más bien a aumentarlas ya que en el mismo se incluyen afirmaciones tales como:

«El sur del Mediterráneo es una zona de múltiples focos de inseguridad y sus sociedades se enfrentan a cambios políticos capaces de alterar sus estimaciones a largo plazo tanto en política interior como exterior. Los Estados miembros de la Alianza no son inmunes a estos cambios.»

Es necesario ampliar y reforzar la vocación de la OTAN en las acciones «fuera de área» y existe una mayor voluntad de utilizar la fuerza en las crisis internas y sin un claro mandato de la comunidad internacional, lo que puede preocupar a los escépticos del Sur.

Argelia es una nación en la que su violencia, programa nuclear, anarquía, terrorismo, amenaza no sólo a Francia y a Europa Occidental sino a todos sus vecinos, por lo que el Diálogo con esta nación es francamente difícil.

A la vista de esta situación de recelo, desconfianza, e incluso animadversión por parte de alguno de los países de la ribera sur del Mediterráneo, la OTAN tiene que realizar unos esfuerzos considerables para cambiar su imagen frente al conjunto de los países del norte de África y así poder obtener mejores resultados en su Diálogo Mediterráneo.

Dentro del campo de la información, conviene señalar el establecimiento de las llamadas «embajadas de contacto» de la OTAN en los seis países del Diálogo. Esta experiencia, en la que la embajada de un país miembro de la Alianza representa a la OTAN en cada uno de los miembros, es similar a la que con éxito viene funcionando desde el año 1992 con los países de Europa Central y Oriental.

Otros puntos a destacar dentro de este aspecto informativo son la participación en los planes de emergencia civil y la cooperación para la lucha contra los desastres naturales. La cooperación científica se ha desarrollado por medio del Programa Científico de la Alianza que permite, por medio de becas, participar a científicos de los países integrados en el Diálogo en jornadas de investigación avanzada, en institutos de estudios avanzados, en becas científicas y en otras de investigación todo ello patrocinado por la Alianza.

La dimensión militar del Diálogo se basa fundamentalmente en tres aspectos concretos: cursos en la Escuela de la OTAN, sobre protección del medio ambiente, mantenimiento de la paz, fuerzas multinacionales, control de armamentos, etc., cursos en el Colegio de Defensa de la OTAN dedicado a generales y almirantes de los países integrantes del Diálogo Mediterráneo en los que se da la oportunidad de conocer más a fondo el funcionamiento de la Alianza y los temas que actualmente le preocupan y por último la participación en ejercicios, aspecto en el que durante el año 1998 se ofrecieron a los países del Diálogo hasta 34 actividades militares de los dos mandos principales de la OTAN. Dentro de este aspecto merece la pena señalar que ya existen tres países del Diálogo que parti-

cipan con la Alianza en las OMP en Bosnia-Herzegovina. Estos países son Egipto, Jordania y Marruecos.

Se puede concluir diciendo que el Diálogo Mediterráneo encierra un gran número de posibilidades y que puede ser ampliado tanto en el número de participantes como en el contenido de los campos que desarrolla hasta la fecha. No obstante el futuro del Diálogo se verá influenciado en gran medida por el éxito o fracaso de los otros dos Foros que se ocupan de la estabilidad y el desarrollo de la región: El Foro Mediterráneo de Barcelona dirigido por la Unión Europea y el PPOM. Interesa, por tanto, a los aliados asegurar el buen funcionamiento de ambos.

No obstante la Alianza debe volcar su esfuerzo en aquellas áreas en las que goza de una clara ventaja sobre las demás organizaciones: seguridad y defensa, complementando otras iniciativas y estableciendo unas relaciones sólidas y constructivas con los socios mediterráneos, y sobre todo en aquellas acciones tendentes a mejorar su imagen frente a los países árabes.

Unión Europea

Durante el periodo de su Presidencia de la Unión Europea en 1995, España lanzó la iniciativa para la I Conferencia Euromediterránea que condujo a la Declaración de Barcelona firmada por las 27 naciones (incluidas representaciones de la Autoridad Nacional Palestina e Israel).

Esta iniciativa puede considerarse como la más importante de las llevadas a cabo hasta ahora para afrontar las cuestiones de estabilidad y seguridad en el área mediterránea. Su objetivo fundamental es configurar un marco de cooperación y colaboración global entre las dos riberas del Mediterráneo mediante el diálogo político, la cooperación económica y la aproximación socio-cultural.

Los objetivos principales del Proceso de Barcelona, se pueden dividir en tres grandes grupos: aspecto político y de seguridad, que trata de determinar una serie de puntos comunes dentro de este campo y que puedan ser asumidos y puestos en práctica por todos los integrantes del Proceso; aspecto económico-financiero con la finalidad de crear un espacio económico euromediterráneo basado en el libre intercambio y por último un aspecto social y humano que tiene por objeto facilitar y favorecer los intercambios entre las dos riberas en aspectos tan concretos como la educación, la sanidad, el desarrollo de la juventud, los medios de comu-

nicación social, haciendo especial hincapié en un punto tan importante como son los movimientos migratorios.

El seguimiento del programa establecido, conocido como Proceso de Barcelona, se ha materializado a través de reuniones periódicas de altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores para cada uno de los tres capítulos contemplados: el político y de seguridad; el económico-financiero y el de asuntos sociales, culturales y humanos.

Este Proceso tuvo un relativo éxito ya que despertó el interés de las naciones hacia el capítulo económico-financiero que contempló ya cooperaciones de 4.685 millones de euros para el periodo 1995-1999 como consecuencia del reconocimiento de la Unión Europea del hecho de que la estabilidad en la región mediterránea está íntimamente ligado al desarrollo económico y social.

El capítulo político y de seguridad, se vio frenado en sus avances por las repercusiones del conflicto de Oriente Próximo. Siria y Líbano retrasan la participación de representantes de Ministerios de Defensa para no coincidir con los respectivos representantes israelíes. Sin embargo, es esperanzador que este marco, sea el único, aparte del de Naciones Unidas, en el que Israel, Siria, Líbano y la Autoridad Nacional Palestina, se sientan juntos.

La II Conferencia Ministerial Euromediterránea, tuvo lugar los días 15 y 16 de abril 1997 en La Valetta (Malta). La tensión existente entonces en las negociaciones de PPOM, hizo que los resultados no fueran todo lo esperanzadores que podría esperarse, ya que en algún momento, se pensó en supeditar los éxitos o fracasos de esta conferencia a los del PPOM. Afortunadamente en la Conferencia Ministerial de Palermo (junio 1998) se confirmó un nuevo impulso al partenariado y se reafirmó el espíritu de Barcelona. Durante esta conferencia se volvió a insistir en la complementariedad del Proceso de Barcelona y el PPOM considerando a ambos como esfuerzos paralelos que buscan una paz y estabilidad en la zona pero por distintas vías y medios, sin que en ningún momento quede el primero supeditado al segundo.

La III Cumbre de Ministros de Asuntos Exteriores del Proceso de Barcelona, celebrada en Stuttgart en abril de 1999, ha supuesto la confirmación del mismo como marco esencial para lograr la estabilidad, la paz y la prosperidad compartida en el Mediterráneo. La incorporación inicial de Libia, que en un futuro próximo podría participar plenamente en las tareas

de Barcelona, supone llenar un importante vacío que existía en la ribera sur. Puede afirmarse que la Conferencia de Stuttgart ha supuesto finalizar con éxito la fase inicial del Proceso de Barcelona: hay que continuar ahora las de consolidación y madurez.

Unión Europea Occidental (UEO)

Las primeras reuniones del Subgrupo Mediterráneo de la UEO se remontan a finales de los años ochenta coincidiendo con la reactivación de la misma. La iniciativa para el Diálogo Mediterráneo, nació en el Consejo Ministerial de Luxemburgo del año 1994, seis meses antes que el Diálogo paralelo de la OTAN.

El Diálogo Mediterráneo de la UEO es un foro en el que participan, además de los 18 países miembros plenos, países asociados y países observadores, Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Marruecos, Mauritania y Túnez. Es decir, el Diálogo de la UEO tiene actualmente, un país más que su paralelo de la OTAN: Argelia.

Participan en sus reuniones los diez miembros plenos, los tres miembros asociados y los cinco observadores «a 18», y al igual que el Grupo paralelo de OTAN, el Subgrupo tiene las siguientes misiones: evaluar «a 18» la situación de seguridad en la zona, continuar con las conversaciones políticas con las seis naciones del Diálogo Mediterráneo de la UEO y coordinar e impulsar las previsibles actividades de cooperación.

En el marco de este Diálogo, representantes de estas naciones (normalmente su embajador en Bruselas) se reúnen dos veces al año y por separado, con miembros del Secretariado General de la UEO. Al igual que en OTAN, la multilateralidad de las Reuniones 18+6 sigue siendo imposible por la oposición de Israel que se vería, «solo» frente a cinco otras naciones árabes.

En comparación con la amplia lista de actividades de cooperación ya aprobada en OTAN, la UEO está más limitada ya que no dispone de fuerzas, instalaciones militares, escuelas o ejercicios a los que ofrecer visitas. Sin embargo, el marco UEO tiene la ventaja de la ausencia de Estados Unidos, lo que facilitaría el Diálogo con naciones árabes.

Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE)

La dimensión mediterránea de la seguridad europea ha sido tenida en cuenta desde los inicios de la OSCE: en las recomendaciones de las con-

sultas de Helsinki en 1973 (Libro Azul) y en el Acta Final de Helsinki de 1975. Desde el fin del orden bipolar en Europa, la OSCE ha desarrollado sus relaciones con los Estados no europeos del Mediterráneo. Al mismo tiempo se han establecido nuevos lazos con ciertos países asiáticos vecinos del área OSCE y no se excluye que países del próximo y medio oriente manifiesten su interés por la OSCE.

El interés dado a la seguridad y a la cooperación en el Mediterráneo se ha acrecentado considerablemente en los últimos años. En el marco de la OSCE la importancia adquirida por el tema de las relaciones con los países del área mediterránea, resume la creciente atención acordada por esta Organización a la dimensión regional de la seguridad. Se trata, hoy en día, de buscar los medios de contribuir a la estabilidad de las regiones vecinas a la zona OSCE, basándose en una aproximación no discriminatoria. Bajo esta perspectiva, el refuerzo de la cooperación con los países mediterráneos, lógicamente se impone.

Las relaciones de la OSCE con los Países Mediterráneos Asociados para la Cooperación (PMPC): Argelia, Marruecos, Túnez, Egipto e Israel, se vieron reforzadas al final de la Cumbre de Budapest en el año 1994, de acuerdo con las propuestas del Comité de Altos Funcionarios de 1993 en los aspectos siguientes:

- Constitución de «un grupo de contacto informal» en el marco del Consejo Permanente.
- Seminarios sobre cuestiones de mutuo interés.
- Reuniones, al más alto nivel, con la *troika* de la OSCE.
- Invitación a los PMPC a intervenir en los Consejos Ministeriales de la OSCE.
- La Cumbre de diciembre de 1996 se comprometió a profundizar en el diálogo y la cooperación con estos países.

Hasta aquí se ha hecho una pequeña reseña de lo realizado hasta la fecha. Veamos ahora cuales son los posibles caminos a seguir en el futuro para lograr una mayor cooperación y entendimiento:

- El Grupo de Contacto con los PMCP ofrece un excelente marco de diálogo y de reflexión.
- Convendría reforzar la unión de este Grupo con los diferentes órganos de la OSCE y lograr dar una mayor consistencia a estos trabajos.
- Favorecer toda iniciativa que contribuya a mejorar el conocimiento de la OSCE en estos países con objeto de sensibilizar al mayor número de personas de los PMPC y de sus medios de comunicación social.

— Mejora de las condiciones de participación de la PMPC en los trabajos de la OSCE.

Éstas y otras medidas que podrían tenerse en cuenta y poner en marcha, justifican una actitud abierta de esta Organización frente a la situación actual y ante la posibilidad de eventuales candidaturas de otros países vecinos, mediterráneos o no, a participar en determinadas actividades de la OSCE.

De esta manera al mismo tiempo que busca consolidar los factores de su propia estabilidad, la OSCE proyecta su imagen hacia el exterior y presenta una referencia, sino un modelo, para otras regiones empezando por las de su entorno inmediato.

Organizaciones militares

Dentro de este apartado se engloban aquellas unidades armadas supranacionales y europeas, que tanto por los países que las forman como por las misiones que tienen asignadas, podrían tener alguna influencia en las relaciones entre las dos riberas del Mediterráneo. Dentro de ellas, señalaremos como más importantes el Eurocuerpo, Fuerza Conjunta Terrestre de Reacción Rápida (Eurofor) y Fuerza Marítima Europea (Euromarfor).

Eurocuerpo: es la gran unidad de más antigua creación. Basado inicialmente sobre la Brigada franco-alemana, ha ido aumentando progresivamente su potencia y con la adscripción de nuevas unidades y la adhesión de nuevos miembros, ha quedado definitivamente formado por los siguientes países: Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo y España.

Su vocación es fundamentalmente europeísta y desde su creación ha intentado siempre demostrar la propia capacidad europea de defensa sin tener que recurrir al apoyo de otras organizaciones —OTAN—, aunque todavía no haya alcanzado ese objetivo.

Ni por su composición, a base de unidades acorazadas y mecanizadas, ni por sus misiones iniciales, defensa del espacio europeo y actuaciones en esta área, ha supuesto nunca un obstáculo para las relaciones militares con los países del norte de África, sino que siempre ha sido un modelo a seguir por estos países para el futuro, hoy todavía muy lejano.

Las acciones llevadas a cabo por los países que forman el Eurocuerpo en todo lo relativo a la normalización tanto de los procedimientos tácticos como en todos los aspectos logísticos y unificación de armamento y

material, podrían servir de ejemplo a los países que integran la UMA para lograr una verdadera unión en los aspectos militares.

Eurofor: su creación se basa en un acuerdo tripartito franco-italo-español, al que posteriormente y una vez formada la unidad, se adhirió Portugal.

Al contrario que el Eurocuerpo, la Eurofor está compuesta por unidades muy ligeras y de rápida proyección exterior y sus misiones pueden considerarse como de «fuera de área», en lugar de estar centradas en el espacio europeo.

Las características de esta unidad: ligereza y rápida proyección, las misiones asignadas. Evacuación de residentes en otros países y apoyar a un régimen que lo solicite, y la época en que fue creada: inmediatamente posterior al asesinato de varios trabajadores italianos en Libia, han levantado muchas suspicacias en los países del norte de África (Marruecos, Argelia, Libia y Túnez) que la consideran como un instrumento de los países europeos para poder intervenir directamente en sus zonas de influencia.

A pesar de los esfuerzos que se están realizando por parte de los componentes de la Eurofor, para dar a conocer esta unidad a los países norteafricanos: invitaciones a maniobras, visitas a unidades, participación de observadores, etc., no se ha conseguido romper el rechazo inicial a esta fuerza.

Si la Eurofor tuviera la oportunidad de realizar alguna acción en la que quedara claramente demostrado que su vocación no es antiafricana, desaparecerían los recelos actualmente existentes y podría ser un nexo de unión entre los países europeos y africanos del Mediterráneo Occidental.

Euromarfor: esta fuerza naval, formada por los mismos países que Eurofor, tiene una creación prácticamente simultánea a ella, y entre sus misiones principales figuran el transporte y apoyo a esta fuerza.

Por estas razones, tiene los mismos recelos y la misma animadversión entre los países del norte de África, animadversión que se mostró prácticamente en la negativa de algún país de la zona en impedir la escala de algunos buques de esta fuerza bajo bandera de Euromarfor. Sin embargo, la escala fue autorizada bajo bandera de cada uno de los países que la componen.

Si a los aspectos anteriores añadimos el volumen de fuerzas que cada uno de los países participantes aportan a la misma, prácticamente un

grupo de combate, y lo comparamos con las capacidades de las fuerzas navales de los países del norte de África, vemos que la cooperación es muy difícil en este tipo de fuerza, por no decir prácticamente nula.

En resumen, podemos concluir este apartado de fuerzas multinacionales diciendo que, a excepción del Eurocuerpo, las posibilidades de participación con los países del norte de África son prácticamente nulas.

Por otra parte, la no existencia de organizaciones similares en la ribera sur del Mediterráneo, debida en parte, no a la falta de capacidad bélica de los países implicados sino a las rencillas y recelos existentes entre ellos, a la falta de una doctrina única, a los distintos tipos de regímenes que existen y sobre todo a la falta de una voluntad política común, hacen que la posible cooperación de estas fuerzas sea prácticamente nula, limitándose en la mayoría de los casos a envío de observadores y a la realización de visitas.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo se han analizado, desde diferentes puntos de vista, las posibilidades de cooperación, dentro del aspecto militar, entre las dos riberas del Mediterráneo Occidental, como un factor de distensión y convivencia para los próximos años.

De dicho análisis se han obtenido una serie de conclusiones, positivas y negativas que conviene resaltar más detalladamente, con objeto de hacer un mayor hincapié en las primeras para aumentarlas y desarrollarlas en la mayor medida posible y tratar de modificar, si es posible, las segundas tratando de convertirlas en positivas.

Dentro del primer grupo (positivas) podríamos señalar como más importantes las siguientes:

- Las relaciones bilaterales, dentro del ámbito militar, entre los países ribereños de la zona, pueden considerarse actualmente fluidas y cordiales en el sentido Norte-Sur y se van incrementando progresivamente. El incremento de las acciones que actualmente se están llevando a cabo: intercambio de observadores en maniobras, alumnos en cursos de otros países, intercambio de unidades, maniobras a nivel conjunto, etc., son el mejor camino para establecer lazos de unión entre los componentes de las Fuerzas Armadas que servirán para aumentar la confianza mutua y el conocimiento recíproco entre ellas.

- Las nuevas misiones que en la actualidad se están encomendando a las Fuerzas Armadas de la práctica totalidad de los países del mundo, tales como: ayuda humanitaria, OMP, lucha contra el tráfico de armas y drogas, etc., son la principal vía para fomentar la confianza en esta Institución, tanto a nivel nacional como internacional, y así favorecer la confianza mutua entre países. La integración de las Fuerzas Armadas de varios países en unidades supranacionales dedicadas a operaciones de este tipo, es la mejor manera de hacer desaparecer viejas reticencias y recelos.
- En el campo político-militar, la Unión Europea y la UEO son los foros más adecuados y los que encuentran con mayores posibilidades de éxito en el establecimiento del diálogo y la cooperación con los países norteafricanos. La no supeditación del éxito de estas relaciones al desarrollo del PPOM, le da un mayor peso específico al no integrar a Israel, enemigo común de todos los países árabes.

Entre las circunstancias o factores que, si bien no interfieren en las relaciones Norte-Sur, no las hacen del todo fluidas y que convenía mejorar, se pueden señalar las siguientes:

- El lento proceso, por no decir paralización, de desarrollo de la UMA, debido a las causas ya mencionadas anteriormente, impide, por una parte, un intercambio de relaciones en el ámbito militar en el sentido Sur-Sur y por otra provoca la no existencia, a nivel árabe de un organismo supranacional que pueda llevar a cabo las relaciones multilaterales. Es de esperar que la normalización de la situación en Argelia y la apertura hacia el exterior de Libia vayan creando las bases para el desarrollo de la UMA deseado por todos. Los países europeos occidentales deben volcar todos sus esfuerzos en favorecer el desarrollo de esta Unión con objeto de tener un interlocutor válido a nivel regional que reúna todas las iniciativas bilaterales.
- De todas las medidas contempladas en el Documento de Viena encaminadas a fomentar la confianza mutua, solamente son aplicables una pequeña parte. La desconfianza existente entre los países árabes entre sí y con algunas de sus antiguas potencias colonizadoras, hacen prácticamente imposible la aplicación de medidas conducentes a favorecer el intercambio de información relativa a aspectos de defensa. Solamente la desaparición paulatina de esta desconfianza, podrá favorecer este intercambio de información.
- La OTAN, a pesar de ser la Organización que cuenta con mas medios, militares para poder desarrollar el diálogo y la confianza, tiene el grave

inconveniente de su falta de credibilidad ante los países árabes, por la primacía que en ella ejercen Estados Unidos, principal aliado de Israel. Las acciones llevadas a cabo en Irak y Somalia, y el decidido apoyo prestado por Estados Unidos a Israel en el PPOM, hacen muy difícil que el Diálogo Mediterráneo sea bien acogido por todo el entorno árabe. Sería necesario un cambio de postura en todos los aspectos antes citados, para que pudiera llegar a ser un foro en el que se desarrollen la confianza y la convivencia.

En resumen, la cooperación en el campo militar puede ser un factor decisivo para crear un clima de distensión y convivencia entre las dos riberas del Mediterráneo Occidental, pero los esfuerzos a realizar son grandes y deben estar respaldados por la buena voluntad de las partes. Si los países europeos, sobre todo sus medios de comunicación social, dejan de ver a los países árabes únicamente como focos de expansión del integrismo y del terrorismo y se esfuerzan en favorecer su desarrollo en los aspectos social, económico y en la implantación de verdaderos regímenes democráticos, el Mediterráneo Occidental podrá llegar a ser una zona geográfica, en la que la convivencia y la cooperación entre sus riberas, le ayude a ocupar el puesto que por su historia y cultura le corresponde.

Bibliografía

- BALTA, P.: *El Gran Magreb: desde la independencia hasta el año 2000*. Siglo XXI editores.
- CHAILLOT, CH. DE: *Institut d'Etudes de Sécurité de la UEO*. Documento de Viena 1994.
- L'état du Magreb*. Editions «La Decouverte».
- Monografías del CESEDEN*. Varios números.
- RAND. *The Future of Nato's Mediterranean Initiative*. Enero, 1999.
- Revista de la OTAN*. Varios números.
2010. *Mediterranean Free Trade Zone*. Varios números.

CAPÍTULO OCTAVO

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Por LEOPOLDO GARCÍA GARCÍA

Después de un cuarto de siglo, el Mediterráneo alimenta una verdadera oleada ininterrumpida de coloquios, cumbres, reuniones y publicaciones. En ellos se redescubre la «cuestión mediterránea», las «apuestas mediterráneas», la «geopolítica mediterránea», la «comunidad mediterránea» y la «solidaridad mediterránea».

Los diseñadores de la Asociación Euromediterránea, entre la Unión Europea y los países de la orilla sur del Mediterráneo, como se esbozaba en la Declaración de Barcelona, del mes de noviembre de 1995, intentaban transformar el *Mare Nostrum* en una zona de «paz, estabilidad y prosperidad». La Asociación está articulada en tres capítulos interrelacionados dedicados a los temas político y estratégico; cooperación económica y financiera y los asuntos social, cultural y humano, que, *a priori*, parecían tener la misma importancia y entre los cuales debía haber una perfecta simbiosis.

La Asociación Euromediterránea refleja la hegemonía que Europa ha establecido sobre la región mediterránea. Los países del sur del Mediterráneo han participado por la falta de otra alternativa en curso, que tenga visos de éxito —el proyecto MENA ya hacía agua desde su iniciación— pero son escépticos con respecto al éxito, aunque algunos de ellos —Túnez y Marruecos— siempre estén dispuestos a asociarse. Esta nueva Asociación presenta algunos rasgos muy particulares. Así, por parte de la Unión Europea participan los países del norte de Europa, que tienen poco *filling*

sobre los temas mediterráneos, como se ha demostrado durante la presidencia de la Unión Europea ejercida por esos países. Entre los países del sur del Mediterráneo hay árabes y también está Israel, lo cual ha generado no pocos problemas, especialmente por la radicalidad de Siria y de su acólito el Líbano, que han pretendido convertir la Asociación en un foro más donde presionar a Israel, para una resolución del Plan de Paz en Oriente Medio.

Entre los países «asociados» hay tres —Malta, Chipre y Turquía— que han dado ya los primeros pasos para solicitar su admisión en la Unión Europea. Dado que los proyectos de la Asociación son a largo plazo, si se produjera la admisión, la Unión Europea debería prestar una cierta atención a estos tres nuevos miembros —a los que podrían unirse otros países del este de Europa— lo que redundaría en perjuicio de los países asociados y podría obligar a ampliar los plazos previstos para los proyectos de la Asociación.

Los objetivos del proyecto de seguridad son un tanto defectuosos, por la desunión en la Unión Europea sobre una política exterior y de seguridad común y por el hecho de que una tercera parte interesada —Estados Unidos— continúan siendo un jugador clave en la seguridad de región.

Los países del sur del Mediterráneo sienten que los europeos han malinterpretado el significado del islamismo y de hecho pueden haber estado ayudando, sin darse cuenta, a las fuerzas políticas liberales, al imponer una agenda económica neoliberal. Las quejas de los países del sur del Mediterráneo se refieren a los controles sobre la movilidad de la población, las rígidas prescripciones de la Unión Europea para las reformas económicas, y la dependencia del proyecto de los aumentos en las inversiones extranjeras, sobre cuya materialización hay serias dudas por obvias razones.

La Asociación es paternalista, llena de contradicciones y ofrece poca esperanza para resolver los problemas sociales, económicos y políticos de la región.

Desde la orilla norte del Mediterráneo, la Unión Europea parece privilegiar la estabilidad sobre la prosperidad, es decir, lo político sobre lo económico. Desde la orilla sur del Mediterráneo se sigue teniendo la memoria viva del pasado colonial y se piensa que en la Asociación predomina el capítulo económico, aún cuando los intereses comerciales de la Unión Europea en los países asociados, no justifiquen la creación de una Aso-

ciación. El objetivo de prosperidad se pretende que sea en los países del Sur, como un medio más para garantizar su estabilidad interna y, de este modo, del Mediterráneo como un todo.

A la hora de hablar de estabilidad es conveniente distinguir entre la estabilidad de un país, como entidad política o de gobierno y la estabilidad de su régimen político. Lo ideal es que coincidan ambas estabilidades, pero puede haber una y no la otra. La Declaración de Barcelona, en relación con la estabilidad de los países del sur del Mediterráneo, tiene amplias referencias a temas como «derechos humanos», «libertades fundamentales», «pluralismo político», «gobierno de la ley» y «democracia», que se consideran necesarios para participar en el «diálogo político», de forma que la Unión Europea pueda apoyar a los diferentes regímenes contra sus oposiciones. La idea de la condicionalidad política es menos importante que en la Convención de Lomé (Lomé IV) o en las estrategias del Banco Mundial, desde finales de los años ochenta.

Así, en los Acuerdos de Asociación con Marruecos y Túnez hay una alusión directa a los principios democráticos y a los derechos humanos. Ahora bien, en cada Acuerdo se evocan en un artículo de cuatro líneas, que forma parte del preámbulo, separado de las disposiciones relativas al diálogo político que, a su vez, se reducen a una búsqueda un tanto difusa de la estabilidad. La atención que se pone en los derechos políticos es en efecto marginal, si se compara con las numerosas disposiciones relativas a los temas financieros y comerciales, ampliados, además, por una serie de anexos, varias veces más extensos que los mismos Acuerdos.

La Asociación Euromediterránea puede tener unos efectos negativos para los países del sur del Mediterráneo, en lo relativo a la prosperidad y a la estabilidad. En contraste con las expectativas de sus defensores, las políticas de liberalización económica, interna y externa, puede que incrementen los resultados económicos de los países del sur del Mediterráneo. En términos de productividad, inversiones, creación de empleo y prosperidad total, habrá que hacer frente a las consecuencias negativas, que serán vistas como impuestas por «Occidente» y podrán constituir amenazas para la estabilidad de los países del sur del Mediterráneo. Los regímenes de estos países podrán asegurar su supervivencia recurriendo a la represión, pero podrían atacar contra la estabilidad. Incluso el crecimiento económico y una equitativa distribución de la riqueza, podrían no ser suficientes para asegurar las transiciones a unas formas más participativas de gobierno.

La Asociación Euromediterránea suscita preocupaciones, que en algunos momentos llegan a ser temores. No hay una evidencia de que, en el caso de que se genere riqueza, ésta llegue hasta los sectores más desfavorecidos, lo que intensificaría las tensiones en la zona. Las prohibiciones a la emigración, en un mundo de transparencia, alimentará la frustración popular e incitará el apoyo a la alternativa islamista, aún cuando haya una elite de los negocios que, en virtud de su participación en la cultura comercial, participe de esa riqueza.

Las diferencias culturales en los países del sur del Mediterráneo se van a intensificar, como consecuencia del desarrollo económico propuesto por la política de Asociación —con amplios segmentos de población excluidos del proceso de desarrollo— y esto, va a transformar los proyectos políticos y de seguridad de la Unión Europea en fuente de conflictos.

Los regímenes en ejercicio temen los cambios culturales que se pueden producir, por diferentes razones. Hay preocupación en países como Túnez, Argelia y Marruecos sobre las implicaciones de la corriente de información que circula por el mundo y que llega a los hogares del Sur a través de las antenas parabólicas y de Internet. Hay dificultades para controlarla y temen que pueda producir una ola de descontento y de potencial disidencia. Por esta razón, desconfían del capítulo social, cultural y humano de la Iniciativa de la Asociación Euromediterránea, que favorece los contactos directos con grupos independientes y organizaciones no gubernamentales y amenaza el control gubernamental de la información.

Hay otro temor de los gobiernos y es el relativo a las consecuencias de la transparencia económica, que deberá acompañar a la reestructuración económica, requerida por el Proceso de Barcelona. Es una realidad el hecho de que existe un poder oculto, político y sobre todo económico, en los países del norte de África, controlado por unas elites, que actúan con el patrocinio del Estado, en ocasiones desde hace bastantes años. La transparencia, económica y política, amenaza esta hegemonía y los regímenes se verán en dificultades para terminar con ellos, por las pérdidas de beneficios de los gobernantes y de sus protegidos. Nada de esto podrá sobrevivir a los cambios en marcha que requiere la Iniciativa Euro-mediterránea. Esa es como siempre la dificultad, para la Unión Europea las decisiones son efectivas, dado el sistema colectivo de toma de decisiones.

Hay otro problema a largo plazo, para el caso de que se cumplan todos los objetivos del Proceso de Barcelona. En este caso los países del

Magreb se convertirán en la «Europa» de los países del África Central y el desierto del Sáhara, será su «Mediterráneo».

La Asociación Euromediterránea no es la única posibilidad de los países magrebíes, dado el interés americano por la zona, que le ha llevado a poner en práctica la Iniciativa Einzastadt, en un intento de contraatacar la acción de la Unión Europea en la zona. Esta iniciativa americana, con sus ventajas y sus inconvenientes, al parecer, no es incompatible con la Asociación Euromediterránea. La iniciativa americana le da a la economía magrebí un carácter más global, aunque se concreta en una doble limitación de soberanía. Por una parte, la decisión económica última deberá ser justificada ante los otros tres socios y, por otra parte, los operadores privados, americanos y magrebíes, que tuvieran intereses en el mercado unificado, tendrían el derecho de interpelar a los gobiernos, pedir justificaciones y denunciar lo que consideren abusos.

Los países del este de Europa constituyen un serio rival para los países del sur del Mediterráneo a la hora de las inversiones. El interés por la «frontera sur» de Europa resulta de la posibilidad que tiene de constituirse en una zona de conflicto que puede llegar a convertirse en una amenaza para la paz. En el Mediterráneo, más que en otras partes del mundo, la seguridad del Norte depende de la estabilidad del Sur.

La estabilidad y la cooperación requieren la toma en consideración de una serie de ideas. Una política de seguridad, viable a largo plazo, no puede estar basada en la construcción de un nuevo muro de Berlín, sobre el Mediterráneo, con la finalidad de mantener alejadas a las «hordas del Sur». Será pues necesario definir una estrategia que desarrolle las relaciones entre las dos orillas, por medio de la cooperación y los intercambios.

El conjunto de la orilla sur del Mediterráneo no puede ser contemplado bajo el mismo prisma por sus acusadas diferencias. Las Cumbres Económicas MENA (*Middle East-North of Africa*) fracasaron, entre otras cosas, por la ceguera de Washington de considerarlo todo una sola región. Conscientes de su fracaso, la Iniciativa Einzastadt ya contempla exclusivamente a Marruecos, Argelia, Túnez y Mauritania y, en su momento, podría incluirse a Libia, si ésta estuviera de acuerdo, lo cual no es muy probable por el momento. Por lo tanto se deben diseñar unas políticas de actuación que sean acordes con la zona de aplicación.

La Unión Europea, respetando la idiosincracia de los socios del Proceso Euromediterráneo, debe apoyar el pluralismo político y las fuerzas demo-

cráticas en los países del sur del Mediterráneo, promocionando el desarrollo político y el respeto a los derechos humanos.

Se considera necesario promocionar los intercambios de las organizaciones no gubernamentales de ambas orillas, con objeto de reforzar los lazos socio-culturales e impulsar el desarrollo de sociedades a caballo de las dos orillas. Estas acciones tropezarán con la desconfianza que despiertan estas Organizaciones.

Se debería priorizar aquellos proyectos que tengan un impacto socio-económico directo sobre las poblaciones, como son los que tienen relación con las condiciones de vida, educación, vivienda y sanidad. Hay que llegar a los escalones más bajos de la sociedad y no quedarse en los niveles más altos, como está sucediendo hasta la fecha.

Sería deseable liberar a los países del Magreb de la presión bajo la que están situados por la necesidad de atender a sus deudas, por medio de un sistema que les permitiera convertirlas, en todo o en parte, en una política de financiación de proyectos sobre su propio país.

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

Presidente: D. LEOPOLDO GARCÍA GARCÍA
General del Ejército de Tierra.

Coordinador: D. CARLOS ARMADA DE SARRIÁ
Coronel de Infantería (DEM).

Secretario: D. RAFAEL NIETO MARTÍNEZ
Coronel de Infantería (DEM).

Vocales: D.^a MONTSERRAT ABUMALHAM MAJ
*Profesora de la Universidad Complutense de Madrid.
Departamento de Estudios Árabes.*

D. LUIS CALDERÓN TORRENS
General del Ejército de Tierra.

D. JACINTO CAÑETE ROLLOSO
Jefe de Programas Internacionales.

D. JAVIER JESÚS JORDÁN ENAMORADO
*Becario de Investigación del Departamento de Ciencias
Política y de la Administración. Universidad de Granada.*

D. FRANCISCO OLIVER BUHIGAS
Coronel de Infantería (DEM).

La ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que refleje, necesariamente el pensamiento del CESEDEN, que patrocina su publicación.

ABSTRACT

Coexistence with our neighbouring countries in the Southern Mediterranean must be established prior to the enlargement of the European Union (EU) to Eastern European countries, because the latter could endanger the protagonist role and support, which they enjoy nowadays. The EU is interested in good European Mediterranean relations since the Union has been impressed with the potential threats posed by emigration and Islamic activism. In search of stabilising the area, the EU designed a special policy to accomplish its objectives, fighting the grounds of the potential risks in the very place where they occur, the Maghreb countries.

The Euro-Mediterranean Partnership is a long-term bid and its completion is difficult due to the problems it has to face. The political, social-cultural and humanitarian aspects are included within the multilateral frame and the level of conflict and susceptibility has negative impacts in its development. As for the economy and financial chapter, it does not propose different recipes other than that ones proposed by the International Monetary Fund, although the economic growth which is going to be permitted by the economic liberalisation will allow for attaining political, security, social-cultural and humanitarian objectives. Most of the Southern Mediterranean countries will not be integrated into the EU as it is established in the origins of the Partnership, despite the fact that their citizens' future, those who have emigrated to Europe, is quite similar to the Europeans' future.

We must not forget that the Partnership is ruled by the European construction, in particular by the single currency and the Agenda 2000.

The shade of security flies over the social-cultural and humanitarian chapter, in which the risk of illegal emigration and criminality, drug trafficking

and terrorism are included. As for the terrorism, there are different perceptions among the European and Arab countries which prevent arriving at consensus. Syria and Lebanon are of the opinion that peoples fighting for the release of their territory from foreign occupation can not be considered terrorists. In the opposite side, Algeria is asking terrorism to be considered as against human rights, thus alluding to Islamic terrorism. In relation to drugs, this is one of the most privileged issue in the European Agenda for co-operation with Morocco due to the proximity of the Moroccan Rif, one of the largest cannabis production regions in the world.

Immigration is of concern to the EU and this is the reason for the refusal of the Immigrants Rights letter by the EU during the Malta Summit, which Tunisia introduced in the Summit's agenda. As a counterpart of the EU's financial aid, the southern countries were committed to control the departure of their citizens towards European countries. And in the frame of the co-operation agreements, both Tunisia and Morocco have accepted the readmission of their citizens who illegally immigrated to Europe. Within this context it would be possible to wonder how it is possible to reconcile coexistence, co-operation and the changes in the societies of both shores, with a restrictive visa policy, thus not attacking the susceptibility of the people living in the south.

It is perceived from the south, only a few kilometres away from Europe, that something is being built and they want to establish real links. It is not that the southern countries are ambitious, but that they are for the peoples and the peoples, one hour away from the north, dream living like their northern neighbours.

For the South, Europe might well be a source of unrest but at the same time a source for prosperity: their economy reigns in the region, their culture menaces identities and the very European project is perceived as a revenge for the dicolonialisation. The latter can not make the Maghreb to forget that some years ago the Mediterranean was not the frontier of two identities, but that it divided Europe. But above all, they are more and more sensitive to the contrast between peace and prosperity, reigning today in the EU, and the multiplication of conflicts being observed in the Mediterranean environment.

ÍNDICE

	<i>Página</i>
SUMARIO.....	7
INTRODUCCIÓN.....	9
<i>Capítulo primero</i>	
LA CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI	25
Antecedentes y génesis.....	25
La Declaración de Barcelona.....	33
Desarrollo del Proceso de Barcelona	38
La Conferencia de La Valetta.....	40
La Conferencia de Palermo.....	42
La Conferencia de Stuttgart	52
Resultados y dificultades del Proceso de Barcelona.....	62
— <i>Eromesco</i>	63
— <i>Registros de tratados e intercambios de informaciones</i>	63
— <i>Proyecto piloto para la creación de un sistema Euromed para pre- venir, mitigar y gestionar catástrofes naturales producidas por el hombre</i>	63
— <i>Seminarios diplomáticos</i>	64
Relaciones con otros organismos internacionales.....	66
<i>Capítulo segundo</i>	
LO SOCIAL: PILAR BÁSICO DE CONVIVENCIA.....	69

Introducción.....	71
Evolución social en general.....	74
— <i>Feudalismo</i>	77
Evolución social en Europa.....	78
— <i>La burguesía y el nacionalismo</i>	79
— <i>Reforma protestante y Contrarreforma</i>	80
— <i>Absolutismos monárquicos</i>	81
— <i>Revoluciones burguesas</i>	81
— <i>Conservadurismos e integristas</i>	82
— <i>Liberalismos</i>	83
— <i>Socialismos</i>	84
Modelos sociológicos de evolución social.....	87
— <i>Los cinco estadios del crecimiento económico</i>	90
Evolución social en el Magreb.....	91
— <i>Colonialismos</i>	92
— <i>Descolonización</i>	95
— <i>La situación actual en el Magreb</i>	98
— <i>Análisis de actitudes sociales criticadas por Occidente</i>	101
Los cambios sociales.....	113
Posibilidad de un cambio social en el Magreb.....	115
Resumen.....	117
 <i>Capítulo tercero</i>	
EL FACTOR CULTURAL.....	123
El factor cultural en las relaciones internacionales y en la cuestiones de seguridad.....	125
— <i>La importancia de los valores culturales en las relaciones internacionales</i>	125
— <i>La teoría de Huntington sobre el choque de civilizaciones</i>	127
— <i>El factor cultural en las cuestiones de seguridad</i>	130
— <i>La cooperación cultural como instrumento de confianza</i>	131
Los problemas de percepción en el Mediterráneo Occidental.....	133
— <i>El islam percibido desde Occidente</i>	135

— <i>Occidente percibido desde el islam</i>	139
— <i>Las claves para la cooperación cultural entre Occidente y el islam</i>	143
La cooperación cultural en el Mediterráneo Occidental	144
La cooperación cultural de España en el Mediterráneo Occidental	149
Conclusiones	152

Capítulo cuarto

LA POLÍTICA COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XXI.	157
El Mediterráneo, zona de inestabilidad	159
Importancia estratégica del Mediterráneo y del norte de África.....	161
Islam, democracia y derechos humanos.....	165
El «otro» de la orilla sur del Mediterráneo	175
El «deshielo» de la UMA.....	186

Capítulo quinto

LA RELIGIÓN COMO FACTOR DE CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO.	191
Introducción	193
El islam como religión mayoritaria, sus relaciones con el resto de la religiones monoteístas	195
Las religiones que conviven en el área mediterránea	199
— <i>La situación en el área más occidental</i>	204
— <i>La situación en el Macrek Occidental o Norte</i>	208
— <i>La situación en el Macrek Extremo</i>	215
Islam y civilización; religión y cultura	216
Islam y política; las relaciones de la religión con la concepción de Estado	220
Conclusiones.	223

Capítulo sexto

EL FACTOR ECONÓMICO: LA CLAVE DE LA ESTABILIDAD.....	229
Introducción	231
Evolución y características generales de los aspectos económicos..	232

El coste de la transición y la necesidad de financiación exterior.....	234
— <i>El coste de la transición</i>	234
— <i>Inversión exterior</i>	235
<i>Los flujos de ayuda hacia los países del sur del Mediterráneo</i>	239
¿Qué efectos provocarán los Acuerdos de Libre Mercado?	240
— <i>Crecimiento del déficit comercial</i>	241
— <i>Las posibilidades de corrección limitadas</i>	242
— <i>La presión sobre el déficit público</i>	243
— <i>Las reformas fiscales</i>	243
— <i>Efectos directos sobre la oferta de los países de la ribera sur</i>	244

Capítulo séptimo

LA COOPERACIÓN EN EL CAMPO MILITAR COMO FACTOR DE DISTENSIÓN Y CONVIVENCIA	245
Consideraciones previas.	247
Relaciones entre las Fuerzas Armadas de los países ribereños.....	248
Medidas para el fomento y desarrollo de la confianza mutua	256
Posturas de las organizaciones multinacionales.....	260
— <i>Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)</i>	260
— <i>Unión Europea</i>	265
— <i>Unión Europea Occidental (UEO)</i>	267
— <i>Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE)</i> ..	267
— <i>Organizaciones militares</i>	269
Conclusiones	271

Capítulo octavo

CONCLUSIONES.....	275
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO	283
ABSTRACT	285
ÍNDICE.	287

RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN

- *1. Clausewitz y su entorno intelectual. (Kant, Kutz, Guibert, Ficht, Moltke, Sehlieffen y Lenia).
- *2. Las conversaciones de desarme convencional (CFE).
- *3. Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en el Líbano.
- *4. Cinco sociólogos de interes militar.
- *5. Primeras Jornadas de Defensa Nacional.
- *6. Prospectiva sobre cambios políticos en la antigua URSS. (Escuela de Estados Mayores Conjuntos. XXIV Curso 91/92).
7. Cuatro aspectos de la Defensa Nacional. (Una visión universitaria).
8. Segundas Jornadas de Defensa Nacional.
9. IX y X Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa.
10. XI y XII Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa.
11. Anthology of the essays. (Antología de textos en inglés).
12. XIII Jornadas CESEDEN-IDN de Portugal. La seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica.
13. Terceras Jornadas de Defensa Nacional.
- *14. II Jornadas de Historia Militar. La presencia militar española en Cuba (1868-1895).
- *15. La crisis de los Balcanes.
16. La Política Europea de Seguridad Común (PESC) y la Defensa.
17. Second anthology of the essays. (Antología de textos en inglés).
18. Las misiones de paz de la ONU.
19. III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la historia militar española.
20. Cuartas Jornadas de Defensa Nacional.
21. La Conferencia Intergubernamental y de la Seguridad Común Europea.

22. El Ejército y la Armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte.
23. V Jornadas de Defensa Nacional.
24. Altos estudios militares ante las nuevas misiones para las Fuerzas Armadas.
25. Utilización de la estructura del transporte para facilitar el cumplimiento de las misiones de las Fuerzas Armadas.
26. Valoración estratégica del estrecho de Gibraltar.
27. La convergencia de intereses de seguridad y defensa entre las Comunidades Europeas y Atlánticas.
28. Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo XXI.
29. El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas (I).
30. Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación.
31. El islam: presente y futuro.
32. Comunidad Iberoamericana en el ámbito.
33. La Unión Europea Occidental tras Amsterdam y Madrid.
34. Iberoamérica, un reto para España y la Unión Europea en la próxima década.
35. La seguridad en el Mediterráneo.
36. Marco normativo en que se desarrollan las operaciones militares.
37. Aproximación estratégica española a la última frontera: La Antártida.
38. Modelo de seguridad y defensa en Europa en el próximo siglo.
39. La Aviación en la guerra española.
40. Retos a la seguridad en el cambio de siglo. (Armas, migraciones y comunicaciones).

* Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.



MINISTERIO
DE DEFENSA



SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
CENTRO DE PUBLICACIONES



9 788478 237944

Colección Monografías del CESEDEN